

JULIO GARCÍA ROBLES

# UMA SOONA

EL CARNICERO DE LA CABAÑA



**UMA SOONA**  
**EL CARNICERO DE LA CABAÑA**

Primera edición 2012

Segunda edición 2026

Fotografía: Mara Hernández

Ilustración: Marisa López - Sarima

Modelo: Virginia Maestro



© Julio García Robles

© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra



El sangriento rastro de un brutal asesino en serie es descubierto en Los Ángeles, la prensa le apodará como el Carnicero de la Cabaña. Las investigaciones del FBI se centran en la detención de un esquivo sociópata que no deja huella alguna. Pero el regreso a la ciudad de la agente especial Landis y la aparición de nuevos cadáveres en Madrid alterará el curso de las investigaciones, dándoles una nueva dimensión desde la Agencia UMA y el grupo especial Scorpio. Una conspiración apunta a la Casa Blanca en una guerra encubierta entre poderes, socavada por el odio, la ambición y la venganza. Virginia Landis tendrá que luchar contra su pasado y el presente para salvaguardar un futuro no muy lejano, en la cual solo la sangre divina podrá detener el horror y donde el amor conlleva a la tragedia.

Esta es la última entrega de la saga original **UMA SOONA**, actualizada en cuatro actos: “**La espada de Ares**”, “**Las hijas de la luna**”, “**El oro de los faraones**” y “**El Carnicero de la Cabaña**”.

## EL AUTOR

Julio García Robles es diagramador, escritor y fotógrafo de naturaleza. Diplomado en Gestión Medioambiental por la Universidad de Cádiz, entre otros, cuenta entre sus trabajos de divulgación científica con los libros *Devoradores de hombres y Lobo*. Ha llevado adelante proyectos de conservación en numerosos países, destacando su trabajo como agente social en programas ONG de Desarrollo. Es precisamente en estos largos viajes donde compagina historia y leyendas para dar vida a los personajes mágicos de sus novelas, siempre llenas de aventuras y emociones: la saga *Uma Soona, Sarima Vamp, El pequeño Budy y el Dragón Blanco, La leyenda de Perpintres, Planeta Z Muerto, El Dragón Rojo, Los crímenes de mi querida mamá, Las aventuras de Calamity Queen, El Dragón Rojo, Socarrats, Valentine, El Enterrador, Mamen, Flores de azahar...*



## PRÓLOGO

“El sol luce agradecido en sus últimos destellos, agónicas pincelas de colores vivos. Llega la noche, tan negra y tan blanca con la hermosa luna. La suave brisa del Mediterráneo, envuelta en un agradable aroma de azahar y jazmín, relaja mi cuerpo, mi mente. Pronto tomaré el vuelo de regreso a Los Ángeles. Han sido unas semanas muy duras desde que regresé a Valencia. La muerte de mi abuela María, su asesinato; esa mujer de cabellos rojos y su mirada, tan fría como atractiva; e Hipólita, la divina reina de las hijas de la luna. ¿Cuánto hay de verdad? La corona de Armonía y la espada de Ares son tan reales como la cálida sensación que recorre mis venas, que desata mis instintos. La misma que me convierte en una asesina maldita, digna hija del dios de la guerra. Steven, mi joven arqueólogo, sigue inmerso en sus investigaciones. Juntos esparcimos las cenizas de María sobre las estepas del Don, desde la más alta de las torres de la fortaleza de Tanais. Terminé de leer ese viejo libro escrito en castellano antiguo que encontró cubierto de polvo: El oro de los faraones, y aún no salgo de mi asombro. Una historia de tapas añejas corroídas por el paso de los siglos. Pero llena de grandeza y verdad... Mi verdad.”

## Capítulo I

### LLUVIA EN LOS ÁNGELES

En aquella calurosa noche de verano, la lluvia refrescaba el ambiente de Los Ángeles conforme acompañaba el suave crepitar de las gotas sobre los cristales de la gran ciudad. En las oficinas del FBI, el agente especial William Vence permanecía sentado junto a una mesa repleta de informes. El reflejo de la luz de un pequeño flexo iluminaba su rostro serio. En su mano izquierda mantenía unas fotografías, mientras que con la derecha se frotaba la frente. Observaba con detenimiento el rostro de una muchacha terriblemente mutilada. Unas escenas grotescas en las que se percibía la inocencia de una adolescencia truncada. La sombra del maquillaje se difuminaba en el rostro ido de la víctima, con tonos azulados, entre surcos marcados por lágrimas secas.

Volvió la mirada hacia una pared del despacho, donde se podía ver un pequeño marco con la foto de Virginia Landis, sonriendo junto a él. La tomó en la Academia del FBI. Era su compañera de promoción en Quántico. Se fijó en su largo cabello negro azabache, sus facciones marcadas y esos penetrantes ojos azul celeste que le atrapaban incluso ausente. Apenas hacía unas semanas que había marchado a España y ya la echaba de menos, como si se tratara de años. La amaba y ella lo sabía, aunque nunca se había atrevido a expresárselo.

—¿Alguna novedad? —preguntó el capitán Harris entrando en el despacho; un hombre mayor, entrecano, de rostro serio y pocas palabras.

—No, lamentablemente seguimos en blanco.

—Henry me ha confirmado que has incluido a la agente especial Landis en el grupo de investigación.



—Sí, pensé que podría ayudarnos.

—Sabes que tengo mis dudas sobre ella.

—Lo sé. Pero yo la conozco bien y...

—Dudo de su estado emocional tras la detención de Santos Montoro —le interrumpió Harris—. Realmente no sé que pensar. Lo que sí tengo claro es que tarde o temprano tendremos problemas. Para la investigación del caso he designado a Henry. Esta debe de ser su última misión en el FBI, en unos meses estará jubilado. Él decide con quien trabaja, no usted. No quiero ningún sobresalto, aléjala del caso.

—Con todo mi respeto, capitán, estamos ante un asesino en serie que no parará hasta que le atrapemos —dijo alzando levemente la vista, aprovechando cierta predilección que el capitán sentía por él.

—¿Cómo dice, agente?

—No creo que sean sus primeras víctimas. Virginia piensa como yo, en su informe...

—Sé lo que piensa la agente Landis. Henry no está de acuerdo. Y, ciertamente, no me gusta contemplar la posibilidad de un asesino en serie.

—Pero podría ser...

—William, confié en usted por su carisma, su profesionalidad e ideales. A nadie se le escapa que es el mejor de su promoción y por eso acepté su solicitud para trabajar en esta oficina. Ahora está ante su primera actuación como agente especial en una investigación criminal y comprendo su inquietud. Pero no magnifique el caso, no buscamos un asesino en serie. Céntrese en lo que tenemos, no en especulaciones. Es más factible que se trate de un crimen pasional, una disputa juvenil o una venganza... o de dinero. Una de las víctimas acababa de heredar una fortuna. Muchos

de los crímenes más atroces son realizados por adolescentes celosos, o quizás por un familiar ambicioso. No es necesario buscar un monstruo, sino un asesino.

—Sí, es posible —aseguró William un tanto dubitativo.

—Dígame, sin rodeos, ¿qué es lo que usted opina?

—Sería terrible que un asesino en serie estuviera actuando y el curso de la investigación se centrara en familiares y amigos de las víctimas, buscando un móvil pasional o económico... Pero seguro que es lo que usted y Henry creen que es. La experiencia es un grado —expuso el agente, con una expresión cómplice, desinteresada, dando qué pensar.

—Bien, no cerraré esa línea de investigación —aseguró Harris, cediendo con una mueca de contrariedad—. Pero si quiere que la agente Landis investigue, que lo haga desde la oficina. No la quiero en la calle hasta que tenga un informe claro y detallado sobre su estado psíquico.

—Gracias capitán.

—Vamos, es tarde, márchese a casa y descanse un poco.

Apenas había transcurrido media hora cuando una furgoneta oscura, con cristales tintados de negro, aparcaba frente a la Biblioteca Universitaria de Los Ángeles. La lluvia había cesado. Ángela Barry y Debra Wilson salían del edificio entre risas y como de costumbre, tarde. Les gustaba aprovechar hasta última hora para poner en orden sus estudios, contar chismes sobre los jóvenes que les gustaban e intercambiar contactos con sus amigas. Los ojos del conductor de inmediato se fijaron en ellas.

—¡Corre o no llegaremos! ¡El concierto está a punto de comenzar! —exclamó Ángela; una muchacha de unos quince años, con largas coletas, vestida de colegiala con falda a cuadros y jersey azul marino.



—¡Qué agonías eres! Aún falta una hora para que empiece —le reprochó Debra, su compañera; una joven pelirroja, pecosa y de su misma edad.

—¡Corre! ¡Perderemos el autobús! ¡Si me pierdo el festival te mataré! —insistió Ángela y, con los brazos cruzados, apretando sus libros contra el pecho, empezó a cruzar la calle con prisa.

—Siempre igual, al menos nos han regalado las entradas. Aunque nuestro trabajo nos costó —refunfuñó Debra.

Al llegar a la parada, solo pudieron ver como el autobús se alejaba.

—¡Mierda! ¡Lo perdimos! —exclamó Ángela.

—Tendremos que tomar un taxi —apuntó Debra—. ¿Tienes dinero?

La furgoneta de cristales oscuros arrancó y se les acercó despacio, con un golpe de bocina. El conductor bajó la ventanilla y apoyó el codo.

—¡Ángela, Debra! ¿No vais al concierto al final? —preguntó.

—¡Ey, qué bien! —exclamó Ángela, acercándose confiada.

—Hemos perdido el autobús. No sé si llegaremos, es en el otro extremo de la ciudad —afirmó Debra y se apoyó en la ventanilla.

—No te preocupes, yo voy para allá. Mi casa está cerca.

—¿En serio? —preguntó Debra, alegre.

—Sí, claro. ¡Cómo voy a dejar tiradas a mis jardineras! ¡Vamos, arriba! Será una gran noche —aseguró el conductor, animándolas; un hombre al que apenas se le veía el rostro con las sombras de la noche.

—Oye, gracias por las entradas y por llevarnos —afirmó Ángela.

—No es nada. Os las ganasteis arreglándome el jardín.

—Qué casualidad que pasaras por aquí, ¿no? —apuntó Debra.

—De casualidad nada. He venido a recoger un libro en la biblioteca. Ya me iba cuando os he visto. Habéis tenido suerte —afirmó el conductor.

Acto seguido les ofreció una cerveza fresca a cada una, sacando con la mano izquierda un par de latas de una pequeña mochila que colgaba del asiento, mientras con la otra sujetaba el volante. Ellas las tomaron con una amplia sonrisa, poniendo cara de traviesas.

—¿Los Dioses del Olimpo? ¿Puedo echarle un vistazo? Debe de estar muy bien, me gusta mucho la mitología griega —aseguró Debra, tomando en sus manos un enorme libro del asiento.

—¿Tienes música? —preguntó Ángela.

La furgoneta cruzó la ciudad y avanzó rápido por la Interestatal 5 hasta Santa Clarita. Al llegar a una salida apenas señalizada, con un suave giro, tomó dirección hacia los pantanos de la costa, introduciéndose en el Parque Nacional de Los Padres. Las jóvenes no se percataron. Acabaron sus cervezas, distraídas, mientras cantaban con cierta gracia los temas modernos que sonaban en el reproductor del vehículo. Emocionadas e impacientes por llegar, callaron de pronto cuando vieron una señal de carretera que las alejaba de su ansiado destino.

—¡He! ¡Te has equivocado! ¡Tienes que dar la vuelta o nos perderemos el concierto! —exclamó Debra.

El conductor aceleró, volvió su vista lentamente sobre ella y la observó detenidamente.

—No, no me he equivocado. Sois vosotras las que lo habéis hecho —afirmó con rotundidad. Y le lanzó un tremendo golpe



con el puño cerrado, dejándola inconsciente, con los labios sangrando y la cabeza ladeándose inerte por el traqueteo del camino.

Ángela abrió los ojos de forma desorbitada y respiró profundamente emitiendo un pequeño gemido. Sonó el cierre automático de seguridad de las puertas, como el terrible portazo de una celda de barrotes que te roba la libertad. El terror se adueñó de su cuerpo sin comprender nada y quedó en silencio, mirando al frente, mientras por sus mejillas se deslizaban lágrimas entre temblores.

La furgoneta avanzó por el bosque y tomó un sendero pedregoso. El cual les llevaba hacia lo más profundo del lúgubre pantano que bordeaba el lago Casitas. Ángela sostenía sobre sus brazos el cuerpo vencido de Debra, acariciándole la cabeza, llorando en silencio, sin poder reaccionar, cabizbaja.

Pasada una larga hora llegaron a los alrededores de una vieja cabaña, perdida y olvidada por el tiempo. Una extensa valla de madera carcomida la rodeaba y el cráneo de una vaca de largas astas adornaba su entrada. La joven pudo ver un cartel en el que se leía “Propiedad privada. Peligro: perros asesinos”. El conductor quitó la llave del contacto y bajó del vehículo, de forma pausada, sin prisas. Ángela intentó huir. Pero la puerta seguía bloqueada, no se abrió por más que lo intentó. A través del parabrisas, los ojos de aquel hombre estaban fijos en ella mientras cruzaba por delante de la furgoneta. Aterrada, abrazándose con fuerza a su amiga, vio como se acercaba y abría.

—¡Baja!

—No, no, no... —sollozó la joven.

Aquel hombre la agarró de una coleta y tiró fuerte de ella, haciéndola caer desde el asiento hasta el embarrado suelo. En la oscuridad la arrastró hacia el granero de la cabaña, le

colocó unas esposas en el tobillo y la encadenó a una argolla fijada en un grueso pilar de madera. Cerró con un golpe la puerta y marchó.

Ángela, temerosa, miró hacia todos lados sin ver.

—¡Debra! ¡Debra! ¡Socorro! —gritó una y otra vez, hasta que quedó recogida sobre sí misma, llorando entre espasmos de angustia.

Pasados cinco minutos Ángela escuchó el característico sonido de un generador de gasoil y la tenue luz de una bombilla se hizo sobre su cabeza. Se levantó jadeando su terror: estaba en un viejo granero con una mesa grande en su centro y numerosos sacos de maíz, roídos por las ratas, amontonados al fondo. A su lado había una horca colgada de la pared junto a diversos aperos de labranza, oxidados, cubiertos por el polvo y las telarañas. Tragó saliva, sudando, y trató en vano de deshacerse de las esposas. La desesperación se apoderó de ella cuando lo vio entrar de nuevo en el granero, con su amiga inconsciente sobre el hombro derecho y un maletín negro en la mano izquierda, el cual colocó con cuidado en una vieja silla.

Aquel hombre dejó caer de lado a Debra sobre la mesa. Miró a la muchacha, que se hallaba inconsciente y la acarició el rostro, pasando los dedos sobre sus labios hinchados. Luego se acercó hasta el maletín, lo abrió y, por unos momentos, observó el interior. Sacó una pequeña sierra quirúrgica, un separador torácico y un ancho cuchillo de carnicero. Después tomó unos guantes de nitrilo azul y unas prendas de plástico transparente, perfectamente dobladas, y se enfundó en ellas. Volvió la mirada sobre Ángela y se le acercó con paso lento, con las manos atrás y observando cómo le temblaba el mentón, cómo se movía tratando de liberarse inútilmente de



las esposas que atenazaban su tobillo. Le puso la mano en la cara, apretó los mofletes y tiró de ella hacia arriba, alzándola de puntillas.

La muchacha sintió un agudo dolor en el vientre que contrajo su pulmón. Un calor espeso envolvió su cadera, manchando la falda y resbalando por los muslos. Cayó al suelo y posó la vista y las manos sobre el mango de la hoja de acero que la atravesaba.

Debra se despertó entre temblores. Aturdida, sentada sobre la mesa, la visión con que se encontró la horrorizó: aquel hombre, vestido de plásticos, se le acercaba con un enorme cuchillo y su amiga Ángela, envuelta en sangre y dando pequeñas patadas con un pie, gemía en el suelo. Un alarido desesperado salió de su garganta, seguido de convulsas negaciones. La joven hundió su rostro entre las manos, agachando la cabeza, y cerró los ojos, ocultándose inocentemente de la terrible realidad. Sus gritos de angustia resonaron con fuerza en la oscuridad. Nadie los escuchó en aquel solitario paraje. Truncada la vida, el silencio se abatió en la lúgubre cabaña del pantano.

La noche había avanzado y los cuerpos de las dos jóvenes se hallaban tendidos sobre la mesa, con el torso desnudo y rodeados de plásticos. El suave aroma de un café inundaba cálidamente el lugar mientras aquel hombre disfrutaba de un descanso, entre cortos sorbos. Sentado en la puerta del granero, observaba el horizonte y la bóveda de estrellas que se alzaba sobre él. A su lado reposaba aquel libro de dioses griegos y, sobre éste, su mano izquierda.

—Pronto estarás a mi lado —susurró.

Se levantó, dejó la taza del termo sobre la mesa y miró los cuerpos sin vida de las muchachas. Luego se colocó de nuevo

los guantes de nitrilo, un protector ocular y tomó entre sus manos el separador torácico y la sierra quirúrgica.

Momentos más tarde, un grito resonó con fuerza en el silencio de la noche. Dos manos se erguían altivas al trasluz de la luna, clamando al cielo y, en cada una de ellas, un corazón sin vida.

Una semana después, la policía de Los Ángeles había acordonado la zona. El capitán Harris acababa de llegar a la cabaña acompañado por Henry, William y otros agentes federales.

—¡Aquí! ¡Hemos hallado más cuerpos! —exclamó, desde la entrada de un pequeño sótano cercano al granero, uno de los policías que registraban el lugar.

El capitán y los federales corrieron entre los árboles, acompañados por varios agentes de Homicidios, y bajaron por unos húmedos escalones hasta el oscuro y pestilente sótano.

—Ahí, son varios cuerpos. Al menos tres jóvenes más —afirmó el policía, alumbrando el horror con su linterna.

William vomitó apenas vio los cuerpos de Ángela y Debra, entre otros terriblemente mutilados. Algunos de ellos estaban en avanzado estado de descomposición.

—¡Dios! ¡Les han arrancado el corazón! —exclamó Henry, agachándose y observando el tórax abierto de una de las víctimas.

—Desmembra a sus víctimas para deshacerse de ellas —apuntó el policía, mostrándoles un saco de maíz en cuyo interior habían dos brazos cruzados, con las manos amputadas y posadas encima.

—¿Cómo puede existir un monstruo así? —preguntó angustiada William. Acto seguido se alejó de prisa hasta el coche dando una arcada y, poniéndose de cuclillas, vomitó.



Comenzó a suspirar, con una mano en la frente, mientras se limpiaba los labios con un pañuelo.

—¿Estás mejor? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Harris, acercándose a él.

—Sí...

—Tómate tu tiempo. Si necesitas un respiro, lo entenderé. No es fácil de digerir ni para un veterano. Henry se ocupará de todo —aseguró Harris, observando el estado inquieto de William y los resoplidos que emitía con la cabeza hundida entre las manos.

—No, no. Tenemos que atrapar a esa bestia. Hemos descubierto su guarida, pero sigue ahí fuera. ¿Quién sabe si ahora mismo no estará acechando a otra muchacha o despedazándola? —apuntó el joven, irguiéndose todavía pálido y con el rostro descompuesto.

—Bien, como quieras. Reponte y busca a los pescadores que encontraron el cadáver, quiero hablar con ellos —ordenó el capitán con la intención de alejarle de los restos humanos.

—Los hemos llevado a comisaría, están tomándoles declaración —comentó el detective de Homicidios Logan Wilson, acercándose lentamente; un viejo amigo del capitán Harris—. Son un grupo de amigos de Denver. Pretendían pasar un fin de semana lejos de la ciudad, pescando. Parece que un coyote desenterró parte del cuerpo, el tórax, en algún lugar cercano y ellos lo encontraron en la orilla del pantano.

—¿Cómo estás, Logan? —preguntó Harris.

—No muy bien, un día difícil.

—¿Qué más puedes contarnos?

—Poco, Harris. Pero me temo que lo que vamos a encontrar en los alrededores de esta cabaña no nos gustará.

—Gracias por avisarnos antes de revisar todo el escenario del crimen —apuntó Henry.

—Cuando el forense me advirtió que el corazón había sido extraído y que no había sido un coyote, ordené que os informaran de inmediato. Seguro que tiene relación con los crímenes de esas muchachas que se encontraron en la sima de Santa Clarita. Pensé que localizaríamos los restos del cuerpo, pero no esperaba esto.

—Sí, no puede ser casualidad —susurró Harris, apretando las mandíbulas, escudriñando con la vista el lugar.

—He solicitado una orden para levantar toda la zona. Creo que esto solo es el principio, hallaremos más cuerpos —expuso Logan.

—Así es y me temo que ese asesino no es un principiante. Henry, quiero aquí el laboratorio entero de inmediato; que nadie toque los cadáveres hasta que lleguen mis agentes. Avisa a la agente especial Jennifer Gómez y a su equipo, que no dejen piedra sobre piedra sin remover en este maldito lugar.

—Tienes mi colaboración para todo lo que necesites —anunció Logan.

—Gracias, la vamos a necesitar. Un asesino en serie anda suelto, rezaba porque no fuera así —aseguró Harris, con rostro enjuto, preocupado y con cierta rabia.

Aquella mañana gris no fue más que el comienzo de un exhaustivo rastreo que, caída la noche, levantó nueve cuerpos más. La mayoría era de jóvenes adolescentes, apenas unas niñas. Al segundo día, la cabaña estaba tomada por docenas de policías y agentes federales, forenses y perros adiestrados en la búsqueda de cadáveres. La prensa comenzó a rodear el lugar, abrumada por las angustiosas palabras y confesiones de algunos de los agentes que trabajaban en el macabro registro.

Durante siete días más, los agentes de policía del detective Logan, el equipo de Jennifer y la patrulla canina descubrirían



nuevos cuerpos enterrados, bajo la atenta y desencajada mirada del capitán Harris. Unos apenas se hallaban corruptos, otros descompuestos, todos desmembrados y enterrados dentro de sacos de maíz. Henry y William dirigían la operación y las líneas de investigación sin lograr dar crédito a lo que veían. También hallaron numerosos restos óseos que certificaron la terrible realidad: al menos diecisiete víctimas. Un brutal asesino en serie estaba actuando en la ciudad desde hacía bastante tiempo. Los medios de comunicación lo denominarían el Carnicero de la Cabaña.

## Capítulo 2

### EL REGRESO DE VIRGINIA

—La mayoría de las víctimas han sido identificadas —murmuró el capitán Harris.

Henry asintió. William permanecía a su lado, mostrando el ceño fruncido ante un panel que recorría toda la habitación con imágenes y apuntes detallados sobre los terribles asesinatos: los rostros de las víctimas, los restos hallados, el escenario del crimen, las distancias recorridas... Habían transcurrido dos semanas de intenso trabajo en el laboratorio, en las calles, en las oficinas del FBI y de la policía de Los Ángeles con un único objetivo: atrapar al Carnicero de la Cabaña.

—Pero nada sabemos de ese asesino —concluyó el capitán, con una apretada mueca de contrariedad.

—Sabe muy bien lo que se hace —apuntó Henry.

—Tarde o temprano encontraremos ese error que lo delate. No es posible tanta pulcritud, son muchas víctimas —expuso William.

—Ha estado casi una década matando sin que nadie lo descubriera —expuso la agente especial Jennifer Gómez, una mulata de inquieta sonrisa, baja estatura y largo flequillo; dudando de las palabras del joven agente mientras entraba en la sala con nueva documentación—. Algunas de las víctimas llevan más de ocho años desaparecidas..., muertas.

—Hemos buscado una conexión entre ellas, sin resultado. Parecen elegidas al azar por todo el condado. Algunas de ellas tenían su residencia en Las Vegas. No tiene sentido y la mayoría son tan jóvenes —continuó Henry.

—Diferentes centros educativos, familias desconocidas entre sí y ninguna característica que las haga particulares —expuso Jennifer, y entregó la documentación a Harris.

—Como punto en común decir que todas son jóvenes solteras, de raza caucásica, de entre trece y dieciocho años. Excepto una mujer de treinta y cinco, sor Encarna Muñoz, una religiosa franciscana —apuntó William.

—¿Una monja? —se preguntó Henry, extrañado.

—La policía tampoco encuentra una vía que lleve a ningún lado. Le entregué al detective Logan el informe de nuestra investigación —continuó Jennifer.

—¿Nada? —preguntó Harris.

—Nada. Logan está preocupado ante la posibilidad de que aparezcan nuevas víctimas —contestó la agente.

—¿Y quién no? —exclamó Harris.

—La gente vive horrorizada. Piensan en sus hijas, podrían haber sido ellas. No hay muchos avances en la investigación, ni detenidos, y la prensa no hace más que exaltar los ánimos: “El carnicero de la Cabaña aterroriza la ciudad”, “El FBI en jaque ante el Carnicero de la Cabaña”... —expuso Henry.

—El alcalde está presionando al Jefe de Policía y quiere hablar con usted, quiere que encontremos a ese asesino como sea —aseguró Jennifer.



—Me temo que no será fácil —dijo Harris.

—Las autopsias nos han desvelado cómo mata y algunas características de sus víctimas, pero de él... Se cuida muy bien de dejar rastro alguno —apuntó William.

—Si los coyotes no hubiesen desenterrado ese tórax amputado, esos pescadores jamás lo habrían encontrado y nosotros no tendríamos nada. Ignoraríamos que un asesino en serie está actuando en el condado —comentó Henry.

—Por lo menos no han aparecido otras víctimas —expuso Jennifer.

—No hemos encontrado más cadáveres, eso no quiere decir que ese asesino no esté activo. No le gusta exhibir su obra —dijo Henry, apretando el puño sobre la mesa.

—Es posible que ahora se lo piense al saber que estamos tras su pista —añadió William.

—Sí, quizá se tome un descanso como precaución y ese es el tiempo que tenemos para detenerle antes de que vuelva a matar —aseguró Harris.

—Con su permiso, capitán, he revisado los datos que aportó Virginia. El informe preliminar y el perfil que formó del sujeto antes de su viaje a España —insistió William.

Por un momento los cuatro federales se miraron. Jennifer, William y Henry eran conscientes de la desconfianza que Harris sentía hacia ella. El capitán se acercó a un ventanal y observó pensativo, con una mueca de resignación.

—¡Virginia! Sí, su vuelo llega en unas horas, regresa esta misma tarde —dijo finalmente.

—¿Virginia llega esta tarde? —preguntó William, interesado.

—Quiero disponer de los mejores agentes y Virginia seguro que tiene algo que decir al respecto. Me gustaría contar con ella, capitán —solicitó Henry de forma explícita.

—Nos equivocamos, tenía razón con su asesino en serie —apuntó William.

—Sí, cuente con la agente especial Landis. Espero no arrepentirme. William, usted que la conoce mejor, me gustaría que se acercara a recibirla. Que descanse del viaje, llegará cansada tras tantas horas de vuelo. Mañana, tras el almuerzo, quiero que nos veamos aquí. Póngala al corriente de todo —contestó Harris.

—Según el informe de Virginia se trata de un varón blanco, de mediana edad y complexión fuerte, zurdo. Posiblemente soltero, adinerado y con una educación exquisita —aseguró William.

—Sí. Lo he leído, está en lo cierto. Debe ser un hombre fuerte para poder realizar sus macabros asesinatos y transportar los cuerpos. No creo que tenga cómplices, demasiadas muertes, demasiado tiempo para mantenerlas en secreto si fueran varias personas —confirmó Harris.

—La autopsia asegura que la hoja que produjo la muerte de esas jóvenes penetró en sus cuerpos de izquierda a derecha. Sin duda es zurdo —aseguró Jennifer.

—O ambidiestro —rectificó Harris.

—Yo soy ambidiestro, pero por cultura y formas siempre uso más la derecha. Al final te acostumbras y apenas usas la izquierda. Debe de ser zurdo —apuntó William.

—Desde luego tiene que ser un camaleón educado, con buena apariencia y posiblemente con poder económico. Es necesario causar buena sensación para poder acercarse tanto hasta sus víctimas sin que estas desconfíen, no creo que las conociera a todas —apuntó Henry.

—Sí, en la mayoría no hay rastros de lucha. Podrían conocerse en espacios de tiempo cortos, o quizás sea alguien que conocieran de sus costumbres cotidianas, sin darle más



importancia... Nuestro hombre es una persona que trasmite confianza —expuso Henry.

—Como un médico o un maestro —apuntó William.

—Quizás un sacerdote, lo digo por el tema de la religiosa. Un cura no despierta recelo y podría acercarse mucho a ellas; más si es soltero y vive solo en la iglesia —asintió Jennifer.

—Lo he investigado. Entre las católicas no coinciden las parroquias y, al menos, tres de las víctimas eran musulmanas y una es judía —expuso William, alejando tal posibilidad.

—No tiene por qué ser soltero ni sacerdote, podría ser cualquiera. Una década matando es mucho tiempo. No buscamos a un enfermo traumatizado, ni a un pervertido desquiciado. Estamos hablando de un hombre que puede acabar con la vida de una joven y, después, pasear sin complejos ante su mujer o jugar con sus hijos. Puede ser un padre ejemplar sin que nadie sospeche nada. Un asesino en serie como éste, que no exhibe su obra, puede llevar perfectamente dos vidas paralelas. Una familia modélica es un lugar magnífico donde ocultarse de sus terribles crímenes y de las sospechas de la policía —expuso Henry.

—Seguro que lo es o quizás esté separado. Virginia tiene un sexto sentido. Ya ha visto: tenía razón con lo que nos hemos encontrado —respondió William.

—Ella sospechaba que se trataba de un ritual macabro —expuso Henry.

—La agente Landis tiene mucha imaginación. Sí, podría ser... Eso coincidiría con su idea del asesino. Posiblemente se trate de un varón de raza caucásica, al igual que todas sus víctimas. Es una connotación racista que solo existe entre los blancos, como “raza superior”, y no disponemos de antecedentes que nos indiquen otra alternativa —contestó Harris.

—Si es así, ¿con qué fin? ¿Y qué demonios hace con los corazones ese maldito loco? ¿Se los come? —se preguntó en voz alta Henry.

Jennifer negó con la cabeza y William encogió levemente los brazos. Harris elevó el entrecejo. Estaban sin respuestas.

—La agente Landis sabe ponerse demasiado bien en la piel de un asesino —murmuró Harris, rompiendo el silencio al que habían llegado.

—Quizás sea la persona indicada para acabar con ese monstruo —aseguró William.

—En el Departamento hay personas cualificadas para llevar la investigación adelante y detener a ese psicópata. Pero bien, no dejaré a ningún agente descansar hasta que ese enfermo esté en prisión. William, quiero que la vigiles: su mente es hábil, pero su gatillo es demasiado débil —apuntó Harris.

—Si me permite, capitán: detuvo a Santos Montoro, va a ser condecorada. Nos salvó la vida —expuso William.

—Mató a trece personas sin pestañear —insistió el capitán.

—Harris, viejo amigo, quizás no deberías darle tantas vueltas al asunto —dijo Henry.

—Disfrutó matando, lo sé y no puedo olvidarlo —concluyó el capitán.

William no tardó en salir hacia el aeropuerto. Tenía ganas de ver a Virginia, deseaba sentirse cerca de ella, escucharla, besarla, sentir su fragancia y perderse en su mirada azul. Se permitió comprarle una rosa, aun pensando que la joven no era muy amante de sorpresas de ese tipo.

El vuelo llegó con retraso. Pero ahí estaba ella, arrastrando una pequeña maleta y con un paquete alargado bajo el brazo. Tan hermosa como siempre, pensó.

—¡Dame un abrazo! —exclamó William.



Virginia le abrazó, pero de forma distante, y le dio un escueto beso. William enseguida notó que su estimada compañera, su amada amiga, se mostraba diferente. Algo había cambiado.

—Ten, un regalo —le aseguró, ofreciéndole la rosa.

—Dime, ¿qué hay de cierto en lo que dicen los periódicos?  
—preguntó ella.

William alzó la mano con la rosa, insistiendo en su regalo.

Virginia tomó la flor y la observó por unos segundos.

—Es preciosa, gracias —sonrió al final.

—Todo, tu asesino en serie ya tiene nombre: el Carnicero de la Cabaña —contestó William, retomando la pregunta de su compañera.

—Sí, lo he leído —aseguró Virginia.

—Tenías razón, las muchachas de la sima no fueron las primeras víctimas.

—¿Cómo sabéis que es el mismo hombre?

—Ninguna tiene corazón, ya sabes: se los ha arrancado. La prensa no sabe nada de ello, lo guardamos en secreto. Henry piensa quizás en una venganza personal contra la sociedad, un hecho traumático que arrastre...

—No creo que sea una venganza. Sabes muy bien lo que pienso. Es un sacrificio, un ritual.

—Jennifer sigue esa línea, hemos observado que solo mata jóvenes blancas. Harris dijo aquello de la raza superior, avalando tu postura. Si es como sospechas, en su macabra obra no quiere usar muchachas de color ni orientales..., de momento.

—Si es una ofrenda, no lo hará; sería un insulto para sus deidades. No hay ensañamiento con los cuerpos, ¿es así?

William negó con la cabeza.

—¿Recuerdas esos cortes? —continuó Virginia.

—Sí, son precisos e iguales en las tres jóvenes que hallamos antes de que tuvieras que viajar a España —contestó William.

—Son así en todas las víctimas que habéis hallado, ¿verdad? Es una ceremonia que el asesino repite una y otra vez, con un mismo fin. Nuestro hombre sabe lo que se hace y tiene un objetivo concreto, seguirá matando.

—El capitán se ha leído tu informe al menos tres veces. Le he visto revisarlo atentamente. Creo que tendrá en cuenta tus conclusiones.

—¿Aún confía en mí? ¿Por eso me aleja del caso? —preguntó con un gesto de enfado.

—Harris me ha pedido que te integres en el grupo de investigación, quiere verte mañana.

—¿Qué tenéis? —preguntó Virginia un tanto sorprendida.

—Poco o nada, ese monstruo no deja rastro.

—¿Y esa cabaña?

—El dueño del terreno no sabe nada, vive en Canadá. La alquiló en 2001 a un europeo, por treinta años, como explotación ecoturística. Cobró al contado, un ingreso anónimo en su cuenta que no nos conduce a ningún lado. No existe el inquilino, su nombre es falso, como todos los datos del contrato.

—¿Lleva diez años matando?

—Al menos ocho, no hemos identificado ninguna víctima que llevara más tiempo desaparecida.

—Seguiremos buscando. Cuando alquiló esa cabaña alejada de todo el mundo, aportando datos falsos, ya sabía para qué la quería.

—Tenemos prioridad absoluta para detener a ese psicópata. La mayoría de los agentes están trabajando en el caso. Son demasiadas víctimas que investigar, familiares, amigos, lugares... Es una locura. Está colaborando el Departamento



de Homicidios de la Policía de Los Ángeles. Esperemos que la información que podamos aportar entre todos de más frutos. Es posible que desde Washington DC nos envíen un experto en asesinos en serie.

—Así que el capitán cuenta conmigo —murmuró ella un tanto extrañada.

—Sí, es lo que tiene ser una héroe. Bueno, la verdad es que está un poco desesperado.

Virginia sonrió y observó la rosa, le había gustado mucho ese detalle. William, realmente, a pesar de lo que sentía por ella, no la conocía tanto como pensaba.

—Cree que solo una asesina como yo puede atrapar a un asesino como ese, ¿verdad? No creo que eso sea para pensar que confía mucho en mí.

—Él no dijo eso... ¿Qué llevas ahí, en ese paquete?

—Una espada y una corona.

—¿Una espada y una corona? ¿Estás de broma?

Entonces...

—¿Virginia Landis Valentine? —preguntó una mujer mayor, de corta melena negra, porte distinguido y vestida con un elegante traje oscuro.

La mujer se acercó hasta ella, ignoró a William y, confiada, meció con los dedos la melena de Virginia hacia atrás, despejándole su rostro. Después tomó la flor de la mano de la agente y olió el suave aroma que desprendían los pétalos rojos, sin apartar la vista de sus ojos.

—Soy Donna Ludwig. Me envía Diana, tu abuela te habrá hablado de ella.

Virginia entreabrió la boca. El recuerdo de su abuela María, en el lecho de muerte, apareció en su mente: “Diana, confía en ella”. Nadie había utilizado el apellido de su padre nunca desde su más tierna infancia, lo que despertó de inmediato más si cabe su interés por aquella desconocida mujer.

—Quiero expresarte mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de María, éramos buenas amigas. Lo siento. Te he estado esperando. Vamos, por favor, acompáñame —le solicitó Donna Ludwig, con una voz tan suave como firme, y le devolvió la rosa.

—Pero, ¿no vienes conmigo? —preguntó William, sin salir de su asombro.

—Gracias por venir a recogerme. No te preocupes, nos veremos mañana —le dijo Virginia y se volvió hacia la desconocida.

Las escasas palabras que había pronunciado y aquel nombre de mujer habían bastado para convencerla de que tenía que acompañarla. Quería descubrir los secretos de María, conocer a Diana, saber más de ella misma y aquella mujer, sin duda, conocía toda su verdad.

William se quedó en la zona de llegadas del aeropuerto, molesto, sin comprender, viendo cómo su compañera se alejaba.

—¡Virginia, recuerda: al mediodía, tras el almuerzo! —les gritó.

A la salida del aeropuerto, las dos mujeres se acercaron a un pequeño 4x4 descapotable, de dos puertas y cuatro plazas.

—Sube, te llevaré a tu nuevo hogar.

—¿Mi nuevo hogar? —preguntó Virginia.

—Sí, el piso donde vivías tiene muchas visitas. Demasiados cazadores esperan a que asomes por allí para volarte la cabeza. La recompensa de Montoro es tentadora hasta para mí.

Virginia la miró en silencio. Sabía que Santos Montoro había ofrecido una buena suma para quién acabara con ella, aunque no pensó que atraería de verdad a ningún asesino que quisiera cobrarla. Comprendió que estaba en un error.



—¿Es tu novio? —preguntó Donna al fijarse en la mirada de la joven, perdida en la flor que mantenía en la mano.

—No. Trabajamos juntos —contestó Virginia, dejando la rosa en el salpicadero.

—Él cree que sí.

—Es solo un buen amigo, un compañero de Quántico.

—Ya no trabajarás con él, ahora me perteneces.

Virginia asintió, dejándose llevar, confiada, y durante un largo tiempo, mientras avanzaban por la carretera, no dijo nada. Estaba expectante ante lo que aquella mujer de apariencia seria y elegante le pudiera decir. Pensó en su piso y en Montoro: no perdonaría nunca que una novata le hubiera detenido de forma tan humillante. Revisó con sus inquietos ojos el vehículo; estaba sucio, con los cristales manchados de excrementos de paloma y multitud de insectos aplastados por la velocidad. En la guantera asomaba el cañón de una pistola, la culata de otra y una fina daga.

—Tienes el coche un poco abandonado, no concuerda con tu elegancia —apuntó Virginia, mientras empujaba el cañón de la pistola, con dos dedos, hacia la oscuridad de la guantera.

—Gracias. No es mío. Era de Bambi, es un tanto despistada. Ahora es tuyo.

—¿Mío? ¿Quién es Bambi?

—¿Necesitas otro, quizás? —preguntó una voz surgida tras ella.

Virginia, sobresaltada, volvió la vista.

En el asiento posterior estaba sentada una mujer de grandes ojos azul marino, casi negros, clavados en su mirada. La recordó de inmediato, apenas la había visto una vez, por unos pocos segundos, en el aeropuerto antes de marchar hacia España. Sin duda se trataba de aquella que llegó hasta su mente sin articular palabra.

—¿Cómo es posible? No te había visto —apuntó la joven agente.

—Eres hermosa, sí... Esos ojos, eres tú sin duda —afirmó la enigmática mujer, acercando su rostro hacia ella.

Virginia pudo observar las cálidas facciones de su singular belleza, la corona floreada que portaba sobre la cabeza, sus largos cabellos blancos como la nieve, el estrecho chitón púrpura imperial que la cubría y, bajando la vista, vio sus pies desnudos. Tras un momento de silencio, la agente miró hacia Donna: conducía pendiente del camino, como ausente, ignorándolas.

—¿Quién eres? —preguntó Virginia, dirigiendo su vista hacia atrás.

—Ya lo sabes —contestó la mujer, recorriendo su mente y acelerando impetuosamente el corazón de la joven con tan solo acariciarle una mejilla.

Al notar las yemas de los dedos deslizarse suavemente por su rostro, el cielo pareció crujir en el interior del vehículo y Virginia cerró los ojos, dejándose llevar por un delicado sopor que la alejaba de la realidad. Se vio guerrera en el campo de batalla de Atlas, en la más lejana Antigüedad, envuelta en sangre y entrañas, entre miles de muertos y asida a la espada de Ares, de rodillas, herida, muriendo. Vio aquella mujer desconocida, altiva, acercarse a ella. Escuchó sus lejanas palabras que apenas entendía y notó cómo sanaba sus heridas, cómo acariciaba su rostro, y sintió con fuerza aquel ardiente beso de vida que colmaba de energía cada parte de su cuerpo.

Con un pequeño gemido, Virginia posó las yemas de los dedos sobre sus propios labios. Notaba un calor húmedo, que cedía a un hormigueo reconfortante conforme se disipaba de su mente aquel extraño recuerdo. Abrió los ojos y quiso hablar. Ante su sorpresa, aquella extraña mujer ya no estaba.



—¡Artemisa! —exclamó, recordando cada palabra de su abuela en el lecho de su muerte.

—¿Ocurre algo? —preguntó Donna, extrañada, mientras conducía.

—No —contestó Virginia, observando el asiento vacío, comprendiendo que Donna no había visto nada. ¿Se trataba de una alucinación o tal vez de una revelación?

Llegaron a un alto edificio del distrito de Long Beach, céntrico y con garaje. Donna la acompañó hasta la puerta. Pasó dentro y le enseñó cada detalle de su nueva vivienda; un ático moderno, decorado con gusto.

—¿Te gusta? Tienes buenas vistas y estás fuera del alcance de cualquier tirador, además los cristales son blindados. Por aquí vive mucho afamado y hay bastante seguridad. No te hagas notar. Aunque no es una zona humilde, es discreta y nadie se fijará en tus movimientos si no das motivos. Aquí estarás alejada de matones; por un tiempo te buscarán en hoteles y apartamentos en los alrededores de la ciudad. Además, tienes buenos restaurantes y supermercados, y una lavandería cerca. No les lleses ropa manchada de sangre; quémala, especialmente si la sangre no es tuya...

—¿Sigo siendo Virginia? —preguntó la agente, un poco desconcertada y consciente de la seriedad con que hablaba aquella mujer.

—Sí, claro. No es mi idea que pierdas tu identidad. Sin familia ni amigos a los que perjudicar, no te será difícil mantenerla.

—¿Quién eres? ¿Y Diana? —preguntó Virginia de forma directa, observando el estilo elegante de aquella mujer que estaba cambiando, de forma decidida y sin recato alguno, todos sus planteamientos de futuro.

—De momento, deberás esperar para conocer a Diana. En Washington DC se me conoce como la señora Ludwig. Soy agregada de inteligencia militar en el Pentágono y asesora personal del Servicio Secreto en la Casa Blanca. Puedes llamarme Donna. Dirijo un departamento especial de seguridad privada, lo conocerás como la Agencia UMA y ya formas parte de él.

—Me gustaba mi piso —apuntó Virginia.

—Montoro y sus sicarios no podrán seguirte el rastro por mucho tiempo, estarás muy por encima de ellos. Y si sigue molestando, hablaré con él —aseguró Donna.

Luego calló, como si ya no tuviera más que decir por el momento.

—¿Quién trajo mis cosas? —preguntó Virginia, observando sus prendas de vestir sobre la cama y varias cajas amontonadas junto al armario.

—Un amigo. Creo que está todo, no queda nada en tu antiguo apartamento. Ya está puesto en alquiler.

—Trabajáis rápido, por lo que veo.

—Tu abuela, ¿qué te contó? —susurró Donna y anduvo hacia el cristal de la ventana, posando la vista en el infinito azul del Pacífico.

—Una historia antigua, de mujeres: Las hijas de la luna.

—¿Te dijo quién eres?

—Sé quién soy... Pero no estoy segura de ser quien vosotras creéis que soy.

—Tu abuela fue una gran persona y, también, una de las mejores agentes que he conocido.

—Ella murió, la asesinó una mujer pelirroja, y no pudo contarme mucho.

—Mirina.

—¿Mirina?



—La mujer pelirroja.

—¿Quién es? ¿Por qué acabó con ella?

—Todo a su tiempo. Haces muchas preguntas, como la niña que eres.

—María me pidió que confiara en Diana... ¿Dónde está? ¿Porqué no ha venido?

—Ahora he de marchar. Ahí tienes tus órdenes, madura. Mantendrás tu placa federal, pero trabajarás para mí —le indicó Donna, como respuesta, señalando con el dedo un sobre que descansaba en la mesita de noche.

—Pero...

—Pronto nos veremos y tendremos tiempo para hablar.

—Solo una cosa: me gustaría trabajar en la investigación del Carnicero de la Cabaña, es un caso especial para mí.

—¿Especial?

—No sabría explicarlo, mis instintos se desatan cada vez que pienso en ese asesino. A menudo tengo pesadillas donde sus víctimas me atormentan. Me gustaría poder detenerle.

Donna se acercó a ella, pensativa, mirándola de soslayo y un tanto perspicaz.

—¿En serio tienes esas pesadillas? ¿Detenerle? Haremos algo más que eso —aseguró.

—¿Podré trabajar en el caso?

—Tus compañeros investigarán por nosotras. En cuanto den con él, será nuestro. ¿María te habló de ese asesino o de otro, quizás?

—No, ¿por qué?

—Mejor, así te centrarás en lo que tienes que centrarte.

—Sí, bueno... Pero yo...

—Ahora descansa, mañana tienes una cita con tu amigo William, al mediodía. ¿Recuerdas? Después del almuerzo —apuntó Donna, mientras salía de la vivienda.

Al día siguiente, en su despacho, el capitán Harris y los agentes especiales Jennifer, Henry y William esperaban a Virginia. Intercambiaban varios documentos y conversaban sobre los puntos de investigación iniciados para atrapar al Carnicero de la Cabaña mientras tomaban un café. La joven agente apareció dando unos golpecitos en la puerta.

—Pase, agente Landis. La estábamos esperando. ¿Fue bien su viaje? —preguntó el capitán Harris, de forma mecánica, sin levantar la cabeza de aquellos papeles.

—Mi abuela murió —respondió Virginia, de forma escueta.

—Lo siento, no sabía —se disculpó el capitán, fijando su vista en ella, y se pasó la mano sobre la nuca.

La agente se acercó a él y le entregó el sobre que Donna había dejado sobre la mesilla.

—¿Qué significa esto? —preguntó Harris, sacando la carta que contenía.

La leyó en voz baja y, un tanto desconcertado, se la pasó a Henry. El cual, tras leerla, la entregó a un impaciente William, mientras Jennifer trataba de entender algo.

—¿Tu traslado inminente a una unidad especial? ¿Qué es esto? —preguntó William tras leerla por dos veces.

—Me destinan a otro departamento. Es solo por unos meses, creo —comentó Virginia.

—¿Te destinan a otro departamento? ¡A un pelotón de zombis! —exclamó Henry.

—¿Qué es eso? —preguntó William visiblemente molesto.

—Fuerzas especiales, misiones secretas... Es muy peligroso —contestó Henry.

—¿De quién es esta estúpida idea? —insistió William.

Virginia ladeó la cara mordiéndose levemente el labio inferior. Luego, recogió la orden de las manos de William y la entregó de nuevo a su capitán.



—Un grupo especial que trabaja para el gobierno, preparado para misiones de alto riesgo, ha tenido una baja y cuentan conmigo. Acepté —apuntó ella.

—¿Un grupo especial? ¿Es legal? Eso me suena a cazadores de hombres —susurró Henry con cierta suspicacia.

—¿Una baja?—preguntó William, preocupado por el futuro de Virginia.

—No me gusta. ¿Qué pasa con todos tus proyectos? —comentó Henry.

—Sí, con el Carnicero de la Cabaña, ¿ya no te interesa detenerlo? —expuso William.

—Agente Landis, le pido que reconsidere su decisión. Un pelotón de zombis no es lo que usted buscaba cuando llegó al FBI. Por lo que veo, no es un grupo especial de policía lo que le están proponiendo. Esas personas al final no saben ni para quién trabajan y es muy peligroso: todos acaban muertos, locos o en la cárcel —afirmó el capitán, de una forma tan paternalista que sorprendió a Virginia.

—Usted fue quién me aseguró que el FBI no era para mí.

Harris se levantó, paseó junto a ella recordando aquellas palabras que le dijo un día, cuando vio en ella a una fría asesina, cuando acabó con los sicarios de Montoro.

—Veo que ya lo ha decidido —espetó contrariado.

—Sí, capitán. Me esperan esta misma tarde en Langley.

—Quisiera convencerla de que se quede con nosotros, veo que no será posible. Aunque no quiera, pronto pasará al anonimato. No sé si será consciente de lo que eso significa. Espero asistir antes a su condecoración que a su funeral.

Virginia asintió un tanto enojada. Había llegado a la sede del FBI esperando felicitaciones, no aquella especie de reprimenda. Se despidió con un gesto contrariado y salió de la oficina, dejando tras de sí a los cuatro federales sin palabras.

### Capítulo 3

#### OBJETIVO: MIRINA

En la sede central de la CIA, en Langley, Virginia descansaba en una antesala, sentada sobre un pequeño y cómodo sofá. Intrigada, con una revista bélica en la mano, pasaba páginas sin mirar, mientras observaba cada detalle de su alrededor. Llevaba más de tres horas esperando ser recibida. Frente a ella se situaba un pequeño recibidor, donde una secretaria de estrechas gafas atendía a unas personas y dos agentes hacían guardia.

Sonó el teléfono, desviando su atención. Al momento, la secretaria se levantó y se acercó hasta ella.

—Por favor, ya puede pasar.

Acompañada por aquella mujer y los dos agentes, Virginia se adentró en un largo pasillo de blanco techo y suelo pulido, donde resaltaba en grande la insignia de la CIA bajo sus pies. Llegaron a un ascensor, que se abrió al introducir la correspondiente acreditación en un sistema de apertura con cámara de seguridad. Subieron hasta una planta sin identificación ni ventanas. Una clave secreta abrió la puerta y entraron en una sala donde Donna Ludwig, un general de uniforme, una mujer de rasgos orientales y un hombre de elegante vestir debatían alrededor de una gran mesa ovalada, bajo una tenue luz. El resto de la habitación se hallaba en penumbra, haciendo imposible identificar a varias personas que permanecían detrás, de pie, en el anonimato.

—Por favor, pase —dijo la secretaria y cerró la puerta tras su paso.

—Soy Frank Conreen, subdirector del Grupo de Actividades Especiales de la CIA. ¿Es usted Virginia Landis, agente especial del FBI? —preguntó el hombre moreno, de



pelo relamido, que vestía un elegante traje azul marino con una pequeña bandera americana en la solapa.

—Sí, sí señor.

—Si es así, supongo que está al corriente de la importancia que tiene para nosotros este proyecto —dijo la mujer de ojos orientales, con una mirada penetrante, ladeando hacia atrás su larga coleta negra.

Virginia la miró, preguntándose quién era.

—Soy Mary Sue, secretaria adjunta de la Agencia de Seguridad Nacional —continuó la mujer como si hubiera leído su mente.

Virginia, un tanto desconcertada miró hacia Donna. Ella asintió con un gesto noble, transmitiéndole confianza.

—La señora Ludwig me puso al corriente de cierto interés en formar un grupo especial de investigación y asalto, apoyado por el USSOCOM. Aunque me gustaría disponer de más información y saber concretamente que se espera de mí —contestó Virginia.

—Mirina debe ser eliminada, en principio es lo que esperamos de usted —expuso Frank Conreen.

—Agente, tendrá más información a su debido tiempo —comentó el general James Thompson, según indicaba el rótulo de su uniforme militar; las más altas distinciones al valor en combate de su pecho rubricaban su valor.

—Como bien sabe, el mando del USSOCOM supervisa los cuerpos de operaciones especiales de todo el país. Hoy nos hemos reunido aquí, junto a las agencias de inteligencia implicadas en seguridad nacional, con el objetivo de evaluar la posibilidad de crear un grupo operativo que afronte ese problema llamado Mirina —expuso Mary Sue.

—El Departamento de Defensa no tiene autoridad legal para llevar a cabo, digamos, algunas misiones delicadas,

acciones encubiertas. Se requieren ciertas premisas. La CIA mantiene esa capacidad, se podría decir que es la agencia del gobierno encargada de realizar este tipo de trabajos —comentó Frank Conreen.

—Pero no en suelo americano —apuntó Virginia.

—Veo que ha comprendido. Usted es una agente federal, como tal puede actuar dentro del país sin que tengamos que enfrentarnos a determinadas cuestiones. ¿Se ve capacitada para liderar este proyecto? —preguntó Frank.

Una voz siniestra, ronca, desvió la mirada de Virginia antes de que pudiera responder.

—Veo que eres muy joven para ser tan diestra en tus artes como aseguran. Quizás sea cierto, si así lo afirma nuestra querida Donna... Pero, ¿estás preparada? Poco sabemos de tu vida, ni tan siquiera si eres quién se supone, ni si siéndolo serás capaz. ¿Lo serás? —preguntó un hombre, irrumpiendo desde las sombras. Vestía de negro, con una larga chaqueta. Su pelo entrecano apenas se dejaba ver cubierto por un sombrero pardo. Una alargada cicatriz desfiguraba su rostro y un parche de cuero le cubría el ojo derecho, dándole un halo jocoso de misterio. Se acercó hasta posar su ojo izquierdo a cinco centímetros del rostro de Virginia, observándola, queriendo escrutar en el interior de su mente.

—¿Acaso tienen otra opción? Creo que no estaría aquí, ante ustedes, si fuera así —preguntó ella, de forma contundente, sin amilanarse a pesar de sentir en su corazón una fuerza oscura, poderosa, tan terrible como atractiva.

—No sea soberbia. Tenemos otras opciones y con más experiencia —contestó aquel hombre, sin apartarle la vista.

—Coronel Murdek, está preparada para llevar a cabo esta misión. Lo lleva en la sangre, no lo dude. La Agencia UMA responde por ella, es nuestra elección —aseguró Donna.



La sala quedó en silencio, el hombre misterioso sonrió con una mueca difícil y dio un paso atrás para retornar a las penumbras de la sala, bajo la atenta mirada de Virginia.

—Si me permiten, ¿por qué confían ustedes en mí para coordinar un grupo especial? Apenas me conocen, como asegura el coronel Murdek —se expresó la agente.

—Hemos estudiado la propuesta de la señora Ludwig, su informe es envidiable. Usted detuvo a Santos Montoro y acabó con trece de sus sicarios. Parece ser que no le tiembla la mano cuando tiene que actuar. ¿No? —preguntó Mary Sue—. Por otra parte, si es nieta de María, es muy posible que Mirina la considere una adversaria y la convierta en su objetivo, si no lo ha hecho ya. Y esa es una baza que nos interesa jugar. Además usted vive en Los Ángeles, su destino en el FBI nos favorece.

—Donna piensa que es necesario prepararte para afrontar tu destino. Ella, como tu abuela, siempre anda en sus mundos de fantasía. Yo te veo y pienso que eres débil, deberías seguir en el FBI —aseguró Murdek, reticente, con su voz siniestra que parecía formar eco en la mente de Virginia.

—Ya sabemos su opinión al respecto, coronel —apuntó Donna—. Pero no es suya la decisión.

—En Irak, Afganistán y otros países conflictivos se hizo necesario el uso de agentes encubiertos en determinadas acciones —aseguró Frank Coreen—. No todos fueron controlados por el USSOCOM, como ahora, y dieron pie a cierta proliferación de profesionales que hoy actúan por libre. Mirina nos abandonó ante su propia ambición...

—Por favor, tome asiento, tenemos que hablar —dijo el general James Thompson, de forma amable, levantándose de su asiento—. Nuestro deseo es subsanar ese pequeño descontrol que se ha generado, esos exagentes deben de ser

detenidos o eliminados. La verdad es que se han convertido en un serio problema de seguridad. No dudan en atentar contra intereses norteamericanos, siempre que sean bien remunerados, y algunos de ellos saben demasiado de nosotros. Es el caso de Mirina.

La luz de la sala decreció y una pantalla bajó automáticamente, dos rostros aparecieron en ella junto a numerosos datos y claves cifradas.

—Edward Rotten, uno de nuestros mejores agentes especiales, fue asesinado en Jerusalén hace cinco años —expuso Frank—. Descubrió que Alberta Muller, un enlace de la Agencia de Seguridad Nacional, tenía contactos con un agente del Mossad implicado en la venta de secretos militares. Desde entonces han sido asesinados cuatro agentes más de la CIA, dos en sus pisos francos, uno en una misión encubierta y el último, incluso sin estar operativo.

Por la pantalla fueron apareciendo nuevos rostros, en silencio; eran los nombres de los agentes asesinados, sus datos personales y los lugares donde habían sido abatidos. Seguidamente, se proyectó la imagen de dos militares de alto rango y una mujer de recatada apariencia.

—En ese mismo tiempo han sido asesinados los capitanes Andreas y Martins, responsables directos de los comandos especiales en zonas hostiles. Así como la señora Jaima Lee, uno de nuestros contactos más importantes en Oriente Medio, encargada de la operatividad en inteligencia militar —apuntó el general James Thompson, golpeando levemente la mesa con las yemas de los dedos.

—En la NSA hemos tenido dos bajas relacionadas con estos crímenes. Nuestros agentes han sido eliminados fácilmente. Sabían donde localizarles —continuó Mary Sue, mientras las imágenes seguían sucediéndose.



Virginia miraba con interés cada cara reflejada en la pantalla.

—Como ha podido observar, en menos de cinco años, diferentes agencias de seguridad del país hemos sufrido un número de bajas considerable. El método es sencillo: una bala en el corazón. Mirina ha usado diferentes armas cortas, aunque también actúa en la distancia con un fusil Barret .50 82AI —aseguró Mary Sue.

—Un *Light fifty*. Su eficacia es letal en manos de un buen tirador. ¿Sabemos quién es? ¿Es ella? —preguntó Virginia, sabiendo la respuesta.

—Sí. Una vez esté usted preparada y si así lo decidimos, acabar con esta amenaza y la gente que la rodea será su máxima prioridad —contestó el general James Thompson.

La pantalla quedó en blanco. Seguidamente apareció el retrato robot de una mujer joven, morena, de pelo corto. A pesar de los cambios aparentes, Virginia la reconoció de inmediato. Pero no dijo nada, se limitó a escuchar.

—Mirina se formó en inteligencia tras superar las pruebas más duras, comparables a los programas de acceso a las fuerzas de élite de la Armada. Con la CIA llevó a cabo varias misiones en territorio hostil, incluso actuó como infiltrada durante seis meses en Moscú. Hace tres años que desapareció —expuso Donna.

—Este retrato es todo lo que tenemos de esa mujer, ni una imagen real. Aunque no es fiable, pues cambia de aspecto con facilidad. Usa pelucas de distintos tonos y volúmenes, así como lentillas de colores diferentes —afirmó Mary Sue.

—Ha desaparecido su información de todos los archivos, es como si nunca hubiera existido. Por desgracia, nosotros hicimos gran parte de ese trabajo cuando empezó a actuar como ejecutora sin identidad en países extranjeros. El resto lo

ha hecho ella, accediendo a nuestra propia red de inteligencia. Estamos recopilando datos de nuevo, recuperados de antiguos informes en papel y de archivos digitales reservados que permanecieron fuera de su alcance. Pero resulta complicado. La mayoría fueron destruidos con anterioridad por su naturaleza conflictiva —expuso Frank Conreen.

—En principio pensamos que también había sido asesinada, más tarde tuvimos motivos sobrados para sospechar que ella era la responsable de estas muertes —asintió Mary Sue.

—Alberta Muller vendió en Bruselas un listado detallado de agentes especiales y personalidades responsables en inteligencia, tanto en materias reservadas del Ejército como de investigación en narcotráfico y terrorismo. Creemos que Mirina fue contratada por un cabecilla tribal, llamado Abu Ali Jamal. Un multimillonario afín al régimen talibán de Afganistán, que perdió a su familia en un bombardeo —dijo Frank Conreen.

—Hemos podido constatar que el jeque se reunió con Alberta Muller. Ese mismo día, un jueves, tuvo lugar un importante movimiento bancario hacia Suiza que, en treinta segundos, desapareció en un conglomerado de sucursales bancarias repartidas entre los paraísos fiscales de todo el planeta —advirtió Mary Sue.

—Se esfumó con la fortuna del jeque, nos costó mucho dar con ella —expuso Frank—. Alberta mantuvo negocios con algunos exagentes de la CIA y también con diversos grupos paramilitares y terroristas. Al final la perdió su propia ambición, no supo desaparecer. Su captura nos ha situado sobre la pista de Mirina —aseguró Mary Sue.

—Por a sus declaraciones sabemos que Mirina es la ejecutora que buscamos y que se oculta en la costa de California, seguramente en Los Ángeles —asintió Mary Sue.



—En los interrogatorios, esa mujer ha asegurado que Abu Ali Jamal contrató a Mirina para que ejecutara esa lista negra. Está acabando con ellos, es la venganza personal del jeque y empezó con Edward —expuso Frank Coreen.

—Ese listado progresa. Nos ha advertido que destacaba un golpe final en la Casa Blanca, un objetivo de una importancia capital —dijo el general James.

—Y nos tememos lo peor —apuntó Mary Sue.

—Mirina conoce la mayoría de nuestros medios, contactos y claves. Utiliza el sistema en su beneficio y nos está haciendo mucho daño —añadió Frank Conreen.

—¿No puede haber mentido esa tal Alberta Muller? No parece una persona de confianza —preguntó Virginia.

—No ha mentido. Sabe a lo que se enfrenta. No será ejecutada ni enviada a Guantánamo. Pasará el resto de su vida en una cárcel discreta y quizá algún día salga. Podrá ver a sus familiares —aseguró Mary Sue.

—La ambición y osadía de Mirina no tiene precio, apunta muy alto. No puede existir una profesional con una lista negra en la que se citan los nombres y domicilios de nuestros mejores hombres. Hay que acabar con ella y con todo lo que la rodea, y más si pretende atentar contra la Casa Blanca —dijo el coronel Thompson, con cierta preocupación.

—La Casa Blanca —murmuró Virginia alzando el entrecejo.

—¿Entonces? —preguntó Frank.

—Sí, me me ocuparé de Mirina.

Esa noche, Virginia cenó con Donna. Apenas faltaban unas horas para que aquella elegante mujer volviera a Washington DC y deseaba escuchar cuanto pudiera decirle. La reunión había resultado de interés y significaba un gran reto para ella, se adentraba en un mundo desconocido que la sorprendía

cada vez más. Nunca habría sospechado que su abuela María era una agente especial o, lo que parecía más probable, una ejecutora. Altos mandos del Pentágono y personalidades responsables de los cuerpos especiales estaban dispuestos a confiar en ella gracias al aval de Donna. Algo que la reconfortaba, pero que también la incomodaba ante la responsabilidad que asumía y la avalancha de interrogantes que sacudían su mente.

—Estaba buena la carne, ¿verdad? Solo aquí preparan esta salsa de pimienta, el solomillo estaba en su punto —respondió Donna, limpiándose suavemente la comisura de los labios.

—¡Y el vino! ¡Un Protos! —exclamó Virginia.

—A tu abuela María le encantaban los vinos españoles, especialmente los Ribera del Duero. Yo prefiero los nuestros, los del Valle de Sonoma, teníamos nuestras discusiones... Bueno, sin duda es un buen vino —aseguró Donna.

—¿Cómo lo ves? —preguntó Virginia.

—No lo sé, ya no está en mis manos. Si confían en otra persona, yo estaré fuera y la Agencia UMA perderá poder en las altas esferas. Aunque mi apuesta eres tú y suelo apostar a caballo ganador.

—¿Cuándo lo sabremos?

—En unos días, no pueden retrasar por mucho más la decisión. Hay mucho que hacer.

—Y ese coronel, el tal Murdek.

—¿Qué ocurre? ¿Te impresionó con su ojo tuerto?

—No, no es eso... o sí. Sentí una extraña sensación, como si de alguna forma pudiera ahondar en mi mente.

—Dime, me hablaste de un asesino que te ponía nerviosa, el Carnicero de la Cabaña, y de unas pesadillas que no te dejaban descansar. Me gustaría que me contaras esas inquietudes que sientes y si sabes algo nuevo sobre el caso.



—Desde la muerte de María, esas pesadillas son más reales, más recurrentes. Es como si estuviera en dos mundos a la vez. Batallas de la Antigüedad, infiernos en llamas... y esas niñas asesinadas. No sabría explicarlo bien. Noto cómo se acelera mi corazón, y la sangre es como si ardiera en las venas. Es una sensación extraña. No, de ese asesino no sé nada nuevo. Hablé con William Vence, mi compañeros...

—El de la flor en el aeropuerto, tu novio —apuntó Donna.

—No es mi novio. Pero sí, es él. Apenas han progresado. Creen que ha dejado de matar, que está oculto, esperando que pase el tiempo.

—Pero, las pesadillas, eso ya te ocurría antes de descubrir a ese cazador, ¿no? María me habló en cierta ocasión de ello. Se sentía preocupada por su nieta, me habló de mujeres guerreras y brutales luchas a muerte.

—¿Mi abuela te habló de ello? ¿Te contó eso? —preguntó Virginia, un tanto perpleja.

—Siempre se estuvo preparando para una gran batalla que nunca llegó. Y sí, me habló de muchas cosas. Especialmente de su nieta. Siempre dijo que eras hija de dioses, divina. Era una mujer muy creyente de su fe. Tras la muerte de tu madre, quiso mantenerte fuera de este mundo. Cambió para siempre, no volvió hablar de dioses ni de su nieta. Te quería mucho.

—Creo que siempre me han perseguido esas pesadillas, esa inquietud. Pero de forma puntual, podría sentirla una o dos veces al año, a veces tres. Ahora es diferente, desde que vi las primeras víctimas del Carnicero de la Cabaña, esa sensación se ha disparado en mi interior como si todo mi ser quisiera revelarse dentro de mí.

—¿Te habló de tu padre?

—Mi padre murió en un accidente. Mi abuela no me lo contó todo, ¿verdad?

—No. Mirina lo impidió, la asesinó. ¿Estaba en su lista? Fui incapaz de imaginarme que alguien pudiera querer hacer mal a mi abuela. No sabía bien quién era.

—Sí, es posible que estuviera en esa lista.

—¿Sabemos los nombre de esa lista?

—Sí, de algunos. Están avisados y disponen de protección especial.

—¿En el listado se nombra la Casa Blanca o al Presidente?

—No, es algo que desconocíamos. Le ha valido la vida a esa mujer que nos vendió, Alberta Muller —contestó Donna—. María me contó que la hacías responsable de la muerte de tu madre, que no querías saber nada de ella. Sufrió mucho por ello. Fuiste muy dura. Eva decidió por sí sola ser marine, nadie deseó que marchara a Irak.

—Lo sé. Era una niña, creo que necesité culpar a alguien de su muerte. Estaba tan lejos de mí, en ese desierto. Ahora me arrepiento tanto de no haberla tenido más tiempo a mi lado, de no haberla escuchado.

—¿Y de tu padre? ¿Qué recuerdas?

—Yo era muy niña cuando falleció, nunca le conocí. Seguro que tú sabes más que yo sobre quién fue. Lo supe cuando me llamaste Valentine. Mi madre no hablaba nunca de él, incluso eliminó su apellido de mis documentos.

Donna se reclinó hacia atrás, observando la cara de Virginia, un tanto apenada por aquellas preguntas.

—¡Estoy sola! —exclamó Virginia y tomó la copa de vino, degustando un corto sorbo. Luego, le dedicó una mirada interrogante a Donna.

—He solicitado la información del Carnicero de la Cabaña, creo que será importante que acabemos con ese monstruo cuanto antes —aseguró Donna.

—No es un psicópata cualquiera, me gustaría poder trabajar en la investigación. ¿Sería posible?



—Estamos colaborando con tus compañeros del FBI, como te dije es una prioridad. Pero tú te mantendrás al margen, no creo que tengas tiempo.

—Pero...

—No te preocupes, cuando le localicemos, no tendrá opción. Ahora debo marchar, me esperan en Washington DC y el avión no esperará por mí, me temo.

Virginia acompañó a Donna en su salida del restaurante hasta el vehículo oficial. Quería preguntarle tantas cosas, aunque parecía que no disponía de suficiente tiempo para ella. Era algo que la enfurecía, pero que tenía que aceptar.

—¿Y Diana, cuando la conoceré? —preguntó, viéndola cerrar la puerta del vehículo.

—Una cosa, tengo entendido que visitaste la fortaleza de Tanais, ¿encontraste la corona de Armonía y la espada de Ares? —respondió Donna, ignorando su pregunta y bajando la ventanilla un palmo.

—Sí.

Donna sonrió con una mirada cómplice y pulsó el botón que alzaba el cristal de su ventanilla. El vehículo se alejó dejando a Virginia con la sensación de haberse quedado igual, llena de preguntas.

—No le has hablado de mí. Mejor, esa mujer podría pensar que estás loca —susurró una voz melódica al lado de Virginia.

## Capítulo 4 INSTRUCCIÓN

Tres días después de la reunión en Langley, un autobús llegaba a la base militar de Parris Island, Port Royal, en Carolina de Sur. Virginia bajó del vehículo observando un pelotón

de marines al paso. Luego entró en las oficinas de mando, paseando un pequeño petate sobre su hombro.

—¿El capitán Mac Fergusson? —preguntó a un suboficial que se hallaba en una mesa, con un teléfono en la oreja y la mano sobre el ratón del ordenador.

—Sí, está reunido. ¿Quién le busca?

—Virginia Landis, agente federal.

—Tendrá que esperar. Siéntese, por favor.

Durante unos minutos, Virginia recorrió la oficina mostrando atención a las imágenes bélicas que adornaban las paredes, hitos heroicos protagonizados por el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. Se quedó frente a la ventana observando a los militares desfilando a paso ligero, escuchando las voces y órdenes.

La puerta del despacho del capitán se abrió y salieron dos sargentos instructores, serios, sin una palabra. Al momento, el suboficial colgó el teléfono y entró con una carpeta en aquella habitación de la que surgía una música de notas clásicas.

—Puede pasar, agente especial Landis —dijo el suboficial, conforme salía del despacho.

—Es usted puntual. ¿Qué hace aquí, en mi base? —fueron las primeras palabras que el capitán Mac Fergusson le dirigió a Virginia; de espaldas, ladeando la cabeza al ritmo de la música.

—Esperaba que usted me lo comunicara.

—Ya veo, agente. ¿Le gusta la música? ¿Sabe qué es esto?

—La Novena de Ludwig en Re Menor.

El capitán se volvió con cierta cara de sorpresa. Era un hombre mayor, de carácter fuerte y grandes cejas grises como su cabello canoso.

—Primero enviamos un mono al espacio, luego La Novena... Vamos progresando.

Virginia asintió sin comprender muy bien aquellas palabras, dando por cierto que no era muy grata su presencia allí.



—Estará con nosotros como invitada por una temporada, si antes no decide abandonar —continuó el capitán—. He revisado con interés su informe y las recomendaciones adscritas por el USSOCOM. No le preguntaré nada que no pueda contestar. El comandante de la base me ha solicitado este favor y, sabe usted, somos buenos amigos. Solo, dígame: ¿tiene algo que demostrarse a sí misma? Porque tiene toda la pinta de ser ese mono que enviaron al espacio.

—No.

—¿Sabe que más del veinte por ciento de las candidatas no soportan la primera semana? ¿Y que la mitad de ellas no terminan el periodo de instrucción?

—Sí, me he informado un poco y he visto que más de la mitad se convierten en marines. Creo que lo importante no es cuantas fracasan en su intento, sino las lo consiguen.

—Interesante punto de vista. Me gusta. Veo que es optimista, quizás porque desconoce lo que le espera aquí. Permanecerá en el barracón sur de oficiales instructores, sola. Se unirá al Primer Batallón para sus ejercicios, adscrita al grupo Alfa.

—¿Sola?

—Son las órdenes: la aspirante debe estar aislada del resto de sus compañeros fuera de los periodos de instrucción y dispondrá de excepciones sanitarias e higiénicas. ¿No lo quería así la señorita?

—Yo...

—Dígame, ¿piensa que esto es un hotel de cuatro estrellas? ¿Acaso se cree que merece un trato especial por ser una agente federal? —preguntó el capitán, elevando el tono de la voz—. Creo que su capricho de ser marine finalizará muy pronto.

—Yo no solicité el ingreso en su base ni ser marine.

El capitán dio un paso hacia atrás, contrariado. Observó el joven rostro de Virginia, sus cabellos negros, largos, y sus hermosos ojos azules. Se apoyó con el cuerpo en la mesa de la oficina y miró su figura de mujer. Revisó unos documentos y volvió de nuevo la mirada sobre ella.

—Veo que su madre, Eva Landis, fue capitán de Marines.

—Cayó en una emboscada, en Irak.

—Lo siento. Muchos marines dieron su vida en Irak. Hombres y mujeres de un valor extraordinario, buenas personas. Murieron defendiendo nuestra libertad, nuestro país. No lo olvide: ser un marine no es una etiqueta, es un valor. Puede marcharse, mañana realizará un breve examen de aptitud para iniciar su periodo de instrucción. A medio día iniciamos el programa, espero que no se duerma y mantenga su optimismo. Sería una lástima que tuviera que marcharse mañana mismo, recluta Landis.

—Lo intentaré. No quiero defraudar a los que han confiado en mí, ni tener que disculparme ante los que no lo han hecho.

—¡Escuche, recluta Landis! —le cortó el capitán—. Fuera de esta isla será una condecorada agente especial del FBI, pero aquí no es más que una recluta más. Acostúmbrese al orden militar y respete a los superiores como se debe. Ya no es una civil, sino un soldado. Veremos de qué está hecha y por qué está aquí.

—Señor, sí, señor —contestó Virginia, manteniéndose luego en silencio.

—Puede marcharse, recluta Landis.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta, señor?

El capitán asintió, ladeando el cuerpo.

—¿Sabe si tengo que estar mucho tiempo en su base?

Fergusson la miró un tanto perplejo.

—Preferiría no estar aislada, señor —añadió Virginia.

—Puede marcharse, recluta Landis.



Virginia, un tanto desconcertada con lo que iba viviendo en aquel lugar, recorrió las calles de la base militar acompañada de un suboficial y entró en el pequeño barracón al que había sido asignada. A su izquierda había una pequeña sala con una oficina, un armero y un cuarto de guardia. En la derecha se situaba un dormitorio donde habían seis literas con sus taquillas correspondientes. La agente dejó el petate sobre una de ellas, la más cercana a la salida, se instaló y recorrió el lugar. Al fondo había una sala más ancha, no mucho, con unas mesas, una nevera, cafetera y una mesa de pin pon; y los aseos, con tres duchas comunales.

Se tumbó en la litera y miró al techo pensativa. No se sentía nada bien en aquel lugar, rodeada de soldados y órdenes.

—¡Hola! —susurró Donna Ludwig, amablemente. Entró en el barracón, paseando elegante, y abrió las taquillas, curiosa.

—¡Donna! —exclamó Virginia, alegre por la visita.

—Veo que ya te has acomodado. Bien, estarás un tiempo en esta base, aprovéchate y aprende. Ejercita tu cuerpo y mente. He hablado con el capitán Fergusson. Si tienes alguna necesidad o duda, habla con él.

—Creo que eso no ha sido buena idea —apuntó Virginia.

—Sí, es posible. Pero es lo que tienes que hacer.

—¿Es necesaria mi presencia aquí? No me gusta, me siento intranquila en este lugar. No me interesa nada el Ejército. No comprendo las guerras, ni deseo morir como mi madre en un país extranjero por nada —afirmó Virginia.

—Sé lo que te afectó la muerte de tu madre y lo que piensas de este lugar. También tu interés en ser agente de la ley, por pertenecer al FBI y darle sentido a las cosas. Desgraciadamente, sin guerras ni ejército, nuestro modelo civil con sus libertades y derechos no existirá. Viviremos en

un régimen dictatorial, corrupto o talibán. Pero eso es algo que no se comprende fácilmente y menos en las generaciones que han nacido disfrutando de la vida en democracia, desconociendo el peligro del fascismo, del comunismo, de un sistema autoritario o extremista. De momento, demos gracias por luchar nuestras guerras en desiertos estériles, no en nuestro país. Y respetemos como se debe a los que luchan y mueren por defender nuestra libertad. Tu madre fue una heroína, no digas jamás que murió por nada. No te lo consiento.

Por unos momentos Virginia permaneció en silencio.

—Lo siento —asintió después.

—Los miembros del USSOCOM quieren asegurarse de que recibas instrucción militar antes de confiarte la coordinación de un grupo de operaciones especiales. Es una responsabilidad muy grande y tienes que empezar a ver las cosas en toda su dimensión. Tu paso por la Academia del FBI no parece ser suficiente —aseguró Donna.

—¿Es cosa de ese coronel tuerto? —preguntó Virginia, con resignación.

—Es posible que se deje caer por aquí, querrá saber de tus progresos. Seguramente te parecerá un hombre desagradable, pero tiene mucho que enseñarte. Se preocupa por tu suerte, por la de todos nuestros agentes. No te voy a engañar. Él prefiere que continúes en el FBI, no te cree preparada para dirigir un comando. Argumenta que eres demasiado joven, inexperta. Tendrás que demostrarle que está equivocado.

—Esa mujer, Mirina... —susurró Virginia

—Traicionó a su país y se ha convertido en una profesional de élite, la número uno. Mirina te buscará, sabe quién eres y no permitirá que vivas. Ella le disputó el poder a tu abuela. María creó la Agencia UMA —aseguró Donna.



—¿Crees que ya estoy en su punto de mira?

—Si no lo sabe, pronto estará al corriente de tu misión. Tratará de acabar contigo antes de que inicies su búsqueda. No esperará a que te acerques a ella. Es algo que sabemos. De momento, aquí estarás a salvo y podrás medir tus fuerzas, prepararte, aprender... Espero que todo vaya bien, será duro —le deseó Donna y se levantó de la litera.

—¿Te vas?

—Sí, debo marchar. He de preparar tu regreso, solo quería que supieras que no estás sola y que el esfuerzo tendrá su recompensa. No nos defraudes.

\*\*\*

Entre piedra y lava ardiente, abriéndose camino a gritos, gimiendo y retorciéndose en su dolor, una tosca figura de mujer agitaba su atormentada alma en la oscuridad de la profundidad maldita. Desde los infiernos de Hades, notaba renacer su odio y fuerza con cada tétrico golpe de su propio aliento.

Una terrible angustia se apoderó de Virginia, ante aquella visión que salpicaba su cuerpo de espesa sangre. Se vio vestida de guerrera, con seda y lino verde, cuero y malla broncea. Intentó correr, pero no pudo. Sus piernas estaban arrodilladas y hundidas en el barro. Un fuerte dolor consumía su costado, sus brazos. Delirando, trató de no caer, sujeta al noble acero de la espada de Ares. Una gran batalla de lanceros, espadas y hachas lo envolvía todo de vísceras y horror. El poderoso rugido de un tigre dientes de sable resonó en su cabeza, los ojos de la bestia eran ascuas vivas. De pronto, Virginia cayó en las profundidades de un enorme pozo que se abrió bajo sus pies. Entre fango, humo y brotes al rojo vivo, sintió su cuerpo arder a la par que una tremenda garra de dedos huesudos

atenazó su cuello, con fuerza, quemando, impidiéndola respirar. En su visión, aquella espada, caída a su lado, brillaba en la oscuridad, cubierta de carmesí muerte como un reclamo de vida. Y de pronto, el rostro de una mujer, descompuesta, de grandes ojos negros como tizones, se estrelló contra el suyo bramando su ira.

Virginia despertó con un grito, entre sudores. Un torrente de calor la invadía de los pies a la cabeza. Se levantó de un salto para caer al suelo. Permaneció quieta, observando las literas de aquel barracón, pensando dónde estaba.

Las imágenes sangrientas de aquella terrible pesadilla quedaban atrás, el calor pasaba. Con paso lento, se introdujo en la ducha, abrió el grifo y exhaló profundamente. Estiró su cuerpo desnudo y cerró los ojos mientras el agua fría caía sobre su cabeza.

La mañana siguiente, tras un pequeño desayuno, Virginia recibió la visita de una suboficial vestida de faena. Era una mujer mulata, de complexión grande, que le ofreció la mano tras un saludo marcial.

—Agente Landis, buenos días. Soy la sargento mayor Marga. Debe acompañarme, tiene que realizar su test de capacitación sobre ética, una evaluación de su nivel intelectual y el reconocimiento médico.

—Encantada de conocerla, me preguntaba si vendría alguien a informarme dónde tengo que presentarme y qué he de hacer —contestó Virginia estrechando su mano.

—Yo la acompañaré, no se preocupe. Debe completar la evaluación ASVAB, su experiencia en la Academia del FBI le ha permitido liberarse de la Escuela Básica, pero el examen de aptitud vocacional para las Fuerzas Armadas es un requisito imprescindible —señaló la suboficial—. Dese



prisa, nos esperan a las 08.00 h para la primera prueba física de ingreso. Espero que la supere. Se le ve en forma, no le será difícil. Y recuerde que está en el ejército, no es una civil. Debe respetar los rangos militares o tendrá serios problemas.

—Señora, sí, señora —contestó la agente, saludando marcialmente.

Virginia recogió su uniforme militar y el equipo de campo inicial, junto a una cantimplora, un cinturón y los guantes. Al momento, estaba uniformada. La mañana fue transcurriendo entre papeleo, preguntas y despachos. Como inicio de sus pruebas físicas, tuvo que realizar un kilómetro y medio en menos de diez minutos y cuarenta flexiones en dos minutos. Después, llegaría a la enfermería. Sentada, con cierto dolor en el vientre y los muslos, observó la puerta abrirse lentamente, mientras le extraían sangre de la vena de su brazo.

—¿Todo a su gusto, recluta Landis? —preguntó el coronel Murdek, vestido de uniforme de faena, entrando en compañía del capitán Fergusson.

—Yo no he pedido ninguna comodidad, señor —respondió Virginia, observando el tridente SEAL del pecho uniformado del coronel.

—Le traigo buenas noticias y otras, no tan buenas. Sus amigos han decidido que forme ese grupo especial, Donna se hace escuchar. Para ello deberá realizar este pequeño esfuerzo. Durante un tiempo realizará el programa de instrucción como cualquier candidato a ingresar en el Cuerpo de Marines. Me hubiera gustado que ingresara en los SEAL o en la Delta Force, pero no aceptan damas..., demasiado frágiles.

—¿Cuánto tiempo es ese, mi coronel? Creo que es mucho tiempo, señor.

—El periodo de instrucción será de tres meses, es necesario que se gradúe como marine si quiere el trabajo. Pero puede abandonar cuando desee. El capitán Fergusson no quiere a ningún recluta desmotivado en la base. Con mucho gusto la mandaré de nuevo de una severa patada a su oficina de Los Ángeles, con sus amigos picapleitos del FBI.

—Gracias, coronel. Espero resistir tres meses en este lugar. Lo haré por la memoria de mi madre, realizó la instrucción en estas mismas pistas. Ella tenía un ideal y creía en el Cuerpo de Marines. Aunque yo nunca quise ser militar, creo que hoy se sentiría orgullosa de mí y eso me reconforta.

—Es posible. Sí, puede ser que supere estos calurosos días que la harán sudar lo que nunca pensó. No lo dudo. He venido para observarla de cerca en la primera prueba de acceso... Y para animarla si tuviera algún problema. Tengo entendido que este lugar destruye la voluntad de gran parte de los candidatos el mismo día de su estreno; es un filtro necesario. Si decidiera dejarlo, no se preocupe. Eva Landis, su madre, no sentirá vergüenza por ello; como usted bien ha dicho, está muerta —dijo Murdek con su voz tétrica, fijando su único ojo en ella con un gesto altivo y esperó respuesta.

Al no hallarla, se volvió y salió de la enfermería.

—Gracias por sus ánimos, coronel —murmuró Virginia, dolida por aquellas palabras.

—Recluta Landis, la esperamos en la piscina, con su uniforme de faena, no se retrase mucho —apuntó el capitán Fergusson, antes de seguir los pasos del coronel.

Acompañada por la sargento mayor y un tanto confundida, Virginia recorrió a paso ligero los caminos de la base. Hacía diez minutos que las demás candidatas que iniciaban el curso habían finalizado las pruebas físicas de ingreso. Ahora



descansaban, agotadas y caladas hasta los huesos, tratando de recuperarse. Sentadas en un descampado verde, observaban con interés cómo se dirigía aquella desconocida recluta sola a la piscina central.

Cuando Virginia llegó, vio en formación a unos cincuenta candidatos con uniforme de faena, de entre dieciocho y veinticinco años, junto a la piscina. Todo hombres.

—Ya podemos empezar, la señorita ha llegado —apuntó el capitán Fergusson.

Virginia se incorporó a filas ante la mirada de los reclutas, los cuales se mostraban igual de atónitos que ella.

—Señores, bienvenidos a Parris Island. Hoy inician su instrucción como aspirantes al Cuerpo de Marines de los Estados Unidos de América. Créanme, además de un honor, dirá mucho de ustedes donde quiera Dios que se encuentren. Es su vocación, pero siento comunicarles que no todo el mundo está capacitado para pertenecer a la élite de las fuerzas armadas, solo los mejores de lo mejor. Hoy mismo, una serie de pruebas determinará quienes se quedarán y quiénes no. Soy consciente que cuando se inscriben, la posibilidad de un fracaso ni se les cruza por sus mentes. Pero la Marina es muy exigente y, a veces, acaba con las vocaciones más sólidas. Se verán sometidos a un intenso programa mental y físico, aprenderán los valores fundamentales del Cuerpo de Marines: honor, lealtad, valentía, compromiso... Muchos de ustedes fracasarán. Solo los más capaces podrán lograrlo. Aquellos que superen estas trece semanas se habrán ganado el derecho de vestir el uniforme de Cuerpo de Marines de los Estados Unidos. ¡Sargento instructor!

—A la orden, mi capitán.

—Son suyos —aseguró Fergusson, alejándose hacia el puesto de control, donde esperaba Murdek, impaciente por ver qué ocurriría.

—¡Al agua! —ordenó el sargento instructor—. ¿No han oído?

Todos los candidatos se lanzaron a la piscina, con el uniforme. A gritos, fueron situados en las zonas donde cubría, de forma ordenada, a un metro unos de otros.

—Deben permanecer a flote hasta que yo ordene lo contrario, en el mismo lugar donde se hallan y quiero ver las palmas de sus manos —continuó el sargento—. Os dijeron que esto sería duro. ¡Pues os engañaron, será peor! Muchos de ustedes abandonarán hoy mismo, antes de acabar esta primera prueba se irán con su mamá. Si esto les parece imposible, decirles que acabamos de empezar. ¡Señores, comienzan sus vacaciones! ¡Bienvenidos a Parris Island!

El tiempo fue pasando lentamente, entre suspiros, miradas esquivas y pequeños chapoteos. El cansancio fue haciendo mella y a los veinticinco minutos abandonaba el primero de ellos, dando fuertes palmadas al agua para mantenerse a flote. Virginia le miró por un instante, con cierta decepción y pena. No era del gusto de ella estar allí, pero sabía que convertirse en marine era la mayor ilusión de aquellos jóvenes. Los monitores nadaban alrededor, controlando el estado de cada uno de los aspirantes.

—¡Venga! ¡No tenéis por qué aguantar! El Ejército no solo son los Marines, ¡esto no es para pusilánimes ni debiluchos! ¡No quiero sacaros cuando estéis acalambrados, ni cuando os bebáis el agua de la piscina! ¡El que no pueda que salga de inmediato! —gritaba el sargento instructor sin parar.

Transcurridos cuarenta minutos, catorce jóvenes habían abandonado o sido evacuados. Virginia observaba el puesto de control, donde se divisaba la oscura figura de Murdek. Los brazos le pesaban como quintales, le resultaba difícil aguantar con la cabeza fuera del agua. Pero la rabia de verse eliminada



o de tener que abandonar ante la sonrisa de aquel hombre la enfurecía lo suficiente como para mantenerse sobradamente.

De pronto...

—¡Escuchadme! Aquellos que habéis superado la prueba, os quiero en dos filas en la parte norte. ¡Rápido! —ordenó el sargento instructor.

Virginia sintió el cielo abrirse y nadó hacia la zona, sus pies tocaron suelo y pudo descansar por unos instantes. Con una sonrisa eufórica, inconsciente de que apenas habían comenzado, desafió al coronel, que seguía con atención cada uno de sus movimientos.

—¡Atentos! ¡En columna de dos! Ahora deberán recuperar del fondo de la piscina las armas y entregárselas a sus compañeros. Y así sucesivamente, en rondo, hasta que me canse de veros o vomitéis toda el agua de esta maldita piscina —ordenó el sargento a la par que uno de los monitores lanzaba dos fusiles de asalto M16 al agua.

La prueba se fue alargando por tres horas, sin interrupción, sin salir del agua. Siete candidatos más abandonaron con calambres. Virginia había tragado más agua de la deseada, pero seguía desafiante ante la mirada de Murdek que había permanecido firme, sin quitarle la vista de encima, en el puesto de control.

—Ánimo, lo estáis haciendo muy bien. Podéis hacerlo, es cuestión de voluntad, concentraros —exclamó de pronto el sargento instructor, cambiando su discurso, apoyando a los jóvenes aspirantes—. Quiero que crucéis la piscina, son cuarenta metros, nadando bajo el agua. Es la última prueba del día, ahora no podéis fallar.

Virginia se mantenía a flote, esperando su turno. Aquellas inesperadas palabras fueron una inyección de moral para toda la tropa, el final se veía cerca. Vio cómo alguno de los reclutas rompía la superficie y era obligado a comenzar de nuevo;

otros salían en brazos de los monitores. La mayoría de los aspirantes lograban alcanzar el lado contrario de la piscina, quedando fuera del agua, atendidos por el equipo médico, descansando, orgullosos. Y comenzó a hinchar con fuerza sus pulmones.

—¡Lo conseguirás! —la animó un joven recluta, de unos veinticinco años, que, junto a ella, esperaba inquieto su turno—. Me llamo Thomas Hans.

—¡Lo conseguiremos! —exclamó Virginia antes de sumergirse.

La agente nadó rozando con su pecho el fondo de la piscina, avanzando rápido a pesar del cansancio. Parecía que el tiempo no transcurría y que el oxígeno de sus pulmones ya no estaba, pero en su interior una llama prendida le daba la energía necesaria. Aceleró su ritmo al constatar que apenas había recorrido quince metros, cuando una sombra llamó su atención a la derecha. Thomas, el joven que la animó, permanecía sin sentido bajo el agua. Con dos brazadas rápidas se acercó a él, alertada. Lo tomó del pecho, cruzó su brazo por el costado, se impulsó con los pies y subió buscando oxígeno, rompiendo la superficie.

Un monitor la siguió de inmediato.

—¡Qué hace, recluta! ¡Suéltele! —le ordenó.

El joven recuperó el sentido al notar el golpe de aire fresco llenar sus pulmones.

—Yo, me pareció... ¡Necesitaba ayuda, señor! —acertó a decir Virginia.

—Recluta Landis no vuelva a interferir en la instrucción de sus compañeros o la mandaré a su barracón de un patada —le espetó el sargento instructor—. Mis hombres saben cuando han de intervenir, no necesitan de su ayuda para nada. ¿Quiere intentarlo de nuevo o desea abandonar?



Virginia regresó al puesto de salida y esperó de nuevo su turno, con cierto resentimiento, respirando profundamente. En esta ocasión, Virginia avanzó bajo la superficie mucho más deprisa. Concentrada en su objetivo, olvidó todo su entorno. El rudo tono del instructor y la mirada prepotente que Murdek le había dedicado, la enervaban por momentos. Una sensación de rabia aceleraba cada movimiento de su cuerpo, haciéndole superar el agotamiento que pesaba cada vez más, con cada golpe de mano. Sin ningún contratiempo y en un tiempo récord, alcanzó su meta y emergió, escupiendo agua, y pegó una gran bocanada de aire.

Thomas también lo consiguió, aunque tuvo que ser sacado del agua por los monitores; perdió el conocimiento conforme terminó la prueba, con una mano sujeta al borde del cemento.

Virginia quedó tumbada boca arriba, respirando lenta y profundamente; volvió la cara y observó cómo atendían a aquel joven recluta. El agotamiento le sobrevino de golpe. Quiso levantarse, pero sus brazos y pies parecían presos de enormes lastres de plomo.

Un enfermero fue a atenderla. La sombra de Murdek reflejada sobre la agente lo impidió, negando con la cabeza. Virginia dirigió la vista hacia el coronel, el cual sonreía complacido, con cierta soberbia. Comprendió que aquellas pruebas no iban a resultar fáciles y que, en aquel pelotón de hombres, nadie haría nada por ella.

—Coronel, señor, ¿por qué no realizo la instrucción con el resto de mujeres? —preguntó Virginia sin incorporarse.

—No quiero una marine, sino un marine.

Virginia se sintió insultada como mujer, agotada y con ganas de abandonar. Cerró los ojos y suspiró su decepción. Le miró con cierto odio, consciente de que posiblemente era lo que aquel hombre quería que pasara.

—¿Está trabajando mi mente, señor? —preguntó mientras se incorporaba.

El coronel Murdek sonrió cínicamente.

—Puede marcharse, recluta Landis. Lo ha hecho muy bien para ser mujer.

Tras un saludo marcial, Virginia se alejó del lugar.

—Realmente, ¿cree que superará las pruebas, coronel? ¿Aguantará los tres meses? Aunque le sobra carácter, no parece una joven muy fuerte físicamente. Está agotada —apuntó el capitán Fergusson, mientras ambos observaban cómo Virginia se alejaba.

—Sí, desde luego. ¡La sangre de Ares hierve en sus venas! —exclamó Murdek—. Ya ha superado todos los estándares al realizar las pruebas de los hombres, en vez de las que en verdad le correspondían como mujer. Además, todos sus reclutas, mire, están, más que agotados, ¡muertos! Y ella camina altiva, orgullosa...

La noche cayó trayendo el descanso para los cansados huesos de Virginia. Sentada en los escalones de la entrada del barracón donde había sido instalada, vestida de militar con las botas desabrochadas, intentaba dar paz a su mente. Observó el estrellado cielo, la luna que engrandecía sus ojos y dudó sobre qué hacía en aquel lugar.

—¿Cómo te llamas? No me lo has dicho —le preguntó el recluta que había ayudado en la piscina, acercándose a ella.

—Virginia, Virginia Landis —contestó dejando de lado sus pensamientos.

—Yo soy Thomas Hans. Bueno, ya lo sabes. No te he dado las gracias. Si no hubiera sido por ti, estaría de camino a casa. ¿De dónde eres?

—No deberías estar aquí —contestó ella.



—Sí, ya sé. El *Drill Instructor* nos ha prohibido el contacto con la recluta Landis. ¿Quién eres? Deberías estar en el Cuarto Batallón, con las demás chicas. Todos te ven como un bicho raro. ¿Por qué no quieren que hablemos contigo?

—Eso me pregunto yo. Deberías regresar a tu barracón, pronto serán las 21.00h. ¡Hora de dormir! Te arrestarán.

Thomas la miró con una mueca extraña, volvió la cabeza al frente y sonrió.

—Quiero ser oficial de Marines, espero aprobar aquí con buena nota. Necesito un buen expediente. Mi próximo objetivo será el Recon, los mejores tiradores consignados; y Quántico, la escuela de oficiales.

—¿Eres bueno?

—Sí, puedo atizarle en la cabeza a un mujadín a dos kilómetros... y a una moneda de canto a dos metros.

Virginia sonrió.

—No lo dudo.

—Bueno, te dejo. ¿Nos veremos mañana?

—Sí, no creo que me quede otro remedio. ¡Los tiburones que rodean la isla son muy grandes, dicen!

Durante las tres semanas siguientes, Virginia permaneció aislada en su barracón, presentándose a los cursillos de historia y costumbres militares, de primeros auxilios, uniformes y los valores de liderazgo con los marines del Primer Batallón. A las 05.00 h sonaba diana, la formación en combate era diaria, con énfasis en el cuerpo a cuerpo. Su único compañero fiel sería el fusil M16, con el que pasaba continuas revisiones y marchas.

Al día disponían de una hora libre. Mientras los demás reclutas leían, escribían cartas o veían la televisión educativa, Virginia dormía recluida en su barracón. Superadas las agujetas

y el dolor de las primeras semanas, dedicaba cada minuto libre a cuidar su imagen personal y a descansar.

Apenas pudo conocer algunos de los reclutas, siempre se mostraban distantes con ella y en las pruebas físicas de combate trataban de no golpearla, incluso se mostraban amables; algo que la irritaba. Solo el recluta Thomas Hans debatía a veces con ella, sobre temas triviales que la reconfortaban. Solía visitarla unos minutos antes del toque de silencio. Por unos momentos, distraía su mente de aquel lugar hostil donde se encontraba, que le exigía todo y parecía darle nada, tan solo sufrimiento, moratones y ampollas.

Como cada atardecer, al acabar la instrucción, Virginia se sentó en los escalones de su barracón. El día había sido duro. Thomas no había llegado todavía aquella noche.

—Estará reventado —murmuró con la esperanza de que apareciera.

Habían realizado ejercicios de combate con un sobrepeso de veinte kilos de arena mojada en la espalda durante todo el día y tenía el cuerpo dolorido del esfuerzo. Además, a la fatigosa jornada de instrucción en la pista de los once obstáculos, diseñada de manera que cada uno de ellos era más exigente físicamente que el anterior; aquel nuevo día sumó el programa de artes marciales. Se hallaba agotada. Agachó la cabeza para mirar los callos de sus manos y se echó de golpe hacia atrás.

En ese instante, un crujido a la altura de su frente, en la madera del barracón, la alertó y saltó veloz dentro. Había sido un disparo. No tenía dudas. Aquel movimiento espontáneo que había realizado había salvado su vida. Permaneció apoyada a la pared de la entrada, sin atreverse a asomar la cabeza. La oscuridad le impedía ver, sabía que podía ser observada por la mira de un francotirador. Saltó sobre su taquilla y sacó



su Bren Ten 10 mm. Luego, se arrastró hasta uno de los ventanales y se asomó con mucha prudencia.

Dos disparos de una automática resonaron al aire.

—¡Sargento instructor! —gritó el coronel Murdek.

Virginia le vio acercarse, ligero, guardando el arma y fijando su ojo en ella. Sacó de su cinto un puñal de hoja ancha y hurgó en el agujero de la pared.

—¿Querías matarme? —preguntó Virginia, olvidando su rango, mientras el sargento instructor y varios soldados de guardia se acercaban rápido.

—Si quisiera matarte, estarías muerta. ¿Quién te disparó? —le preguntó, ahondando su dedo meñique en el agujero astillado, junto a la punta del puñal. Acto seguido extrajo una bala aplastada por el impacto y la miró detenidamente.

—¿Me estaba vigilando, señor?

—No deberías ser tan previsible. Si quieres vivir algún tiempo en este trabajo, deberás aprender que no puedes ser un animal de costumbres —le contestó Murdek, mientras guardaba la bala en el bolsillo de su chaqueta.

Virginia ladeó la cabeza. Observó a los marines de guardia revisar los alrededores, poco tardó en llegar la policía militar.

—Mi coronel, ¿está usted bien? —preguntó el suboficial de guardia.

—No se preocupe, sargento. Parece que alguien tenía ganas de jugar con la recluta Landis. No ha entrado ni salido nadie ajeno a la base, ¿verdad?

—No, mi coronel. Tendría que haber pasado por el puesto de guardia, no hay otra forma de salir de la isla.

Murdek chasqueó la lengua y observó de nuevo el agujero en la pared. Seguidamente se volvió buscando la procedencia del disparo según la trayectoria del impacto. Virginia le siguió con la vista, atenta.

En ese momento sonó el toque de queda, silencio. Y se apagaron la mayoría de las luces de la base.

—Deberías ir a dormir. Ya es hora —apuntó Murdek.

—No tengo sueño. ¿Podría ver esa bala, señor? —le contestó Virginia.

—¡La señorita no tiene sueño! ¡Que salga el Primer Batallón en calzones a cantarle una nana! Quiero que recorran la base en círculos deseándole las buenas noches. La dama será el epicentro, los irá contando hasta que le entre sueño; como los borregos que son —ordenó el coronel con un grito, ante la mirada inquieta de Virginia.

—Me odian —protestó ella.

—¡Vamos, sargento! ¡No me ha oído!

—¡Sí, mi coronel! —afirmó el sargento de guardia y salió corriendo hacia los barracones del Primer Batallón.

Pasadas cuatro largas horas de marcha continua, los soldados miraban con rabia a Virginia, trotando ante ella en calzones y botas, con el M16 en alto. La agente mantenía la vista, contando el paso de cada uno en voz alta. Sabía que al día siguiente, sus compañeros ya no tendrían tantos miramientos con ella. Murdek se había ocupado de que fuera así. Sin embargo, su principal preocupación era aquel disparo que había estado a punto de costarle la vida. Pensó si quizás un hombre de Montoro había llegado hasta ella en busca de la recompensa o Mirina, tratando de eliminarla. Pero no podía ser, nadie había entrado ni salido, tenía que haber disparado alguien de la base. Tal vez el coronel lo había ordenado para mantenerla alerta, en tensión, o para poner aquellos hombres en su contra, para desanimarla.

—¡Ya está bien! ¡No me dejáis descansar! ¡Todo el mundo a sus barracones! —exclamó Murdek, apareciendo como un fantasma de la oscuridad para desaparecer sin más.



Tras aquella ajetreteada noche, bajo un tórrido sol de 35°C, el pelotón de Virginia practicaba el cuerpo a cuerpo entre gritos y ataques. Al contrario que sus compañeros, la agente no emitía sonido alguno en su lucha. Su concentración en esquivar los golpes propinados y alcanzar al adversario acaparaba toda su atención. Si bien, Thomas Hans, su compañero en la lucha, tampoco parecía un serio peligro para ella. Algo que no pasó desapercibido para el coronel Murdek, que se acercaba acompañado del capitán Fergusson, atento a cada uno de los pasos de la agente.

—¡No tiene aire en los pulmones! —gritó el coronel, propinándole un fuerte empujón a Virginia—. ¡Y usted! ¡Recluta! ¿Acaso tiene miedo de hacerle daño a la señorita? En el campo de batalla no hay espacio para vicisitudes con las damas.

Con dos golpes rápidos, agresivos, el coronel desplazó violentamente a Virginia hacia un lado. Rápidamente, con una llave maestra, la dobló hacia atrás, arqueándole el cuerpo por completo, y la golpeó en el rostro ante la mirada severa del capitán Fergusson y la sorpresa indignada de los reclutas. La agente cayó al suelo, desconcertada, notando el sabor dulce de la sangre en la comisura de sus labios.

—Ella está aquí para demostraros que sois vulnerables —dictó Murdek con su tétrica voz—. ¿Acaso creáis que era especial por estar en el Primer Batallón? Si cometéis un error por que sea mujer, no será su culpa, sino la vuestra. ¡Estúpidos! No sois capaces de ver un soldado cuando el adversario es un coño con patas, aunque sepáis que os quiere matar. ¿Pensáis con la polla? Moriréis si caéis en tan grave equivocación. No debéis tener piedad con un enemigo, sea un hombre, una mujer o un burro. Actuar en consecuencia, hay que eliminarla.

El coronel se acercó a ella conforme se levantaba, decidido, y la golpeó con el pie duro en las costillas, haciéndola rodar. Después, la levantó tirando fuerte del cabello y le dio un puñetazo en el estómago y otro en la barbilla. Virginia quedó tumbada boca abajo en el suelo, manchando de sangre la tierra con un gemido.

Thomas Hans se acercó tímidamente para ayudarla. Murdek se ladeó, le tomó de un brazo hacia atrás, desequilibrándole, y le golpeó en la espalda con la rodilla. Acto seguido, le volteó sin soltarle la mano y, con un tremendo golpe en el pie de apoyo, con su bota remachada de acero, le rompió la tibia y el peroné. El recluta cayó entre gritos, con los huesos astillados rasgando los pantalones.

—Es hora de que vuelvas a casa —apuntó el coronel, avanzando decidido a por Virginia y se abalanzó sobre ella con las manos abiertas para tomarla por la pechera.

Apenas sus manos rozaron el cuerpo de Virginia, ella se volteó con una patada al aire que impactó en el rostro del coronel, haciéndole caer de espaldas con la nariz rota y el parche que cubría su ojo, movido de la cuenca ocular. Virginia se levantó y permaneció en guardia, con el cuerpo ladeado por el dolor. Notó cómo la ira consumía su paciencia, deseó golpearle y acabar con él a pesar de su rango, quiso matarle. Los reclutas gritaron, con los puños cerrados, apoyándola ante el silencio del capitán y los suboficiales de instrucción.

Murdek se repuso con una sonrisa tétrica y avanzó hacia ella. Lanzó rápido sus puños y trató de golpearla con una patada. Virginia lo esquivó, desviando con los brazos sus golpes. Luego, en un instante fugaz, se posó de rodillas y le respondió duro con el puño en la entrepierna. Aún no había caído al suelo el coronel, cuando recibió un golpe en la cara que lo dejó traspuesto por unos momentos. La agente le



golpeó por tres veces en el suelo, duro con su bota en las costillas, conforme trataba de alzarse. Y dio tres pasos hacia atrás, fijando su vista en Thomas.

Thomas rechinando con los dientes su dolor, no pudo ocultar su alegría al ver a Virginia acercarse a él, preocupada por su estado. El resto de aspirantes les rodearon apartándoles de la vista inquieta del coronel, mientras los sanitarios atendían la pierna fracturada del recluta.

El capitán Fergusson ordenó con la mirada al sargento instructor que ayudara a Murdek a levantarse.

—¡Déjeme! —exclamó el coronel y se repuso limpiando la sangre que manaba de su nariz.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó airada la teniente coronel Melanie Marte, responsable de la instrucción de las mujeres de la base, apareciendo de pronto entre los soldados—. Capitán Fergusson, tenemos que hablar.

Virginia recordó de inmediato a aquella mujer, la teniente coronel, como si fuera alguien lejana de su infancia y pensó si tal vez la conocía. Era una mujer elegante, que sabía vestir el uniforme e imponer su rango. Volvió la vista y vio que los camilleros se llevaban a Thomas, al hospital y maldijo a Murdek. Luego, observó cómo los mandos se alejaban en silencio y resopló, con cierta ironía.

—Quiero marcharme cuanto antes de aquí —murmuró, marchando hacia su barracón, mientras limpiaba la sangre de sus labios con la manga del brazo.

—¿Qué hace una aspirante en el Primer Batallón? —preguntó en las oficinas de mando la teniente coronel Melanie Marte. Exigía unas explicaciones que no llegaban.

—¡Ah! ¡Traedme un poco de hielo! —exclamó Murdek a unos de los sanitarios que le atendían.

—Mis oficiales me han puesto sobre aviso, ¿quién es esa joven? Desde hace cuatro semanas está realizando el periodo de instrucción en el Primer Batallón. ¿A qué se debe? ¿Por qué no se me ha informado?

—Debería hablarlo con el comandante, señora —apuntó el capitán.

—No será preciso. La recluta Landis puede ingresar en el Cuarto Batallón, tal y como le corresponde —intervino Murdek.

—Le conozco, usted es... —dijo la teniente coronel.

—Coronel Murdek, del centro de mando conjunto del USSOCOM.

—Comprendo. Aquí el entrenamiento es idéntico tanto para los hombres como para las mujeres, pero las unidades en la base se mantienen por separado. Debería saberlo —apuntó la teniente coronel.

—Lo sé. Las hormonas pueden producir demasiadas distracciones en un cuerpo mixto, más en una base donde se espera el máximo rendimiento.

—Veo que está al corriente de la postura del Cuerpo de Marines. ¿Qué hacía esa joven en el Primer Batallón? Nadie me ha respondido.

—Pretendía averiguar el grado de distracción de los aspirantes y si la recluta era capaz de afrontar la presión —explicó Murdek, recolocando en su lugar el parche de su ojo.

La teniente coronel lo miró un tanto perpleja. No le creyó, pero asintió.

—Mañana mismo la recluta Landis ingresará en el Cuarto Batallón, que se presente a la sargento mayor Lundy para su reubicación en la base —ordenó.

—La recluta Landis afrontará el resto del periodo de instrucción bajo sus órdenes, pero permanecerá en su



barracón, sola. Su destino final no permite que establezca relaciones personales de ninguna índole. ¿Entendido? ¿Y ese hielo? —preguntó Murdek, repasando sus costillas, una a una, entre lamentos.

—¿Quién es esa joven?

—Es una agente del FBI, un tanto especial como ha podido ver. El USSOCOM estimó necesario que conociera algo de mundo —expuso el coronel. Luego, rechinó los dientes de dolor cuando el sanitario colocó el tabique nasal en su lugar.

—Veo que está preparando otra agente especial con alta capacitación militar. Por lo visto no les está saliendo muy sumisa. Parece buena —aseguró la teniente coronel, con cierta malicia, observando el corte en la nariz y los golpes que había recibido el coronel.

—Pues no... No es muy sumisa.

En su barracón, Virginia, decidida a abandonar, recogió sus pertenencias de forma airada. Seguidamente, comenzó a introducir prendas y ropas en el petate.

—¿A dónde vas? —sonó esa melódica voz que tan solo ella escuchaba, de pies descalzos.

—Me marchó a Los Ángeles, esto no es para mí.

—No le gustará a Donna, tu nueva amiga. Pero, ¡qué importa! Tú nunca quisiste ser guerrera, para eso se tiene que ser muy valiente —aseguró aquella mujer, acariciándole la larga melena por detrás, recogéndole el cabello.

—Ella quiere a Mirina y se la entregaré. No me hace falta permanecer aquí por más tiempo. Además, he vuelto a sentir esa extraña sensación de angustia, mis sueños se convierten en pesadillas cada vez más intensas.

—¿La has visto? La angustia desembocará en atroz muerte. Debes parar el horror antes de que se crezca. Por eso estás

aquí, por nada más y para ello debes prepararte. Piensa en tu abuela, en tu madre —aseguró la divina de pies desnudos y mirada piadosa.

Virginia se volvió para hablarle, pero no vio a nadie. Bajó la cabeza y observó su petate y aquellas literas. Con un gesto de rabia, lanzó las prendas que mantenía en las manos contra la pared y se sentó.

## Capítulo 5

### ASALTO EN WASHINGTON DC

El tiempo pasaba inexorablemente entre gritos y órdenes en la base militar de Parris Island. En las tórridas pistas de instrucción, Virginia recorría en cuclillas un barrizal perdido, vestida con un castigado uniforme. Finalmente, estaba integrada en un pelotón de mujeres aspirantes a ser las mejores soldados de las fuerzas de élite de los Estados Unidos.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó la sargento mayor Lundy. La *Drill Instructor*, como la denominaban las reclutas.

De inmediato se lanzaron al suelo, cayendo sobre un charco caliente que salpicó sus rostros, para seguir reptando bajo numerosos cables de espino, sobre los cuales el fuego a discreción silbaba manteniéndolas en tensión. Tras superar la prueba, corrieron hacia unos barracones que simulaban un campo de batalla urbano.

—¡Abran fuego! ¡Abran fuego!

De los barracones surgían constantemente diversos paneles móviles que representaban terroristas y soldados enemigos que las apuntaban; en otros había imágenes de rehenes y gentes inocentes.



Virginia disparó su M16 fijando la vista en cada figura que aparecía, destrozando las que representaban un peligro.

—¡Muy bien, pueden descansar! ¡Cada día son más burras! —gritó la sargento mayor, observando a la tropa y apretando el botón de su cronómetro—. ¡Se trata de eliminar a los malos! Esta tarde repetiremos la prueba, ¡desde el principio! ¡Añadiremos otros cinco kilos en el morral a ver si espabilan! Ahora, a descansar. En media hora estará preparado el almuerzo.

Agotada y sudada, Virginia observó varios paneles de rehenes con impactos de bala en la cabeza y miró a sus compañeras, contrariada al tener que repetir de nuevo la instrucción.

—¿Cómo es posible? —dijo entre dientes mientras se dirigía hacia su barracón.

—No, usted no, recluta Landis. Usted volverá a realizar la prueba ahora mismo, pero añadirá diez kilos a su mochila y usará su arma corta. Prepárese —se escuchó.

Las compañeras, sorprendidas, se volvieron para verla, mientras ella, de reojo miró a la sargento mayor con ganas de retorcerle el cuello. Entonces vio acercarse a un hombre fuerte, de aspecto atlético, salvaje, con marcadas cicatrices y un aguijón tatuado que asomaban por el cuello abierto de la camisa de su uniforme. Junto a él, dos mujeres le acompañaban. Una era esbelta, con una melena morena recogida; la otra, una muchacha que mostraba largos cabellos rubios saliendo de su gorra y grandes ojos de tonos verdes.

Finalmente, los recién llegados se colocaron a su lado con una mirada furtiva, armados y con sobrepeso a las espaldas, al igual que ella.

—¡En marcha! —gritó la sargento mayor, poniendo en funcionamiento su cronómetro.

Virginia, ante su propia sorpresa se quedó atrás. Aquellos nuevos compañeros sabían lo que hacían y eran rápidos. Superaron con facilidad cuantos obstáculos les salieron al frente, saltaron sobre los fosos, treparon por los troncos y las empalizadas ágilmente como si no llevaran nada en sus espaldas. Virginia tuvo que emplearse a fondo para poder mantener el ritmo, pero pudo hacerlo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó la sargento mayor.

La prueba se había convertido en una competición donde nadie quería quedarse atrás y todos querían llegar en primer lugar.

Reptando de nuevo por el barro, Virginia avanzó rápido, ignorando los espinos que cubrían su cabeza y las balas que silbaban sobre ella.

Salieron del barrizal y antes de que la sargento pudiera decir nada, ya tenían sus armas en las manos y pasaban rápido entre los barracones, disparando como si supieran por donde saldrían los paneles. Virginia, con un esfuerzo final, llegó a su punto de cierre tras aquel hombre.

—Increíble, habéis superado el récord. Y sin un fallo. Ahora sí, recluta Landis, puede ir a su barracón. Tiene la tarde libre —dijo la sargento mayor, parando su cronómetro.

—¿Y esa antigualla? —preguntó aquel desconocido, mirando la Bren Ten 10 mm que había usado Virginia.

—Es un recuerdo de familia —dijo ella, escuetamente. Luego, se descolgó el morral y se alejó con la pistola en la mano, observando de soslayo aquel rudo y atractivo desconocido.

Virginia se dirigió hacia su pequeño barracón, entró sin pensar más en lo ocurrido y se dejó caer con un soplido en una de las literas. A pesar de que realizaba la instrucción en el pabellón femenino de la base, seguía destinada sola en



aquel angosto lugar, lo que le otorgaba cierta tranquilidad e intimidad. Pensó en Thomas Hans, no había vuelto a saber nada de él, echaba de menos sus visitas. La lesión que le había producido Murdek, podía haber acabado con su ilusión de ser un marine. Con un gesto de contrariedad se desnudó lentamente, dejó la ropa sucia sobre una silla, entró arqueando la espalda en la ducha y levantó la cara para sentir el agua fría resbalar por su piel. Llevaba dos meses encerrada en la base militar, sin noticias del exterior, sin apenas tiempo para respirar. Por la mañana recibía instrucción y teórica y, por las tardes, de nuevo a empezar. Las caminatas se hacían interminables, sofocantes. Todas las semanas, una prueba de asalto o de supervivencia cada vez más intensa, más dura.

Salió de la ducha con un suspiro que delataba su cansancio, secándose con una toalla blanca el cabello. Sus ojos se dirigieron de inmediato hacia las literas, sobre las que habían unos morrales, y cubrió rápidamente su cuerpo desnudo con la toalla. Vio aquel hombre rudo desabrochándose la camisa y a las dos mujeres, que se desvistieron de sus uniformes embarrados sin pudor alguno, los lanzaron al suelo y se introdujeron en las duchas entre bromas.

—Se acabó la tranquilidad —susurró Virginia, perpleja.

—¿Eres Virginia Landis, verdad? —preguntó aquel extraño personaje al salir de la ducha, con una toalla cubriendo su cadera y secándose la cara con otra más pequeña; mostrando las numerosas cicatrices que delataban su violenta existencia, el escorpión tatuado en su ancho pecho y el tridente que adornaba su brazo.

—Sí, soy yo —aseguró Virginia, recreándose por un momento con aquel esculpido cuerpo.

—Dinos de qué va todo esto —dijo la joven morena, conforme salía, cubriéndose descuidadamente con una camisa.

—¿Quiénes sois? —preguntó Virginia.

—Soy Scorpio, el capitán Scorpio.

—Raichel.

—Bambi —continuó la muchacha rubia, saliendo de la ducha completamente desnuda, mientras se secaba el vientre en pequeños círculos con una toalla.

—No sé nada —contestó Virginia.

—¡Empezamos bien! —exclamó Scorpio—. ¡Vamos! El ejercicio me abre el apetito.

Virginia disfrutó de la tarde libre tumbada en su litera, degustando con intensidad el aburrimiento, descansando de las interminables sesiones militares. A sus nuevos compañeros no volvió a verlos hasta llegada la noche. Ante su sorpresa llegaron bebidos y el capitán Scorpio, fumando. Cayeron dormidos en sus lechos sin desvestirse, tras soltar unas palabras ebrias que no logró entender. Miró al techo con una expresión vaga de sorpresa y cerró los ojos pensando en William, preguntándose si durante este tiempo que había pasado habrían avanzado en el caso del Carnicero de la Cabaña o si, incluso, era posible que lo hubieran detenido. ¿Y Mirina? ¿Qué le esperaba fuera de Parris Island? Luego, su mente la llevó hasta la fortaleza de Tanais, aquella que guardaba los secretos de su linaje, donde esparció las cenizas de su abuela María y sintió latir su corazón por Steven, el joven arqueólogo que descubrió su verdad. Con nostalgia, sonrió y quedó dormida...

Bien entrada la noche, se hizo la luz en el barracón.

—¡Vamos, vamos! ¡Arriba! ¡Os espero fuera en dos minutos con el uniforme de asalto y las armas a punto! —entró gritando el coronel Murdek, vestido de negro, un viejo tres cuartos, botas altas y aquel sombrero pardo de ala.



—¡Putá mierda! —exclamó Scorpio. Luego se sentó en la litera, tratando de abrir los ojos sin que las luces le cegaran.

Virginia saltó del lecho al instante. Para su sorpresa, sus dos nuevas compañeras permanecían desnudas y abrazadas en la última litera de la habitación, dormitando melosas como si nada fuera con ellas.

—¡Bambi! ¡Raichel! —les susurró, despertándolas con pequeños empujones.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Es hora del desayuno? —bostezó Bambi, estirando los brazos arriba.

Un fuerte golpe de agua fría cayó sobre ellas de pronto, sacándolas de inmediato de su letargo.

—¡Venga, joder, el Tuerto nos llama! —exclamó Scorpio, dejando en el suelo el cubo vacío.

Bambi y Raichel saltaron de la litera, acompañadas de mil maldiciones y, en apenas un minuto, salieron del barracón preparadas para la acción.

En la distancia, Murdek revisó los uniformes y levantó su mirada inquisitiva sobre Virginia. Ella sacó su Bren Ten 10 mm y comprobó el cargador y la recámara, sin prestar atención a su superior. El coronel se acercó, tomó de las manos de la agente el arma y la observó detenidamente.

—Un arma potente —apuntó, como si nada hubiera sucedido nunca entre ellos.

—Sí, mi coronel —asintió Virginia, observando la cicatriz que portaba en la nariz.

El coronel realizó una mueca extraña, de nostalgia, y se la devolvió con una amplia sonrisa. Después dirigió la vista sobre Scorpio, que acaba de incorporarse, con la camisa desabrochada y un subfusil Benelli M3T en una mano.

—¡Al helicóptero! —ordenó.

Sobrevolaron la zona en un Black Hawk, alejándose hacia el norte de la base con rapidez.

—Bien, pronto llegaremos. Escuchad: nos esperan siete objetivos, tienen a doce personas retenidas en unas oficinas del centro de la ciudad, la mayoría niños. Si cae un solo rehén me encargaré yo mismo de arrancaros las tripas —dijo el coronel, ladeando su sombrero pardo y fijando su único ojo en Virginia.

—¿Algún plan o debemos improvisar? —preguntó Scorpio, relajadamente.

—¿Improvisar? No, no será necesario. Solo tenéis que matarlos. Llegaremos al edificio, saltaremos y nos dividiremos en dos grupos. Scorpio bajará con Raichel y Bambi por las escaleras principales y Virginia me seguirá por las de incendio. Se supone que nadie nos espera, ni la policía ni esos terroristas. Es fácil, sabemos su posición, entramos, cumplimos y nos largamos, sin más.

—¡Bien, algo de acción! —exclamó Bambi.

—Una prueba interesante —murmuró Raichel.

Murdek sonrió, amartilló su arma y chasqueó la lengua con soberbia.

—No es una prueba —apuntó al cabo de unos segundos.

Virginia levantó las cejas y ladeó un poco el rostro, viendo la cara de sorpresa de sus compañeras. Scorpio asintió con firmeza sin mediar palabra, tensó sus músculos y se dispuso a revisar sus armas de nuevo. Raichel y Bambi le siguieron de inmediato.

En el área metropolitana de Washington DC, la policía acordonaba un edificio de varias alturas, en cuya planta baja se hallaba un colegio de educación especial y la sucursal de un banco. Todo el bloque se hallaba desalojado y a oscuras, a



excepción del primer piso, donde estaban los secuestradores con los rehenes esperando fueran atendidas sus demandas.

—Son ya tres días de encierro —emitía en directo la famosa reportera latina Cinthya Maxwell, desde una unidad móvil de televisión, sacudiendo su rubia melena, mientras los negociadores de la policía trabajaban en la puerta del colegio—. Los asaltantes mantienen a todo el país en vilo sin que se atisbe una salida. Este atraco frustrado, que ha acabado en secuestro y tragedia, se ha cobrado ya una muerte. Hace apenas una hora, el equipo especial SWAT parecía decidido a intervenir. Según nos informan las autoridades, el asalto ha sido anulado ante el temor de que hubieran más víctimas inocentes y los agentes han sido retirados del edificio. Tenemos que recordar que la hija del senador Edward Lynn se encuentra entre los rehenes...

En el edificio, dos de los secuestradores sonrieron al escuchar las noticias que retransmitía Cinthya en directo. Una pequeña televisión les indicaba los pasos que se daban en el exterior. Uno de ellos se asomó por la ventana, desde donde se podía observar a la reportera y el cinturón policial que rodeaba la manzana.

—Tras el asesinato de uno de los niños, las autoridades parecen haber accedido a las peticiones de los secuestradores —continuó Cinthya—. Todos esperan que desaparezcan y cumplan lo pactado, dejando al rehén que les acompañará a salvo en algún lugar conocido. Nadie duda que el rehén elegido será la hija del senador. Parece que, de momento, estos asesinos lograrán escapar. La policía tiene orden de no seguir el vehículo proporcionado para la huida. Aunque es posible que esté localizado vía satélite, sin vigilancia directa los secuestradores podrán abandonarlo en cualquier momento, con el botín, y desaparecer en los suburbios de la ciudad.

Mientras la reportera seguía con su discurso, sin una luz que lo delatara, oculto por la oscuridad de la noche y el sonido de varios helicópteros de policía, el coronel Murdek y su grupo de agentes se deslizaron sigilosamente desde el Black Hawk, por una fina cuerda, hasta el techo del edificio. Se desplegaron y comprobaron que la puerta de entrada estaba atrancada. De inmediato, tensaron dos cuerdas y descendieron hasta la ventana más cercana. Con un golpe seco, se precipitaron al interior rompiendo los cristales. Scorpio, Bambi y Raichel comenzaron a bajar por la escalera principal, comprobando cada paso en silencio, con la poca claridad que llegaba desde el exterior a través de unos ventanales. Murdek y Virginia descendían por las interiores, salpicados por la lucecilla anaranjada de emergencia.

—¿Qué ha sido eso? Me ha parecido ver algo en la terraza —dijo Cinthya a su camarógrafo.

—No he visto nada. Deberíamos marchar hacia la puerta si quieres que saque un buen plano de la huida. Están a punto de salir, ya se acerca el vehículo...

De pronto, las luces del edificio se apagaron por completo y, acto seguido, el resplandor de varios disparos surgió por las cristaleras. Con paso firme y una rapidez fulgurante, Scorpio, Bambi y Raichel habían localizado y entrado en el aula donde se encontraban los rehenes. Sin decir palabra ni dar opción alguna, acabaron decididamente con cuatro de sus objetivos.

El silencio se hizo en la manzana ante el asombro de todos. Los SWAT cruzaron la calle, reventaron la puerta principal y corrieron hacia el interior.

—Las escaleras principales están limpias. Cuatro lobos empaquetados. El rebaño está a salvo —transmitió Scorpio por su frecuencia, observando a los niños y demás rehenes.

—Son once, falta una oveja —apuntó Bambi.



—El resto del clan debe haber salido por las escaleras de emergencia. Se dirigen hacia vosotros, tened cuidado —aseguró Raichel.

—Bambi, guarda el rebaño. Raichel, sígueme —ordenó Scorpio—. Continuamos la cacería, tres lobos están subiendo con la oveja.

Murdek y Virginia, en un rellano superior, bajaban concentrados y con las armas en sus manos, escuchando los acontecimientos a través de su pequeños auriculares.

—¡La mataré si os acercáis! —resonó en el rellano del piso inferior, donde los asaltantes, apenas alumbrados por la parpadeante luz anaranjada de emergencia, mantenían como rehén a la hija del senador.

Como respuesta, una bala de Raichel le selló la frente. Al ver caer a su compañero, los otros dos asaltantes corrieron con la niña en brazos, escaleras arriba.

—Otro lobo abatido. Quedan dos. Siguen subiendo, los tenéis ahí —dijo Raichel.

Al girar el segundo piso, el puño de Murdek atenazó del cuello a uno de ellos. El coronel le inclinó el cuerpo hacia delante y golpeó con fuerza la cabeza del secuestrador contra la pared y, de una patada en el pecho, le hizo atravesar los cristales de un ventanal para caer al vacío del edificio.

—¡La mataré si no me dejáis huir! —exclamó el último de ellos, sujetando a la pequeña contra su propio cuerpo y apuntándola con una pistola MK 23.

Murdek bajó su arma y clavó su singular mirada en él. Virginia se acercó de lado, con la frente del secuestrador como blanco y sin perder de vista a la niña.

—Mi coronel, ¡cuánto tiempo sin vernos! Debí imaginarlo, os envía Donna. ¡Maldita zorra! No me dejarás salir vivo. Te da igual lo que haga con esta mocosa, ¿verdad? —preguntó aquel hombre, tenso, sabiendo la respuesta.

—Haz lo que quieras con ella —respondió Murdek y levantó lentamente su automática, otra MK 23.

El secuestrador bajó la mirada, asumiendo la situación. De pronto, empujó a la niña hacia el ventanal roto, a la vez que se revolvió con su brazo armado. Murdek iluminó el rellano con un disparo, dando muerte al individuo.

Virginia saltó de inmediato, logrando agarrar de un brazo a la pequeña. La cual, entre sollozos, quedó colgando de su mano en el vacío.

—No temas, pequeña —dijo Virginia, tranquilizándola.

Tiró de ella suavemente, con fuerza, mientras observaba desde la altura el cadáver del hombre que el coronel había lanzado fuera del edificio.

De pronto, la potente luz de un foco alumbró la escena, permitiendo que se viera el rescate de la hija del senador. Mientras la niña se abrazaba a Virginia, a salvo, ella cruzó su mirada con la de Cinthya antes de desaparecer del ventanal.

—¿Lo has grabado, Jonathan? —preguntó la reportera a su camarógrafo.

—¡Apenas hay luz! ¡No lo sé! ¡No sé si se ha grabado algo!

—¡No me jodas!

—¡Pues claro que lo tengo!

—Todos los lobos empaquetados. Tenemos la oveja descarriada, soltad el rebaño —ordenó Murdek por su frecuencia, sin apartar la vista de la pequeña, que permanecía abrazada, rodeando fuerte con sus brazos el cuello y, con los pies, la cintura de Virginia. El coronel sonrió con una mueca dispar entre la vehemencia y el orgullo.

Los SWAT llegaron junto a Bambi, con las armas en alto, encontrando los cadáveres de los secuestradores y a los rehenes, a salvo. La puerta de las escaleras de emergencia



de la primera planta se abrió y entró Virginia con la hija del senador en un brazo y con su arma en la otra mano; tras ella, Murdek, Scorpio y Raichel.

—FBI, agente especial Virginia Landis, son vuestros —aseguró al oficial de los SWAT, entregándole la niña.

—Vamos, tenemos que irnos —aseguró Murdek.

Todo había pasado muy rápido, en apenas quince segundos. Los mismos que tardó en desaparecer el inesperado comando. En el cielo de la noche metropolitana, Cinthya vislumbró la figura de un helicóptero en la altura, alejándose del lugar. La luz regresó a la primera planta del edificio mientras la policía registraba cada rincón y la asistencia sanitaria atendía a los rehenes.

—¿Puedes pillarlo? —preguntó la reportera al aire.

—¿El qué...? —respondió el cámara.

Para alegría de los que afuera esperaban, los niños salieron acompañados por sus profesores, la policía y los empleados del banco.

—Sin comentarios —aseguró el responsable del cordón policial al ver cómo Cinthya se le acercaba corriendo, perseguida por Jonathan y el resto de periodistas que habían estado retransmitiendo la noticia en directo.

Rayando el alba, de vuelta en el barracón, Virginia se quitó los pantalones y la camisa y se tumbó sobre su litera quedando pensativa.

—¿Qué te pasa? No pareces muy contenta, todo ha salido bien —dijo Bambi dirigiéndose hacia la ducha, desnuda y con una toalla blanca en la mano.

—El coronel Murdek los conocía. Uno de ellos mencionó a Donna, no eran vulgares asaltadores. Además, llevaba una MK 23 de los cuerpos especiales —aseguró Virginia.

—Nosotros no somos vulgares policías —apuntó Scorpio y salió de la ducha, envuelto en una pequeña toalla.

—¿Conocéis al coronel Murdek? —preguntó Virginia.

—El *Drill Instructor* convierte a los reclutas en marines, el Tuerto convierte a los marines en armas de precisión —contestó Scorpio.

—Ha instruido a todos los agentes de la Agencia UMA, en el fondo no es un mal tipo —dijo Raichel.

—¡Un hijo puta! —exclamó Bambi desde la ducha.

—Creo que nuestra misión no era rescatar a esos críos, sino acabar con esos hombres —aseguró Virginia, incorporándose con cierto disimulo para observar a Scorpio.

—Eso no es cosa nuestra —contestó él, con un gesto de indiferencia.

En aquel barracón no se tocó diana hasta mediodía. Tras el almuerzo, Virginia, Bambi y Raichel pasaron la tarde juntas, unidas a un pelotón de instrucción que recorría la base a paso ligero, con un saco de arena mojada de veinte kilos en la espalda por mochila y el arma en alto. El capitán Scorpio estaba siempre cerca de ellas, con una sonrisa irritante y observando en la distancia como acababan reventadas.

Virginia permanecía atenta a todo lo que hablaban sus nuevas compañeras. Había podido constatar que no podían ser más que auténticos soldados de élite, en aquella agitada noche se lo habían demostrado. Scorpio, a pesar de su aspecto rudo y salvaje, le pareció un hombre inteligente, atractivo y con un extraño sentido del honor. Raichel era muy ágil y no paraba nunca de sonreír, como si nunca hubiera tenido ningún motivo por el que estar triste. Bambi disponía de un carácter difícil, era algo despistada y un frío destello de muerte brillaba siempre en sus grandes ojos. Cuanto más



la miraba, más la recordaba; aunque sabía que nunca la había visto antes.

—Un capitán con tridente SEAL entre reclutas, ¿qué hacen aquí? —se preguntó.

Caída la tarde, regresaron hacia el barracón.

Virginia les seguía a dos pasos de distancia.

—¿No sabes cuanto durará esto? —preguntó Scorpio, sin volver la vista.

—No, pero la semana que viene es la graduación —contestó ella.

—¡Ten, bebe! —le dijo Bambi, sacando de su chaleco una petaca.

—¿De dónde sois? ¿Estáis en la Agencia UMA? —preguntó Virginia, tras dar un sorbo.

Scorpio y sus dos compañeras se volvieron de golpe.

—¡Ahhh! ¿Qué es? —preguntó Virginia al sentir el ardor que le había provocado la bebida.

—¡Oyzo! Licor de mujeres, lo compré en Lesbos. ¿Te gusta? —respondió Bambi.

—¡Trae esa petaca! Licor de mujeres, ¡qué tontería! —exclamó Scorpio, encendiéndose un cigarrillo rubio.

—Aquí no se puede fumar —apostilló Virginia, con desinterés.

—Ya lo sé —aseguró el rudo capitán y bebió.

Apenas mantuvo unos segundo el licor en la boca, lo escupió.

—¡Aaah! ¿Qué asquerosidad es esta? —preguntó. Y bebió de nuevo—. Pues no está mal esta puta mierda.

—Trabajamos para Donna. Teníamos nuestra base en Washington DC. Ella nos propuso trasladarnos a Los Ángeles y como Scorpio tiene su novia allí... —apuntó Raichel.

—¿Tienes novia? —preguntó Virginia.

—Bueno, algo así —contestó Scorpio.

—¿De verdad no sabes qué hacemos aquí? Esperaba un despacho y esas cosas. Pero en Los Ángeles, no estar aquí, entre sucios marines, sudando sangre —expuso Bambi, contrariada.

—Nadie me ha dicho nada —contestó Virginia.

Y los cuatro entraron en el barracón.

Una sorpresa les esperaba.

—Scorpio... —susurró Donna Ludwig, elegante, con serenidad. Y con un paso se posó frente a él. Tomó el cigarrillo de la boca del capitán, lo tiró y lo pisó sin apartarle la mirada.

—Murdek me ha confirmado que habéis ejecutado vuestra primera misión con éxito. Me alegro. Quiero presentaros a Barbie, seguro que disfrutaréis de su presencia —apuntó Donna.

—Hola —saludó una joven de cabello corto y piel de ébano. Su esbelta figura y esos ojos castaño verdosos la mostraban tan atractiva y peligrosa como una pantera.

—Pero... ¡Es negra, negra! —exclamó Bambi.

—No me había dado cuenta —remugó Raichel.

—La verdad es que no nos hemos conocido mucho —aseguró Virginia, escudriñando la mirada inquieta de la recién llegada.

Donna levantó el entrecejo y anduvo paseando de lado a lado de la estancia.

—Raichel estaba fascinada con la palabra de Dios, hasta que el reverendo de su parroquia intentó forzarla. Nadie la creyó, tuvo que huir y muchos lloraron la terrible pérdida de un buen hombre —expuso Donna—. Bambi, aunque no sabe nunca dónde tiene la cabeza, siempre nos sorprende por su habilidad. Era muy joven cuando descubrió su verdadera



vocación; aunque dice ser inocente, fue condenada por doble asesinato. Scorpio, nuestro capitán, era uno de los mejores hombres de las fuerzas de élite de los SEAL. Aunque le cuesta entender el tema de la cadena de mando y tiene un vocabulario impropio de un oficial, tiene mi total confianza. Ahora los tres trabajan para la Agencia UMA y forman uno de mis mejores comandos.

—Sí, formamos una familia bien avenida —aseguró Scorpio.

—¿Y ella? —preguntó Virginia, dirigiendo la mirada sobre la recién llegada.

—Sus conocimientos sobre aplicación científica de la informática y sus continuos delitos la llevaron hasta el Banco Central del Gobierno y hasta mí. Barbie quería ser una famosa modelo y, a su vez, aligerar algunas reservas económicas. Por lo visto el negocio funcionó bien hasta que las malas compañías la delataron. No pude permitir que su sabiduría se marchitara en aquella celda donde fue a parar. He pensado en darle una oportunidad más acorde con sus méritos.

—¿Y nuestra anfitriona? —preguntó Scorpio, señalando a la joven agente con una mirada interesada.

—Es Virginia, una brillante agente especial del FBI, condecorada con la Medalla de Oro del Congreso y, en unas semanas, espero, una oficial del Cuerpo de Marines.

Scorpio asintió de lado y las demás jóvenes miraron a Virginia con sorpresa, con cierta desconfianza. No era una delincuente sin identidad, rescatada de una celda, como ellas.

—Ahora que ya os conocéis, debéis aprender a trabajar como un solo ente y confiar entre vosotras. De ello dependerá el éxito del grupo y, en más de una ocasión, vuestras propias vidas. Pronto tendréis noticias mías, estamos acelerando los trámites para que podáis empezar con vuestro trabajo, ahora he de dejaros —aseguró Donna.

Luego, salió del barracón y se dirigió a un vehículo oscuro. Con una mirada cómplice se despidió de Virginia, mientras era conducida hacia un helicóptero de la base.

—Así que eres una maldita héroe —dijo Scorpio, mientras se encendía un cigarrillo, mirando de lado a la agente, con cierta perspicacia.

—Está buena la negra —murmuró Bambi.

—¿Tienes algún problema? —preguntó valiente Barbie.

Bambi estiró su labio inferior.

—¿Acaso eres una asquerosa racista? —insistió Barbie.

—No, más bien es una asquerosa viciosilla —murmuró Raichel con una sonrisa.

## Capítulo 6 LA ÚLTIMA PRUEBA

Virginia entró en el barracón lanzando un suspiro, agotada tras aguantar un maratón de barro con el fusil en las manos. La carrera de aquel día había sido más larga de lo habitual y, ahora, se unía a las marchas nocturnas. Raichel y Bambi llegaron momentos después, empapadas de sudor, tomando bocanadas de aire.

—Agua —susurró Raichel.

—¡Cerveza! —exclamó Bambi, buscando en la nevera.

—¡Estoy harto! ¿Hasta cuando tendremos que estar aquí aguantando estas putadas como si fuéramos reclutas? —preguntó Scorpio que las seguía sonriente.

—No es justo, tú te estás librando de esta tortura —afirmó Bambi, mientras abría la segunda lata de cerveza.

—Los oficiales estamos excluidos de esas ridículas pruebas. Además, yo ya las realicé en su momento, hace mucho de ello —expuso Scorpio, con cierta dejadez.



—¡Te haces viejo, capitán! ¡Tienen miedo de que no lo resistas y te cruja un hueso! —apuntó Bambi, despertando las risas de Raichel.

—¡Yo no resistiré! ¡Tengo los pies llenos de ampollas! ¡Y agujetas hasta detrás de las orejas! —dijo Barbie, entrando la última, buscando su litera. Reventada, cayó de rodillas antes de llegar y se apoyó con las manos en el suelo.

—¡Vamos, negra! ¿Cómo no lo vas a resistir? —le dijo Bambi, ofreciéndole una cerveza.

Barbie tomó la lata, sin dejar de mirar a los ojos de aquella joven rubia presuntuosa, deseando golpearla. Luego, sonrió, desestimando aquella primera idea. Bambi brindó con ella y le devolvió la sonrisa; cruzó el brazo por su cintura, la ayudó a levantarse y la acompañó hasta la litera bajo la mirada celosa de Raichel.

—El próximo lunes se realiza la última prueba —apuntó Virginia—. ¿Vais a participar vosotras?

—No, ellas no pueden —aseguró la teniente coronel Melanie Marte penetrando en el barracón, observando cada detalle, las literas y las pertenencias de las reclutas.

—¡Menos mal! —exclamó Bambi.

La teniente coronel volvió su vista hacia ella, con cierta resignación y desaprobación. Bambi se cuadró de inmediato y la saludó marcialmente, al igual que Scorpio y las demás reclutas.

—¡Descansen! Quisiera hablar con usted, recluta Landis. ¿Es posible? —preguntó la teniente coronel.

Scorpio se hizo el desinteresado y, comprendiendo, salió junto a sus compañeras del barracón. Virginia observó el semblante dudoso de aquella mujer. No le parecía normal que un mando de su rango la visitara en su propio barracón, menos sin compañía alguna.

—La mentiría si no le dijera que me siento orgullosa de haberla conocido, de que se gradúe en el Cuerpo de Marines. Descanse. Siéntese, por favor.

—Aún no lo estoy, señora —aseguró Virginia.

—Nada le impedirá llegar a donde se proponga. Pero siéntese, por favor —insistió.

Virginia desplazó unas toallas y se sentó en la litera, esperando curiosa las palabras de la teniente coronel.

—He seguido con interés su trayectoria. Desde que llegó a Parris Island ha batido la mayoría de récords establecidos, no solo del Cuarto Batallón. Usted está hecha de esa pasta especial que nos proporciona héroes. No sé cual será su destino final, pero quiero decirle que en la base tiene un lugar reservado, esperándola siempre que lo necesite.

—Gracias señora, pero creo que mi destino no está aquí.

—Ya he averiguado su destino inmediato y no me gusta. Cuando todos le den la espalda, cuando nadie la apoye y no tenga donde ir, esta podría ser su casa. Me gustaría que lo recordara —le pidió la teniente coronel, sentándose a su lado.

Virginia quedó pensativa, aquellas palabras sinceras y la confianza mostrada no le presagiaban nada bueno. La teniente coronel permaneció en la litera observándola, sin palabras, esperando, un tanto emocionada. Algo que no pasó desapercibido para la agente.

—¿Conoció usted a Eva, mi madre? Era capitán de Marines, sirvió en Irak.

—Sí, la conocí... Por eso estoy aquí. Hablaba mucho de su hija, eras muy pequeña. Ya no me recuerdas. Hemos paseado juntas las tres en alguna ocasión.

—Sabía que la conocía, señora. De mi infancia guardo pocos recuerdos, confusos, y de mi madre... Sé poco de ella, solo que la quería tanto.



—Eva trabajó un tiempo para Donna Ludwig y sus malditos entresijos clasificados. Pero ella quería servir a su patria de otra manera, siempre se sintió atraída por el Cuerpo de Marines. Siempre decía: “somos los mejores, es lo máximo”. Pensó que, tanto para ella y su hija como para su país, era lo mejor. No le gustó nunca el mundo donde tú ahora te estás metiendo. Aseguraba que era una guerra sin honor, donde no puedes confiar en nadie ni saber quién es el verdadero enemigo. Virginia, ¿eres consciente de dónde te estás metiendo?

—Creo que sí, señora. La señora Ludwig me ha...

—Donna Ludwig es una mercenaria, una asesina que se rodea de asesinos —le interrumpió la teniente coronel.

—Tengo entendido otra cosa, señora.

—Lo sé, es cuestión de opiniones. Debes decidir si eres una asesina o una agente de tu país. Tú sabes lo que quiere Donna Ludwig... Pero aún puedes elegir.

Virginia quedó sin palabras y observó, al frente, la pared blanca, vacía.

—Si finalmente decides trabajar para la Agencia UMA, ten mucho cuidado —continuó la teniente coronel—. Tu madre, Eva, nunca se fió de ella, temió que la mataran sus propios compañeros y murió en extrañas condiciones.

—¿No cayó en una emboscada, señora? —preguntó Virginia, volviéndose sorprendida.

—Esa es la versión oficial, la de Donna y la del alto mando.

Aquellas palabras calaron hondo en la mente de la agente, haciéndola dudar de todo.

—Usted y mi madre eran buenas amigas, ¿verdad?

—Sí. Entonces no había muchas mujeres en el Ejército. Me llevé una grata sorpresa cuando recibí la documentación sobre usted y supe quien era, la revisé con curiosidad. No fue

muy protocolaria su entrada en la base y levantó mi interés. Eva fue compañera mía. Más que una amiga, éramos como hermanas...

Virginia cruzó la mirada con ella, ávida por saber y vio sus ojos nublados, abrumados por la nostalgia.

—¿Qué ocurrió, señora?

—La conocí muy bien, no puedo entender cómo pudo caer en una trampa mortal. Era una mujer muy inteligente. Su misión no tenía complicación alguna. Aunque se trataba de un reconocimiento en territorio hostil, no se apreciaba movimiento alguno desde hacía semanas. Lo siento, no tengo una conclusión propia sobre cómo falleció. Pero no me creo ni una palabra de la versión oficial.

—Comprendo —susurró Virginia.

—Lo que sí sé es que intervino un cuerpo especial del Gobierno, los mercenarios de Donna Ludwig, y la operación dejó de existir para el Cuerpo de Marines. Según me informó el sargento de transmisiones, antes de ser relevado, Eva comunicó desde su posición el descubrimiento de un zulo deshabitado. Describió numerosa documentación y varios cofres con oro y moneda americana. ¡Miles de dólares!

—No sabía nada de ello...

—El mando conjunto de operaciones especiales envió un comando para custodiar el descubrimiento hasta que pudiera ser evacuado o llegaran más refuerzos —continuó la teniente coronel—. Hasta ahí sé. Fueron víctimas de un ataque en el que sucumbió toda su patrulla. Estuvieron solicitando ayuda durante cuarenta y cinco minutos, nadie llegó a tiempo. En su grupo había tres más de nuestras compañeras del Cuarto Batallón: las marines Judith Kautz, de 20 años, y Heather Vance, de 23 años; y la teniente Kristen Dencault, de 32 años. Los SEAL que llegaron a su rescate no encontraron ningún



rastros del zulo ni del oro, ni de los mercenarios, ni de los documentos ni los dólares.

—¿No sobrevivió ningún miembro de la patrulla?

—Todos murieron. Yo estuve en la zona, con una compañía de rescate, levantando los cuerpos. No encontramos ningún cadáver de un posible enemigo, solo los de nuestros marines en un barranco. Algo difícil de explicar.

—¿No encontraron nada? Quizás fueron sorprendidas y el enemigo ocultó el zulo. ¿No es posible, señora?

—No, no creo. En ningún informe oficial consta lo que halló tu madre antes de ser abatida y el sargento que recibió la transmisión, cayó al día siguiente en un fatídico accidente. ¡Se le disparó su propia arma! Nadie sabía que el sargento me había hablado de ese oro, ni podía corroborarlo y callé. Ahora lo sabemos las dos, aunque no sé si te valdrá de mucho.

—¿Quiere que investigue qué ocurrió?

—No, quiero... Me gustaría, si es posible, que investigara por qué murieron mis chicas en ese barranco y quién las mató. Siempre he pensado que tu madre no murió en una emboscada, que alguien ordenó ocultar el zulo y silenciarlas. Solo es una conjetura mía, pero no puedo creer que ese oro no existiera y que una patrulla de mis marines fuera sorprendida de tal forma.

La teniente coronel quedó en silencio.

—Cuarenta y cinco minutos es mucho tiempo. La base de ese equipo de mercenarios no estaba lejos, cualquier nave debería haber alcanzado la zona hostil en veinte minutos lo sumo. Si trabajas para Donna Ludwig deberás cuidarte de tus enemigos, pero más de tus amigos —apostilló finalmente.

Virginia cerró los ojos, conmovida. Luego observó cómo la comandante del Cuarto Batallón se levantaba de su lado. La sonrió con una cara entre la nostalgia y la alegría, se levantó

y la saludó marcialmente. Con paso lento, Melanie Marte se alejó del barracón, con la cabeza alta y cierta satisfacción por haber compartido finalmente sus sospechas, su temible secreto.

Virginia sintió la extraña necesidad de tener cerca de ella la Bren Ten 10 mm de su madre. La tomó y acarició su cañón, luego la posó sobre su pecho y se tumbó.

—Sí, cuarenta y cinco minutos es mucho tiempo —susurró.

\*\*\*

Una gran tormenta se desató sobre el campo de maniobras de la base del Cuerpo de Marines en Parris Island. Era el presagio de otro día agotador. Tras cuarenta horas seguidas de intensas pruebas, las aspirantes del Cuarto Batallón se encontraban dispersas en un enorme pantano hecho barrizal. Donde el asfixiante calor, la humedad y los mosquitos no eran sus más letales adversarios. Si cometían cualquier error, no superarían el curso apenas a una jornada de su finalización. Se hallaban inmersas en la última prueba: las Brujas de Salem. Un riguroso entrenamiento en equipo, de 54 horas de campo. El cual representaba la culminación de todas las habilidades y conocimientos que debía poseer un marine, donde se exigía la aplicación de todo lo aprendido.

La sargento mayor Marga y varias instructoras las seguían de cerca, controlando a cada una de ellas. El pelotón que acogía a Virginia se había dividido en cuatro escuadrones de apenas veinte reclutas. Las cuales recorrían por diferentes rutas los pantanos que bordeaban la isla, realizando las mismas pruebas. Entre las valientes que se arrastraban cubiertas de hierbas, resistían las mejores. Aquellas que habían logrado soportar las duras pruebas físicas y psíquicas a que habían sido sometidas constantemente durante tres meses.



Al salir del pantanal, escudriñaron su entorno sin novedad. Colmadas de barro, continuaron la marcha por un estrecho camino, atentas a cualquier obstáculo que pudieran encontrar.

Tras lo ocurrido con el recluta Thomas Hans, Virginia procuró mantenerse alejada de sus compañeras de pelotón. Lo cual le había granjeado pocas amistades entre las aspirantes, les resultaba extraño que no permaneciera con ellas en los barracones. Muchas la consideraban una favorecida, quizás por algún mando o por ser hija de algún político influyente. Solo la recluta Clarke Adams hablaba con ella en aquellas maniobras, su compañera de filas en la formación de instrucción; se trataba de una joven rubia con carácter, de fuerte complexión y una cicatriz vertical que le partía el labio y la barbilla.

—¿Qué harás cuando esto termine? ¿En qué te especializarás en el MOS? ¿Sabes donde te destinarán cuando te gradúes? —le preguntó Clarke, tratando de averiguar algo de ella mientras avanzaban, vigilando cada paso, con los MI6 en guardia.

—No sé qué pasará mañana. Menos dentro de una semana, ni cuando nos graduemos —respondió Virginia.

—¿No tienes ninguna preferencia? A mí me encantaría que me destinaran al Pacífico, a una isla, con muchas palmeras y cocos...

Virginia sonrió.

—Me mandarán a Afganistán, me lo veo venir —aseguró Clarke.

—Sabes donde te metes. Dudo que los Marines sea el Cuerpo del Ejército apropiado para ir de vacaciones a ningún lugar.

—Mi novio me matará, si no lo hacen los talibanes.

—¿Tienes novio? —preguntó Virginia.

—Sí, claro... ¿Tú no?

Virginia negó con la cabeza, sin comprender cómo una persona que pretendía ser marine podía planificar de tal forma su vida, más pensando incluso en formar una familia. Con cada nuevo destino podría entrar en combate, con lo que ello significaba.

—Ya veo, tú eres de las que piensan que los marines son máquinas solitarias de matar. Fíjate en la *Drill Instructor*. Parece un monstruo lanzando gritos todo el día, tiene la voz destrozada de tanto gritar, ya casi no es ni humana. Siempre de mal humor.

Virginia dirigió su mirada hacia Marga, estaba seria, con una pose desafiante, mirando el reloj con cara de pocos amigos.

—Tiene marido e hijos en casa, esperándola. No es un monstruo. Mi padre era sargento en Infantería de Marina, ahora está en la Reserva.

—Todo el que empuña un arma contra otra persona es un monstruo —comentó Virginia ante la perplejidad de Clarke.

—No amas el Cuerpo. ¿Por qué estás aquí? ¿Acaso tu padre es un político o un millonario? ¿Qué buscas?

—Estoy sola, de paso. No tengo familia alguna. Mi madre era capitán de Marines, falleció en combate, en Irak.

—Vaya, lo siento. Creo que soy una bocazas.

La caminata prosiguió en silencio.

—¿Tú no piensas como ellas, que soy un bicho raro? —preguntó Virginia, de pronto.

—Aquí todas somos bichos raros. Ya me dirás que hacemos por estos caminos de barro pegando barrigazos en el suelo en vez de dejarnos seducir por un apuesto galán —contestó Clarke con una sonrisa contagiosa.

—La última persona con la que reí en este lugar tuvo que abandonar con la pierna rota. Mis amigos no tienen suerte,



quizás deberías saberlo —expuso Virginia, con una mueca alegre y un tono perspicaz.

—Lo sé. Por algo nos han recomendado permanecer lejos de “la invitada”.

—Llevamos dos días de marcha y unos cuarenta kilómetros a las espaldas, esto debe estar punto de finalizar —afirmó Virginia, cambiando el tema de la conversación.

—Mañana al amanecer regresamos al campamento base, nos espera el desayuno del guerrero... ¡Y seremos marines!

—¡Atención reclutas! —exclamó la sargento mayor al llegar a un claro rodeado de sotobosque, mientras apartaba la mirada del reloj—. Pueden reagruparse y descansar.

—Por fin, un pequeño descanso. Gracias a Dios —aseguró Clarke, sentándose de golpe y ofreciéndole agua a Virginia—. Espero que podamos echar una cabezadita, apenas hemos dormido cuatro horas en dos días.

—No sé si durará mucho —apuntó Virginia y tomó la cantimplora.

—Nos tomaremos un tiempo para descansar y comer algo —dijo la sargento mayor, desviando la mirada de las agotadas reclutas—. Antes quiero que observen aquella cima, nuestro escuadrón tiene una misión especial gracias a la recluta Landis. Su amigo, el coronel Murdek, decidió que debía ser así y les ha preparado un recibimiento especial.

Todas las reclutas dirigieron sus miradas indignadas hacia Virginia, con recelo; la cual se sintió incómoda y repudiada.

—Maldita sea —murmuró una de ellas, dejándose oír entre las demás.

—¡Nos van a joder a todas por su culpa! —exclamó otra.

—La recluta Landis tendrá el privilegio de dirigir el asalto debido a las dotes de mando que ha mostrado durante

el periodo de instrucción. Deberán tomar el pequeño campamento que hay en la cima, eliminando los simuladores de centinelas que encuentren, esas tablas de madera y neumático en las que tantas veces han hundido sus bayonetas. Procuren no activar ningún sensor de alarma, ni disparar las trampas que encontrarán en su camino; creo que han puesto munición abundante para todas. Si alguna cae manchada por la tinta roja, se considerará herida y deberá ser trasladada por las demás. Si logran hacerse con la cima, deberán mantener su posición hasta que se les ordene. Esta es una prueba que deben superar en conjunto, ninguna puede quedar atrás. Dispondrán de dos horas para tomar el campamento.

—¿Dos horas, señora? No está muy alejada —preguntó Virginia, observando la cima un tanto inquieta por la responsabilidad que le había sido otorgada.

—No le será fácil, recluta Landis. El coronel Murdek se ha ocupado de aguarles la fiesta. Si algo sale mal, la culpa de que sus compañeras fracasen será exclusivamente suya y tendrá que responder por ello —le contestó.

Virginia comprendió.

—El coronel quiere responsabilizarme de la suerte de todo el escuadrón, ante un hipotético ataque, y mandarme de una patada a Los Ángeles un día antes de graduarme —murmuró. Y pensó con rabia que, seguramente, Murdek ya se había ocupado de que todo saliera mal.

—Antes del anochecer deben estar en la cima y ocupar el campamento —continuó la sargento—. Les recomiendo que descansen, tienen tres horas antes de iniciar su ofensiva. La noche será larga, tal y como esperan. Además, deberán acarrear con ustedes estas cajas de municiones que nos han dejado aquí preparadas.

—¡Nooooo! —exclamaron varias reclutas al comprobar que tendrían que soportar más carga de la que ya llevaban.



—En el campamento les espera la cena... Y el coronel Murdek, que tiene verdadero interés en ver qué ocurre. Yo les dejo, las espero arriba. A partir de ahora su instructora de escuadrón se limitará a observar hasta que tomen la cima o fracasen en su intento. Les deseo suerte, espero que sepan aplicar todo lo que han aprendido durante estos tres meses y lo consigan. Nada me complacería más —dijo la sargento mayor, de forma extraña, como si las animara ante un reto imposible.

—No sé si lo conseguiremos, ese coronel tuerto va a por mí y se os llevará a todas por delante contar de conseguir que yo caiga —dijo Virginia, viendo como se alejaba la sargento mayor acompañada de dos auxiliares.

Solo una marine instructora del escuadrón quedó con ellas, sería la testigo de cuanto hicieran. Las reclutas miraron a Virginia un tanto enojadas, con cierto desánimo, maldiciendo la suerte de haberles caído en su escuadrón.

—¡Venceremos! —exclamó de pronto la recluta Clarke—. Si ese coronel tuerto quiere jodernos, le demostraremos quiénes somos.

El cielo se oscurecía con grises nubarrones y una gotas comenzaron a caer, como adelanto de la tormenta que se avecinaba.

—Clarke, que se resguarden de la lluvia y descansen —fueron las primeras órdenes de Virginia a su escuadrón—. Quedan cinco horas para el anochecer, tienen tres para descansar; comprueba que las aprovechan. Puede ser la última oportunidad de dormir que tengan hasta que finalicemos estas pruebas. Murdek irá a por mí, será complicado... Pero debemos intentarlo...

—¿Intentarlo? Mejor hacerlo. ¡Tomaremos esa maldita cima! —aseguró Clarke, optimista.

Pasados diez minutos, el escuadrón descansaba bajo los setos y arbustos. Las reclutas, presas del hambre y la fatiga se habían quedado dormidas enseguida, tras pegar dos bocados de sus exiguas provisiones. La instructora auxiliar vigilaba, sentada y apoyada bajo un árbol, dando cabezadas. El silencio envolvía el lugar. Solo la lluvia que no cesaba orquestaba su leve crepitar en charcos y hojas, en los cascos y uniformes de las reclutas.

Virginia observaba a través de sus prismáticos la cima. Los bajó, miró a sus compañeras y se sintió preocupada. Luego, se encaminó hacia una senda que avanzaba hacia la cima.

—¿Dónde vas? —le preguntó Clarke en voz baja.

—Quiero ver de cerca ese campamento antes de iniciar la marcha.

—Te acompaño.

Las dos reclutas anduvieron por espacio de media hora, monte arriba. Sus pasos cautelosos no despertaron ninguna alarma y fueron marcando el camino, señalando las trampas que hallaron, hasta llegar a un arroyo que rodeaba gran parte de la cima, el cual se ensanchaba frente al campamento. Un pequeño puente de madera lo cruzaba. Ante él, dos tabloncillos verticales revestidos de neumático se mostraban como centinelas. Al otro extremo se podía ver una alambrada y siguiendo el espino, un sensor que delataría cualquier movimiento en todo su perímetro.

—Seguro que bordea el campamento —apuntó Clarke, bajando los prismáticos.

Virginia siguió observando con detenimiento.

—Si cruzamos en silencio por debajo del puente y avanzamos por detrás de aquellos arbustos, podemos alcanzar la cima en diez minutos sin que nos descubran —propuso Clarke.



Virginia volvió la vista sobre su compañera, dubitativa. Luego revisó su entorno y alzó los prismáticos enfocando de nuevo el pequeño campamento. Murdek estaba allí, al resguardo de la lluvia bajo una lona, despreocupado, debatiendo con el capitán Fergusson. Más allá, distinguió a la teniente coronel Melanie Marte y a la sargento mayor Marga, su *Drill Instructor*. Ellas no parecían tan animadas.

—No. Demasiado simple, el coronel lo habrá pensado también y seguro nos ha preparado una ingrata sorpresa. Buscaremos otro paso, por la retaguardia —contestó.

—Pero eso nos llevará mucho tiempo, no llegaremos antes del anochecer.

—Estoy segura que hay más trampas en ese charco y en el puente que en todo este monte. ¡Vamos, tenemos que encontrar otra opción!

La recluta Clarke se quedó sin argumentos.

—Ese coronel hará todo lo posible para que no alcancemos la cima, el agua será un hervidero de patos y el puente, en cuanto lo pisemos, se caerá. ¿Verdad? —preguntó resignada.

Virginia asintió y, con una mueca, le indicó que la siguiera.

Ambas reclutas recorrieron la orilla del arroyo, ocultas por la vegetación palustre y la lluvia. A cada momento, rastreaban con sus prismáticos el frente, buscando posibles puntos de observación enemiga o un lugar idóneo por el que cruzar.

—Cada vez nos alejamos más, será complicado llegar a tiempo si seguimos ladeando la cima.

—Mira —le dijo Virginia, ofreciéndole los prismáticos, señalándole un cortado de unos diez metros de profundidad y seis de ancho, por el que se precipitaba el arroyo—. ¿Tenemos una buena cuerda?

Clarke observó dos árboles gruesos, uno a cada lado del cortado.

—Seguro que ahí no hay trampas —aseguró sonriendo.

De regreso con el resto del pelotón...

—¡Arriba! —ordenó Clarke a sus compañeras, haciendo pasar la orden entre ellas—. Es la hora.

—¿La hora de qué? ¿De que nos jodan? —preguntó Jessi Goodish, una recluta pecosa, de pelo muy corto, pelirroja; con un evidente gesto de contradicción—. La toma de la cima siempre ha sido más simbólica que otra cosa, me temo que esta vez no lo será gracias a ella.

—La infectada nos ha jodido con sus tonterías, podría haberse quedado en su puta casa, con su puta madre, en vez de venir aquí —aseguró Mamen Betancourth, una joven hispana de carácter violento.

Clarke la tomó de la pechera y se la acercó de frente hasta rozar sus labios partidos con los de ella.

—Esa infectada perdió a su madre, capitán del Cuerpo de Marines, en Irak luchando por nuestro país. No como la tuya que te espera en casa para lamerte las llagas del M16 y lavar tus cochinas bragas cagadas. Ese coronel tuerto tiene un problema personal: quiere joderla por ser mujer y a ti y a mí. Pero será mil veces más condescendiente que cualquier talibán al que un día puedas enfrentarte. ¡Así que recoge tu puto equipo e incorpórate ya! ¡Nadie ha dicho que estemos eliminadas! ¡Vamos a por ese jodido tuerto! —exclamó ante la sorpresa de sus propias compañeras y de la instructora.

Virginia se mantuvo lejos, como si no hubiera oído nada, tan perpleja como las demás. Pensó que en algo se notaba que el padre de Clarke había sido sargento; y se acercó a la recluta que hacía las funciones de tiradora designada del escuadrón.

—¿Eres buena, Evelyn Ross? —le preguntó, observando el nombre cosido sobre el uniforme.

—Sí... Bueno, supongo que sí —contestó la joven, de ojos azules, cansados, de cuerpo delgado y cara descompuesta entre barro, tinte y broza.



—Lo eres. Vindrás conmigo, prepara el arma.

Pronto, todo el escuadrón supo del fallecimiento de Eva en Irak y la postura hacia Virginia cambió de forma radical. Clarke se había encargado de ello, sus palabras habían calado hondo en todas. Las reclutas avanzaron firme por los pasos controlados anteriormente por la agente. En su camino fueron eliminando los centinelas que hallaban y evitando las numerosas trampas que podían tintarlas de rojo, señal inequívoca de que habían sido heridas por el supuesto enemigo. Transcurrida media hora llegaron al puesto desde el que Virginia había vigilado a Murdek. La señal de alto con el puño frenó el avance y se cerraron con cuidado, en círculo, alrededor de Virginia.

—Tenemos que alcanzar la cota sin ser descubiertas por los centinelas. Luego, hay que aguantar hasta que el fuego cese y podamos regresar a casa. Y es lo que vamos a hacer —dijo Virginia, de una forma tan simple que las llenó de confianza.

—Deberíamos avanzar con más precaución. Si activamos algún sensor de proximidad, nos eliminarán —apuntó Jessi.

—Si vamos a cruzar ese puente, este es un buen puesto para detectar los centinelas y el sensor de la alambrada. Podremos avanzar con más seguridad si los eliminamos, tenemos buenas tiradoras —expuso Betancourth, confiada en sus posibilidades.

—Sí, estoy de acuerdo —aseguró Virginia—. Un pequeño grupo se quedará conmigo para eliminarlos, el resto del escuadrón avanzará rodeando la cima con Clarke y se llevará las municiones. Asaltaremos el campamento por la retaguardia. Ajustemos nuestros relojes.

Betancourth y Jessi levantaron el entrecejo ante aquella orden que, a priori, las alejaba del objetivo.

Virginia esperó una protesta que no llegó.

—El camino es largo, pero está despejado en gran parte. Deberéis daros prisa. Si nos alcanza la noche aquí, estamos perdidas. Clarke, llévatelas. Déjame algo de compañía para distraer al coronel, que se quede conmigo Evelyn y...

—Yo me quedo contigo —dijo Jessi.

—Y yo —añadió Betancourth.

Virginia asintió estirando su mentón. Tenía la sensación de que había logrado unir a su escuadrón en torno a ella y en gran parte se lo debía a Clarke.

—Clarke, las demás que te sigan con las municiones. Sabes lo que tienes que hacer. No te salgas de las sendas que hemos marcado, puede haber algún cable trampa. Llevad los ojos bien abiertos y no levantéis la cabeza por encima de la maleza —ordenó Virginia.

Como si se tratara de una serpiente gigante, envuelta en barro y ramas, las reclutas recorrieron la zona durante una larga hora, bordeando la orilla del arroyo bajo la lluvia, ocultas por la vegetación hasta llegar al cortado. Y observaron a Clarke, esperando sus órdenes, sin entender por qué se habían alejado tanto del objetivo.

—¡La cuerda! —exclamó Clarke, mordiéndose el labio partido, vigilante.

La recluta examinó el gancho de cuatro garfios y balanceó la cuerda. Luego lo lanzó sobre una bifurcación rocosa del otro extremo del cortado, y quedó enganchado. Comprobó por tres veces su firmeza y ató el extremo al tronco del árbol de esa orilla, por encima de su cabeza. Cruzó de inmediato la distancia que separaba las dos vertientes, deslizándose por la cuerda, colgando sujeta de manos y pies, con un improvisado cable de seguridad atado a su cinto. Rápidamente



tomó el extremo de la cuerda y lo afianzó, anudándolo al tronco del otro árbol, por debajo de su cintura, uniendo así ambos árboles con una línea descendiente sobre el cortado. Al momento la siguieron las demás reclutas. Y las cajas de municiones que, sujetas con cinturones por sus asas, se deslizaron de lado a lado del barranco, empujadas por la gravedad de la vertical formada por la cuerda.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Clarke, animando a las últimas en cruzar—. No miréis abajo, con precaución.

Luego, avanzaron por el pedregoso terreno hasta llegar a una pared de roca, de tres metros de alto, que las separaba del campamento y se quedaron agazapadas.

—Vamos bien —confirmó Clarke, controlando su reloj—. ¡En marcha, en silencio!

Cinco de ellas, las más fuertes, se apoyaron contra la pared. Las demás comenzaron a trepar, subiendo rápido por las caderas y hombros de sus compañeras. En la cima, ocultas por un resguardo de piedra y matas, lanzaron dos cuerdas y subieron las cajas de municiones. Después, ayudaron en su escalada a las cinco reclutas que habían servido de apoyo.

Virginia se había mantenido en su posición durante una hora, dando tiempo al escuadrón a llegar hasta el objetivo. Miró su reloj y se arrastró hasta un bosquecito a orillas del arroyo, donde las aguas formaban un pequeño estanque cerca del puente que lo cruzaba. Betancourth, Jessi y Evelyn la siguieron en silencio.

—Mi capitán, me ha parecido ver algo. Creo que ya están ahí —aseguró desde la cima uno de los instructores acercándose a Fergusson.

—Han tardado mucho —apuntó el capitán.

—¡Déjeme ver! —exclamó el coronel Murdek, con su voz tétrica, mostrándose impaciente.

—Han empleado demasiado tiempo en llegar, se ve que se han tomado la prueba sin prisas. No han activado ninguna trampa, a pesar de haberlas triplicado especialmente para ellas. Parece que de momento les va bien —apuntó la teniente coronel Melanie Marte, acercándose interesada.

—Apenas se dejan ver —comentó el capitán Fergusson.

—Sí, ahí está Virginia —afirmó Murdek, observando con los prismáticos—. En cuanto entren en el estanque, caerán en mis redes. ¿Qué cree que hará la recluta Landis, teniente coronel? ¿Meterá a su escuadrón en el agua o pasará por el puente? ¿Buscará un paso poco profundo o bucearán?

—Da igual lo que haga. ¿No, coronel? —contestó ella.

No ocurrió nada. Ante la creciente impaciencia del coronel, Virginia permaneció agazapada, dejando pasar el tiempo. Agitando de vez en cuando algunas ramas, ayudada por sus compañeras, trasladaba la sensación de que el pelotón entero estaba oculto en el bosque.

Mientras, Clarke avanzaba rápido con demás las reclutas. Ya en la cima, sobre el suelo húmedo, a unos pocos metros de un muro que delimitaba el pequeño campamento simulado, la alambrada de púas que lo bordeaba frenó su camino. Una de ellas, mellada por los golpes y con una mirada inquieta, tomó unos alicates y pinzó el cable. Sin cortar, pasó la lengua por los labios, nerviosa, y observó a Clarke, que consultaba de nuevo su reloj.

Virginia, desde su posición, revisó los paneles de madera y neumático que hacían las veces de vigilantes en el puente. Y miró su reloj.

—Ya deben haber llegado. Evelyn, elimina el sensor de la alambrada y a esos vigilantes.



—¿Qué ocurre que no avanzan? Apenas les queda tiempo, ya anochece —dijo Murdek, suspicaz y ladeó su cabeza hacia atrás, temiéndose alguna estratagema imprevista.

El zumbido de los proyectiles de la tiradora hicieron volar en ese momento los sensores.

—¡Señor, ya vienen! —exclamó uno de los instructores.

Murdek volvió su mirada penetrante hacia el estanque y vio cómo eran alcanzados los centinelas del puente.

—Al fin se ha decidido —susurró malicioso, centrando su atención de nuevo en Virginia.

—¡Corta! —ordenó Clarke.

Los alicates cortaron el espino sin ser detectadas, el sensor de la alambrada estaba inutilizados por los disparos de Evelyn. Nadie notó la entrada por la retaguardia de las reclutas en el perímetro de defensa del campamento. El escuadrón avanzó rápido, tomando posiciones, calando bayonetas. A una señal de Clarke, cargaron de pronto contra los postes de madera y caucho que hacían el papel de enemigo.

—¡Acabad con ellos, está anocheciendo! —gritó Clarke.

Sorprendidos, los mandos se volvieron para ver llegar a las reclutas, entre gritos y cargas, derrumbando los postes. Tras ellas, seis más portaban las cajas de municiones. Estaban tomando el campamento. Murdek, perplejo, giró su vista sobre el estanque y vio a Virginia levantarse, junto a sus tres compañeras. El rostro enmudecido del coronel quedó sin expresión alguna.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Cargad con más garra! Que no quede ni un enemigo en pie —gritó la sargento mayor Lundy, sin poder ocultar su satisfacción al ver que el pelotón había logrado alcanzar el objetivo.

Murdek esperó por un momento, en vano, que Virginia cruzara el puente o entrara en el estanque. La agente alzó la mano despidiéndose con un saludo marcial y desapareció de nuevo en el sotobosque con sus reclutas.

—Parece que no piensan caer en sus trampas, coronel. Sería una lástima que tomada la cima cayeran cuatro integrantes del pelotón, con su responsable a la cabeza. Sin duda llegarán por donde entraron las demás —aseguró Melanie Marte.

—¡Vámonos! ¡Esto no ha terminado! —exclamó airado Murdek, sintiéndose vencido, y se dirigió hacia su vehículo.

—Sí, regresemos. Sargento mayor, sus chicas, que descansen un rato antes del baile. Se lo han ganado —dijo la teniente coronel, y siguió los pasos del coronel, acompañada del capitán y dos suboficiales.

—Estaba tan obsesionado con la recluta Landis que no sospechó que las demás pudieran llegar por la retaguardia. A esa joven le bastó dejarse ver un poco para distraerle de sus verdaderas intenciones —apuntó el capitán Fergusson.

La teniente coronel Melanie asintió con una sonrisa.

Tras diez minutos de confusión orquestada, la sargento mayor daba por conseguida la toma del campamento.

Durante algo más de una hora, las reclutas estuvieron descansando. Virginia había llegado con el resto del escuadrón y tomaba un sopa caliente, aguada, con pequeños trozos de pollo y verdura. Era la cena prometida.

—Parece que lo hemos logrado —dijo Jessi, satisfecha.

—¡Aaaah! —se estiró Evelyn y dejó la taza vacía junto a sus pies.

—Nos queda esta noche y se acabó —aseguró Virginia.

—Sí —afirmó Clarke, sentada a su lado—. Tienes que darme tu contacto, fuera tenemos que celebrarlo y me parece que en cuanto esto acabe volarás.



—No creo que sea buena idea —apuntó Virginia, a la vez que observaba a sus compañeras, que la miraban cansadas, pero satisfechas.

De pronto, varios botes de humo cayeron sobre ellas. Virginia saltó para cubrirse, contra una roca, y buscó con la vista a la sargento mayor, mientras las demás reclutas corrían a refugiarse o se tiraban cuerpo a tierra.

—¡Debéis aguantad! ¡Si os movéis de la loma estáis perdidas! ¡Si no podéis más, abandonad! ¡Pero os recuerdo que estamos a nada de recoger la insignia que os hace marines! —gritó la sargento mayor, luego se colocó una máscara antigas.

Como aliada de la fatalidad, la lluvia que las había acompañado durante todo el día, desaparecía por completo con la caída de la noche. Momento en el que cayeron sobre ellas numerosos botes de gas lacrimógeno, seguidos de numerosas explosiones y disparos. En apenas unos minutos, el aire del campamento se convirtió en una masa enrarecida que envolvió el escuadrón.

—¡Resistid! ¡Es gas CS! —ordenó Virginia, incorporándose, tratando que sus compañeras mantuvieran la posición.

Un bote estalló a sus pies. El gas inundó sus pulmones y sintió como si se le abrasaran. Sus ojos comenzaron a llorar, soportando un escozor horrible. Se cubrió la cara con la mano, tropezó con varias compañeras y cayó de lado. Entre los destellos de explosiones, vio a varias de las reclutas vomitar y caer al suelo, perdiendo el fusil entre toses agónicas. Las instructoras habían creado un escenario similar al de un combate, una situación de pánico y desconcierto que las llevaba al límite.

—Me ahogo... —susurró Virginia.

—¡Vamos, solo es un poco de gas CS! ¡Su efecto es intenso, pero transitorio! —exclamó la sargento mayor.

Virginia notó fuertes arcadas y trató de vomitar. No pudo. Recibió dos fuertes golpes en la espalda y cayó de rodillas, tropezando con una compañera. Clarke la sujetó del hombro y la arrastró junto a ella. Ambas se escondieron bajo un matorral, entre el hueco de una roca agrietada.

—¡Vamos! ¡Joder, aguantad! ¡Protegeos, usad paños húmedos y respirad con calma! —gritaban las instructoras, protegidas con máscaras.

Sufriendo los efectos del gas entre arcadas y toses, Virginia apoyó la cara en sus manos, con un pañuelo cubriendo parte de su rostro y permaneció doblugada, resistiendo en su posición junto a Clarke.

Tras cinco horas de humo y explosiones continuas, la presión fue cediendo. Las aspirantes estaban destrozadas, desorientadas, aguantando estoicamente.

Ninguna se rindió.

Ninguna abandonó la loma.

Al ver el amanecer, Virginia sonrió.

—Lo hemos logrado —murmuró, levantando la cara embarrada al cielo.

—Aún tenemos que recorrer cinco kilómetros hasta la base —apuntó Clarke, limpiándose con la manga restos de barro y vómito de la barbilla.

—Comparado con lo que hemos pasado estos meses, regresar al punto de inicio no será un problema. Ánimo marines, vamos a recoger nuestras insignias, el desayuno del guerrero nos espera —afirmó Virginia, con un orgullo inesperado.

—¡Arriba! ¡Hay que volver a casa! Pero un verdadero marine no deja atrás a sus compañeros heridos ni sus muertos, menos en un escenario de combate —gritó la sargento mayor—. ¡Abrid las cajas de municiones!



—No puede ser —murmuró Jessi.

Dentro de cada caja se hallaban tres pesados maniqués.

—Ahora comprendo por qué pesaban tanto esas malditas cajas —apuntó Clarke.

—¡Venga, señoritas! ¡Acaso creían que iba a ser tan fácil? ¡En marcha! —ordenó la sargento.

Tirando de orgullo, cargaron mochilas, armas y maniqués e iniciaron el camino de retorno.

Apenas habían recorrido unos quinientos metros, tras tres días de marcha, sin dormir, padeciendo constantemente hambre y penalidades, las rodillas temblaban con cada paso. Una constante desazón comenzó a apoderarse de ellas.

—¿Vais a abandonar ahora? ¡Joder! ¡No os hagáis esa putada! ¡Vosotras podéis! ¡Todo es actitud! —gritaban las instructoras.

La marcha se fue haciendo cada vez más penosa, cada paso que daban parecía un mundo. A un kilómetro del punto de llegada, tres botes de gas cayeron frente a ellas. La cara de las aspirantes se contrajo a ver que tenían que atravesar aquella cortina de humo blanco y enfrentarse de nuevo al gas CS.

—No respiréis hondo. Respirar despacio, en cortos espacios. Las reglas de entrenamiento de combate son como las de la naturaleza: solo las más fuertes sobreviven. ¡Y esas sois vosotras! ¡No queríais ser marines? ¡Pues vamos! ¡Lo estáis consiguiendo! —gritó la sargento.

Trataron de pasar rápido la cortina de humo, aguantando la respiración. Apenas lo habían conseguido cuando cuatro botes más cayeron delante de ellas, inundando sus pulmones y esperanzas. Con los ojos irritados, atrapadas por el humo, comenzaron a caer al suelo, entre arcadas, vómitos y toses, buscando una bocanada de aire fresco.

—No puedo, no puedo más —se derrumbó Clarke.

Virginia la vio caer y se sintió desfallecer. Aquel ardor guerrero que le daba fuerza en los momentos más difíciles, parecía haber desaparecido. Le cayó el fusil de asalto de las manos mientras se arrodillaba. El maniquí que arrastraba rebotó en el suelo, seguido de un leve vómito.

—¡Recoja su puto muñeco! ¡El arma! —le gritó la sargento mayor al oído.

—No puedo —contestó Virginia, vencida.

Entonces...

—Dices que no puedes, pero sí puedes —le susurró al oído una voz deliciosa.

La agente, apenas consciente, levantó una rodilla, apretó los dientes, colocó de nuevo el maniquí sobre sus hombros, recuperó el fusil y, en la bruma de aquel infierno que Murdek había desatado para ella, se irguió llorando.

—La sangre de Ares no te sacará de esta. No es una cuestión guerrera, sino mental. ¡Claro que puedes, lo estás haciendo! —escuchó en su mente.

Virginia ladeó con fuerza la cabeza, tratando de reponerse, de ver. Aquella mujer de blanco cabellos y pies descalzos desaparecía como una ligera bruma asimilada por el gas. Observó a sus compañeras, algunas marchaban penosamente por delante, otras trataban de reponerse bajo las indicaciones y exigencias de las instructoras. Se quedó parada, triste, al contemplar como las fuerzas habían abandonado a Clarke; destrozada y sin sentido, era atendida por los sanitarios.

—¡Vamos! ¡No es el momento de sentir lástima! ¿Acaso quieres abandonar tú también? —le espetó la sargento.

—No voy a abandonar —le susurró Virginia.

Como un triste pelotón de zombies, con cortos pasos y ojos irritados, arrastrando la culata del fusil y con abundantes lágrimas, las reclutas continuaron su camino.



—¡Más, más, lanzadles más gas! ¡Que sepan lo que es una guerra! —gritó el coronel Murdek, apremiando violentamente a las instructoras.

Apenas cien escasos metros distaban a las reclutas de la ansiada meta, cuando una nueva oleada de botes cayó sobre las que habían logrado superar los anteriores envites. Un duro golpe difícil de superar, estaban deshechas.

—¡Ya está bien! ¡Alto el fuego, de inmediato! —ordenó la teniente coronel Melanie Marte, bajando de su vehículo militar, acompañada por el capitán Fergusson—. Coronel Murdek, ya se ha extralimitado lo suficiente. Con tal hostigamiento, ninguna lo conseguirá. ¿Es ese su propósito?

El coronel no contestó.

Los botes dejaron de caer. La niebla de gas lo ocultaba todo. Solo se veía a las asistentes salir con algunas reclutas inconscientes. Los mandos, marines auxiliares y las instructoras fijaron su mirada en el camino, con la esperanza de que alguna de ellas lo consiguiera. Solo Murdek permaneció con una sonrisa en su enjuto rostro, estirando su cuello con una mueca de satisfacción, sin apartar su único ojo de aquella masa blanca que se disipaba.

La teniente coronel Melanie sonrió de pronto. Varias reclutas surgieron de la neblina y continuaron recorriendo los treinta metros de camino que las separaban de la llegada, arrastrando los maniqués como autómatas sin sentido. Alcanzaron su meta ante la mirada inquisidora de Murdek. Al frente de ellas, Virginia. La seguían cinco más. De inmediato ladearon aquellos pesados maniqués, que cayeron firmes en el suelo como sacos de arena. Entre abrazos, besos y palabrotas llenas de orgullo se felicitaron entre ellas hasta quedar sentadas en tierra, sin nada más que poder dar de sus castigados cuerpos, lo habían entregado todo.

Virginia cayó sin fuerzas y miró angustiada aquel camino que había dejado atrás; esperando ver aparecer alguna recluta más que lo consiguiera. Sonrió derramando una lágrima al ver acercarse a tres más de ellas, con paso lento, pero firme. Luego, bajó la vista; de las diecinueve integrantes de su escuadrón, solo once lo habían logrado y se sintió responsable.

La teniente coronel y el capitán Fergusson se acercaron para entregar en persona la ansiada insignia del águila, globo y ancla a cada una de aquellas mujeres. Las cuales les observaban inquietas, murmurando pequeños gemidos e irguiéndose deshechas, pero llenas de orgullo. Lo habían conseguido.

—Marine Landis, no me ha defraudado. Es usted un ejemplo y un orgullo para el Cuerpo de Marines —dijo el capitán Fergusson, acercándose, y le estrechó la mano.

La teniente coronel asintió con un mueca cómplice y se despidió de ella con un saludo marcial.

Murdek dio media vuelta y se fue, emitiendo un extraño gruñido.

Al día siguiente, Virginia salió de las oficinas del Primer Batallón con el semblante contrariado. Pensó en aquel recluta al que había conocido. Le hubiera gustado verle, pero no pudo. Thomas Hans había tenido que abandonar tras la rotura de su tibia y peroné. Se marchó sin decirle una palabra. Quizás el orgullo, la vergüenza o la decepción le habían impedido despedirse de ella.

—¡Virginia! —exclamó Clarke.

—¿Pensabas marcharte sin despedirte? —preguntó Evelyn, acompañada de Betancourth y Jessi.

—No, realmente no sé cuando partimos.



—La *Drill Instructor* nos ha confirmado que te marchas hoy. Nos ha dado permiso para venir a despedirnos. No se lo digas a nadie —dijo Clarke.

—Al final no te quedas al Día de la Familia, será un fiesta grande —apuntó Evelyn.

—Créeme, ningún familiar mío tenía previsto acudir a mi graduación —afirmó la agente.

—¡Nosotras! Ahora somos familia —dijo Betancourth.

—¿Qué ha pasado al final con las Brujas de Salem? —preguntó Virginia, sentida por no haber alcanzado Clarke ni Betancourth la insignia de marine.

—La teniente coronel y el capitán Fergusson han solicitado al comandante una revisión de lo acontecido con nuestro escuadrón. Es posible que tengamos otra oportunidad —contestó Clarke asintiendo repetidamente.

—Sin ese tuerto asqueroso será mucho más fácil —apuntó Betancourth.

—Es que son unas flojas —dijo Jessi, limpiando con una mano el polvo de la insignia de su pecho.

—¡Maldita seas! —exclamó Betancourth, propinándole un leve empujón, desatando las risas de sus compañeras.

—Cuando nos graduemos, iremos a visitarte, no lo dudes. ¡Nos debes una fiesta! —aseguró Clarke, despidiéndose con un fuerte abrazo.

—¡Os esperaré, lo celebraremos como toca! —contestó la Virginia, un tanto alegre y sorprendida al ver que tenía amigas, viendo cómo se alejaban hacia el Cuarto Batallón.

Virginia ingresó en su barracón, donde el capitán Scorpio y las demás agentes de Donna Ludwig permanecían descansando. Y se tumbó en la litera.

—¿Y ahora qué? ¿Me enviarán al centro de Especialidades de Ocupación Militar o a la Escuela de Infantería? —le preguntó al techo.

—El juego ha concluido, volamos a Los Ángeles. Aquí hemos terminado —aseguró de pronto la siniestra voz del coronel Murdek, entrando en el barracón.

—¡Bien! —exclamó Bambi.

—¿Qué pasó con el recluta Thomas Hans? —preguntó Virginia, aprovechando la oportunidad, recriminándole con su tono la acción.

—¿Ese intento de hombre con el que te veías? No me gustó como la rondaba, te mereces algo mejor.

Virginia entreabrió los labios, perpleja.

—Creo que eso es algo que debería evaluar yo, coronel —acertó a comentar.

—Ese tipo tuvo mucha prisa por entrar en Parris Island, le entró la vocación de pronto, y ha tenido la misma en desaparecer. Creo que estaba más interesado en meterle mano que en pertenecer al Cuerpo de Marines.

—Thomas era un buen hombre...

—Agente, déjese de estupideces. Debe ser consciente de quién es usted y de que todo aquel que se le acerque puede ser letal o víctima con mucha facilidad.

La joven agente se quedó sin palabras.

—Recoged vuestras cosas, en una hora salimos. Ha terminado su estancia en Parris Island —ordenó el coronel. Luego, paseó por dentro del barracón hasta posarse ante ella—. La he estado observando, ha progresado bastante. Me recuerda a su madre. ¡Tan hermosa como testaruda!

Por un momento ambos quedaron mirándose.

—Mi madre, ¿qué sabe de ella, coronel?

—¿Eva? Fue una gran mujer —contestó Murdek, alejándose con paso decidido.

—No me ha dicho nada —insistió la agente, dando por hecho que aquel tenebroso personaje sabía mucho más de lo que decía.



Murdek paró y volvió lentamente su rostro impenetrable.

—Se espera mucho de usted. Debe marchar a Washington, con Donna Ludwig; tiene mucho papeleo que rellenar y gente que conocer. Le darán rango y luego, se reunirá con el capitán Scorpio, en Los Ángeles.

El coronel permaneció por unos segundos en silencio, pensativo, observando los ojos de Virginia como si escrutara en su mente, en su interior.

—En esta dirección podrá encontrarme —continuó de pronto, con un tono sencillo desconocido, amable, mientras le entregaba una tarjeta—. Solo si es totalmente necesario, si se encuentra en serio peligro.

—Gracias, señor —apuntó Virginia, un tanto desconfiada.

—Ahora tienes que prepararte para cumplir con tu misión o acabarás como tu madre, muerta —le dijo volviéndose hacia la salida, con voz soberbia; cambiando su tono, recuperando su acritud hacia ella.

## Capítulo 7

### EL GRUPO ESPECIAL SCORPIO

El capitán Scorpio, Raichel, Bambi y Barbie se encontraban en la sede del FBI de Los Ángeles, en el despacho del capitán Harris. No eran bienvenidos en aquel día de Nochebuena y lo sabían, una carta del USSOCOM era lo único que tenían como presentación.

—Así que al final nos enteraremos de qué va todo esto —dijo Scorpio, mirando los discretos adornos navideños que salpicaban aquellas oficinas.

—¿Dejamos definitivamente Washington? ¿Trabajaremos aquí, con esta gente? —preguntó Bambi, escudriñando todo y a todos con su fría mirada.

—Virginia está a punto de llegar, ella les informará — contestó Harris.

—¿Hoy no van de caza? —preguntó con cierta ironía el agente especial William Vence, mientras se aproximaba cauto con un café caliente en la mano, con un elegante traje azul oscuro, arrastrando tras de sí la mirada curiosa de Raichel. No había podido evitar acercarse a ellos, intentando averiguar algo de Virginia y sobre qué hacían allí aquellos personajes.

—No —contestó Scorpio, de forma fría y contundente, poniendo entre sus labios un cigarrillo y sacando su encendedor.

—Aquí no se puede fumar —aseguró Harris.

—¿Saben algo de Virginia? —preguntó William.

—No sabemos nada de ella —bostezó Bambi.

—Pero, también tiene que venir, ¿no? —insistió William.

—Sí. Tú eres... —dijo Raichel, cruzando interesadamente su mirada con la de él y alargó su brazo con una sonrisa.

—Agente especial William Vence, compañero de Virginia Landis —respondió el agente, estrechando su mano.

—Raichel, de la Agencia UMA. Bambi, Barbie y el capitán Scorpio.

El repicar de unos tacones cortos resonó por el pasillo. Unas botas altas y ajustadas atraían a su paso la mirada de los agentes. Una hermosa mujer avanzaba con firmeza, vestida con un ajustado y elegante traje negro-azulado y una chaqueta larga que apenas ocultaba su Bren Ten 10 mm y sus formas femeninas.

William se puso en la puerta y se asomó.

—Hola, ¿permites? —le preguntó ella, de forma escueta.

—Sí, claro —contestó confundido.

—Sabe que no me agrada, pero me alegro por usted. La felicito, supongo que es lo que quería —dijo el capitán Harris y le estrechó la mano.



—Gracias —susurró Virginia.

Harris no dijo nada más y salió, cediéndoles por unos momentos su oficina.

—No te reconozco. ¿Dónde has estado? ¿Qué ocurre?  
—preguntó William, acercándose a ella.

Virginia le puso la mano en el pecho, parando su avance.

—No. Debes salir, no te concierne —le dijo; y le miró a los ojos, asumiendo la contrariedad de su antiguo compañero, de su querido amigo. Después se volvió y posó la vista sobre Scorpio.

William permaneció en el despacho, desconcertado por un momento. Después levantó las manos en señal de protesta y salió dolido, con una expresión incierta.

—Bambi, cierra la puerta —ordenó Virginia.

—Te veo muy cambiada —apuntó Scorpio, recorriendo todo su cuerpo con la mirada. Luego, se sentó en la butaca de Harris, tras la ordenada mesa del despacho. Y posó los pies sobre esta.

Virginia se quitó la chaqueta, la dejó en un perchero de madera y acero que había al lado de la papelera y se sentó sobre una esquina de la mesa.

—Tengo un objetivo: Mirina —expuso, golpeando con un dedo la nariz de un pequeño Papa Noel que adornaba la mesa del capitán Harris.

—¿Quién es Mirina? —preguntó espontáneamente Bambi.

—¿Por qué aquí, en este despacho? Para hablar de estas cosas es mejor en cualquier tugurio, es más seguro —aseguró Scorpio.

—El capitán Harris debe saber ciertas cosas, debía conocerlos personalmente. Es necesario —aseguró Virginia.

—¿Necesario?

—Soy una agente federal, lo que me proporciona la capacidad legal necesaria para actuar dentro del territorio

nacional. Pero también significa que debo informar debidamente de mis actividades a mis superiores del FBI. Los de arriba quieren hacerlo todo bien, están preocupados por los aspectos legales.

—Ya, se supone que nosotras no podemos actuar dentro del país —apuntó Raichel.

—De hecho creo que ni existimos, somos unas jodidas zombies —afirmó Bambi.

—Comprendo. Donna busca una fórmula legal para actuar también dentro y tú, al menos, existes —apuntó Scorpio con una mueca de resignación.

—¡Es una heroína! —sonrió Bambi.

—Debo organizar mi grupo especial —continuó Virginia—. He tenido la oportunidad de conocerlos y me gustaría contar con vosotros. Antes de que decidáis nada, quiero que me escuchéis. Es una misión arriesgada...

—¡Vaya novedad! ¿Será posible? Nuestras misiones siempre son arriesgadas —interrumpió Bambi.

—Esta vez es diferente, créeme. No hablo de un grupo de zombies que saque la basura lejos de casa, va más allá. La Agencia UMA pretende convertirse en un nexo legal entre el FBI, la CIA y Defensa; lo que nos permitiría intervenir rápido, tanto en el exterior como en el interior del país en misiones muy delicadas.

—Nosotros no podemos actuar aquí, lo sabes —aseguró Scorpio.

—No somos nada —apuntó Bambi.

—Donna trabaja en una nueva identidad para vosotros. Como agentes especiales de la Agencia UMA estaréis vinculados al Gobierno. Está convencida de que aceptaréis, no contempla otra posibilidad. Yo prefiero que sea vuestra elección. Aunque tú, mi querida Bambi, no tienes opción.



—¿Yo? —preguntó Bambi, sorprendida.

—Me interesa lo de la nueva identidad, podríamos empezar una nueva vida de cero —subrayó Raichel.

Scorpio recogió los pies, se levantó de la butaca y salió de detrás la mesa encendiéndose el cigarrillo. Agarró una silla y se acomodó frente a Virginia, con el respaldo por delante, y colocó sus brazos sobre este. Dio una profunda calada y lanzó el humo al aire. Levantó la cabeza y estiró el mentón.

—¡Cuéntanos! —exclamó.

Virginia le acercó un cenicero lleno de clips y se apoyó de nuevo en la mesa.

—Mirina es una ejecutora.

—¿Es el objetivo? —preguntó Raichel.

—Así es —contestó Virginia—. Fue entrenada por los mejores agentes, tanto en técnicas de combate como de inteligencia. En su día trabajó para el Pentágono y la CIA realizando misiones encubiertas. Ahora trabaja por libre, está en nuestro país con un objetivo... Y vendrá a por mí.

—¿Eres su objetivo? ¿No era tu objetivo? —preguntó Bambi—. No entiendo nada.

—En cuanto sea consciente de nuestra misión, vendrá a por mí. Creemos que su verdadero objetivo reside en la Casa Blanca. Hasta llegar a ella va dejando un reguero de sangre.

Un silencio incómodo se hizo en la oficina.

—Hace años, cuando estaba en los SEAL, oí hablar en varias ocasiones de esa mujer, un fantasma mortal. Pero recuerdo que era una de los nuestros —asintió Scorpio.

—Ya no lo es. Mi misión es acabar con ella —continuó Virginia—. Según las últimas investigaciones, todo parece indicar que reside en Los Ángeles, aunque su constante movilidad ha impedido localizarla. Se tiene constancia de que ha actuado con éxito contra objetivos americanos de las más

altas esferas, tanto políticas como financieras y militares. No dudará en hacer lo que deba por cumplir su contrato.

—¿No hay un dossier? ¿Una foto? ¿Tiene familia o amigos? —preguntó Raichel, ladeando la cabeza.

—No. Esa mujer consiguió borrar todos los archivos con sus datos antes de abandonar la central de inteligencia. Parece como si nunca hubiera existido. Así pues, no sabemos mucho de ella, solo su nombre clave: Mirina —explicó Virginia.

—Debe tener un nombre real —dijo Barbie.

—Donna ha solicitado al Servicio Secreto y a la CIA un nuevo dossier sobre ella. Nos lo mandarán en cuanto dispongan de él, con toda la documentación que logren recopilar —continuó Virginia.

—¿Y han confiado en ti para acabar con esa ejecutora que se les ha descarriado? —preguntó Scorpio, recorriendo las facciones de Virginia con su mirada.

—Hasta el momento, esa mujer ha burlado cada intento realizado para acabar con sus acciones. Dos grupos de operaciones especiales, preparados especialmente para enfrentarse a ella, han fracasado. Donna, desde la Agencia UMA, se ha ofrecido para acabar con la amenaza que supone. Cree que yo podré detenerla, sabe que me buscará —expuso Virginia—. Y no por la recompensa que Montoro ha prometido a quien acabe conmigo, sino por quien soy.

—¿Quién eres? ¿Acaso le debes algo? —preguntó Scorpio.

—Viene de lejos, os aburriría —apuntó la agente, dejando en el aire la respuesta.

—¿Ofrecen una recompensa por ti? Eres una caja de sorpresas —dijo Barbie.

—¿Cuánto? —pregunto Bambi, maliciosa.

—El Gobierno pretende eliminar a los agentes que, por decirlo de alguna manera, se han emancipado de forma



desordenada y representan un peligro por sus actuaciones criminales. La Agencia UMA se encargará de ello a través del USSOCOM y tiene el respaldo de la Casa Blanca. El secuestrador que abatió el coronel Murdek en aquel edificio de Washington DC, cuando rescatemos a la hija del senador, era un ex de la CIA... Por eso lo conocía.

—Si Donna cuenta con el respaldo de la Casa Blanca, es por que ya tienen un formato legal. Por eso eligieron a una agente federal condecorada y la formaron como una respetada marine, para formar el comando. ¿No? —apuntó Scorpio.

—Oficial de Marines —rectificó Virginia.

—¿Te han ascendido? —preguntó Bambi, sorprendida—. ¡Si no has hecho nada!

—Para eso fue a Washington DC mientras nosotros nos acomodábamos en Los Ángeles. A pasear sus laureles por los despachos y recoger sus insignias —aseguró Scorpio.

—Eso parece. Bambi y yo formaremos el comando, ahora debo completar mi grupo y no esperaré mucho —expuso Virginia.

—¿Bambi? ¿Por qué? —preguntó Raichel, observando a su compañera con recelo.

Bambi se encogió de hombros y estiró los labios, ignorando de qué hablaba.

—¿Sabes? No creo una palabra de lo que dices y no me convencen los ajustes de cuentas. Pero en una cosa tienen razón los de arriba: si es tan peligrosa Mirina como dicen, tú eres la persona indicada para acabar con ella —señaló Scorpio mostrándose intrigado e interesado.

—Me gustaría contar contigo —aseguró Virginia.

—Realmente no nos has dado mucha información sobre nuestro cometido. No sabemos si trabajaremos para la

Agencia UMA o para quién. Ni si realmente podemos elegir, ni por qué te busca esa mujer —expuso Scorpio.

—Trabajaréis para mí, para la Agencia UMA; con una nueva identidad y dentro de un formato legal. Es mucho más de lo que tenéis ahora.

—¿Cuánto cobraremos? —preguntó Barbie.

—Lo suficiente —respondió Virginia.

Por un momento, todos callaron y se escrutaron entre ellos. Con gestos espontáneos que no indicaban nada.

—He pensado que podríais tener planes para Nochebuena y Navidad, así que disponéis de cuatro días, el tiempo apremia. Es vuestra decisión —insistió Virginia. Después se vistió con su chaqueta larga y abrió la puerta.

—¿Navidad? ¿Cuándo es Navidad? —preguntó Bambi, desubicada.

—Bambi, acompáñame. Tú ya formas parte de esta historia desde hace mucho tiempo.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó el capitán Harris al verla salir.

—Sí, ¿necesita saber algo más de los agentes de la Agencia UMA? ¿Les dieron sus credenciales?

—Sí, sí... Está bien, pueden marcharse. Veremos en qué queda todo esto.

—¿Dónde está William? —preguntó Virginia, cambiando su semblante serio.

—Se fue bastante enojado, tenía cosas que hacer. El caso del Carnicero de la Cabaña está consumiéndole... A él y a todos nosotros. Además, no comprende por qué lo tratas así. Ni yo tampoco. Sabes lo que siente por ti.

—No quiero involucrarlo, puede ser muy peligroso para los dos. Nos enfrentamos a auténticos profesionales. Espero que lo comprenda. ¿El Carnicero de la Cabaña ha actuado de nuevo?



—No hemos encontrado ningún cadáver más. Sabe que le buscamos y está inactivo, quizás esperando que pase la tormenta. También es posible que todo haya acabado. Si es así, no sé si le atraparemos.

—Seguirá matando, no ha terminado su obra. Estaremos en contacto. Ya sabe cómo localizarme si me necesita. Feliz Navidad, capitán Harris.

—Virginia, escúchame, sabes cual es mi papel *in vigilando* en esta historia; sigues siendo una agente especial del FBI, no cruces esa delgada línea que separa la cordura de la locura. No dudes que actuaré y cumpliré con mi obligación. La ley es igual para todos.

—Lo sé —murmuró Virginia y se alejó.

—William es un agente federal, sabe cuidarse. Deberías hablar con él, seguro que te apoyaría. Siempre lo ha hecho —le aconsejó Harris.

Virginia asintió y se alejó del despacho, seguida de Bambi y arrastrando tras de ella la mirada de los agentes del edificio conforme avanzaba por el pasillo.

En la oficina, Scorpio, Raichel y Barbie se miraban con cara de circunstancias.

—¿Cuál es su papel “*in vigilando*”, capitán? —preguntó Scorpio, volviéndose hacia Harris.

—En Washington quieren un equipo serio y profesional, capaz de ofrecer resultados ante objetivos delicados; no un grupo de asesinos cualesquiera que pueda convertirse en un problema. No les quitaré ojo de encima.

Scorpio se rascó el cuello, pensativo.

—¿Qué opináis? Está loca, ¿verdad? —aseguró después, tras meditar las palabras de Harris, sin encontrarles sentido.

—¡Sin duda! Bonito traje viste la nueva jefa. Sí señor, me encanta su diseño. ¿Tendrán uno para mí? —dijo Raichel. Acto seguido, salió con prisa tras los pasos de Virginia y Bambi.

—¡Eh! ¡Espera! —exclamó Barbie y corrió a su lado.

—¿Usted no va con ellas? —preguntó Harris, malhumorado, vaciando el cenicero.

—Sé que me arrepentiré. Pero... ¡Qué demonios! ¡Se lleva mi grupo! —exclamó saliendo del despacho.

Frente al edificio del FBI, Virginia y Bambi permanecían apoyadas en una vieja furgoneta marrón, esperando.

—¿Crees que vendrán? —preguntó Bambi.

—Sí. Por cierto, estuve hablando con Donna y te he traído este regalo de Navidad, espero que te guste —dijo Virginia—. Dice que te haces llamar Bambi, como una cervatilla, pero que en verdad eres una loba.

—¿Has hablado con Donna sobre mí? —contestó Bambi mirando de soslayo, a la vez que tomaba de la mano de Virginia un viejo libro escrito en castellano antiguo.

—Tu español es muy bueno, no te será difícil de entender.

—¿Uma Soona. El oro de los faraones? ¿De qué trata?

—De ti, de tu linaje. Léelo, sabrás quién eres.

Bambi nunca había estado nerviosa, pero en ese momento sintió cómo su cuerpo temblaba ante aquel libro de gruesas tapas. No sabía nada de su familia, ni de su procedencia, ni quién era realmente y allí se encontraba, de repente, con una posible respuesta. Solo tenía como recuerdo de sus antepasados un pequeño cofrecillo y un tatuaje con forma de lobo en el lado derecho inferior de su vientre.

—¿Nos conocemos? —le preguntó a Virginia.

—Sí, podría decirse que, en otro tiempo, fuimos grandes amigas.

En ese momento aparecieron Scorpio y sus compañeras cruzando la calle con cara de satisfacción. El capitán avanzaba el primero con una Benelli M3T en la mano. Raichel lo seguía,



colocándose los guantes cortos con la mirada al frente. Mientras, Barbie se ajustaba su arma en el cinturón.

—¡Raichel, me habíais asustado! —comentó Bambi, echándose sobre ella de un salto y mordiendo sus labios.

—¡Baja! ¡Cada día estás peor! —exclamó Raichel, apurada.

—Mi negra, ya te echaba de menos —aseguró Bambi, dirigiéndose a Barbie, estrechando su mano y abrazándola fuerte, con una caricia lasciva y una sonrisa que delataba su alegría.

—Treinta segundos... ¡Sí que os ha costado decidiros! —exclamó Virginia observando su reloj.

—¿Cuentas con alguien más? —preguntó Scorpio.

—Ya tengo a mi capitán y a su equipo: el grupo especial Scorpio. ¿Qué más necesito? —contestó ella.

\*\*\*

Apoyada en el marco del ventanal de su habitación, en un alto ático de Los Ángeles, cercano a la playa, Bambi descansaba de aquel extraño día. A su lado un vaso de leche, cacao, un tarro con miel y unas galletas doradas. Era su cena de Nochebuena. Recién duchada, solo un transparente camión cubría su hermoso cuerpo. Relajada, observó a través del cristal las luces de la ciudad y el infinito del océano. Con una mueca extraña se lamentó de que Raichel no estuviera allí, con ella. Luego puso la vista sobre el viejo libro escrito a mano. Con delicadeza, meció aquella primera página de añejo papel que la trasladaba a un mundo olvidado de valerosas guerreras: las hijas de la luna.

Por su parte, el capitán Scorpio eliminó de su mente aquella atracción peligrosa que empezaba a nacer en su interior hacia Virginia y se dirigió animado a visitar a su querida novia. Por fin podría decirle que había conseguido que le trasladaran

a Los Ángeles, que le habían ascendido y que ya no era un policía de barrio de Washington DC que necesitaba hacer horas extras como escolta. Podría decirle que trabajaba como agregado del FBI en Homicidios. Era una coartada factible que, de alguna forma, se acercaba más a su verdad. Se podrían ver a menudo. Una botella de Champagne, una caja de bombones y un ramo de flores en sus manos anunciaban una Nochebuena plácida, llena de amor y mentiras piadosas.

Raichel paseó por diversos locales de copas, distraída, pensativa en su mundo, en la oportunidad que le brindaba el pertenecer a aquel grupo especial. Había logrado dejar atrás su turbulento pasado, nadie la buscaba, era libre. Tendría una nueva identidad, quizás un futuro. Recordó con una sonrisa los tiempos en que quiso ser una piadosa monja de la caridad y se puso sería, como nadie la había visto nunca, cuando su mente le trajo el recuerdo de aquel párroco ebrio de lujuria, abofeteándola mientras le sacaba las bragas. Lo mató con el crucifijo que había de centro en la mesita, mientras era poseída. Nadie la creyó. Solo Donna Ludwig, una persona que desconocía. ¿Por qué me ayudó?, se preguntó. Con una rápida sonrisa atendió las indicaciones de un joven apuesto que, al otro lado de la barra, le mostraba una copa. Era William Vence, el atractivo agente que había conocido en las oficinas del FBI.

Barbie se quedó trabajando en un pequeño sótano, adecuado por el FBI como oficina provisional del grupo. Los equipos informáticos parecían algo desfasados, pero solo para ella. Montó su propio centro operativo, se conectó a Internet, contactó con cada dirección que se leía en aquel documento de trabajo e introdujo las contraseñas que le daban acceso a las distintas instituciones gubernamentales. Sonrió con una mueca felina, pues muchas ya las conocía. Pensó en Donna



Ludwig, esa mujer elegante que, a pesar de haber hecho de la informática y la Red una fuente de ingresos ilegales, la ponía al frente de un ordenador con capacidad para desvalijar medio país, medio mundo.

—Debe de estar loca —murmuró risueña, mientras repasaba los valores de sus cuentas bancarias; donde debía hallarse su fortuna robada. Su alegría desapareció de inmediato, todas sus cuentas estaban vacías, canceladas. Levantó la cabeza con una mueca dolida. Donna la había sacado de la cárcel, le daba una nueva oportunidad en su vida, pero también la había dejado sin un dólar.

Virginia descansaba en su nuevo hogar. La cama era mullida y a través de los ventanales blindados se podía ver la vida nocturna de la gran ciudad. El silencio era sobrecogedor. A ella le gustaba así, le permitía soñar despierta. Su mundo había cambiado de forma meteórica desde que conociera a la señora Ludwig... y se hacía tantas preguntas. Se preguntó por William Vence, era la primera Nochebuena que no cenaban juntos desde que se conocieron en Quántico. ¿Qué habría sido de Thomas Hans y de sus amigas de Parris Island? ¿Lo habrían conseguido al final? Estiró su mano y apagó la luz de la mesilla. ¿Cuándo conocería a la mujer que había cambiado su vida, a Diana? Se sintió sola y añoró a Steven con cariño, ¿qué sería de su joven arqueólogo? Tenía dos llamadas suyas perdidas, de hacía dos semanas. Pensó en el capitán Scorpio y en la suerte que tenía su amada novia, ¿podría con semejante hombre? Quedó dormida, recogida sobre sí misma, pensando en un mañana que le diera respuestas.

Cuatro fuertes golpes en su puerta y dos timbrazos la despertaron. Alarmada tomó su Bren Ten 10 mm y se cubrió con la bata. Observó por la mirilla y no vio a nadie. Bajó la vista, pensando que alguien se habría equivocado. El timbre

sonó de nuevo, por tres veces. Volvió a mirar sin ver a nadie. Tensó su arma y abrió.

—¡Feliz Navidad! —exclamaron Clarke, Jessi, Betancourt y Evelyn, colmadas de cajas de regalos y botellas de vino y Champagne.

\*\*\*

El sol comenzó a rayar el alba. Bambi había pasado la noche leyendo aquel libro que desvelaba parte de sus miedos, que la atraía como un imán a cada párrafo que leía y que parecía hablarle de un mundo vivido, donde había amado y sufrido. Quedó absorta por el valor de Hipólita y de aquellas mujeres protagonistas de las páginas que mecía. Sus nervios afloraron como lágrimas cuando leyó el destino de un nombre: Ainia, la Loba de las estepas. Se sintió conmovida, emocionada sin saber por qué.

En su lectura llegó a una página que tuvo que leer por tres veces para salir de su asombro, para creer lo que leía.

“Alzada la tarde, en el ágora de Tríbada, la ciudad perdida de las hijas de la luna, Hipólita contemplaba a sus fieles que, alrededor de una inmensa hoguera, rendían tributo a Ainia, reina de las estepas sin fin. El cadáver de la Loba gloriosa, lavado y perfumado, se hallaba ante ella en un altar de piedra vestida de guerrera. Sacó la daga de su funda y le cortó un mechón de su largo cabello rubio. Ninguna de las fieles sabía qué pretendía, solo Europa; que joven ante la luz del día se posó a su lado.

Hipólita le sonrió agradecida por su gesto, ahora podría darle digna sepultura a su amiga y reina. Retiró del cuello inerte de la Loba el mechón de Evenor, que en vida le acompañó siempre, y unió ambos formando una trenza, rubio sobre moreno, moreno sobre rubio; y la cortó en su mitad.



Puso en las manos de Ainia una de las mitades y las cerró; la otra mitad la posó dentro de un pequeño cofrecito de madera que entregó a Europa.

Europa se alejó, dejando a Hipólita con notable pena y la vista posada en la cara de Ainia, mientras guardaba su daga. Las guerreras le abrían camino, observando sus pasos hasta la fragua. Asió el molde de una flecha y preparó el fuego donde hervía la piedra fundida, oro líquido. Abrió el cofre y sacó la trenza. Tomó una arista de cobre y realizó un pequeño corte sobre su dedo índice: varias gotas de sangre cayeron sobre la trenza. Acto seguido, la introdujo en un cuenco de resina cristalina y la moldeó hasta que quedó totalmente envuelta en ella. Después vertió una pequeña cantidad de oro líquido en el molde y posó sobre él, en su centro, la trenza hecha una pequeña y alargada bola, cerró el molde y lo colmató. Miró a Hipólita en la distancia mientras introducía el metal con una larga pinza en agua fría. Una diminuta neblina se alzó con un sonido sofocado.

—Ya está —susurró, apretándose el dedo índice, herido, con el pulgar.

Sacó el molde del agua y lo abrió, despacio, posando su mano al lado; y la punta de una flecha de oro cayó en ella. La miró al trasluz de la llama y limó sus asperezas, dándole filo hasta hacerla perfecta. La apretó fuerte y sonrió con orgullo, la introdujo en el pequeño cofrecito de madera y regresó junto a Hipólita.

El cadáver de Ainia fue depositado en una profunda tumba cavada en la misma plaza, frente al pequeño palacio de Mirina. La divina reina llamó a su capitana y tomó el cofrecillo de la mano de Europa.

—Toma, mi noble Deyarina...

—¡Mi señora! —respondió sorprendida.

—Has conocido mucho mundo, participado en cientos de batallas y amado en la adversidad, siempre fiel. En tu corazón dejaré la custodia del mayor de mis deseos para las hijas de la luna.

—Así será, de orgullo me llenas —asintió, sin dejar de lado su atónita cara.

—Saldrás al alba hacia Temiscira, con mi guardia. De allí partirás a las estepas sin fin, en busca de la pequeña Hipólita, hija de Ainia. Le entregarás este cofrecillo, con la punta de la flecha que contiene la fuerza y la sabiduría de sus padres y la sangre divina de Europa. Serás su sombra y espada, su madre y maestra. En tu alma de guerrera y mujer confío su cuidado, su amor y aprendizaje, pues ha de ser reina madre, un día —le ordenó Hipólita.”

Bambi cerró de golpe el viejo libro que Virginia le había entregado. Lo dejó en el suelo junto al vaso vacío y el tarro de miel. Un nudo en la garganta le impedía tragar y sus ojos, iluminados como nunca, se alzaron a través de la ventana de su habitación, mirando al inmenso vacío del amanecer, recordando. Una nostalgia desconocida la había invadido. Se miró el tatuaje de su vientre y pensó que no era un lobo, sino una loba.

Dio un rápido salto y corrió hacia su habitación. Empezó a vaciar cajones, buscando sin hallar. Salió hacia una salita donde un moderno sofá la cruzaba de lado a lado. Frente a este había un mueble con figuras de porcelana y madera, viejos recuerdos de sus numerosos viajes. Ninguna imagen de familia.

—¿Dónde lo guardé? ¿Tiene que estar por aquí? ¡Maldita sea! —exclamó nerviosa.

Abrió un cajón y su mentón tembló cuando vio el cofrecito de madera en un rincón, junto a unos recortes de revistas, un



estuche de maquillaje estropeado y una vieja baraja de póker. Siempre lo tuvo ante ella, pero nunca lo había abierto. Un desconocido temor y el olvido en el tiempo se lo impidieron.

—Hija mía, guárdalo hasta llegado el momento, será tu vida, es mí vida... —murmuró Bambi, recordando por primera vez las facciones de su madre, su larga melena rubia, sus ojos negros, su porte distinguido.

Lo tomó, resopló hecha un manojo de nervios y lo abrió lentamente. Una lágrima surcó su mejilla conforme sus pupilas se dilataban cuando vio en su interior la punta de una flecha de oro, con las aristas rojas color sangre, que iluminaba su cara con un destello mágico.

—¡Ainia, la Loba de las estepas! —exclamó.

## Capítulo 8 NAVIDADES SANGRIENTAS

—¿Más pavo?

—No, ya está bien. Estoy llena. Gracias, te ha salido sabrosísimo, querido.

—Yo sí, papá.

—¡Y yo!

Con un afilado cuchillo, aquel afable hombre de gustos culinarios, cabeza de familia, cortó dos trozos más de pavo trufado y los sirvió a sus hijos. Acompañado de una sonrisa encantadora, cubrió las rodajas de carne con salsa y puso unas patatas asadas para acompañarlo.

El día de Navidad transcurría en armonía en la mayoría de hogares de Los Ángeles. Las familias permanecían unidas en aquel día tan especial, alrededor del tradicional pavo. Deseos nobles de paz y abundancia colmaban las palabras de hombres y mujeres de buena voluntad.

—Esto lo guardaremos para los pobres —dijo la mujer, tomado un recipiente de plástico.

—¡Pero si queda medio pavo! —exclamó el hijo, un muchacho de apenas nueve años.

—¿Te lo vas a comer? —preguntó el padre.

El joven muchacho lo miró con cara de “me lo comería todo y luego reventaría”.

—No —contestó finalmente.

—Hijo, demos gracias a Dios por lo que tenemos y seamos caritativos con los que no tienen nada —apuntó el padre, preparando en la cocina el postre. Una gran tarta de manzana y canela aceleraba de nuevo el apetito con su aroma.

—Yo lo llevaré al comedor del instituto, allí reparten comida a los indigentes —aseguró la hija, una muchacha de dieciséis años, mientras la madre recogía la comida sobrante de aquel banquete navideño.

—Vas mucho por allí últimamente, ¿y ese conato solidario? —preguntó la madre.

—Va a ver a su novio —afirmó el niño, con cara de pillo.

—¡Peter! —exclamó la joven, ruborizada.

Esa misma noche, Virginia regresaba del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles con una sensación agradable en el cuerpo, de satisfacción. Sus amigas de Parris Island viajaban a sus hogares, a pasar el resto de las Navidades con sus familiares. Aquella visita tan inesperada la había llenado de alegría. La teniente coronel Melanie Marte les había conseguido su dirección a través de Donna Ludwig, imaginaron que estaría sola y decidieron acompañarla en dicha fecha tan emotiva. Tenían que celebrar que todas pertenecían ya al Cuerpo de Marines. La noche había sido movida, demasiado alcohol, muchas batallas que contar y poco comer y dormir.



Sonrió alegre pensando en los regalos que le habían traído. Un vestido de gala precioso, Chanel rojo púrpura, para que se buscara un novio. Un álbum de fotos de la base militar, donde se vio fea de verdad con el MI6 a rastras y llena de barro hasta detrás de las orejas, para que recordara siempre quién era. Un elegante anillo de oro blanco, con una explícita calavera, para sentirse comprometida por siempre con sus amigas. Y un juego de consoladores, de varias formas, tamaños y colores y con diferentes tonos de vibración, por si no funcionaba el vestido rojo púrpura.

Cruzando la ciudad, se dirigió al sótano donde estaban estacionalmente instaladas las oficinas del grupo. Aparcó el pequeño 4x4, tomó las armas de Bambi de la guantera y las colocó en el interior de un bolso negro. Anduvo varias calles, observando la gente, la alegría de aquellas fechas y, se sintió bien, contenta, querida. Entró en aquella casa de varios pisos que encubría el sótano y bajó las escaleras. Sacó las llaves y abrió el portal que la llevó a una pequeña antesala, vacía, con una puerta frente a ella y un panel de seguridad. Tecleó una clave y, con un pequeño chasquido que realizó el resorte que la abrió, la entrada quedó al descubierto.

—¿Barbie? —preguntó al ver las luces blancas parpadear en la habitación del fondo.

—¿Virginia?

—¿Qué haces aquí?

—Escuchando música.

—Creí que estarías con Bambi y Raichel.

—No, esas dos blanquitas están muy locas. Me miran mal.

—¿No quieres disfrutar de estos días de vacaciones? —dijo Virginia, dejando el bolso sobre la mesa, y sacó las armas del interior—. Hasta el próximo lunes no empezamos con el traslado del material.

—Aquí no conozco a nadie y en el apartamento que me han asignado no hay mucha gente viviendo. Quería ir formateando todo esto. Llevará su tiempo. ¿Has ido de compras? —preguntó Barbie, observando aquellas dos automáticas y la daga.

—No, son de Bambi. Las dejé en mi coche...

—¿Las olvidó en tu coche?

—Algo así, es complicado. Sobre este lugar, solo estamos de paso, hasta que nos asignen una oficina en condiciones.

Una clave policiaca sonó por la emisora de radio. Se estaba cometiendo un robo en un supermercado cercano. El agente de policía que patrullaba la zona solicitaba refuerzos, había habido un tiroteo.

—¿Estás escuchando música en la frecuencia de la policía?

—preguntó Virginia, sentándose en su pequeña oficina. Y abrió una carpeta azul.

—Los últimos éxitos musicales no me agradan... No dan nada bueno por la radio en estas fechas. ¡Paz y amor! ¡Panda de hipócritas! —exclamó Barbie.

—Veo que no son unas fechas muy propicias para ti, deberías salir a tomar el aire. Quizás alguien te contagie el ambiente navideño —asintió Virginia y comenzó a revisar la escasa documentación relativa a Mirina. Se recostó hacia atrás, recordando su visita a España, cuando se cruzó con ella en el Hospital Universitario La Fe, en Valencia; donde aquella extraña mujer pelirroja asesinó a su abuela.

—¿Ambiente navideño? ¡Feliz Navidad! ¡Feliz Falsedad! —exclamó Barbie.

—Necesito que contactes con Álvaro Escobar, Inspector Jefe de la Policía Judicial Española —dijo Virginia, de pronto—. Quiero hablar con él y saber si han avanzado algo en la investigación del asesinato de María. Quizás podría aportar algo sobre Mirina.



—¿Tiene algo que ver Mirina con tu abuela?

—Ella la asesinó.

—Es Navidad... No sé si allí habrá mucha gente trabajando.

—Nosotros estamos aquí, es posible que allí también estén. No creo que se marchen todos de vacaciones y cierren la comisaría.

—Vale. Eso es Madrid, ¿no?

—Sí.

Virginia volvió a retomar la carpeta, dejando pasar el tiempo entre papeles y fichas, releyendo aquellos documentos.

—No contesta nadie al teléfono. ¿Estarán de vacaciones? Espera sí... —dijo Barbie, tras realizar diversas llamadas.

—A todos los coches de patrulla, hemos recibido una alerta sobre una joven blanca invidente. Parece que desapareció a mediodía. Estad alerta por si podéis verla —se escuchó por la emisora de policía.

—¿Qué ha dicho la emisora? —preguntó Virginia.

—Creo que hablan de una muchacha que se ha perdido, ya es el tercer aviso —contestó Barbie.

—Clarianne Weels, dieciséis años, blanca, uno sesenta, rubia, con gafas oscuras, viste de rojo con falda escocesa y una chaqueta marrón clara. Fue vista por última vez cerca de la Biblioteca Universitaria de Los Ángeles —insistió la central de policía.

Virginia se levantó lentamente, alertada por aquel aviso que desató sus instintos. Su mentón tembló y notó una punzada en el costado.

—El Carnicero de la Cabaña —susurró.

Barbie, al teléfono, la miró sin entender muy bien.

—Me dice un suboficial de guardia que el Inspector Jefe está reunido, que se pondrá en contacto contigo. Lo que te decía: allí están de vacaciones. ¿Tiene tu teléfono?

Virginia asintió y miró a Barbie, preocupada.

—Consigue el domicilio de esa joven desaparecida, llámame en cuanto lo tengas —ordenó tomando su chaqueta, y se alejó hacia la puerta.

—¿Y lo de Madrid? —preguntó Barbie.

—Es España, ¡están de fiesta!

Virginia se dirigió al edificio del FBI en su 4x4. En su mente una terrible sensación tomaba forma, un pensamiento atroz erizaba su piel. Entró en los aparcamientos y subió rápido hasta el despacho del capitán Harris. La puerta estaba cerrada y apenas se veía personal en las oficinas.

—No está —aseguró la agente especial Jennifer Gómez, y se acercó con una mueca reprobatoria.

—¿No está? —preguntó Virginia—. Siempre está.

—Se marchó de vacaciones, no regresa hasta la semana que viene. Es Navidad, ¿sabes la hora que es?

—Pero... ¿Y William?

—¿Qué ocurre?

—Ha desaparecido una joven de dieciséis años, esta misma tarde. Es el Carnicero de la Cabaña, ha vuelto a actuar. Estoy segura. Quizás no sea tarde, todavía puede estar viva.

—¿Esta tarde? Es muy pronto para darla por desaparecida. ¿Qué te hace pensar que es cosa de ese sociópata?

—Mi instinto... He notado algo dentro mí. Creo que cada vez que ese monstruo actúa, algo me devora por dentro.

Jennifer contrajo el rostro.

—Lo sé, es difícil de explicar —añadió Virginia.

—Estás un poco nerviosa, relájate. William tiene cuatro días de permiso. Creí que estaba contigo, se fue al Caribe.

—¿En serio?

—Sí. El caso del Carnicero de la Cabaña lo lleva Henry, pero también está fuera.



—¿Es que no hay nadie aquí?

—Sí, estamos todos los que no tenemos vacaciones y nos íbamos a casa, a descansar. ¿En qué te puedo ayudar? ¿Has dejado tu grupo de zombis majaras? ¿Vuelves con nosotros?

—Esa chica está viva. Pero ese monstruo la destrozará si no actuamos pronto. Necesito tu ayuda, necesito encontrarla.

Una llamada les interrumpió. Virginia habló con Barbie mientras Jennifer la observaba, un tanto dubitativa.

—Dame lo que tengas del caso, voy a ver a los familiares de la joven —le pidió Virginia, mientras guardaba su teléfono.

Jennifer la miró de soslayo, reticente.

—Por favor —insistió Virginia.

Jennifer, tras meditarlo unos escasos segundos, ladeó la cabeza con una negación.

—Prepararé un dossier del Carnicero de la Cabaña, con una copia de la investigación —dijo con cierta impaciencia.

—Hola agente Landis, Feliz Navidad —la saludaron dos jóvenes agentes al cruzarse con ella.

—¡Feliz Navidad! —contestó ella, tratando de recordarlos.

—Te acompaño. Sí, no te preocupes: luego te preparo el dossier —dijo Jennifer y salió del despacho con la funda y su arma en la mano, observando a Virginia y a los dos agentes que se alejaban—. Son nuevos, llegaron hace unos días. Pero por aquí eres muy famosa, sales demasiado en la tele. Se dice que has saltado a la Casa Blanca, que estás en primera línea. Deberías regresar con nosotros.

—¿En la tele? ¿No avisas a Harris?

—Sí, esa reportera, Cinthya... Eres su musa. No sé cuantas veces ha salido ya el rescate de la hija del senador. Vamos, primero investiguemos algo. El capitán Harris me matará si agitamos el avispero en Navidad y no encontramos nada.

Las dos agentes se dirigieron al Bulevar Wilshire, en el centro de la ciudad. Aparcaron junto a un domicilio de adornadas ventanas. Pronto estaban delante de la puerta de aquel hogar que Barbie le había indicado por teléfono.

—FBI, perdone que la molestemos. Es sobre su hija —dijo Jennifer.

—¡Dios mío! ¡La han encontrado! ¿Está bien? —preguntó aquella mujer de ojos hinchados por el llanto.

—No, no. Ella es la agente especial Jennifer, yo soy Virginia Landis. Solo queremos hacerles unas preguntas, por si podemos ayudar.

La mujer asintió, desfalleciendo en su ilusión. Su marido la abrazó por detrás.

—Pasen, pasen. Por favor —les pidió—. Soy el señor Weels y ella es mi esposa Marianne, la señora Weels. Disculpen, estamos muy preocupados por la desaparición de nuestra hija.

—¿Podemos hacerle unas preguntas? —preguntó Virginia, observando los detalles de aquel hogar, aquella madre destrozada.

—Sí, claro, por favor —respondió el señor Weels.

—Cuéntenos qué pasó —dijo Jennifer.

—Síntense, por favor. ¿Quieren una taza de café? —dijo la señora Weels, recobrando el ánimo.

—Fue a pasear con su novio y no ha vuelto —dijo el pequeño Peter, con cara angustiada, surgiendo tras un sofá.

—Clarianne es un chica muy buena, tímida. Nunca ha hecho daño a nadie, ¿por qué se la han llevado? —sollozó la mujer.

—¿Cuánto hace que desapareció? —preguntó Virginia.

—Ya es media noche... Salió de casa tras el almuerzo de Navidad, quería llevar pavo a los pobres —apuntó el marido.

—No es mucho tiempo, quizás esté con alguna amiga... o con su novio —dijo Jennifer.



—No, eso no es posible. Ella siempre nos llama, no llega tarde nunca. ¿Qué le han hecho a mi niña? —preguntó la señora Weels, desconsolada.

—Llamó una amiga a casa, buscándola para ir a ese comedor. La estaban esperando. Pero ya se había marchado hacía dos horas. Y eso fue a las tres de la tarde —expuso el señor Weels.

—¿Por qué les llamó a ustedes esa amiga? ¿La conocen?

—Sí, es Natalia, siempre van juntas. Clarianne no les contestaba. Encontraron su teléfono móvil cerca de la biblioteca, estaba tirado en la calle —apuntó el señor Weels.

Virginia y Jennifer se miraron, preocupadas.

—¿Puede darnos una fotografía? ¿Y ese novio? —preguntó Jennifer.

—Estaba esperándola con Natalia... La policía no hará nada hasta pasadas 24 horas, ¿qué le pasará a mi niña? —sollozó la señora Weels.

—La policía ya está buscándola, haremos lo que podamos. Debe decirnos si su hija ha conocido a alguien en los últimos días, o si se veía con algún extraño —dijo Virginia.

—No, no...

—Con ese hombre —dijo Peter, ante la sorpresa de sus padres.

—¿Qué hombre? —preguntó Virginia, agachándose junto al niño.

—El de la furgoneta, una Toyota negra. La recoge los sábados por la mañana, a dos manzanas. Va a trabajar para comprar un regalo a mamá. Me hizo prometer que no lo contaría, ¿es pecado?

—No, no has hecho mal. Es por su bien. Debes decirnos si sabes dónde iba.

—No, solo sé que se duchaba cuando venía, por si tenía bichos —dijo el niño con un puchero y empezó a llorar.

—Nosotros no sabemos nada de eso —dijo el señor Weels, con el rostro enjuto.

—¿Dónde se metía nuestra pequeña? ¡Dios mío! —exclamó la señora Weels.

—¿Podemos ver su habitación? —preguntó Jennifer.

—Sí, por favor, acompáñenme.

Virginia y Jennifer registraron metódicamente aquella habitación, ante la mirada nerviosa y amarga de los padres de la muchacha.

—Dices que trabajaba, ¿no sabes en qué? —dijo Virginia, revisando el armario de la joven.

—No... no... —tartamudeó Peter.

Virginia levantó una zapatillas deportivas con restos de césped recién cortado y unos guantes manchados de verde, tierra y pequeñas ramitas

—¿A su hija le gusta la jardinería?

—Es su hobby. Le encanta el aroma de las plantas, las distingue todas. Pero nosotros no tenemos jardín.

—Pues no hace mucho cortó el césped de un jardín —aseguró Virginia, observando los pequeños trozos de hierba, cortados y frescos aún en su verdor.

—¿Qué vamos ha hacer? —preguntó Jennifer, de regreso a las oficinas del FBI—. Supo que algo raro pasaba cuando se la llevaron y perdió o dejó caer su móvil... Deberíamos ver ese aparato, quizá dejó algún mensaje.

—Es el Carnicero de la Cabaña. Así se acerca hasta sus víctimas, dándoles trabajo se gana su confianza. Una furgoneta negra, Toyota. Ese chico no nos dará más, no sabe más —contestó Virginia.

—Enviaremos a alguien de menores, quizás le saque algo. Cualquier detalle puede valernos. Me siento fatal, creímos



que ese asesino había desaparecido, que había parado —se lamentó Jennifer.

—Solo esperó el momento ideal para reiniciar su obra: ¡Navidad!

—¿Dónde habrá ocultado? Espero que la mantenga con vida.

—No las mantiene con vida, las sacrifica enseguida. No quiere crear ningún vínculo emocional con sus víctimas. Si está viva, no pasará de esta noche. ¿Dónde está, dónde?

El vehículo de Jennifer pasó junto a una casa en venta, con el césped muy alto. Virginia se percató de ello, intrigada empezó a realizar sus cábalas.

—Ese hombre no les dará trabajo en su propia casa. No se arriesgaría a que nadie la viera allí, a que pudieran relacionarle con su víctima. Debemos buscar una propiedad de fácil acceso en venta o abandonada que esté recién cortado el césped.

—Llamaré al inspector Logan, quizás puedan ayudarnos. Le daremos prioridad al asunto.

—La furgoneta Toyota... y ese móvil —le recordó Virginia.

—Sí, solicitaré que paren y revisen cualquier furgoneta negra Toyota que encuentren esta noche en todo el condado y que localicen ese teléfono.

Al llegar a las oficinas, las dos agentes subieron hasta el despacho de Henry, en su lugar había un joven novato.

—Es el agente Curtis, su sustituto. Henry se jubila cualquier día. Si no fuera por este maldito caso ya lo habría dejado.

—¿Está fuera?

—Sí, creo que está en Alaska, de pesca. Tiene una pequeña cabaña perdida en las montañas. Hay que hablar con ese chico y con su amiga, quizás sepan algo de nuestro hombre.

—Sí. Aunque me temo que, si fuera así, también habrían desaparecido —aseguró Virginia.

—Agente Jennifer, una llamada de Logan Wilson, el detective de Homicidios. Recibió su mensaje, dice que es urgente —comentó un agente, acercándose a ellas con prisa y el teléfono en la mano.

—Sí, detective Wilson... Sí, creemos que es el Carnicero de la Cabaña... Sí, sin duda... Esperemos que no sea. De momento trataremos este asunto con la máxima prioridad y discreción. Sí, sí, de acuerdo. Vamos para allá.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Virginia.

—Tenemos una dirección, esa muchacha la escribió antes de arrojar el móvil y se la mandó a ella misma como mensaje. Se trata de una pequeña finca en las afueras de Hollywood, y coincide con una denuncia por allanamiento. Pensaron que un mendigo la había ocupado, les llamó la atención que habían cortado el césped y regado las plantas del jardín por segunda vez en un mes. Es una propiedad en venta, no vive nadie desde hace dos años.

—¡Está allí, rápido! —exclamó Virginia.

En menos de quince minutos, aquella casa estaba rodeada por el equipo SWAT y numerosos agentes del FBI. Un helicóptero de la policía sobrevolaba la vivienda, iluminándola con su potente foco. Con un fuerte golpe cayó la puerta y los agentes corrieron por el interior del pasillo, buscando por toda la vivienda. Jennifer y Virginia entraron con sus armas tensas y los chalecos antibalas ajustados en sus pechos.

—Aquí no hay nadie, señora —dijo el suboficial de los SWAT, retirándose el casco.

—Luz —solicitó Virginia.

Los agentes de policía buscaron los controles de electricidad de la casa, mientras Virginia y Jennifer escudriñaban cualquier indicio con las linternas.



—No hay rastro de ese asesino ni de la niña. No se ven restos de sangre ni de pelea —dijo el suboficial SWAT.

—¡Aquí! —exclamó uno de los policías, con un cajón abierto.

—Alguien ha estado aquí hace muy poco. ¡Se ha preparado café! —apuntó Jennifer, olfateando el aire y observando un cazo limpio sobre el fogón—. No hay vasos, ni útiles de cocina. No se lo ha tomado... Se lo ha llevado.

—¡Está viva! ¡Debemos encontrarla! —exclamó Virginia.

—Debe haber preparado otro lugar donde asesinar y ocultar los restos de sus víctimas —dijo Jennifer, dando una vuelta alrededor de aquella mesa de cocina.

—Tal vez no —dijo Virginia, con rotundidad.

—¿Qué quieres decir?

—¿Alguien vigila esa cabaña?

—Creo que no, estuvimos cuatro meses controlando los accesos. Hace una semana lo dejamos.

—¿Por qué?

—Vacaciones. Los agentes llevan muchos tiempo trabajando en el caso. Henry pensó que les vendría bien pasar la Navidad en casa. No había rastro del Carnicero de la Cabaña y nadie ha ido por allí en todo este tiempo. Además, no podemos tener destinados ocho agentes entre turnos e indefinidamente para vigilar esa cabaña.

—Tenemos que llegar cuanto antes, necesitamos un helicóptero —dijo Virginia, y miró al cielo—. Ese, que baje de inmediato.

—Daré orden de que avisen al capitán Harris. Se acabaron las vacaciones... Me matará.

Mientras los vehículos de policía recorrían veloces la Interestatal 5, dirección Santa Clarita; Virginia, Jennifer,

el suboficial y dos agentes SWAT sobrevolaban el Parque Nacional de Los Padres.

—¿Cree usted que estará allí? —preguntó el suboficial.

—Sí, sin duda —contestó Virginia.

—¡Qué mejor escondite que su propia cabaña! —añadió Jennifer.

—No es su escondite, es algo más. Se siente seguro realizando su ritual en esa cabaña. Lo necesita, es su altar de sacrificios, un templo —aseguró Virginia.

—Esperemos llegar a tiempo —suspiró el suboficial.

En la cabaña del pantano, al lado del granero, una furgoneta negra Toyota descansaba con las puertas de carga abiertas. Una cesta de papel quedaba empotrada en su interior, sobre un bastón, con varias cajas de dulces y latas de fruta en almíbar; y un recipiente de plástico relucía al fondo, lleno de pavo trufado.

A golpes del generador de gasoil, la pequeña lámpara del cobertizo alumbraba una maleta abierta sobre la mesilla. Un juego de mortal metal resplandecía en su brillo y corte, mientras una mano vestida de nitrilo azul lo acariciaba. Sobre la mesa del granero descansaba, entre plásticos, el cuerpo de una joven muchacha.

Aquel hombre, salió al exterior. Respiró profundamente el aire fresco de la noche y caminó hacia el interior de la cabaña. Un agradable aroma de café inundaba la madera reseca. En el suelo se podían apreciar las marcas que habían dejado los detectives del FBI en el registro anterior y restos de la cinta del cordón policial. Tomó el termo caliente, llenó la taza de plástico que hacía de tapón y regresó junto a la furgoneta. Se hizo con una caja de dulces de la cesta, avanzó hasta el granero y se aproximó hasta la muchacha. La observó



detenidamente, le acarició los labios y salió fuera mordiendo una pasta. Se sentó sobre los escalones y bebió un sorbo.

—Amada mía, a ti te brindo esta nueva alma que agrandará tu vida —susurró mientras observaba la infinita bóveda de estrellas. Saboreó el café y entró. Se acercó a la mesilla y tomó un enorme cuchillo carnicero.

—¡Baja! ¡Baja! —ordenó Virginia.

Desde el helicóptero se podía ver aquella cabaña y la difusa luz que alumbraba el granero. El potente foco la alumbró desde el aire, bajando hasta rozar su techo. La nave dio dos vueltas rasas, buscando un lugar propicio para aterrizar cerca.

—Que se acerque al techo de la furgoneta —ordenó Virginia—. ¿Podrá?

—Sí, desde luego —contestó el copiloto—. Tendremos cuidado de no llevarnos ningún árbol con las aspas.

El helicóptero descendió y los SWAT saltaron sobre el vehículo Toyota, seguidos de las dos agentes. Se deslizaron de golpe sobre el suelo y rápidamente avanzaron, con las armas en alto hacia el granero de la vieja cabaña. Se apostaron contra las paredes y llegaron hasta la puerta.

Virginia comprobó su Bren Ten 10 mm y entró de golpe, junto a los demás agentes.

—No... —murmuró.

El mundo se le cayó encima. Pensamientos de lástima, impotencia y rabia la consumían, mientras intentaba tragar su amarga resignación. Una furtiva lágrima descendió por su mejilla. Encima de aquella mesa se encontraba el cuerpo de una joven, sobre un enorme plástico; con el pecho abierto por un separador torácico, sin corazón. Una de sus piernas había sido amputada y permanecía inerte dentro de un saco de maíz.

—Está aquí —dijo Jennifer, observando la mancha redonda, húmeda, que había dejado la taza de café sobre la madera de aquel escalón.

Sacudida por un resorte interior, Virginia levantó su arma y escudriñó por el granero, su suciedad, las telarañas y aquel montón de sacos por donde pululaban las ratas.

—La cabaña —dijo el suboficial, ordenando a sus hombres registrarla.

Virginia, dolida en el alma salió al exterior, posando su vista en las sombras, en el reflejo de la luna sobre aquel lago y bajó la cabeza sintiéndose derrotada. Observó cómo las luces de las linternas de Jennifer y los agentes SWAT recorrían la vieja cabaña de madera. Pasó el tiempo y no encontraron nada. Se apoyó contra la puerta delantera de la furgoneta y guardó su arma. Habían llegado tarde.

Un fuerte golpe en el cristal de la puerta del vehículo, seguido de un gemido ahogado, alarmó todo su ser. Se volvió de inmediato y vio la cara de una joven contra la ventanilla, amordazada, llorando y gritando en silencio, golpeando el cristal con la cabeza. De inmediato abrió la puerta y la sujetó mientras caía sobre su pecho desde el asiento.

—¡Jennifer! ¡Jennifer! —exclamó Virginia, con el alma sobresaltada, con una emoción desbordante.

En la otra orilla del lago, un hombre observaba serio en la oscuridad el ir y venir de los agentes, sin inmutarse. Su elegante traje estaba mojado, calado como todo su ser. En su mano izquierda mantenía firme el enorme cuchillo y en su mirada, una clamada sensación de rabia oscurecía sus pensamientos. Atada a su cinto, una bolsa de plástico guardaba un corazón amputado. Durante diez minutos estuvo allí, sentado sobre una roca, paciente, sin perder detalle bajo el



manto oscuro del bosque. Dos helicópteros sobrevolaron su cabeza y las sirenas de los coches patrulla comenzaron a oírse desde lejos. Lentamente, fijando su mirada en la lejana figura de aquella agente que había estado muy cerca de capturarlo, guardó el arma carnicera en su cintura. Acto seguido sacó de su bolsillo un mando, pequeño, con un percutor y lo accionó.

Una gran explosión reventó la furgoneta, que se alzó tres metros sacudida por la violencia de la deflagración. Virginia cayó sobre la aterrorizada muchacha, cubriéndola entre cascos y llamas. Jennifer y los dos agentes SWAT quedaron heridos por la metralla resultante. El suboficial falleció, acababa de subir al vehículo en busca de posibles rastros.

El asesino, oculto en su oscuridad, lanzó el percutor al agua. Acto seguido, con un suave gesto de resignación, desvió su mirada de orilla, de la cabaña; y se introdujo en la selva de pino y roble, alejándose sin prisa.

\*\*\*

—Veo que no se te puede dejar sola —dijo el capitán Scorpio, bajando al sótano.

—No. ¿Dónde has estado estos días?—respondió Virginia.

—Con mi novia, no me podía soltar.

—Se te ve cansado —dijo Bambi, recogiendo aquella dos automáticas y la daga que Virginia había dejado sobre la mesa dos días antes.

—Lo he leído en todos los periódicos —afirmó el capitán, ignorándola—. Esa joven ha tenido mucha suerte. Solo podía haber una persona pendiente de una desaparición en Navidad y eras tú.

—Gracias, capitán. No leo los periódicos.

—Veo que has estado muy ocupada. Joder, me alegro por ella —aseguró Bambi, comprobando el estado de sus armas—. ¿Dónde estaban?

—Te las dejaste en la guantera de mi coche —contestó Virginia.

—¿Te olvidaste otra vez las armas en la guantera del coche? —preguntó Scorpio.

—¿Tu coche? ¿Mi 4x4? Ese coche es mío —contestó Bambi, ignorando a Scorpio.

—Donna Ludwig me lo entregó hace unos meses —expuso Virginia—. ¿Lo quieres?

—No, no. Creí que me lo habían robado. Jodida Donna.

—Jennifer me ha entregado el dossier del Carnicero de la Cabaña —continuó Virginia—. Ha estado inactivo, esperando hasta que llegó Navidad. Tras todos estos meses, era la segunda semana que quedaba sin vigilancia esa cabaña.

—¿Vamos a por ese asesino? ¿Y Mirina? —preguntó Scorpio.

—No ha llegado nada desde Washington, seguimos esperando material y documentación. Nadie responde en las oficinas, ni al teléfono ni a los e-mails. Bueno, sí, para desearnos Feliz Navidad —confirmó Barbie.

Virginia asintió con una mueca y le mostró un mapa que había clavado en la pared.

—Mientras nuestros jefes regresan de sus merecidas vacaciones, nosotros podremos terminar de instalarnos en la ciudad, revisar de nuevo la documentación de Mirina y, de paso, echad una mirada al caso del Carnicero de la Cabaña.

—¿Y nuestras vacaciones? —preguntó Bambi.

—No nos necesitan. La policía de todo el condado y el FBI están sobre su pista. Además, aunque no lo atrapen, no creo que actúe en un tiempo si sabe lo que le conviene —afirmó Raichel.

Virginia ladeó con un respingo la nariz, se volvió sobre Barbie y la vio alzar las manos con un evidente gesto contradictorio, apoyando a sus compañeras.



—No es nuestro caso —murmuró Barbie.

Virginia, sin poder esconder su decepción, se sentó y golpeó lentamente la mesa con las yemas de los dedos, con los labios prietos.

—Se escapará —aseguró.

—Ya se ha escapado, volverá a su letargo —afirmó Scorpio—. Vamos, no pongas esa cara. Te ayudaremos.

—Nooo —gritó Bambi, lanzando los brazos al techo con una sonora exclamación de pena y rabia, dando por terminadas sus escasas vacaciones.

—Está bien, vamos a ver qué tienes ahí —dijo Raichel.

—Por mí vale, no estaría mal acabar con ese monstruo —aseguró Barbie con una mueca de resignación.

—¿Y tu novia? —preguntó Virginia—. No se enfadará, te estará esperando.

—No te preocupes. Se ha marchado de Los Ángeles, quiere pasar el resto de las Navidades con sus hijas. Casi que la veo ahora menos que cuando estaba en Washington —dijo Scorpio.

—¡Ah! Entonces también estás solo, ¿no?—exclamó Virginia, sin preguntar nada más al respecto.

—Si te encuentras solo, puedes venir a mi ático. Tengo buenos consoladores —dijo Bambi, toda seria. Preocupada.

—Bien, a trabajar; veamos lo que tenemos —expuso Virginia observando la cara de paciencia bendita que mostraba Scorpio—. En el informe, he visto que el agente especial Henry ha llegado a un punto interesante: los tres cadáveres que se hallaron primero no siguen el patrón de las demás víctimas. William podrá ponernos al día mañana, cuando regrese del Caribe...

—¿El Caribe? —preguntó Raichel—. No. Ese compañero tuyo está de vacaciones, pero en Los Ángeles.

Virginia la miró sorprendida.

—¿Cómo? —preguntó.

—Yo lo veo todos los días, va a una cafetería cerca del edificio del FBI, esa que tiene libros. Bueno, en verdad es una librería con servicio de café.

—¿Y qué haces tú allí, en una librería cafetería frente al edificio del FBI? —preguntó Bambi.

—Voy a leer. A algunas nos gusta leer —respondió Raichel.

—Ya... —murmuró Bambi.

—En las últimas semana, Henry se centró en los primeros cuerpos que fueron hallados. Son los únicos cadáveres que tenemos por completo, con autopsias y detallada información de las víctimas; y no cuadran con el resto —dijo Virginia.

—¿Por qué a estas no las descuajó? —preguntó Bambi.

—Esa es la pregunta que Henry trata de responder. Piensa que algo motivó que el Carnicero de la Cabaña cambiara su *modus operandi*... Algo le obligó a ello.

—Pero sí que les arrancó el corazón, a las tres —dijo Scorpio, repasando el dossier.

—Este psicópata ha acabado con la vida de diecisiete jóvenes, que sepamos. Las ha transportado hasta esa cabaña y las ha desmembrado para ocultar su crímenes. Una vez descubierto, ha parado. Luego, cuando ha pensado que estaba a salvo, ha reiniciado su obra. Y regresa al mismo sitio para matar y desmembrar. No tiene sentido que, de pronto, tirara a esas tres muchachas a una sima.

—Eso es que le pillaron con el marrón encima y tiró lo que llevaba por la borda —dijo Barbie con una mueca sencilla.

—¿De verás piensas eso, negra? —preguntó Bambi, sorprendida.

—¡Claro! ¿Qué hacen dos blanquitas como tú cuando tienen un coche de poli detrás?



—Se suben las bragas y tiran la hierba por la ventana... ¡Claro! —contestó Bambi.

—Eso mismo he estado pensando yo, más o menos —aseguró Virginia, ladeando la cabeza—. Ocurrió algo que obligó a ese hombre a deshacerse de los cuerpos. Si miramos el mapa, he apuntado donde fueron encontrados. Es en un desvío de la Interestatal 5, pasado Santa Clarita, en una pequeña sima. Pero mirad a donde conduce la carretera: a la cabaña. Uno de los cuerpos estaba en el fondo de ese agujero, llevaba cerca de una semana sin vida. Los otros permanecían en su interior, pero no fueron arrojados, colgaban de una soga anudada a los tobillos. No llevaban muchos días cuando los encontró ese excursionista.

—Seguramente, para sacarlas —expuso Raichel.

—¿Y a la otra? ¿Por qué no le ató una cuerda? —preguntó Bambi.

—Era la primera o no llevaría cuerda encima —dijo Scorpio—. En la segunda vez que tuvo que usar la sima, ya lo había pensado o iba preparado. Está claro que ese camino le lleva directo a la cabaña, tuvo que deshacerse antes de los cuerpos por algún motivo.

—Exacto: cuando lanzó los cuerpos, ya pretendía rescatarlos de nuevo para llevarlos a su cabaña, donde nadie los pudiera encontrar. Por eso los ató —dedujo Virginia.

—Es posible que encontrara algún control de policía en la Interestatal 5 y se asustara —dijo Raichel.

—No, Henry ya lo comprobó. No había ningún control policial. Tampoco se registró ningún altercado ni anomalía durante la semana en que fueron hallados los cuerpos, ni en la anterior —contestó Virginia.

—Esa carretera no está muy transitada, está en pleno parque nacional. Se confió un poco y algo imprevisto le pasó.

Ese cabrón también comete errores... ¿Ves? No es infalible, comerá más y será su fin —aseguró Scorpio.

—¿Se quedaría sin gasolina? —se preguntó Bambi.

—Podríamos visitar el lugar —dijo Raichel.

—Sí, me gustaría ver esa cabaña —aseguró Bambi.

—He quedado con la agente Jennifer, pasará a recogernos después del almuerzo —aseguró Virginia.

—Veo que ya tenías claro que nos interesaría investigar el caso —asintió Scorpio, hundiendo su mirada en ella.

Virginia asintió con una expresión locuaz y un guiño.

—¿No pensaréis dejarme aquí encerrada? —preguntó Barbie.

La furgoneta marrón del grupo Scorpio avanzaba por la Interestatal 5, dirección el Parque Nacional de Los Padres; atrás dejaba Los Ángeles. Les acompañaban Jennifer y William, que se había presentado acompañando a la agente del FBI.

—Creía que estabas en el Caribe —dijo Virginia.

—No, bueno. Pensé ir a Cartagena de Indias, pero al final me quedé en Los Ángeles —contestó William—. No quería que nadie me molestara, he estado muy ocupado con mis cosas. Pero en cuanto Jennifer me llamó para informarme, le confirmé que me hallaba aquí. En el FBI se acabaron las vacaciones de todo el mundo. El capitán Harris está que muerde.

—Con el Carnicero de la Cabaña no se puede dormir, no hay espacio para la relajación —aseguró Virginia.

Bambi observó la mirada cómplice de William con Raichel y una suave caricia con las manos entre ambos que no le gustó nada.

—¿Estás mejor de tus heridas? —preguntó Virginia, observando varias vendas en los brazos de Jennifer.



—Sí, apenas fueron unos rasguños. Tuve suerte. Mira, llegamos al desvío de Santa Paula, poco más adelante está la sima —aseguró Jennifer—. Homicidios hizo las prospecciones. Cuando nos pasaron el caso, dos semana más tarde, vine acompañando a Henry. No vimos nada. Lo habían limpiado todo.

Con un suave giro de volante, siguieron avanzando por una carretera que les llevaba hasta el interior del parque, hacia el lago Casitas.

—Para, por ahí está la sima. Hace unos años estaba cubierta por tierra y la base de un pino; parecía una conejera o tejonera. Apenas la conoce nadie —dijo Jennifer.

Dando un pequeño paseo por el bosque, los agentes se acercaron a un árbol caído. En su base: un pequeño orificio de dos metros de ancho y un saliente que se pronunciaba en vertical hacia la oscuridad. La linterna de Raichel, en la boca de la sima, dio luz a una nube de mosquitos en su interior.

—Esto es una zona salvaje donde habitan osos, pumas y coyotes. No hay duda de que dejó los cuerpos dentro, colgando, para evitar que fueran devorados —dijo William.

—Tampoco quería que un excursionista pudiera encontrar restos humanos roídos en el camino que conduce a la cabaña, eso atraería la prensa sensacionalista y a más gente. Pero antes se llevó los corazones de sus víctimas, por si acaso —aseguró Virginia, y saltó sobre el saliente interior de la sima, se agachó hacia la oscuridad y alumbró la caída.

—La sima ha sido revisada por los chicos del laboratorio, entraron con unos arqueólogos —afirmó William—. No había nada más. Ten cuidado, a ver si te vas a caer.

Virginia volvió su rostro, arrugando los labios con un respingo de nariz. Y salió de la boca de la sima, ayudada por Scorpio.

Regresaron al vehículo, recorriendo los escasos metros de bosque que les separan de la sima, sin dejar de escudriñar la zona.

—Conduce tú, capitán —dijo Virginia.

—Dame.

Scorpio arrancó el motor y bajó la ventanilla, observó por el retrovisor y metió la primera.

—¡Alto! ¡Espera! ¿Qué es eso? —exclamó Virginia.

—Parece una cuerna de ciervo —apuntó Bambi.

Los agentes bajaron del vehículo y miraron tras un pequeño bosque. El cráneo y los restos de un enorme ciervo quedaban dispersos en un radio de diez metros.

—Esto parece una mancha de aceite, seca por el tiempo —dijo Raichel, unos pasos atrás, desde la carretera, observando bajo sus pies.

—No se menciona nada de esto en el expediente del caso —apuntó Virginia.

—No. Esta zona está bastante alejada de la sima. Si llegaron a ver el ciervo, la policía no le daría importancia. Todavía no se conocía el patrón del asesino, ni se sabía lo de la cabaña y por aquí abundan osos y pumas. No lo relacionarían con las muchachas —expuso William.

—Nosotros no vimos nada. ¿Quizás un furtivo? ¿Piensas que tiene que ver con el Carnicero? —preguntó Jennifer.

—Esto no es obra de un furtivo, se hubiera llevado al menos las cuernas como trofeo. Ni de un depredador, tiene el cráneo aplastado de un golpe y las costillas fracturadas —aseguró Scorpio.

—Es un impacto —dijo Virginia, de forma tajante.

—El Carnicero de la Cabaña atropelló a este animal. La furgoneta tuvo que sufrir un fuerte golpe y quedó averiada. Y fue aquí mismo —aseguró Raichel desde la carretera, sobre la mancha.



—Sí, es probable. Manchó la carretera de aceite, agua y líquido anticongelante —asintió William.

—Estamos de acuerdo —murmuró Virginia.

—Desplazó el cuerpo del animal tras estos arbustos y buscó un lugar ideal donde dejar los cuerpos. Encontró la sima y no dudó en dejarlos allí, un lugar seguro donde poder recuperarlos otro día y, así, ocultar los restos de sus víctimas de una forma segura —expuso Jennifer.

—No vino dos veces, se deshizo de los tres cadáveres el mismo día —afirmó Virginia.

—Como no podía llegar hasta la cabaña por este camino pedregoso ni abandonar la furgoneta con los cuerpos en su interior, buscó un lugar y halló la sima —expuso Jennifer.

—El primer cadáver le debió caer. Andaba con prisa, sabía que alguien podría verle. No se sentía seguro. Tras comprobar que le sería difícil recuperarlo, ató a las otras dos muchachas antes de dejarlas caer y regresó junto la furgoneta —continuó Virginia.

—Quizás llamó a una grúa —dijo Bambi.

—No creo que se arriesgara de tal forma. Es un sitio transitado por senderistas. Si alguien hallaba los cadáveres, tal y como ocurrió, podrían situarle en el escenario del crimen. Arrastró el vehículo él mismo. Tendríamos que mirar si fue robada alguna grúa en un taller cercano.

—Hay una diferencia entre la fecha de la muerte de la primera muchacha con las otras dos —comentó William.

—Sí, acabó con ella unos días antes; después raptó y asesinó a las otras. Pero las cargó en un mismo viaje. Minimiza las visitas a la cabaña, no vive cerca —expuso Virginia—. Solo viaja cuando tiene dos o más víctimas que ocultar.

—Si hubiéramos tardado un poco más, esa joven estaría muerta —apuntó Jennifer—. ¡Las mata a pares!

—Vayamos hasta la cabaña, a ver si esas viejas maderas nos dicen algo —dijo Virginia.

La furgoneta avanzó, atravesando el parque nacional por un sendero pedregoso que les introducía hacia el interior del bosque. Pasada una hora, llegaron a los alrededores de la vieja cabaña junto al lúgubre pantano. Los ojos de todos, llenos de curiosidad y angustia, se clavaron en aquellas maderas carcomidas donde tantas jóvenes habían sido descuartizadas.

Virginia se fijó en la extensa valla de madera carcomida que la rodeaba y en el cráneo de una vaca de largas astas que adornaba la entrada.

—¿Qué ha dicho la muchacha? ¿Habéis podido hablar con ella? —preguntó, mientras leía el cartel de “Propiedad privada, peligro: perros asesinos”—. ¿Y los perros?

—Nada, una psicóloga estuvo hablando con la joven en el hospital, William la acompañó; no recuerda nada. Lo ha borrado todo de su memoria —aseguró Jennifer—. Necesitará unas semanas para olvidar y recordar.

—Lo de los perros es un viejo truco para mantener a la gente lejos, nadie entra a comprobar si es verdad —contestó William.

—¿No recuerda nada de ese hombre? ¿Cómo es posible? ¿Acaso no lo vio? —insistió Virginia.

—Virginia, esa muchacha es ciega —dijo Jennifer.

Al llegar, dos policías y un agente se acercaron al vehículo.

—Veo que Harris ha decidido volver a dejar vigilancia. Bien, aunque no creo que nuestro hombre vuelva por un tiempo, pero a saber —aseguró Virginia.

Por dos horas estuvieron recorriendo la cabaña, su interior, cada cuarto de viejas maderas y adornos rústicos, buscando



cualquier rastro, una huella, un algo que pudiera haber sido pasado por alto.

—¿Y esas brasas? —dijo Raichel fijándose en la chimenea.

Los agentes se acercaron, buscando algún indicio que delatara una evidencia que pudiera haber sido quemada allí.

—Fuimos nosotros —dijo uno de los policías, viéndose un tanto en compromiso—. Por la noche refresca mucho por aquí. ¿Quizá no debimos? Nos dijeron que ya se había efectuado el registro.

—Salgamos fuera, aquí no encontraremos nada —dijo Virginia, con cierto reproche.

—La cabaña y sus alrededores fue peinada por cientos de agentes y perros; créeme, si hubiera algo más, lo hubieran encontrado —expuso William.

—Yo busco algo de hace tres días, de la última noche que estuvo aquí. Huyó rápido, deberíamos haber encontrado algo.

—Tenía planificada la huida por si algún día le sorprendían, no me cabe duda. Explosivos en la furgoneta para que no pudierais hallar nada y una ruta de escape para desaparecer. Ese cabrón es un profesional —aseguró Scorpio.

—¿Qué habéis averiguado de las herramientas? —preguntó Virginia, ladeándose y caminando hasta la orilla del lago, fijando su vista en las tranquilas aguas.

—Nada. No llevan marca ni número de serie, ni hemos encontrado un lugar de procedencia. No creo que las consiguiera en Estados Unidos.

De pronto, Virginia corrió hacia el interior del lago, salpicando hasta desaparecer en el agua. Con un salto, apareció y nadó dos metros. Estiró las manos y tomó un plástico que se adivinaba bajo la superficie.

—¿Qué? ¿Qué? —exclamó Bambi, entrando en el lago y ayudándola a salir, ante la impaciencia de todos.

Abrió la mano.

—¡La taza del café! —exclamó Jennifer.

En las oficinas del FBI, el capitán Harris esperaba impaciente la llegada de sus agentes y de Virginia. Frente a numerosas imágenes del caso, repasaba la fotografía de cada una de las víctimas, rígido y con cara inexpresiva. William le había informado de todo, aprovechando la parada que habían realizado en el trayecto de regreso para que Virginia se secara un poco.

—Capitán, ya estamos aquí —dijo Jennifer, dando unos pequeños golpes a la puerta.

—Que entre la agente Landis, por favor. Dejados solos un momento.

Virginia entró, expectante ante lo que pudiera comentarle el capitán Harris.

—Siéntese.

Por unos minutos el capitán estuvo observándola, de una forma descarada, hasta levantarse y caminar tras ella. Bajó la persiana, impidiendo que nadie viera lo que acontecía dentro de su oficina. Regresó a su butaca, se sentó y cruzó sus manos.

—¿Desea regresar a estas oficinas? —preguntó finalmente.

—No entiendo... Usted sabe...

—Sería bienvenida.

—No puedo, capitán. Gracias por su interés. Ahora estoy comprometida con...

—Pues entonces no vuelva a entrometerse de estas formas en nuestras investigaciones —le cortó bruscamente—. Un suboficial ha fallecido y uno de los dos SWAT que la acompañaron permanece en grave estado en el hospital... Y Jennifer podría haber muerto también. No debió desplazarse hasta allí sin esperar refuerzos.



Virginia quedó sin voz.

—Debió ponerse en contacto con Henry o conmigo. Y no me diga que estábamos de vacaciones, si hubiera insistido me hubieran llamado. No está preparada para dirigir una operación de este tipo, su ansiedad por acabar con el sujeto le ha costado la vida a un buen hombre.

—Pero la joven...

—Ese asesino la tenía presa, pero estaba viva. No hubiera muerto aunque hubieran llegado una hora más tarde. Tiempo más que suficiente para armar un buen operativo que impidiera el crimen e incluso que pudiera detenerle.

—Mi prioridad era la muchacha, no sé qué decir.

—No diga nada. Ese hombre también podría haber matado a esa joven en cualquier momento. Usted la ha salvado, pensemos en eso y demos gracias a Dios. Pero, ¿cómo evitaremos ahora que vuelva a matar? Habrá otras muchachas y no sé si podremos hacer mucho por ayudarlas. Espero que podamos detenerlo antes.

—Comprendo. La prioridad no era la muchacha, sino él.

—Quisiera que tuviera en cuenta que aquí trabajamos en equipo, según unas reglas y las cumplimos. Ese asesino hubiera caído en nuestras manos con un buen dispositivo, no hubiera podido huir y posiblemente hubiéramos salvado a esa muchacha. Solo quiero que piense en eso antes de iniciar otra batalla por su cuenta. Si no desea trabajar con nosotros, dedíquese a sus nuevas obligaciones, con sus amigos de ahí afuera. Y si por cualquier motivo incomprensible descubre algo de este caso o de otros, avísenos, le estaremos muy agradecidos. Pero se lo advierto, déjenos hacer nuestro trabajo o la haré responsable de sus incompetentes errores. Y ahora márchese...

Virginia salió de aquella oficina con el rostro tenso, algo que detectaron de inmediato sus compañeros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Bambi.

—¿Qué te ha dicho? —insistió Jennifer.

—Nada.

—Alegra esa cara, mira... Lo ha traído la madre de Clarianne, es un regalo de Navidad. Estuvo dos horas en las oficinas dando las gracias a todo el mundo. Son bombones y una carta de la joven, es preciosa. A mí también me trajo otro regalo.

Virginia presa de las palabras del capitán Harris, se emocionó al leer aquella simple carta de agradecimiento, las sencillas palabras de una niña ciega que no sabía cómo agradecerle su intervención y que quería conocerla.

—Ese cabrón te ha jodido, ¿verdad? —preguntó Scorpio.

—Tiene razón, no debí precipitarme. Por mi culpa un hombre ha muerto y ese asesino sigue libre. Su madre, su esposa y sus hijos no me traerán ninguna carta —aseguró Virginia, decaída.

—No le hagas caso, no eres culpable de la muerte de nadie. ¿Quién iba a imaginar que había una bomba en la furgoneta? —le dijo William.

—Encontremos a esa niña con vida y ese asesino se mantendrá en la sombra; por un tiempo más, no matará. Has salvado muchas vidas con ese instinto tuyo, no sabemos cuantas muchachas habrían muerto hasta descubrir que estaba activo de nuevo —la animó Jennifer.

—Escapó... —murmuró Virginia.



## Capítulo 9

### TORMENTA DE ARENA

Unos pequeños ojos, de un blanco enrojecido que delataba una noche agitada, se esforzaban, entrecerrando los párpados y frunciendo el ceño, por ver a través del sucio parabrisas de la vieja furgoneta. Las manos firmes en el volante y el pie fijo en el acelerador. Avanzaba a toda velocidad por un camino olvidado del polvoriento desierto de Nevada: llegaban tarde a su cita.

La inoportuna tormenta de arena que se había abatido sobre ellos, retrasaba la marcha y cubría la carretera con una fina capa de tierra que, a menudo, ocultaba el trazado. Los granos de arena y alguna pequeña piedra arrastrada por el fuerte viento golpeaban las lunas del vehículo, produciendo un continuo chisporroteo que acompañaba el crepitar del camino.

Un fuerte frenazo, seguido de un volantazo, levantó un palmo por su lado izquierdo el vehículo del asfalto, haciendo salir disparada su matrícula y los tapacubos de las ruedas delanteras. Por unos centímetros no habían arrastrado consigo a un viejo coyote que, de aspecto cansino y pulgoso, atravesaba pausadamente la pista.

Scorpio bajó el cristal de su ventanilla, maldiciendo y asomando aquellos ojos cansados entre el sopor del calor y la arena violenta. Al fondo, vislumbró una pequeña gasolinera con una casa de madera que amenazaba ruina y dos surtidores bajo un toldo de cuerdas y alambres cruzados sin maña ni arte.

—Un día nos matarás y entonces... —espetó Bambi, tirándose mano a la cabeza, tras haberse golpeado en el techo del vehículo.

—¿Lo matarás? —comentó Raichel con una sonrisa, sentada junto a ella, mientras bajaba su ventanilla.

—¡Queréis callaros, no me dejáis concentrarme! ¡Maldita sea! —exclamó Scorpio con voz autoritaria, apretando las manos al volante.

A su lado, Virginia observaba la carretera a través de sus oscuras gafas. El coyote la miró, cabizbajo, y aulló al viento antes de emprender de nuevo su camino con el rabo alzado.

La tormenta amainaba, la arena volvía al suelo del desierto abandonando su tortuoso recorrido por el aire.

Unos disparos sonaron desde la gasolinera.

—Bajad, será mejor seguir a pie. Daremos un pequeño rodeo —ordenó Scorpio.

Raichel saltó de la furgoneta, se ajustó el arma a la cintura, avanzó decidida a la parte posterior del vehículo y abrió el maletero.

—¡Bambi, te los has dejado de nuevo! ¡Aquí no están! —exclamó, lanzándole una mirada severa.

—¡No me jodas! Bambi: ¿dónde están los chalecos? —le recriminó Scorpio, saltando de la furgoneta—. Un día harás que nos maten a todos y entonces...

Bambi, sin nada que decir y con un gesto agresivo de rabia, se dirigió hacia el maletero, donde un arsenal de armas se dejaba querer. Tomó un subfusil MP5 y comprobó la munición.

Scorpio se hizo con un Benelli M3T, sin quitar la vista de la joven. Después agarró varios cargadores y los guardó en su cinto.

—La próxima vez te haré un nudo en el clítoris para que no se te olviden —le dijo con voz socarrona, mientras se encendía un cigarrillo sin quitarle el ojo de encima.

Bambi sonrió ante tamaña brutalidad.



Raichel revisó el cargador de su Colt.45 y se armó también con otro Benelli M3T. Virginia salió del vehículo, sin comentario alguno, y observó la gasolinera.

Ya no se oían disparos.

Avanzaron en silencio por la tierra reseca, separados y con las armas preparadas. Mientras se acercaban, una ranchera partió del lugar dirigiéndose hacia el sur, por una senda apenas perceptible. Tras unos tensos minutos, llegaron a los surtidores. Junto a una vieja tienda de cristales comidos por el polvo, se encontraron con una autocaravana y un pequeño Jeep apostado enfrente. En el suelo yacían los cuerpos sin vida de dos hombres.

El lugar parecía despejado. Scorpio, con un gesto, les indicó a Bambi y a Raichel que entraran en la tienda; con una mirada, dejó en manos de Virginia la autocaravana. Luego, se apostó junto al Jeep, sobre sus rodillas, observando su interior.

Virginia sacó su Bren Ten 10 mm de la cintura y avanzó cauta hasta la puerta del vehículo, evitando el retrovisor. Una música de los sesenta salía de allí, acompañada por unos gemidos confusos, entre un inquietante lloriqueo. Abrió sigilosamente la puerta y se asomó.

En sus gafas oscuras se reflejaron los movimientos obscenos de un hombre que, de espaldas a ella, gozaba mientras mantenía en alto un viejo revólver lleno de muescas. Dirigía sus babas, entre roncos jadeos, hacia el fondo del vehículo; donde Cinthya Maxwell, la afamada presentadora de la CNN, y Jonathan, su camarógrafo, habían sido sorprendidos entregándose a los placeres de la lujuria.

—¡Vamos, menead vuestros culos! ¡Con fuerza! ¡No paréis!  
—gritaba aquel personaje, agitándose fuerte con la mano, mientras observaba a la pareja que, con lágrimas en los ojos, gemía entre sollozos.

Virginia entró con sigilo y levantó su arma.

—¡Eh! —exclamó.

El hombre de tosca figura, barbilampiño y sin apenas dientes se volvió sorprendido, cayéndole de golpe la baba y la virilidad. Su sangre salpicó los cuerpos desnudos de Cinthya y Jonathan al reventarle la cabeza. Virginia observó a través del humo ligero de su Bren Ten 10 mm el último estertor de aquel hombre.

Una escueta ráfaga sonó y Virginia fijó su mirada a través de la ventanilla. De la tienda salió un hombre malherido, con el pecho ensangrentado, disparando su arma vencida contra el suelo, sin fuerza ni sentido, hasta que cayó. Tras él salió Raichel y, al momento, apareció Bambi con una lata fría de cerveza en una mano y, en la otra, el subfusil caliente.

Virginia buscó la mirada cómplice de Scorpio. No había nadie más en aquella vieja gasolinera. Se acercó a la pareja de periodistas, la cual seguía atónita en el lecho de la autocaravana. Guardó su arma y les lanzó unos pantalones, la falda y la ropa interior que permanecía en el suelo. Después, salió del vehículo.

—En el interior hay dos periodistas y un cadáver, parece que a ese tipo le divertía más lo que estaban haciendo que matarlos —comentó, acercándose a Scorpio.

—¿Qué hacían? —preguntó curiosa Bambi.

En ese momento Cinthya y Jonathan salieron de la autocaravana, con los pelos alborotados, vistiéndose rápido y con el miedo todavía en el cuerpo.

—¡Ah! Ya sé —susurró Bambi, levantando las cejas.

—Nos estaban esperando. Pensaban que no llegaríamos con la tormenta —señaló Raichel, reconociendo a la pareja.

—No puede ser, ¿cómo lo sabes? —preguntó Scorpio mientras se colocaba un cigarrillo en la boca y lo encendía sin apartar la vista de los reporteros.



—Bueno, antes estaba vivo —contestó Bambi, señalando el cadáver del hombre que habían abatido.

Scorpio pegó una profunda calada y soltó lentamente el humo. Después ladeó la mirada sobre los cuerpos sin vida que encontraron al llegar.

—Usted es Cinthya Maxwell, del serial policíaco... ¿No? Tranquila, ya están a salvo, se han ido —indicó Raichel, tratando de calmarla.

—Y ellos, ¿quiénes eran? —preguntó Scorpio, dirigiéndose a Cinthya.

—La tormenta no nos dejaba ver. No vimos a esos asesinos hasta que subieron al vehículo. Sacaron a punta de pistola a nuestros técnicos. ¡Los mataron y ese hombre vino a por nosotros! ¡Se la sacó y comenzó a...! ¡Ha sido horrible! —apuntó Cinthya, con voz temblorosa, hasta romper a llorar.

—Ya ha pasado todo —apuntó Raichel, abrazándola y dejándola desahogarse en su hombro.

—Se aburrieron de esperarnos y se han cebado con ellos —apuntó Bambi.

—En este asqueroso trabajo no se puede ser puntual, menos en una cita a ciegas —añadió Scorpio, observando de nuevo los cadáveres de los técnicos.

—Vamos, nuestro objetivo estará impaciente y no hay que hacerle esperar más —apuntó Virginia y dirigió sus pasos hacia la furgoneta.

—Tenemos que irnos. Pediremos ayuda, no tardarán en... —le comentó Raichel a Cinthya, que permanecía en sus brazos, buscando seguridad.

—¡Ah, no! ¡Yo no me quedo aquí a solas! ¡Rodeada de muertos! ¡Y si vienen otra vez! —exclamó la reportera, cortando sus palabras, y salió con prisa tras los pasos de Virginia.

Poco más tarde, los seis se acomodaban en la vieja furgoneta ante la desidia de Scorpio, incapaz de convencer a Cinthya y Jonathan de que esperaran y sin atreverse, por otro lado, a dejarlos por si regresaba alguno de los asesinos.

—Barbie, ¿me escuchas? —preguntó el capitán, activando la emisora del vehículo.

—¿Scorpio?

—Algo va mal, nuestro contacto no ha aparecido en el punto de encuentro. En su lugar, unos matones y un equipo de reporteros nos esperaban. Se trataba de una trampa. Dime, Barbie, ¿qué has visto?

—La tormenta de arena no permitía al satélite captar una imagen limpia. Aunque he tenido algún problema, al final logré seguir el vehículo que salió de la gasolinera.

—Danos una ruta —ordenó Scorpio.

—Debéis continuar hacia el sur, en unos veinte kilómetros encontraréis una vieja taberna. Están allí, posiblemente con nuestro objetivo. Los informes del infiltrado hablan de un pequeño local en el desierto, tiene que ser ese. Pero andaros con cuidado: ¡está llena de vaqueros! —contestó Barbie.

—¿Sabes algo de nuestra rata? —preguntó Bambi, colocándose un pequeño transmisor con auricular en el oído.

—No, por desgracia no sabemos nada y no lo llares así, es un agente infiltrado de la DEA. Se la está jugando por atrapar a ese asesino —apuntó Barbie.

—Una rata —murmuró Bambi con cara de lógica.

—La zona está despejada, espero vuestra señal para avisar a la caballería. He informado al capitán Harris y tengo un retén esperando instrucciones. Estará contento, al fin tenemos a su hombre —añadió Barbie.

—Esperemos que sea así y que nuestro objetivo permanezca en su guarida, estamos en contacto, cambio y corto —dijo Scorpio.



Cinthy observó por el retrovisor el rostro serio de Virginia y sus miradas se cruzaron.

—¿Eres tú, verdad? —preguntó la reportera, asegurándose con cierta emoción, recordando la intervención de aquella agente en el colegio de educación especial, en el área metropolitana de Washington DC, con la hija del senador en el vacío.

—¿Qué hacíais en esa gasolinera? —preguntó Scorpio ante el silencio de Virginia.

—Trabajamos en un reportaje sobre la historia de Santos Montoro, queríamos hablar con la agente especial Landis. Pero no había manera de contactar, parecía haber desaparecido. En las oficinas del FBI de Los Ángeles nos aseguraron que declinaba ofrecer entrevistas.

—Estaba jugando a los marines —murmuró Bambi.

Virginia le recriminó de inmediato sus palabras con una mirada.

—¿Pertenece al Cuerpo de Marines? —preguntó la periodista, con grata sorpresa.

Nadie comentó nada al respecto.

—Tras el rescate de la hija del senador, en las grabaciones que hicimos descubrimos que eras una de los agentes que asaltaron el edificio e insistimos de nuevo —continuó Cinthy, al no hallar confirmación a su pregunta, dándolo por cierto.

—¿Qué reportaje es ese? —preguntó Bambi, curiosa.

—Investigamos el entramado de Santos Montoro, sabemos que Virginia Landis fue la responsable de su detención. Tenemos documentación que asegura que acabó con trece sicarios antes de detenerlo, que encontraron un gran almacén de cocaína en el lago Tahoe y un baúl con barras de oro... Sabemos lo de la recompensa, los 10.000.000 \$ que ofrece Montoro a quien acabe con ella y, también, que pronto recibirá la medalla del Congreso. Hace unos meses

que trabajamos en este reportaje. Es una buena historia, más cuando una agente, una joven mujer, es la protagonista de la detención de uno de los criminales más buscados del país.

—¿Te cargaste a trece tipos? —exclamó Bambi, sin hallar respuesta.

—10.000.000 \$ de recompensa —murmuró Raichel.

—¿Quién os informó dónde encontrarnos? —preguntó Scorpio.

—Nos informaron que un grupo especial, con la agente especial Landis al frente, iba a detener al Carnicero de la Cabaña. Nos aseguraron que estaba todo controlado, que no había peligro. Enseguida hicimos las maletas y lleguemos a Las Vegas. Esa maldita gasolinera era el punto de encuentro, no debía haber pasado nada de esto. ¡Es horrible, mis compañeros están muertos! —exclamó Cinthya.

—Pero, ¿quién os informó? —insistió Raichel, fijando la mirada sobre Jonathan.

—No lo sé, nosotros no hablamos con los informantes del FBI. Nos llaman cuando les interesa filtrar algo. En la sede de Los Ángeles sabían que estábamos interesados y se pusieron en contacto con Cinthya —contestó.

—¿El FBI? Eso es imposible, no estaban al tanto de esta misión. Barbie acaba de informar al capitán Harris —apuntó Raichel.

—Era un agente del FBI, el mismo que en otras ocasiones nos ha pasado información sobre algún caso del condado, reconocí su voz —insistió Cinthya—. No debimos venir... Si hubiera...

—Tranquilícese. No es responsable de lo ocurrido, solo esos asesinos tienen la culpa —apuntó Raichel.

—Prensa, radio, televisión... Demasiada publicidad, no es bueno para nuestro trabajo —aseguró Scorpio.



—Nosotros tenemos el deber de informar, es nuestro trabajo. Si ustedes hubieran colaborado, nuestros compañeros estarían vivos —añadió Jonathan.

—¿Nosotros? —preguntó Raichel, contrariada.

—Hace tiempo que intentamos ponernos en contacto con la agente Landis, el mismo que lleva evitándonos. Solo queríamos una entrevista —aseguró Cinthya con voz baja.

—¿Sabes algo de eso? —preguntó Scorpio, sin apartar la vista de la árida carretera.

—No —respondió Virginia.

—Ese reportaje no te favorecerá en nada —sentenció Scorpio.

—Ese hombre que dicen, del FBI, no les ha mentado. Vamos a por el Carnicero de la Cabaña. Lo siento por sus compañeros, espero que hagan un buen reportaje —expuso Virginia en un tono suave.

Los reporteros se miraron entre ellos.

—¿No has cogido la cámara? —preguntó Cinthya, sobresaltada, reviviendo su espíritu periodista tras la tragedia, observando las armas de los agentes.

—No —contestó Jonathan, pasándose la mano por la frente y maldiciendo aquel momento.

—¡Regresemos, estamos cerca! ¡Tenemos que regresar! —insistió inútilmente Cinthya.

—¿Barbie? Aquí Scorpio, estamos llegando —dijo el capitán por la emisora.

—Scorpio, la zona está despejada —aseguró Barbie—. Nadie ha salido del local, esos asesinos tienen que estar dentro. Por cierto, ¿qué habéis hecho con los reporteros? No están en la gasolinera.

—Nos acompañan —contestó Scorpio.

—Pero, ¿estáis locos? ¿Queréis ser estrellas?

—No podíamos dejarles abandonados en el desierto, rodeados de cadáveres. Son la presentadora Cinthya y un cámara de televisión, Jonathan —aseguró Raichel ante el silencio de Scorpio.

—¿Cinthya Maxwell está con vosotros? ¿La del reality policiaco? Scorpio, ¿te has afeitado? —insistió Barbie con cierta sorna.

—Capitán, esa negra te está perdiendo el respeto —dijo Bambi, toda seria.

—Aseguran que les avisó alguien de dentro, del FBI de Los Ángeles. Rastrea a ver quién pudo ser. ¿Es posible? —contestó Scorpio con una mueca de resignación.

—Voy a controlar algunos teléfonos, espero que podamos localizar la llamada. Sabremos quien les hizo ir, si dice la verdad. Recuerda que es una periodista —respondió Barbie.

—¿Tienes su número? —preguntó Scorpio.

—Sí... Llama a menudo a las oficinas del FBI.

—¿Para qué? —insistió Scorpio.

—Quiere una cita, nos pasó sus datos el capitán Harris. Está hasta el gorro de ella. Desde el asalto al colegio que lleva insistiendo. Le pasé una nota a Virginia y la tiró a la papelera. Me guardé el contacto.

Scorpio miró a Cinthya, que se hallaba un tanto molesta por lo que oía. Virginia permanecía inmutable, como si la cosa no fuera con ella.

—Procura no perderles, espero vuestra señal —sonó la voz de Barbie.

—No te preocupes. Cambio y corto —contestó Scorpio, observando a escasos kilómetros de distancia una taberna corroída por el tiempo.

—¿Qué ha querido decir con “Procura no perderles”? —preguntó Cinthya, preocupada.



## Capítulo 10

### LA QUINTA DEL CUERVO

La Quinta del Cuervo: una taberna de mala muerte en medio de la nada. Rodeada por cuatro casas mal formadas de madera y chapa, que le daban volumen. Repleta de personajes olvidados, cubiertos de polvo y sudor; la mayoría hombres huidos de la justicia. Más allá, a lo lejos, Las Vegas se dejaba ver con todo su esplendor.

Era el escondite perfecto para un demente como Bebé, un personaje digno de los más terroríficos relatos de horror. Un excéntrico contrabandista acusado de asesinar al menos a diecisiete muchachas, de arrancarles literalmente el corazón. Le conocían como el Carnicero de la Cabaña. Gracias a un infiltrado de la DEA, el dedo de Donna Ludwig había señalado donde hallarlo y el grupo especial Scorpio se dirigía, decidido a acabar con su letal trayectoria, hacia la puerta astillada de aquel antro cervecero.

—Todavía no me acabo de creer que vayamos a detener al Carnicero de la Cabaña. Nunca hubiera pensado que el culpable resultaría ser un gangster de Las Vegas y que todo se resumía en un lucrativo negocio. Siempre creí que sería una persona discreta, que trabajaría solo, con otro objetivo —señaló Virginia.

—Parece ser que vende los corazones en México. El tráfico ilegal de órganos está resultando ser muy lucrativo para algunos —apuntó Raichel.

—¡Hijos de puta! —exclamó Scorpio.

—Debimos dar antes con él. ¡Habríamos salvado tantas vidas inocentes! —se recriminó Virginia.

—Al final, un infiltrado lo ha descubierto. Buscando drogas ha hallado a un puto traficante de órganos, un asesino en

serie. No te sientas responsable por esas muertes, no lo eres. Alegra esa cara, vamos a por él. ¡Es nuestro! —la animó Scorpio.

—Todavía recuerdo el rostro descompuesto de aquellas jóvenes, fue muy duro —insistió Virginia.

—Déjalo. No debes pensar más en las víctimas de ese monstruo. Además, los cuerpos encontrados en esa cabaña eran anteriores a tu viaje a Madrid, no podrías haber hecho nada por ellas aunque hubieras estado aquí... Y salvaste la vida de esa niña ciega —comentó Raichel.

—¿Fuiste tú la agente que la rescató? —preguntó Cinthya con cierta emoción, sin dejar de escuchar—. Nos entrevistamos con ella, pero no supo decirnos quién fue la agente que la rescató.

—¿Vamos? —preguntó Scorpio frenando con suavidad. Tomó arma y le guiñó un ojo a Virginia. La cual observó la puerta de la taberna, asintió y alzó su Bren Ten 10 mm.

—¡Vamos! —exclamó.

—Cinthya, Jonathan, quédense aquí —ordenó Scorpio.

—¡No! ¡Por Dios! ¡No nos dejen solos! —le respondió Cinthya bajando de la furgoneta.

—Quédense tras el vehículo, a cubierto. No se les ocurra entrar —insistió el capitán, haciéndose respetar.

El grupo especial dirigió sus pasos hacia el tugurio entre una leve racha de viento y polvo; y entró en silencio, con las armas a punto pero bajas.

La Quinta del Cuervo se reducía a una pequeña sala de escasa claridad, abarrotada de gente barbilampiña; repleta de mesas astilladas y una neblina de humo prohibido. Al fondo tenía una barra de reducidas dimensiones, cargada de cerveza y whisky. En su extremo, una máquina de música,



con el cristal roto, amenizaba el local con baladas de Elvis Presley. Aquella gente exhalaba sus caladas con tranquilidad, observando cada paso que daban, continuando sus juegos de mesa, ocultando sus rostros sin perder la vista. Algunos de ellos pensaron que no era cosa suya permanecer en la taberna, se levantaron de sus asientos y se cruzaron con los agentes, sin prisa, para abandonar el local.

Bambi se acercó hasta las mesas del fondo, con el subfusil en su mano. Scorpio avanzó hasta la barra. Raichel se quedó a dos metros de la salida. Virginia se acercó hasta una pequeña viga de madera que hacía las veces de perchero en el centro del local. Un incómodo silencio se hizo dueño del lugar.

Entonces entraron Cinthya y Jonathan, con paso temeroso. La incerteza de lo que ocurría y el permanecer solos, sin una posible ayuda, les había vencido con la salida de aquellos hombres. Sus rostros se helaron al reconocer a dos de los personajes de la barra, los hombres que les habían asaltado en la gasolinera.

—¡Son ellos! —exclamaron y se apresuraron a ponerse tras Virginia, susurrándole sus miedos.

Scorpio avanzó entre las viejas mesas de la taberna con la Benelli M3T en el hombro, observando cada rincón como un taimado depredador, buscando una puerta, un cuarto que ocultara su presa. La Bren Ten 10 mm de Virginia se dejaba querer entre sus dedos mientras contaba a cada una de las doce personas que permanecían en el antro. Los reporteros observaban con el miedo en el cuerpo y se limitaron a ocultarse tras ella. Cinthya estiró su mano y se sujetó a la chaqueta de la agente, sin soltar. Había visto cómo la muerte la visitaba, sabía que ahora rondaba y pretendía agarrarse a la vida como fuera, y Virginia era su clavo ardiente.

—¿Dónde está? —preguntó Scorpio, escuetamente, conforme se acercaba hasta la barra.

—¿Quién? —contestó el barman; un hombre rudo, calvo, de poblado bigote, el cual le miró desafiante, con cara de desprecio. Un movimiento indiscreto de sus manos, ocultas tras la barra, delató sus intenciones.

El veterano capitán bajó el subfusil del hombro y disparó. El pecho del barman reventó mientras disparaba una escopeta recortada de dos cañones sobre el suelo de la barra. La neblina de estimulante cannabis, que inundaba el local, se vio alterada con el olor de la pólvora quemada.

Tres más de aquellos personajes se apresuraron a salir, bajo la inquisitiva mirada de los agentes. Los demás quedaron sentados, sorprendidos por la contundencia de Scorpio, esperando una oportunidad. Cinthya había caído de rodillas, llorando, con el sonido del disparo, detrás de Virginia, sin soltarse de la chaqueta. Jonathan se tumbó en el suelo con las manos cubriéndose la cabeza.

El silencio llenó aquella escena.

Bambi se acercó a una de las mesas, donde cuatro grotescos personajes miraban cada uno de sus movimientos sin soltar las cartas.

—¿Póker? —preguntó al final.

Mostrándole la baraja y con cara de evidencia.

—Juegan al póker, lógico: son vaqueros del salvaje oeste. ¿Qué más se puede esperar? —aseguró Bambi, en voz alta, mientras se sentaba en una silla, observando la cara de aquellos personajes que la miraban incrédulos. Dejó el subfusil sobre los muslos, tomó la baraja, se acomodó y barajó como una gran crupier.

—¿Qué haces Bambi? —preguntó Scorpio.

—No me necesitas, ¿verdad?



En aquel macabro escenario y con la tensión cortando el ambiente, Bambi repartió cinco cartas por cabeza mientras Scorpio seguía buscando con la mirada. Sin mirar su jugada, tres de aquellos hombres se levantaron de la mesa de juego y se apoyaron contra la pared, buscando la oscuridad. Solo uno permaneció sentado.

Bambi apostó cinco dólares que sacó del escote abierto de su camisa.

—La apuesta mínima son cien —dijo el jugador.

Con una mueca de contrariedad, la joven sacó un pequeño manojito de dólares de su escote, sudados, los contó y dejó noventa y cinco más sobre la mesa.

Aquel hombre aceptó el envite. Luego, con una sonrisa ganadora, levantó tres cartas, de una en una. Dos Q y un As formaban una pareja ganadora.

Bambi alzó las suyas: un As, un siete y un cuatro.

Scorpio buscó detrás de la barra alguna entrada oculta. Por un momento paró y se sirvió un ron negro. Luego, entre cortos tragos, observó a sus compañeras, a aquellos hombres que clavaban sus miradas en ellas y a los dos reporteros que, aterrorizados, permanecían en el suelo junto a Virginia. Pegó una profunda calada y lanzó la colilla de su cigarro al suelo. La cual, ante su sorpresa, rodó hasta una pequeña hendidura que delató el paso a un sótano, posiblemente habitado y con premio.

—Bambi, ves terminando. Tenemos trabajo —ordenó Scorpio. Se bebió el licor restante de un trago y se dirigió hacia la hendidura.

—Ya voy, un momento —le contestó acariciando las cartas por encima, con las yemas de los dedos. Después apostó treinta y tres dólares más y levantó sus brazos—. ¡No tengo más!

Su rival la miró con gesto de pocos amigos, con destellos de lujuria.

Ella le invitó con la mirada a jugar.

—Paga si quieres ver mis cartas —sentenció Bambi.

Aquel hombre cubrió la apuesta y levantó sus dos cartas restantes, una Q y una K.

—Trío de reinas al As —aseguró ante la mirada impasible de Bambi y dirigió su mano derecha hacia la apuesta, viéndose ganador.

Rápida como el relámpago, Bambi sujetó, con mano firme, el brazo que pretendía hacerse con la apuesta y sonrió. Como si fuera una señal, dos de los sicarios sacaron sus armas, salieron de la oscuridad y abrieron fuego. Los demás saltaron tumbando las mesas, protegiéndose tras ellas y disparando al azar contra los agentes. Scorpio fue alcanzado en un brazo antes de dejarse caer tras la barra con una maldición. Raichel se agachó, clavó la rodilla al suelo y descargó el subfusil con furia mortal.

Virginia avanzó firme hacia el interior de la taberna, disparando su arma. La munición de la Bren Ten 10 mm atravesaba la madera de las mesas como si fueran de cartón, alcanzando a los sicarios sin piedad. Las balas le silbaban en los oídos. Para ella era un sonido familiar que incluso le agradaba, le resultaba fácil esquivar la muerte cuando la veía venir y desde que entró en el tugurio sabía cual iba a ser el desenlace, incluso quienes dispararían primero: aquellos que tiraron las cartas y se ocultaron; y quienes les seguirían: los que se posaron tras ella. Así, su posición en el local se regía a tal acción y su preferencia en matar también. La lucha apenas duró cuatro escasos segundos.

Raichel y Virginia se miraron comprobando que se hallaban bien. Scorpio asomó tras la barra, con la mano en su hombro



herido. Bambi permanecía sentada, sujetando la mano de aquel hombre sobre la apuesta. Ambos parecían haber estado ausentes del zumbido de las balas y del martilleo de las armas, con sus miradas cruzadas.

Bambi comenzó a mostrar sus dos cartas restantes: el As de tréboles y, tras mantener un momento la carta en su mano y con un gesto de picardía, volvió el As de corazones.

—Mi trío es superior —aseguró.

Aquel hombre se revolvió, sacando con la mano izquierda una automática de su cintura. Bambi descargó la munición del subfusil sin apenas moverse del asiento. El sicario cayó encima de la mesa y resbaló hasta el suelo entre espasmos de agonía, mientras ella recogía la apuesta.

—¡Vamos! —exclamó Scorpio con una especie de mueca disconforme, apretando su mano en la herida, y señaló hacia la trampilla.

—¿Estás bien? —le preguntó Virginia.

—Solo ha sido un rasguño —aseguró Scorpio.

Cinthy se había soltado de la chaqueta para asirse con más fuerza a una de las piernas de Virginia, solo su buen juicio la mantuvo ajena a la locura y con vida en aquel tugurio. La agente la levantó, calmando sus miedos, mientras observaba los muertos y la sala de la taberna salpicada de sangre, casquillos, astillas y cristales rotos. Jonathan permanecía tumbado en el suelo, con las manos sobre la cabeza, los ojos cerrados y una bala alojada en su cuello.

—¡Jonathan! —sollozó Cinthy, sin soltarse de Virginia.

—Debió quedarse fuera —murmuró Bambi.

Scorpio abrió la trampilla y dio luz a su linterna, alumbrando una escalera hecha con largos troncos y gruesos escalones de madera, que se ahondaba hasta un pequeño sótano.

—¿Necesitáis una invitación? —preguntó irónicamente.

Raichel y Bambi descendieron con precaución por las escaleras. Una vez abajo, se encontraron con una pequeña antesala y una puerta cerrada. Se apostaron a ambos lados mientras Scorpio llegaba hasta ellas. Virginia se quedó arriba con Cinthya, junto a la trampilla, alumbrando los pasos del capitán.

—No bajas. Si Bebé está ahí, me gustaría arrestarlo con vida —le ordenó Scorpio.

Con una descarga de su arma y una fuerte patada abrió la puerta de inmediato. La luz del sótano alumbró sus rostros.

—¡Quietecitos ahí! —exclamó Bambi.

Un hombre delgado, trajeado, les apuntaba con una pequeña pistola y, tras la barra de un pequeño bar, Bebé, un hombre mayor, de abundantes carnes, papada y sereno rostro, manoseaba un tremendo puro.

—Veo que saben hacer bien su trabajo. Mis hombres nunca fueron demasiado eficaces, debí imaginármelo —comentó, como si nada grave ocurriera.

—Baje ese arma, no complique más las cosas —ordenó Raichel, avanzando hacia él.

—Martín, baja el arma —ordenó Bebé a su sicario, con cierta sorna.

Aquel hombre ladeó el arma y la ofreció con una mano, alzando la otra. Bambi se acercó y la tomó de un golpe, desarmándole ante la mirada pasiva de Bebé.

—Es hora de negociar, ¿no? —prosiguió de pronto. Luego, metió lentamente su mano en un cajón y mostró un gran puñado de billetes de cien dólares.

—¿Negociar? —preguntó Scorpio.

Un pequeño sollozo, surgido tras una cortina que atravesaba de lado a lado el sótano, atrajo la atención del grupo. Scorpio se acercó lentamente, con el arma preparada,



estiró la mano y tiró con fuerza. La tela cayó al suelo dejando a la vista una cama redonda con un espejo en el techo y paredes acolchadas. Dos niñas desnudas permanecían en aquel lujurioso lecho. Una, con el pelo corto y sin apenas pechos, estaba sentada sobre el mullido colchón, llorando. La otra, pelirroja y de unos quince años, permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, tumbada boca arriba.

Al lado de la cama se encontraba el cadáver de un hombre sentado, con un saco agujereado por una bala sobre la cabeza, con las manos atadas atrás y los pies a las patas de una silla.

—¿Es nuestro hombre? —preguntó Scorpio, señalando el cadáver con la mirada.

—No sé quién es ni si es vuestro hombre. Pero seguro que es rata. Se introdujo en mi casa sin anunciarse y con un arma. Un trabajo arriesgado el suyo —respondió Bebé.

Scorpio asintió, volvió la vista sobre las dos muchachas y, luego, el arma hacia Bebé.

—Negociemos: dime si prefieres que te detenga o que te vuele la cabeza aquí mismo —expuso alzando la Benelli M3T.

—¿Detenerme? ¿Acaso eres policía? ¿De qué me vas a acusar? ¿De hacer trampas en mi propio local?

—Se te acusa del asesinato, al menos, de diecisiete muchachas. Tienes derecho a un abogado... —dijo Scorpio, procediendo a su detención de forma violenta.

—¿Qué está diciendo! ¡Yo soy su abogado! Además, ustedes no pueden realizar un asalto a nuestra oficina disparando como si esto fuera un cuartel talibán en Afganistán. ¿Tienen una orden? —exclamó Martín, agitando su cuerpo delgado con violencia, señalando impetuoso con el dedo.

Scorpio ignoró sus palabras y esposó a los dos, mientras Bambi comprobaba el estado de las niñas. Raichel confirmó con un movimiento de cabeza que el posible infiltrado estaba

muerto. En ese momento, Virginia bajó al sótano y entró en el despacho, seguida por Cinthya.

—Habéis venido a mi honrado establecimiento sin uniforme y llegado hasta mí sin identificaros, disparando contra mis empleados y clientes. Ese hombre, que está ahí sentado, atentó contra mi vida en mi propia casa. Esas jovencitas acaban de llegar, estaba reanimándolas del duro desierto. No sé qué les ha pasado, ahora mismo había mandado traer algo de ropa para que se cubrieran. Vosotros no sois policías. ¡Os arrepentiréis! —exclamó Bebé, seguro de sí mismo.

—Es cierto... Han llegado hasta mi cliente de forma ilegal, todavía no se han identificado. ¡Mañana estaremos en la calle y presentaremos cargos contra ustedes! —aseguró Martín.

Las palabras de Bebé y su abogado encendieron el ánimo de Virginia y acarició el gatillo de su arma. No encontró palabras para describir lo que sintió al observar la sangre que emanaba de la intimidad de aquella niña de cabellos rojos y al ver deslizarse las lágrimas de la más joven, que la miraba suplicando venganza con una fuerza indescriptible que caló el interior de su alma. Alzó la Bren Ten 10 mm y selló la frente de Bebé y, con una segunda bala, acabó con el abogado.

Cinthya corrió hacia las niñas, cubriéndolas con su chaqueta rosa y un albornoz que se hallaba encima de una silla, abrazándolas y besándolas como si fueran sus propias hijas. Aquella niña clavó su mirada en Virginia y una amplia sonrisa cubrió su rostro.

Scorpio miró contrariado el cadáver de Bebé, chasqueó la lengua y encendió un cigarrillo.

—Me hubiera gustado llevar ante la justicia a este cerdo, verle pudrirse en la cárcel. Bambi, quítales las esposas.

—Si Donna le quisiera vivo, no nos habría mandado a nosotros. Ahora se pudrirá donde debe, bajo tierra —contestó Virginia.



Momentos después, tras registrar el local y comprobar que estaban solos, Scorpio se puso en contacto con Barbie.

—Aquí estoy, ¿lo habéis encontrado? —contestó Barbie por la emisora.

—Hemos terminado, Bebé ha muerto. Manda asistencia médica, tenía en su poder dos niñas que necesitan ayuda. ¡Ah! Que venga un equipo de limpieza, van a tener trabajo. Hay una docena de bultos que empaquetar. Tenían un cadáver en el sótano, puede ser el infiltrado que delató a Bebé. Avisa al capitán Harris, que lo comunique a sus amigos de la DEA.

—Recibido, en un momento estarán ahí.

Las dos muchachas subieron abrazadas por Cinthya y Bambi, salieron a la puerta y miraron la luz del sol. Les molestaba como si no la hubieran visto en varios días. Luego, se sentaron en la entrada de la taberna, junto a la reportera. La cual tragaba saliva, dejando atrás la tragedia sin desviar su interés por aquella joven agente que la excitaba tan solo con su presencia. Desde allí vieron llegar a Raichel, que aparcó la furgoneta a su lado.

Virginia se acercó para interesarse por ellas. Entonces su corazón le dio un vuelco, reconoció una medalla que resplandecía en el cuello de la joven pelirroja, era como la que su abuela María le había regalado en el lecho de muerte, en Valencia. La tomó en su mano y la observó: era auténtica, era de las hijas de la luna.

—Es mía —dijo temblorosa la jovencita, tirando del fino collar de la medalla.

—¡Scorpio, Scorpio! ¡Contesta! —sonó la voz alarmada de Barbie por la emisora, acaparando la atención de todos.

—Dime Barbie, ¿qué coño pasa con esos gritos? —contestó el capitán, apoyándose en la furgoneta mientras observada malhumorado a Virginia.

—¡Salid de ahí enseguida! ¡Estáis en peligro! —ordenó Barbie.

—No te preocupes, hemos acabado con esos malditos cabrones. Aquí no queda nadie con vida, solo las putas cucarachas y nosotros —contestó Scorpio.

—¡Escuchad! He recibido un código rojo de Washington: “Evacuad el escenario de inmediato, no hay tiempo. Mirina os ha localizado” —insistió Barbie, preocupada.

—¿Mirina? —preguntó Scorpio sin apartar la mirada de Virginia, la cual tenía los ojos abiertos como platos, atónita ante tales palabras.

—Ya han salido los refuerzos. Alejaros hacia Las Vegas. No me ha gustado nada ese mensaje.

—Los refuerzos, ¿cuánto tardarán?

—Están en camino, pero no sé ni si llegarán a tiempo de cubriros. He detectado dos helicópteros, solo uno es del FBI... y los tenéis encima.

## Capítulo II CAZA A LA REINA

—¡Mirina! —pensó Virginia en voz alta.

La agente alzó la vista al cielo del desierto que rodeaba aquella vieja taberna en medio de la nada, buscando. Tenía tanta curiosidad por saber de ella que casi se alegraba. Pero la orden era explícita. Debían marchar de inmediato de aquel lugar, evitarla. No le gustó.

—El capitán Harris ha mandado un helicóptero para interceptaros y evacuaros —apuntó Barbie por la emisora—. Debe estar a punto de llegar. El otro ha desaparecido de nuestros sistemas. Tiene que haber aterrizado cerca, no puede haber desaparecido como si nada. Lo estoy buscando



con el satélite, pero tengo problemas con Defensa Nacional. ¡Estad alerta! —comentó Barbie.

—Entendido. No te preocupes, ya están aquí. Seguimos en contacto —se despidió Scorpio, observando un helicóptero negro del FBI acercarse a ellos.

El sonido de las aspas invadió el lugar agitando el aire conforme descendía sobre sus cabezas. El polvo del desierto se alzó, volteado entre maderos y láminas del techo de aquella vieja taberna.

—¿Por qué irnos? Somos muchos. ¡Podemos hacerla frente! —exclamó Bambi mientras observaba descender la nave.

Conforme aterrizaba, varios agentes del FBI saltaron; entre ellos William Vence. Después, bajaron dos enfermeros que corrieron hacia ellos. Scorpio les hizo señas para que atendieran primero a las niñas.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado aquí? Pero, ¿qué carnicería es esta? ¡Virginia! ¿Estás bien? —preguntó William en la entrada de la taberna, mostrando su preocupación por ella.

—Rápido, tenemos que marchar cuanto antes. Aquí no estamos seguros, que evacuen a las niñas —contestó ella, ignorando sus preguntas.

Apenas terminaron de brotar de su boca aquellas palabras, un destellante rugido cruzó el aire del desierto dejando una estela de humo a su paso. El helicóptero voló por los aires alzado tres metros por una explosión, convirtiéndose en una enorme masa de fuego y hierros retorcidos.

—¡Barbie, nos atacan con misiles! ¡Sácanos de aquí o nos freirán! —gritó Scorpio por la emisora de la furgoneta, mientras los demás corrían al interior de la taberna.

—La policía de todo el condado está en camino. He burlado a Defensa Nacional, pero sigo sin localizar la amenaza. Deben utilizar algún sistema de camuflaje —contestó Barbie,

mientras se esforzaba en rastrear la zona a través de las imágenes que recibía por satélite.

—La taberna no resistirá el impacto de un jodido misil. Cubriós en el sótano, bajad, rápido —ordenó Scorpio, saliendo del vehículo.

Virginia se mantuvo firme en la puerta del antro mientras los demás buscaban la seguridad del sótano. Seguía sin ver a nadie y esperó, sabía que Mirina estaba ahí.

—Mirina —murmuró.

Una mujer joven surgió de la nada, se irguió en una pequeña duna a lo lejos y fijó sus ojos en ella, como retándola. Era alta, de cabellos rojos y vestida de un cuero negro ajustado que estilizaba su figura. Solo la había visto una vez antes, la noche que se cruzó con ella en el hospital donde fue asesinada su abuela María. La recordó de inmediato. Aquella extraña mujer que vio en el hospital de Valencia era Mirina, ya no tenía ninguna duda. Y una excitación inexplicable recorrió su cuerpo.

—Entra, aquí eres un blanco fácil —dijo Scorpio, tomando del brazo a Virginia.

Ella no le contestó, seguía absorta.

—¡Vamos al sótano! —exclamó el capitán.

Una joven pelirroja, con uniforme azul marino y armas ligeras, se acercó a Mirina con unos prismáticos.

—Han bajado al sótano, las niñas están a salvo —aseguró.

Mirina hizo un gesto con su mano y un misil salió volando hacia la Quinta del Cuervo.

Scorpio tiró de Virginia hacia el interior del local conforme aquel silbido, seguido de un luminoso destello, se dirigía hacia ellos. Apenas penetraron en las escaleras que comunicaban con la antesala del sótano, una explosión



reventó la taberna en mil pedazos y la convirtió en un pira que ardía decenas de metros al aire. Scorpio cubrió a Virginia con su cuerpo, abrazándola con fuerza y saltando al sótano. Ambos se precipitaron escalera abajo, esquivando las llamas y golpeándose en el húmedo suelo. Mientras, arriba, una violenta bola de fuego consumía cada rincón del antro.

La mirada de Scorpio y Virginia se cruzaron entre las llamas. Ella se apretó contra su cuerpo con el sonido de otra explosión.

—¡Tenemos que entrar con los demás o nos abrasaremos! —exclamó Scorpio, y saltó hacia dentro del despacho. Arrastró de la cintura a Virginia y cerró la puerta con el pie, para evitar la lengua de fuego que bajaba por la escalera.

Una viga y una gran masa de cascotes y brasas cayó sobre la trampilla sellando la salida.

—Aquí abajo estamos seguros. El suelo de la taberna resistirá hasta que podamos salir, es de hormigón —apuntó Scorpio, transmitiendo calma con sus manos.

Virginia se limpió la cara sin dejar de observar cada gesto de Scorpio. Un corte en la cabeza la hacía sangrar y un pequeño surco rojo cruzaba su frente manchada de hollín.

—¿Quiénes son? ¿Qué quieren? —preguntó temerosa Cinthya, abrazada a las pequeñas, sin comprender nada.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién es esa gente? —le preguntó William.

Virginia les ignoró y se acercó hacia la joven pelirroja que la miraba con grandes ojos, girando entre sus dedos la medalla de las hijas de la luna.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó Virginia.

La muchacha apretó la medalla en su puño contra el pecho. En ese momento, la luz del sótano se fue.

—¡Es mía! —exclamó la muchacha en la oscuridad.

—¡Silencio! No quiero escuchar ni un ruido hasta que yo lo diga. Sentaos y permaneced en silencio. Esto no ha acabado —ordenó Scorpio y sacó su linterna.

—Podemos dar gracias a Bebé por construir un refugio tan seguro —susurró Raichel dando luz también.

—Sí, aunque al muy cabrón no le valiera de mucho —contestó Bambi, un tanto inquieta.

Entonces se escuchó el paso firme de unas botas sobre el techo del sótano. Entre las llamas, varias personas deambulaban por los restos ardientes del local.

—Si nos buscan, no nos van a encontrar. Tampoco podrán averiguar mucho, en el local debe de haber numerosos cadáveres calcinados, nos darán por muertos —apuntó Scorpio.

—Saben que estamos aquí —aseguró Virginia.

—¿Cómo pueden saberlo? —preguntó Scorpio.

—Nos observaban. Mirina esperó y mandó volar la taberna cuando ya estabais abajo.

—¡Qué detalle! —exclamó Bambi.

—Sí, un detalle extraño para una loba —aseguró Virginia yladeó la cabeza hacia aquella jovencita pelirroja.

La muchacha cruzó su mirada con la de ella y se abrazó a la otra niña, que permanecía en silencio junto a Cinthya y los enfermeros. En sus manos mantenía la medalla, apretada con fuerza, y el resplandor de la linterna de Virginia mostraba una confiada sonrisa reflejada en el rostro.

Pasaron poco más de diez intensos minutos. Desde el sótano ya no sabían distinguir los pasos marcados en el suelo, del crujir del fuego que consumía el local. Los agentes no podían salir, ni quienes fueran, llegar hasta ellos.

—Mirina me ha encontrado, ¿cómo es posible? —murmuró Virginia.



—Demasiada gente sabía que veníamos a este asqueroso tugurio —apuntó Scorpio.

—Vaya una mierda de misión secreta —dijo Bambi.

Virginia recorrió el sótano con la vista fijada en el techo, escuchando cada sonido, cada paso que resonaba sobre sus cabezas. La inquietud por conocer aquella mujer la hacía estremecerse. Solo pensar en ella, en su proximidad, la excitaba alterando el latir de su sangre. Notaba el calor que ello le producía en su cuerpo, ese hormigueo que desataba sus instintos, esa sensación de fuerza. Necesitaba saber más, quién era realmente Mirina, sus ambiciones, sus pensamientos...

Comenzó a caer el sol, la noche amenazaba con envolverlo todo. Habían pasado cerca de veinte minutos. No se oía un ruido, solo el crepitar de las llamas.

—Debemos intentar salir, deben haberse marchado —apuntó Bambi en la oscuridad del sótano, entre los destellos de las linternas de los agentes.

—No, no saldremos de aquí hasta que lleguen los refuerzos. Tengamos paciencia, no tardarán en llegar. Los de ahí afuera están bien armados y hay demasiados civiles entre nosotros como para provocar un tiroteo —contestó William.

—Ahora comprendo por qué querían evacuarnos de inmediato —murmuró Bambi—. Esa mujer no usa recortadas.

—¿Estáis seguras de que alguien vendrá? Pueden pensar que estamos de regreso —expuso Cinthya, temerosa.

—Barbie sabe que estamos aquí. El humo comienza a ser un problema, no podremos resistir por mucho tiempo —apuntó Scorpio.

—Tenemos que salir o moriremos aquí —replicó Cinthya, con los nervios a flor de piel.

El potente sonido de numerosas sirenas les sorprendió, animando sus rostros. Varios coches de patrulla se acercaban rápido hacia la Quinta de Cuervo levantando una estela gigante de polvo en su camino.

Scorpio se dirigió hacia la trampilla y trató de alcanzar la salida del sótano, golpeando los escombros que la cubrían con una vara larga. Sin suerte, a pesar de la ayuda de William y los demás agentes.

—¡Hay una viga atravesada, nos cierra el paso! —exclamó Scorpio, impaciente.

—Las escaleras se están consumiendo y esa maldita viga no nos deja salir. Necesitamos un soporte para poder retirarla —aseguró William.

—No te sulfures, esa viga también impidió que Mirina entrara. En esta madriguera hubiéramos estado a su merced —expuso Virginia.

La niña pelirroja se acercó a ella con la medalla en la mano.

—Te conozco, sé quién eres. Noto tu poder —le dijo con una mirada inocente.

El característico sonido de un Black Hawk se dejó caer sobre el maltrecho local, acaparando la atención de todos. Se podía escuchar claramente cómo otros helicópteros daban vueltas sobre la zona. Nuevas pisadas resonaron sobre sus cabezas, seguidas de una voz familiar.

—¡Virginia! ¿Estás ahí abajo? —exclamó el coronel Murdek.

—¡Aquí abajo, aquí! —gritaron todos.

Se escuchó el tranquilizador siseo del fuego al extinguirse y del trabajo de varios hombres quitando los escombros incandescentes que taponaban la salida. El sonido de las cadenas que rodearon la viga, seguido de las maniobras y el sobrevolar de un helicóptero sobre sus cabezas les animó.



La viga ardiente se elevó enganchada al rotor de carga del Black Hawk y el aire fresco entró en el sótano. Estaban a salvo. Scorpio y los demás se asomaron al hueco de la trampilla, libres al fin del fuego y el humo. Una escalera de cuerdas colgó desde arriba, mientras varios agentes armados les animaban a subir.

—¿Y Virginia? ¿Está bien? —preguntó Murdek al no verla entre ellos.

—Sacadles a ellos primero, hay dos niñas y varios heridos. Yo estoy bien —contestó ella, acercándose hasta la trampilla.

Todos pudieron salir ilesos de aquella trampa mortal. Las niñas fueron evacuadas de inmediato en una ambulancia. La zona fue acordonada por policías y agentes de inteligencia del Gobierno ante la mirada desconfiada de William.

—Lo han hecho muy bien, ahora es cosa nuestra —dijo Murdek, observando con cierta preocupación cómo Virginia salía la última de aquel sótano.

—Esa maldita mujer es buena. Nos encontró antes que nosotros a ella, en medio de este asqueroso desierto, y no anda descalza —aseguró Scorpio con una mueca, mientras un enfermero atendía la herida de su brazo.

—Te has quemado. Veo que te preocupas por mí —dijo Virginia, acariciando levemente las heridas que se había producido en la espalda al cubrirla con aquel abrazo—. Gracias, capitán.

—Hum... ¡Ah! —exclamó Scorpio—. Sí, quizá más de lo que debiera. No pensarías que te iba a dejar ahí afuera.

—Virginia, ahora sí debes decirme algo. ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó William acercándose a ella, preocupado.

Ella se mantuvo en silencio y miró hacia él, que la observaba sin saber qué más decir, esperando alguna respuesta.

—No me vas a contar nada, ¿verdad? —preguntó William.

—Yo...

William se alejó sin respuestas.

—Scorpio, Virginia, ¿estáis bien? —preguntó Barbie desde la oficina, dejando oír su voz por la emisora de la vieja furgoneta, que allí seguía, intacta. Mientras, buscaba la posición desde donde habían sido atacados a través de las imágenes captadas por el satélite.

—¡Sí, maldita sea! Dinos algo nuevo —replicó Scorpio, dejándose rodear por su grupo.

—No he podido identificar la aeronave hostil. Pero creo que estaba apenas a ochocientos metros de vosotros, oculta bajo una lona. En la pantalla veo diversos matorrales que antes no se veían en esa misma zona. Capitán, creo que se trataba de un Black Hawk con equipo táctico de camuflaje —continuó Barbie.

—¿Un Black Hawk? ¡No puede ser!

—Yo lo daría por cierto. Estaban preparados para esquivar el satélite espía, sabían que les podrían ver —apuntó Barbie.

—¿Qué más tienes? —preguntó Scorpio.

—Apenas nada, el humo lo dificultó todo. Varias personas no identificadas se acercaron hasta allí. Creo que conocían bien ese local y tenían un objetivo —contestó Barbie.

—¡Virginia era su objetivo! —exclamó Scorpio—. ¿Has podido grabar algo?

—Tenemos a dos mujeres pelirrojas y una rubia. Una podría ser la tal Mirina. Son imágenes cenitales, sin mucha definición, pero algo nos dirán —afirmó Barbie—. Y otra cosa... A los reporteros les llamaron desde el teléfono público que hay en la oficina del FBI en Los Ángeles. Ningún mando autorizó esa llamada, no sabemos quien la hizo. Pero lo más preocupante



es que inmediatamente después se realizó otra llamada desde el mismo número: a Bebé.

—¡Tenemos una rata en casa! —exclamó Scorpio.

—La misma persona que puso a Cinthya tras nuestros pasos, alertó al Carnicero de la Cabaña de nuestra llegada —aseguró Raichel.

—Y, seguramente, destapó al infiltrado —apuntó Bambi.

—Gracias, Barbie —se despidió Scorpio, cerrando la conexión con un gesto de preocupación.

El coronel Murdek se acercó a ellos, con su porte siniestro y distinción, acompañado de dos agentes, ladeando un poco su rostro y fijando su único ojo en Virginia.

—Me alegro de que estés bien —aseguró.

—Estamos bien, coronel —contestó Scorpio.

—Virginia, necesito un informe detallado de toda la misión y de cada uno de los integrantes del grupo. Mañana, a primera hora, quiero que se lo envíen a la señora Ludwig. Por favor, no omitan ningún detalle —ordenó Murdek, ignorando a Scorpio.

Virginia desvió la mirada y vio a varios agentes “limpiando” el lugar mientras otros buscaban evidencias, algún rastro o detalle que les sirviera. La policía permanecía fuera del primer perímetro que rodeaba los restos de la taberna, junto a unas ambulancias que atendían a William y los demás heridos, evitando la presencia en la escena de la prensa que comenzaba a llegar. Cinthya Maxwell fue desplazada a un vehículo oficial para ser trasladada a las Vegas, sin poder acercarse a Virginia por más que lo intentó.

—¡Virginia! ¡Virginia! —gritó, sintiéndose impotente.

—Mirina no está sola, ¿verdad? —preguntó Virginia, ignorando a la reportera.

—Tiene sus recursos —respondió Murdek.

El coronel se alejó, seguido por dos agentes, y subió al Black Hawk que lo había traído. La nave se elevó bajo la atenta mirada de Virginia. Murdek se asomó y le sonrió con una macabra mueca.

—Debes de ser una persona muy importante —murmuró Scorpio.

—Todos lo somos —contestó Virginia.

—No, a mí nunca ha venido un coronel a rescatarme.

\*\*\*

Los días que pasaron después del encuentro con Mirina en el desierto fueron de auténtico frenesí en aquel sótano, la oficina del grupo especial Scorpio. Tras los informes y revisar una y otra vez las grabaciones que había conseguido Barbie, solo podían dar por cierta una cosa: en el FBI había un infiltrado que les había delatado.

Raichel y Bambi descansaban alrededor de las mesas de informática de Barbie, con un café caliente en las manos. Scorpio encendió un cigarrillo, volteó una silla y se sentó posando los brazos sobre el respaldo. Virginia rondaba a su alrededor, observando las fotos obtenidas por el satélite del ataque a la taberna.

—Esa mujer ha desaparecido sin dejar rastro —expuso Scorpio.

—Nos tiene localizados —aseguró Barbie.

—Si fuera así ya hubiera actuado de nuevo. No tiene sentido que atacara con tanta furia la taberna y que ahora nos ignore, especialmente si sabe nuestra misión y donde nos hallamos —dijo Virginia; sopló sobre el café y tomó un trago.

—Las oficinas del panadero de la esquina son más seguras que esta cueva de mierda en la que nos han metido —comentó Bambi.



—Deberíamos cambiar de lugar —insistió Barbie.

—Estamos de acuerdo. He solicitado a Donna el cambio urgente del piso franco, espero que sea pronto —apuntó Virginia, pensativa.

—¿Piensas en esas niñas? —preguntó Bambi.

—Sí. Han desaparecido, ¿cómo es posible?

—Ni siquiera llegaron al hospital —apuntó Raichel.

—Según el informe policial, la ambulancia fue interceptada en un semáforo, a la entrada de la ciudad, y dos mujeres armadas se las llevaron. Los enfermeros aseguran que se conocían, o les dio esa impresión —expuso Barbie.

—Nadie ha denunciado la desaparición de esas niñas y no hay ninguna coincidencia con su descripción en la oficina de desaparecidos, ni en California ni en Nevada —apuntó Raichel.

—Debió ser Mirina —añadió Virginia.

—¿Por qué? ¿Están relacionadas? ¿Cómo sabía dónde hallarlas? Esto no es lógico, todos saben más que nosotros —dijo Bambi levantando ambas manos al aire.

—Quizás no estamos enfocando bien nuestra investigación. He pensado en una posibilidad que hemos pasado por alto y que podría explicar algunas cosas —continuó Virginia.

—Te escuchamos —aseguró Scorpio apagando su cigarrillo en un cenicero.

—Hemos dado por hecho que Mirina me buscaba a mí. Pero y si no me buscaba a mí, sino a esas muchachas. Estoy segura que ha sido ella quién se las ha llevado —expuso Virginia, pensando en la medalla que colgaba de aquella jovencita pelirroja.

Por un momento se hizo el silencio en la habitación y las agentes se miraron entre sí. Scorpio se levantó, estiró el mentón y se apoyó en la mesa.

—Es una posibilidad, sí —asintió finalmente.

—Me pierdo, necesito otro café —dijo Bambi.

—Podrían ser sus hijas... o hermanas. No sé, algo las une y es un vínculo fuerte —insistió Virginia.

—Eso explicaría la contundencia de su ofensiva y que ahora nos ignore —apuntó Scorpio.

—Creo que iba preparada para enfrentarse a Bebé y sus sicarios, a rescatar a esas niñas. Y nos encontró allí. Es la única respuesta que encuentro. Si me quisiera a mí, no hubiera esperado que las muchachas estuvieran a salvo en el sótano y, además, una bala hubiera bastado —comentó Virginia.

—¿Podría tener Bebé alguna conexión con Mirina? —preguntó Raichel.

—En el domicilio de ese carnicero, el FBI ha hallado suficientes pruebas para llevarlo al corredor de la muerte o encerrarlo de por vida —comentó Barbie—. Aunque eso ya no será posible.

—Tendremos que buscar el vínculo que las relaciona. Aunque también puede ser que ese cabrón cometiera la estupidez de raptar a las hijas de una profesional de élite —expuso Bambi.

—El Carnicero de la Cabaña es historia. No podemos hacer más. Ahora, al menos, con esas muchachas, si estoy en lo cierto, tenemos una nueva pista por donde buscar a Mirina. Esa mujer podrá desplazarse mucho, esconderse muy bien, pero seguro que las niñas no. Deben tener una vida social —aseguró Virginia.

—Las encontraremos y nos llevarán hasta ella —asintió Raichel.

—Me marchó, es tarde. Me esperan —dijo Scorpio y tomó la chaqueta del perchero, con un ligero lamento producido por la herida de su hombro.

—Cynthia Maxwell sigue llamando a las oficinas del FBI, dice que la CIA le ha robado todo el material que tenían



grabado en la autocaravana y que nadie le hace caso. Quiere hablar con Virginia —apuntó Barbie.

—Es una periodista. Virginia no tiene nada que hablar con ella —contestó Scorpio.

Virginia asintió con una mueca obvia. Se acercó a Scorpio y le ayudó a ponerse la chaqueta, la herida producida en el tiroteo de la taberna y las quemaduras aún le molestaban. Observó cómo el capitán tiraba su paquete de cigarrillos sobre la mesa, se peinaba suavemente hacia atrás con la mano y, luego, se introducía un chicle de menta en la boca.

—¿Tienes una cita? —preguntó curiosa.

—Sí.

Virginia, con una mueca perpleja y sorprendentemente celosa, se cubrió con su chaqueta negra.

—Deberías dejar de fumar —añadió.

—No me digas que el tabaco me va a matar —dijo Scorpio, abriendo las manos.

—No, supongo que antes lo hará una bala —apuntó ella, un tanto molesta.

—Barbie, Raichel... Esas niñas pueden estar en algún colegio de la ciudad o en un centro de menores. Entrad en sus bases de datos, sin que os detecten, y revisad las fichas de los alumnos —ordenó Scorpio—. Bambi, habla con Donna. A ti siempre te hizo más caso que a mí, a ver qué puede averiguar del Black Hawk que usó Mirina. Si Barbie no se equivoca, no pudo pasar inadvertido para Defensa.

—Posiblemente por eso detectaron su presencia y nos avisaron —asintió Virginia.

—Y coméntale lo del satélite —continuó Scorpio—. Estaría bien que no tuviéramos problemas cada vez que pretendamos usarlo.

Virginia y Scorpio salieron juntos y recorrieron la avenida en silencio, dejando atrás aquel sótano. Unas pequeñas gotas comenzaban a caer cada vez con más intensidad, salpicando en sus rostros y creando amplios círculos en la superficie de los charcos. Ella abrió un pequeño paraguas negro y se acercó al capitán, rodeándole la cintura con su brazo y cubriéndole del agua.

Sentada en un banco, bajo una de las grandes palmeras que adornaban las aceras, no muy lejos, aquella mujer de largos cabellos blancos, corona de flores, ojos oscuros y pies descalzos les observaba pálida, sin sentir el agua que caía.

—¿Y tú? ¿No tienes ninguna cita? —preguntó Scorpio, rodeando a Virginia con el brazo.

—No, yo no tengo ninguna cita —respondió ella.

—¿Y ese guaperas del FBI, William Vence?

—Es un amigo.

—¿No tienes nada con él?

—Yo voy para el centro, aquí nos separamos. Nos vemos mañana.

—Sí, mañana —murmuró Scorpio, separándose de ella.

—¡No te canses mucho! —sonrió ella.

—¡Lo haré! ¡Me cansaré y mucho! —exclamó el capitán, viéndola marchar cabizbaja bajo aquel pequeño paraguas, con cortos pasos, sin prisa.

—¿Qué habrá sido de Steven? Hace tiempo que no me llama, qué extraño —pensó Virginia observando su teléfono móvil, tentada por llamar. Parecía que sus sentimientos hacia él crecían conforme pasaba el tiempo sin verle. Y, de pronto, pensó en Scorpio y en esa novia suya. Con una mueca de resignación, guardó de nuevo su teléfono en el bolsillo. Luego recorrió la calle, recordando con nostalgia aquel fuerte abrazo que la había alejado de las llamas en la Quinta del Cuervo.



Llegó hasta el aparcamiento y se introdujo en el 4x4, pensando en esa inesperada revelación de un infiltrado de la DEA, la llamada anónima a Cinthya y al propio Bebé por parte de un posible agente del FBI, la contundente actuación de Mirina y la rápida intervención de Murdek... y en esas niñas. Resopló, arrancó y observó en la guantera un periódico de ayer: “El Carnicero de la Cabaña abatido por agentes del FBI”, era el titular.

Conforme avanzaba por la carretera, un extraño sentimiento de pena y llanto invadió su mente, acompañado de un haz de calor interior, abrasivo, que recorrió sus venas y estremeció su cuerpo hasta el punto de hacerla parar. En su mente se abrió un abismo de piedra y lava que retumbaba en su interior, donde un cuerpo marchito de mujer se retorció estirando unos brazos sangrientos hacia el exterior. Un fuerte gemido retumbó en su corazón y vio la agonía de la muerte destrozando una vida joven, una muchacha indefensa que lloraba su inocencia. Un fuerte dolor se apoderó de su costado manchado de abundante sangre, como si alguien hurgara en sus entrañas y dos lágrimas recorrieron su rostro.

—Alguien se ha tomado demasiadas molestias en acabar con el Carnicero de la Cabaña, ¿no crees? —escuchó de pronto, era un hermoso susurro que la alejaba de las terribles visiones.

—¡Artemisa! —exclamó Virginia, dando un pequeño sobresalto y fijó de inmediato los ojos en el retrovisor interior del vehículo. Y vio a aquella hermosa mujer de largos cabellos blancos y pies descalzos, en el asiento trasero, con la mirada posada al infinito, a través de los cristales mojados.

—La sangre de Ares se rebela en tus venas. Nota su proximidad, su aliento de muerte. Ha vuelto a ocurrir, tus

pesadillas no son sino visiones ciertas. ¡Despierta, mi divina reina! Debes parar al monstruo antes de que sea demasiado tarde —susurró de nuevo, triste, antes de perderse en la nada, ante la incertidumbre y la inquietud de Virginia.

La agente golpeó por seis veces el claxon, con fuerza, y posó sus manos sobre la cabeza, tratando de volver en sí misma, alejar aquellas voces y visiones tan reales que la hacían dudar de sí misma, que la acercaban a los abismos de la locura. Cerró los ojos y, con un grito, trató de despertar de aquella horrible pesadilla. Pero no estaba dormida. Abrió los ojos, salió del coche y recorrió por unos veinte metros el asfalto mojado, bajo la tenue lluvia, tratando de comprender. Se sentó en un pequeño poste del arcén y vio las nubes abrirse lentamente. La blanca luz de la luna llena bañó su rostro mojado, perplejo; agachó la cabeza y miró su costado. El dolor había pasado.

Caída la noche, en la oscuridad marina del Pacífico, alejado de la costa de Los Ángeles, un hombre misterioso, protegido con guantes azules de nitrilo, lanzaba a las profundidades unos bultos con lastre desde una pequeña embarcación de recreo. Acto seguido, levantó sus brazos ensangrentados al aire, mostrando un corazón al firmamento.

—Divina guerrera, ¡pronto alcanzarás la vida! —gritó al viento.



## Capítulo 12

### JUNGLA DE ASESINOS

La elevada humedad y el asfixiante calor del ambiente amazónico apenas dejaban respirar las inquietas mentes de los cuatro agentes. Poco a poco se acercaban a su objetivo camuflados como selva, tintados sus rostros, vestidos de uniforme de asalto negro, con rasgos de verdes y marrones, y cubiertos con gorras de visera corta. Empapados de sudor, entre disimulados jadeos y constantes pases de hombro por la frente avanzaban con los subfusiles preparados para la acción, con silenciadores y mira nocturna. No presentaban insignia ni distintivo alguno, la Agencia UMA prescindía de estos.

La jungla les envolvía entre la oscuridad y los sonidos de las criaturas de la noche. Solo la escasa luz de la luna, que el dosel cedía entre las altas ramas, alumbraba sus cortos pasos. Entre el barro y la espinosa maleza se desplazaban sigilosos, sin ruido ni temor, aguantando el continuo hostigamiento de los mosquitos.

El capitán Scorpio era el primero de ellos. Levantó la mano sobre su hombro y cerró el puño. Virginia, con la cara tintada, se apostó como tiradora con un fusil M107, sin quitar la vista de su capitán. Ajustó la mirilla y comprobó cada bala, observando sus puntas conforme las introducía en el cargador. Raichel y Bambi, desconocidas por su marcado camuflaje, permanecieron agachadas, escudriñando cada detalle.

Frente a ellos se levantaba un campamento oculto por la densa selva, vigilado por numerosos guerrilleros que rondaban cada rincón de aquellas cabañas de madera maltrecha, las cuales se alzaban tres palmos del suelo, sobre troncos, para evitar la humedad. En aquel lugar perdido de la Amazonia colombiana, el trasiego del polvo blanco no dejaba tregua

durante el día a químicos, traficantes y sicarios; en la noche marcaba el tiempo y el vicio de sus señores.

Con una señal de Scorpio, Raichel y Bambi se dirigieron hacia el norte, bordeando el campamento sigilosamente. Acto seguido, el capitán observó con unos pequeños prismáticos una de las cabañas, de la cual surgía una suave melodía caribeña. Comprobó la situación de Virginia y, tras un gesto de aprobación respondido por un guiño, comenzó a reptar entre el barro y la maleza hacia los bajos de las cabañas.

Un gesto relámpago y, en décimas de segundo, uno de los sicarios que vigilaba la zona norte cayó al suelo con una daga en el cuello y un gemido espeso. Unas manos de guantes negros tiraron de los tobillos del cadáver, ocultándolo en la espesura. Al instante, Bambi se apoyó tras un grueso tronco, junto a la puerta de una maloca convertida en almacén, en la cual se hallaba un pequeño generador que iluminaba tenuemente la zona. Raichel miró a su compañera desde la espesura, controlando el campamento, y asintió. Bambi se introdujo en la maloca, se sacó de encima una mochila con explosivos y comenzó a colocarlos en el depósito del generador.

Virginia, al otro extremo del campamento, desde donde divisaba la maloca, observó su reloj y levantó la vista al cielo, apenas visible entre altos renacos de treinta metros de altura. La oscuridad de la selva contrastaba con las estrellas del firmamento. A través de la mirilla de precisión siguió a Scorpio, viéndolo arrastrarse por el fango hasta llegar a la cabaña principal.

El capitán se situó bajo esta y se volteó hacia arriba. Se limpió el barro de los ojos y la boca, y trató de ver entre las rendijas de las maderas que hacían de suelo sobre él. Al menos cuatro personas danzaban, entre tragos y palabras obscenas,



bajo la tenue luz de una bombilla y tres velas. Un abrazo caliente hizo que una joven se apoyara precipitadamente en una mesita y volcara un pequeño cuenco; parte del polvo blanco que lo colmaba se disipó entre las húmedas maderas. La joven se agachó de inmediato y recogió lo que pudo, entre maldiciones benditas, sin percatarse de la presencia del extraño que la observaba bajo sus pies.

La puerta se abrió y salió de la cabaña uno de ellos, acompañado de humo y risas placenteras, con unos pantalones de campaña y una camiseta de tirantes sucia de alcohol y sudor. Se trataba de hombre rubio, barbilampiño y llevaba una botella de ron negro en su mano izquierda. Pegó una profunda calada de humo prohibido, se apoyó en una especie de baranda de maderos cruzados y miró a su alrededor con una mueca de satisfacción.

Mientras acariciaba el gatillo, la mira telescópica de Virginia apuntó instantáneamente a la cabeza, dibujándole un punto rojo en la frente.

Una joven muchacha, morena y de rasgos indígenas, salió tras él con un blusón que apenas le cubría sus pequeños senos, un cinto de balas en su hombro y con un cigarrillo que emanaba fuerte el aroma de la selva.

—No tardaré, Papito —dijo.

Luego, tomó un revólver, lo guardó en el cinto de su ajustada falda, con un movimiento obsceno, y bajó los escalones, dedicándole una sonrisa orgullosa a aquel hombre rubio.

—Voy a por otra botella, apenas queda ron —aseguró con dulzura.

La joven guerrillera se alejó dirección hacia un almacén cercano, donde guardaban alimentos y bebidas, junto a la maloca del generador. Abrió la mano y miró con ansia

un papel añejo donde guardaba el polvo blanco que había recogido del suelo.

Conforme se alejaba de la cabaña, el haz rojo del arma de Virginia le recorrió su espalda y la cabeza para, finalmente, introducirse por la ventana de la maloca donde se hallaba Bambi. La cual observó el punto rojo en la pared de madera corroída, era la señal, y comenzó a activar los interruptores de los explosivos con prisa.

—Sal de ahí —susurró Virginia.

La sonrisa satisfecha que mostraba el rostro de la joven indígena, entre respingos de nariz, se alteró de pronto. Al abrir la puerta del almacén, se percató de un extraño ruido en la maloca del generador. En ese momento un sicario vestido de guerrillero salió de los váteres con un viejo periódico en la mano, bostezando y rascándose la barriga.

—¿Has oído eso? —le preguntó ella.

—Será una asquerosa chucha.

En el interior de la maloca, Bambi apretó los dientes con una maldición silenciosa mientras recogía del suelo su subfusil. Asomándose con cuidado por la apertura de la puerta, buscó la mirada cómplice de Raichel. Pudo ver cómo le mostraba dos dedos y luego, cerraba el puño.

—¿Y Miguel? ¿Dónde está? —insistió la indígena, mientras dirigía con desconfianza sus pasos hacia la maloca, buscando un sonido diferente al monótono ruido del generador.

—¡Estará cagando! ¡Le dio fuerte al carrinche! —exclamó entre bostezos el guerrillero y la observó impasible, sin dejar de rascarse—. ¡Te ves linda!

La joven sacó el viejo revólver del cinto y se dirigió, precavida, hacia la maloca donde se hallaba el generador y la agente. Virginia le apuntó en la cabeza y fue a disparar cuando un rugido la hizo volver de inmediato su vista.



Un jaguar melánico fruncía ante ella los belfos, mostrando sus poderosos colmillos.

En ese momento, conforme la indígena entró en la cabaña amartillando su arma, la frente del sicario estalló con un ligero silbido, mientras seguía rascándose. Raichel dirigió la mirada hacia la espesura donde se hallaba Virginia, con un susurro en su mente mientras bajaba su arma humeante.

—¿Por qué no la has eliminado? ¡Nos descubrirá!

Dentro, la guerrillera observó cada rincón de la maloca: las viejas herramientas de la pared, los cables y tubos que se amontonaban sin uso alguno, la suciedad del suelo y deparó en aquellos pequeños objetos situados alrededor del generador y sobre los barriles de gasoil. Extendió su brazo, con el revólver fijo al frente, y recorrió de lado el local. Se acercó con cautela y comprendió.

Fue a dar la alarma cuando la mano de Bambi ahogó su voz desde atrás, a la vez que con la otra le golpeaba en la muñeca con fuerza. El revólver cayó al suelo y una daga buscó el cuerpo de la joven guerrillera que, con un gesto rápido, instintivo, contuvo el ataque frenando con su brazo la mortal punzada. Nerviosa y notando el afilado metal rozar sus costillas, estrelló contra la cara de la agente su puño, reventando el papel añejo y esparciendo todo el polvo blanco sobre su rostro.

Bambi quedó momentáneamente cegada con aquella bocanada, con la cara blanca. Por dos veces aspiró profundo buscando aire, congestionando los pulmones y la mente de cocaína. La guerrillera aprovechó el momento y se volteó ágilmente, la golpeó en el vientre y con una fuerte patada la lanzó contra el generador. La daga quedó en el suelo, perdida.

Con el golpe Bambi perdió la gorra y descubrió su juventud, su rubio cabello y sus grandes ojos negros. Las miradas de las

dos jóvenes se cruzaron desafiantes. Mientras la agente se pasaba el revés de la mano por la nariz, la guerrillera deslizaba sus dedos sobre la pequeña herida bajo sus costillas. En un instante se lanzaron la una sobre la otra, entre maldiciones e insultos, intentando estrangularse. Cayeron abrazadas encima de los barriles y rodaron al cochambroso suelo de madera entre golpes, gemidos y tirones de pelos.

Mientras, en la espesura, Virginia, tumbada sobre la tierra húmeda, levantó la visera de su gorra sin apartar la mirada de aquel hermoso jaguar que, a menos de tres metros, la observaba amenazante. El felino se relamió la trufa y se agazapó ante ella con un paso corto, sin comprender qué era y hacía aquel extraño ser en su selva, olfateando el temor y su peligro, el fuerte repelente de insectos y la abundante pólvora. Lentamente, la agente se volvió boca arriba y apuntó al cráneo de la fiera con el fusil. La cual se acercaba con un rugido siseante, meciendo la enorme cabeza de lado a lado y hundiendo aquella penetrante mirada ambarina en sus azulados ojos.

En la maloca, con un golpe de codo en la frente, la joven indígena dejó aturdida a Bambi. Luego, se levantó rápido en busca del revólver, lo tomó y se volvió para acabar con aquella peligrosa intrusa. Pero la afilada daga se le clavó en el pecho antes de que pudiera apretar el gatillo.

Bambi había conseguido recuperarla a tiempo.

Con el rostro marcado por los golpes, la nariz y la boca cubierta del polvo blanco y una brecha roja en la frente, se levantó apretando los labios. Recuperó su daga del cuerpo inerte de la muchacha, la miró por un instante y alzó una ceja con un silencioso soplido. Su mente se aceleraba, por momentos le temblaba el mentón. Recogió el subfusil y la gorra y comprobó las cargas explosivas. Aquella visita



inesperada había estado a punto de descubrir su presencia al resto del campamento y acabar con la misión del grupo especial.

Un leve crujido de madera la hizo ponerse en guardia de nuevo y apuntó con su arma hacia la entrada. Por la puerta asomó Raichel, preocupada, haciéndole señas con la cabeza.

—Estoy bien —susurró Bambi y se limpió la cara, tratando de respirar aire fresco.

Raichel entró observando el cadáver de la guerrillera, instándole premura en silencio. Bambi colocó la última carga explosiva y se acercó a ella, la besó y se dejó revisar la pequeña herida de la frente.

—Pero, ¿qué has hecho? ¿Te has tirado un vagón de coca? —le preguntó Raichel, perpleja ante el nerviosismo inusual de su compañera y el abundante polvo que le cubría la cara.

Entre tanto, Scorpio reptaba bajo la cabaña, entre los gruesos troncos que la alzaban, hacia las toscas escaleras en las que se encontraba aquel hombre rubio, el cual vertió un poco de ron en un vaso y dejó la botella sobre la estrecha baranda. Después, volvió la cabeza hacia el almacén, buscando a su joven compañera de vicio y lujuria que no regresaba.

—Samuel, ve a por esa zorrilla; estará tirándose toda la coca ella sola —ordenó volviéndose hacia el interior.

Un joven vestido de prendas militares y con un pañuelo rojo en el cuello salió descalzo, subiéndose los calzones entre risas y gruñidos.

—No tardes —le insistió.

Con un subfusil Uzi en sus manos recorrió el campamento en dirección al almacén que se hallaba junto a la maloca del generador. Scorpio se camufló fundiéndose en el suelo embarrado y observó los pies del guerrillero alejarse.

Virginia vio de soslayo salir aquel hombre armado y volvió la vista de inmediato sobre el jaguar, que lanzó un corto rugido, dio un zarpazo al aire y avanzó un escaso metro. Tumbada boca arriba y con el fusil apuntando al inesperado visitante, se levantó decidida y dio un paso firme hacia delante, rugiendo fuerte, sin apartar los ojos del depredador ni bajar el arma. El animal retrocedió ante la visión de un humano erguido, armado, seguro un terrible cazador; erizó el pelo del lomo, encogió los belfos mostrando sus colmillos y la rondó hacia la derecha trotando altivo. Con un potente salto desapareció entre la oscuridad de la noche y la densidad de la maleza. De inmediato, la agente se tumbó de nuevo, apostó su arma de largo alcance y buscó su objetivo.

—Paca, ¿estás ahí? —preguntó el guerrillero—. Saca el ron y vamos a calentarnos, venga. Deja en paz la coca, que tendremos problemas con el jefe.

Pero una voces bajas, como un susurro, y una sombra armada en la maloca del generador le alertó. Se acercó lentamente, apuntó con su arma y abrió la puerta con un golpe de pie. Las dos agentes, sorprendidas, aparecieron frente a él. Bambi apoyaba su cabeza contra el pecho de Raichel, con el subfusil colgado del hombro, limpiándose la nariz con un pañuelo; mientras ésta la sujetaba, ladeándole la cara y tapándole la herida de la ceja.

Aquel hombre vio el cuerpo de la guerrillera en el suelo, sin vida, y las cargas de los explosivos rodeando los barriles de gasoil y el generador. Apuntó con su arma cuando una bala le atravesó el cráneo, salpicando la puerta de sangre. Virginia levantó la cabeza y la ceja, mientras retiraba el dedo del gatillo. Había estado cerca. Después volvió la vista, para distinguir la sombra del jaguar trepando sobre una rama lejana. En la oscuridad, a la luz de la luna, resaltaba con fuerza



el brillo de aquellos ojos felinos. Con su temple altivo, el hermoso animal la observaba en la distancia sabiendo que ella era otro depredador, una poderosa matadora.

El leve destello del fusil de Virginia alertó al hombre rubio, que bajó rápidamente los escalones de la cabaña, sin saber si lo que había visto había sido una luciérnaga o un disparo apagado por un silenciador. Sacó de su cintura una automática 9 mm y anduvo unos metros.

Un duro golpe en el cuello acabó con su curiosidad. Scorpioladeó rápidamente la cabeza, constatando que no había sido visto.

—¿Papito? —preguntó otra mujer, una indígena, saliendo de la cabaña, apenas una cría de trece años, una niña soldado, vestida su joven desnudez tan solo con una ligera camisa entreabierta y un cinto armado, la cual, al verle, lanzó rápidamente su mano al revólver que la acompañaba y lo alzó.

Un sonido hueco acabó con su vida y se desplomó con una bala en la frente.

El capitán la observó por un momento, sintió pena ante su juventud y el fatal destino que se la había llevado. La ocultó rápidamente bajo la cabaña y maldijo la vida en silencio. Acto seguido cargó sobre su espalda aquel hombre al que llamaban Papito y desapareció en la oscuridad verde de la jungla.

Mientras dos sombras furtivas salían de la maloca, perdiéndose rápidamente en la selva, Virginia se levantó con el fusil, observó al jaguar con cierta preocupación y, de pronto, se encaminó directamente hacia este. El félido saltó de inmediato y se alejó al trote de aquella cazadora y de aquel campamento de humanos.

Con una mirada noble y una sonrisa, Virginia se despidió del jaguar melánico escuchando su penetrante rugido, y se deslizó entre la maleza hacia el punto de encuentro establecido.

—¿Y el capitán? —preguntó Bambi al ver a Virginia.

—No sé, pero cargó el paquete. ¿Qué te pasa? Te veo nerviosa.

—¿Por qué no disparaste a esa puta guerrillera? Podría haberme matado.

—Tuve una visita inesperada.

—¿Una visita?

—No habléis tan alto —les recriminó Scorpio, llegando hasta ellas.

Ladeando el cuerpo, dejó caer a su prisionero y se relajó por unos segundos, apoyando la mano en el tronco húmedo de un enorme renaco.

—Ten cuidado donde apoyas la mano —le aconsejó Bambi, mordiéndose los labios sin pausa y dirigiendo la mirada hacia las afiladas y largas espinas que abundaban entre la vegetación.

—¿Te ocurre algo, Bambi? —preguntó Scorpio

—Marchemos de aquí, pronto lloverá —aseguró Raichel.

—Sí, falta poco para el amanecer —murmuró Bambi.

Estuvieron caminando durante dos largas horas, arrastrando el cuerpo inconsciente de Papito, aquel hombre rubio, turnándose en grupos. La atronadora y persistente algarabía de los monos aulladores les indicó que el día se alzaba. Una confusa claridad se vislumbraba sobre el dosel, llenando la jungla de claroscuros.

—Venga, los colombianos son muy eficientes en estas cosas. Solo faltan unos minutos, prepárale la bienvenida —ordenó Scorpio mientras observaba su reloj.

Bambi asintió la orden, sacó del bolsillo de la chaqueta de su uniforme un percutor y lo activó. En ese momento, varios cazas de las fuerzas aéreas colombianas pasaron rugiendo sobre sus cabezas.



Las cargas instaladas en la maloca detonaron elevando una gran columna de fuego y humo a través de los grandes árboles. Seguidamente, una lluvia de misiles cayó sobre aquel campamento de narcotraficantes. El lugar fue arrasado y ellos, muertos en su mayoría. En unos minutos, varios helicópteros Arpía rondaban la zona mientras otros descargaban patrullas de soldados.

Alejados de la batalla, el capitán y las agentes escucharon los disparos que revelaban una pequeña resistencia; y se pusieron en cuclillas para descansar de la agotadora marcha.

—Trae el agua. ¡Putos mosquitos! ¡Me están devorando!  
—exclamó Bambi.

Scorpio le lanzó una cantimplora.

—¿Aún te dura? —preguntó Raichel.

—Creo que estaré un tiempo sin dormir —contestó Bambi, y dio un trago amargo.

Papito despertó y se levantó titubeando. El lejano sonido de guerra desvió su atención fijada en un primer momento en sus secuestradores. Levantó la vista al paso de una formación de Arpías, escuchando el rugir de las aspas. Y volvió la mirada hacia sus raptos. Scorpio le lanzó la cantimplora.

Con las muñecas anudadas la tomó, bebió y se la ofreció de nuevo al capitán. Cuando este iba a tomarla, la soltó, cayendo al suelo y perdiéndose el agua que quedaba. Scorpio le miró estirando el labio inferior. Se agachó, recogió la cantimplora, la cerró lentamente y se la dio a Bambi.

—No debiste hacerlo —apuntó Scorpio.

—Hacia tiempo que no te veía. ¿Este es tu nuevo grupo?

—¿Te gustan mis compañeras? Te las presentaré: Virginia, Raichel y Bambi. Son muy buenas, más de lo que nunca fuimos nosotros.

—Me encantan, ¿te cuidan bien? Parecen buenas —aseguró Papito con una extraña sonrisa, ladeando la cabeza.

—Los son, como eran tus compañeros —insistió Scorpio.

—¡Estúpidos!

—Los asesinaste a sangre fría. A los tres. Podías haber desaparecido sin más. No había necesidad de acabar con ellos. Eran tus compañeros, tus amigos.

—¿Eso te dijo Donna? En nuestro trabajo no hay compañeros ni amigos. Cada uno cuida de sí mismo. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Las tres agentes seguían con interés aquella conversación, sin mediar. Estaba claro que entre aquellos dos hombres existía una deuda pendiente. Pero el tiempo mandaba.

—Vamos capitán, el punto de encuentro está cerca. Debemos marcharnos cuanto antes —apremió Virginia.

—¿Ella te da órdenes? —preguntó Papito.

Virginia se acercó a él y sin mediar palabra, le golpeó duro con la culata del fusil en el mentón.

—Se acabó la cháchara, andando —apuntó.

Raichel y Bambi cargaron el cuerpo inconsciente del prisionero sobre los hombros, cada una de un brazo. Scorpio abrió el camino a golpe de machete hasta llegar a un claro, ancho y despejado en un radio de veinte metros. Virginia lo recorrió con el fusil al hombro y lanzó en el centro un bote que despidió una estela de humo azulado. En pocos segundos, el característico rotor de un Black Hawk silenció la algarabía de aves y micos de la selva amazónica.

—¡Arriba! —exclamó Scorpio.

Antes de subir, Virginia lanzó una mirada a la profundidad de la selva y, sorprendida, observó el destello de unos ojos ambarinos. Pudo reconocer al jaguar melánico que, curioso, la había seguido sigiloso tras sus pasos. El animal reconoció de inmediato su valor y su temor, el de un gran depredador.



La luz del nuevo día inundó por completo el cielo que cruzaba el Black Hawk, en el que viajaba el grupo Scorpio con su prisionero. Papito volvía a la realidad, inquieto por el traqueteo de la nave, estirando el mentón y notando el sabor de la sangre en la boca.

—¡Maldita perra! —exclamó, dirigiéndose a Virginia.

—Te dije que eran buenas —dijo Scorpio que, sentado frente a él, observaba el inmenso verde que se extendía sin fin bajo sus pies, con la puerta abierta y una mano en la ametralladora de la nave de combate.

—Ya veo...

—¿Ahora te haces llamar Papito? —preguntó Scorpio.

—Solo mis putas me llaman así. Me sorprende que el gobierno americano envíe un comando para rescatarme. ¿Tan importante soy? Podrían haber dejado que me mataran los soldados colombianos.

Scorpio volvió a mirarle y apretó los labios.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—¿Qué por qué lo hice? Tú sabes bien cómo es Donna, iba a por mí. Tuve que huir. No podía dejar cabos sueltos.

—No debiste acabar con ellos.

—Podríamos habernos hecho ricos. Había negocio para todos. Me querían matar. Esto funciona así: cuando se cansan de ti, te eliminan. ¿Lo saben ellas? —preguntó volviendo su mirada hacia las agentes.

—Richard te apreciaba.

El hombre rubio bajó la cabeza por un momento, la irguió y miró al infinito a través de aquella puerta abierta, buscando alguna vía de escape. La altura y velocidad con que avanzaba el Black Hawk no era considerable, se vio cerca de aquel dosel que le atraía como un gran colchón verde.

—¿Cómo nos habéis localizado?

—El FBI cazó a Santos Montoro y las investigaciones de la DEA les llevó hasta tu refugio en esta maldita selva. El resto, puedes imaginar. Ya sabes: todos cantan al final para salvar el culo y siempre hay alguien a quién sacrificar para conseguir favores.

—Montoro me vendió, debí imaginarlo. ¿Y Donna?

—¿Qué esperas de ella? Estás en busca y captura, acusado de asesinar a sangre fría a tres agentes, de tráfico de armas y estupefacientes y de colaborar con terroristas.

—Hum... Sí, es verdad. ¿Qué quiere de mí?

—Se emocionó mucho al ser informada de que te habían descubierto en esa fábrica de cocaína. Más cuando supo que eras el cabecilla de esos guerrilleros.

—¿Pretende hacer un trato conmigo? ¿Qué hacéis aquí?

—La operación colombiana contra tu campamento de narcos es conjunta con nuestro gobierno. Para sacarte de allí ideamos una misión que asegurara la posición del campamento segundos antes del ataque. En esta selva que todo lo oculta, desde el cielo es difícil localizar un objetivo militar con una exactitud precisa. Jugamos esa baza y nos valió.

—Sigo sin comprender por qué me habéis salvado. ¿Teme que cante todo lo que sé?

—Donna no nos pidió que te salváramos, sino que nos aseguráramos de que los soldados colombianos no encontraran el cuerpo de un conocido exagente de la CIA entre guerrilleros y narcos. Eso no nos daría muy buena propaganda, ni fortalecería nuestros lazos de amistad con los gobiernos sudamericanos. Obviamente pensó en mí, sabía que vendría gustoso a buscarte.

—Comprendo. No sabía que Richard era tu hermano.

—¿Hubiera cambiado algo?

—No, no creo. ¿Me vas a asesinar aquí?



—Lo dejaré en manos de Dios. Si sobrevives a la caída y puedes orientarte, al sur está Leticia. Pero ten cuidado con los yuris, son indígenas hostiles, te pueden moler a palos solo por respirar en sus tierras.

—Dame un arma. Ahí abajo lo que no pica, muerde o escuece.

Scorpio negó con la cabeza.

—Al menos, suéltame las manos... Por los viejos tiempos —insistió Papito.

Scorpio se levantó y sacó un largo puñal de la funda de su cinto. Cortó la cinta de plástico que ataba las muñecas del prisionero y se sentó de nuevo.

—No lo entiendo. Eras un buen agente, de los mejores, y ahora solo eres un miserable Papito —dijo.

—Scorpio, no estoy orgulloso de lo que hice. Solo buscaba otra identidad, desaparecer en una isla donde nadie me conociera. Donna no lo permitió. Tuve que buscarme la vida como mejor sé hacerlo.

—¿Entre coca y niñas soldado? Eres un puto cabrón.

El prisionero volvió lentamente la cabeza y observó a las agentes, que le miraban con interés mientras se masajeaba las muñecas.

—Donna Ludwig os matará a todas, siempre lo hace. En estos momentos estará formando a vuestros asesinos, un nuevo reemplazo —aseguró y, sin más, se lanzó desde el helicóptero buscando las densas ramas del dosel amazónico.

Virginia saltó como un resorte con su Bren Ten 10 mm en la mano y disparó por dos veces, atravesándole el pecho en su caída libre por la espalda. Acabó con la vida de aquel desconocido al que llamaban Papito antes de que acariciara oportunidad alguna de salvación.

—Debíamos asegurarnos de su muerte —apuntó viendo desaparecer el cuerpo del exagente en el dosel de la jungla.

Scorpio movió el entrecejo y estiró sus labios sin apartar la vista del inmenso verde.

—No hubiera sobrevivido y si hubiera sido así, perdido en plena jungla amazónica, sin comida, agua ni armas, hubiera preferido no sobrevivir.

—Puede ser, pero dejar su destino en manos de Dios era darle demasiadas oportunidades —apuntó Virginia y guardó su arma.

## Capítulo 13

### LA CUEVA

Ensordecedor en su trueno, un rayo cayó con fuerza en el MacArthur Park de Los Ángeles, iluminando la noche por un momento. Bajo la lluvia, con paso rápido, entre ráfagas húmedas de viento, una figura de mujer avanzaba cabizbaja con una mano en el bolsillo y la otra asida a un pequeño paraguas negro que apenas la cubría. Cruzó el parque y la avenida, hasta llegar a un pequeño edificio, antiguo, donde se leía: Servicio de Mantenimiento. Sacó una llave y abrió un pequeño panel, que dejó al descubierto un teclado numérico metálico. Miró su entorno y tecleó una clave.

Un sonido chirriante delató la apertura de la puerta. Virginia entró, cerró y avanzó por un pasillo apenas iluminado. Se asomó a un garaje, donde permanecía la vieja furgoneta marrón que usaba el grupo, esperando ver un nuevo vehículo que no estaba. Siguió y llegó a una cocina, se dirigió a la encimera y levantó una pequeña baldosa que reveló un panel digital. Seguidamente introdujo un código y colocó el dedo pulgar de la mano derecha en una pequeña marca del panel. Un haz luminoso lo escaneó. Una puerta, camuflada por fuera



como gruesa madera carcomida, se abrió en la pared frontal de un viejo armario; la cual permanecía llena de cacerolas y ajuares de cocina en los estantes.

Bajando unos empinados escalones, la agente apretó un mando y una oscura puerta de metal se abrió al fondo. Entró limpiándose el agua que bañaba su cara, se retiró el largo tres cuartos negro que la cubría y lo colgó en una percha. Su placa del FBI relució en el cinto a la par que se adivinó la Bren Ten 10 mm bajo la chaqueta.

Barbie ladeó su largo flequillo con una mano, tras un escueto saludo, agitando sus ojos inquietos ante las pantallas que la mantenían ocupada. Aquel equipo no era rival para sus conocimientos sobre aplicación científica de la informática; las directrices que le habían llegado desde Langley, sí.

—Puedo acceder a los satélites espía, pero no podemos usarlos sin autorización directa de Defensa Nacional o supervisión de la CIA. Solo sirven para escenarios de combate, dicen —aseguró con un chasquido.

—Donna me autorizó a usarlos —expuso Virginia.

—Tendrás que hablarlo con ella —contestó Barbie.

—Si Donna pretendiera solicitar permiso para que usemos la chatarra espacial, no te hubiera metido en el equipo —le recriminó Scorpio—. No estás aquí para quejarte, sino para darnos soluciones.

Barbie levantó con cierta sorpresa el entrecejo, con un puchero que embelleció su tersa piel.

—Comprendo —murmuró.

—La vieja furgoneta sigue ahí —expuso Virginia.

—Por lo visto tus amigos del FBI no tienen otro vehículo mejor para cedernos —contestó Scorpio.

Virginia paseó observando las oficinas, un piso franco cedido por la CIA. La compleja modernidad del nuevo local

convertían el anterior en un tugurio. El lugar estaba adecuado con dos oficinas, una sala de armas y una de reuniones de trabajo; incluso disponía de una habitación con literas. También tenía numerosos ordenadores de alta tecnología y un aparato de aire acondicionado que contrastaban con una vieja nevera, tres lámparas y dos ventiladores.

—¿Quieres un café? No está mal esta puta mierda —aseguró Scorpio, y se posó frente a Virginia con una taza caliente en la mano y un cigarrillo rubio, consumido, quemándole los labios y nublándole la vista.

La agente permaneció observándolo por unos momentos. Después le quitó el cigarrillo de los labios y lo dejó en un cenicero lleno de colillas, haciendo una mueca de contrariedad.

—¿No ibas a dejar de fumar? —le preguntó.

Scorpio la miró un tanto perspicaz.

—Tenemos que avanzar en la investigación. Donna se ha puesto en contacto conmigo, nos finiquitará si no damos con Mirina —aseguró Virginia, entrando hacia el interior de aquella oficina oculta.

—¿Ha actuado de nuevo? —preguntó Barbie.

—No me ha comentado más, solo que comienza a estar algo decepcionada.

—¿Decepcionada? Pero si no nos ha dejado parar un momento. Hay cosas que no cambian ni en Washington ni en Los Ángeles —aseguró Scorpio de forma sarcástica—. ¿Te ha dado un tiempo?

—No, pero la he notado nerviosa. Algo grave debe haber ocurrido, la están presionando desde más arriba. Además tiene razón, ha pasado más de un mes desde nuestro encuentro con Mirina en ese antro del desierto y no avanzamos.



—¿Donna Ludwig nerviosa? Hum... Hacemos lo que podemos con lo que tenemos. No entiendo por qué no nos pasa toda la información que dispone sobre esa mujer —apuntó Scorpio.

—¿No ha enviado nada más? —preguntó Virginia.

—No. Bueno, Seguridad Nacional envió un documento. No hay nada nuevo, solo que Mirina fue instruida por el coronel Murdek. ¿Lo sabíais? —contestó Barbie.

—¿Murdek? —preguntó Virginia.

—Qué interesante. Ya sabemos por qué es tan buena y tiene tan mala hostia —apuntó Scorpio con un dossier en la mano, encendiéndose otro cigarrillo—. Bueno, sabemos cierta otra cosa: en el FBI hay una rata que nos está jodiendo.

—Tus amigos del FBI deberían dar con él, es un serio peligro. ¿Para quién trabajará? —se preguntó Barbie.

Virginia se acercó a Scorpio, tomó de nuevo su cigarrillo de la boca y lo partió, para dejarlo en el cenicero ante la perplejidad del capitán. Luego se sentó, sin más, acompañada de un pequeño suspiro. Frente a ella, apoyada en una vieja madera que sujetaba los equipos de informática, Barbie la observaba esperando alguna respuesta.

—Tenemos que atrapar a ese infiltrado —murmuró Virginia.

—Sí, pero nuestra prioridad, tras vuestras “vacaciones en Colombia” y ahora que estamos algo organizados en esta cueva, es Mirina. Creo que lo mejor para evitar la rata es que no salga de aquí ningún dato de nuestra investigación —expuso Barbie—. ¡Ah! Al encontrarnos en unas oficinas de la CIA, el capitán Harris ha decidido ponernos un agente de contacto para agilizar las cosas si necesitamos algo.

—¿Quién será nuestro contacto con el FBI? —preguntó Scorpio.

—El agente especial William Vence es nuestro enlace con el FBI —aseguró Barbie.

—¿Es de total confianza?

—Virginia lo propuso. Es ese joven agente, su...

—Sí, es un hombre de confianza —expuso Virginia, cortando las palabras de Barbie.

—Quiero un informe detallado de él —ordenó Scorpio.

—No será necesario. Sabes que fue mi compañero de promoción en Quántico, es un amigo —aseguró Virginia.

—Me gusta saber bien con quién trabajo. Ese hombre no me gusta. Es un agente federal y en esa puta oficina hay un topo —insistió Scorpio.

—¿También solicitaste un informe mío? —preguntó Virginia.

—Por supuesto.

Un sonido seco, amortiguado, cortó aquella conversación que derivaba en una extraña discusión. Raichel y Bambi llegaban entre bromas y risas. Sin sus uniformes de camuflaje, limpias de barro y armas, nada delataba que eran auténticas asesinas.

—¡Venga, estábamos esperando! —exclamó Scorpio.

—¿Qué os parece esta cueva? Es mucho más grande que la anterior. Sigue siendo un asco. ¿No? ¿Por qué no nos dan una oficina soleada en la sede del FBI? —preguntó Bambi y se acomodó al lado de Virginia.

—Este lugar es más seguro —apuntó ella—. Y vosotras no sois agentes federales.

—Algún puto día alguien me dirá qué carajo somos —expuso Bambi.

—Asesinos, solo eso y por eso estás aquí. ¿Algo más? —respondió Scorpio.

—Bambi, ya no eres un puto zombie. Ya tenéis una nueva identidad —aseguró Virginia y dejó sobre la mesa cuatro



pasaportes nuevos y cuatro carteras con las correspondientes tarjetas de identificación .

Bambi asintió un tanto disconforme, se levantó y tomó su pasaporte y cartera y observó con cierto recelo a Virginia. Era la única del grupo que no había perdido su verdadera identidad, una respetada agente especial del FBI.

Scorpio sacó otro cigarrillo, lo pasó entre sus dedos, miró a Virginia y lo volvió a guardar en su cajetilla. Tomó aquella documentación y la guardó sin mirar. Después volteó la silla y se sentó, posando los brazos en el respaldo. Raichel tomó el pasaporte y observó con satisfacción la foto de su identificación. Bambi se acomodó junto a Barbie, la cual revisaba su nuevo pasaporte con entusiasmo.

—Estoy de acuerdo, Barbie. Lo que descubramos se quedará entre nosotros hasta que Harris de con la rata — asintió Scorpio.

—¿Qué más dice ese informe de Seguridad Nacional sobre el objetivo? —preguntó Virginia.

—Mirina ingresó muy joven en un grupo especial al servicio del Pentágono. Trabajó para la CIA y otros organismos del Gobierno hasta que decidió ganarse la vida por su cuenta. Tiene una lista y un objetivo en la Casa Blanca, que posiblemente sea el Presidente, y acabará con todo aquel que se interponga, incluyendo a Virginia. Por lo visto es capaz de burlar nuestros satélites espías y cruza las fronteras como quiere. El Tuerto fue su *Drill Instructor* particular, con eso queda todo dicho. ¿Algo más? —expuso Scorpio.

—Sí, que va treinta jodidos pasos por delante de nosotros —apuntó Bambi.

—Es posible que estuviera al tanto de que íbamos a por el Carnicero de la Cabaña, por lo que podría tener alguna conexión con la rata —expuso Raichel.

—La rata hubiera realizado tres llamadas, solo hizo dos —dijo Virginia—. Al Carnicero y a Cinthya... Mirina parece estar en un estrato muy superior a Bebé, creo que no tenían relación alguna. Otro tema puede ser esa reportera.

—También puede tener sus propias fuentes de información —opinó Bambi escudriñando el local.

Virginia se levantó pensativa y dio una vuelta observando los rincones de aquella estancia, quedando postrada frente a una pizarra con fotografías cenitales del desierto, de la taberna y de Mirina. Apretó los labios repasando los datos apuntados, las víctimas achacadas a la asesina profesional y los métodos empleados.

—Debemos encontrar a esas niñas —aseguró—. Estoy segura de que Mirina no atacó ese tugurio para acabar conmigo. No le gusta la publicidad, sus métodos son silenciosos, selectivos y metódicos. Una bala. Si su objetivo era rescatar a esas muchachas, sabía que tenía que enfrentarse a los hombres de Bebé. Además, fue un ataque impulsivo; eso solo puede tener un motivo... muy especial.

—Son sus hijas —aseguró Bambi.

—¿Cómo llevamos la búsqueda? —preguntó Virginia.

—Hemos revisado la mayoría de centros educativos del condado, sin éxito —apuntó Raichel—. Empezamos por los distritos más discretos, pero empiezo a creer que esa mujer sería capaz de pasear por delante de nosotras con sus hijas y una peluca.

—He conseguido también una copia de la base de datos de los colegios de Los Ángeles, son muchas fichas. Podéis empezar a revisar imágenes. Yo no estuve allí, no puedo reconocerlas —dijo Barbie.

—El Carnicero de la Cabaña nunca abusó sexualmente de ninguna de sus víctimas y, al menos, una de esas jóvenes



sufrió abusos. No sé qué pensar. Me asusta pensar. Barbie, ¿sabemos algo de la base militar? —preguntó Virginia.

—Nada, parece ser que ninguna aeronave extraña invadió nuestro espacio aéreo —contestó Barbie.

—Insiste. Que te expliquen qué es eso de “ninguna aeronave extraña” —ordenó Scorpio.

—Yo visitaré a Cinthya Maxwell. Está de nuevo en Los Ángeles. Parece saber mucho de ti, se está tomando muchas molestias por verte de nuevo. Si ha investigado por su cuenta, quizá nos diga algo que ayude. Está claro que su confidente es la rata que buscamos —apuntó Bambi.

—¿Aún sigue esa mujer tras Virginia? —preguntó Scorpio.

—Sí, creo que sigue enamorada. Insiste en la entrevista para su programa. Además, está escribiendo un libro donde narra “sus experiencias al lado de la ley con una agente especial del FBI”. La tienes fascinada —contestó Bambi con una ancha sonrisa que molestó un poco a Virginia.

—Mañana espero noticias de William. Él nos dirá qué más ha averiguado el FBI de esas niñas —dijo Virginia, cambiando de tema.

—En la Casa Blanca parece que están preocupados. Donna les ha informado que posiblemente el Presidente sea su próximo blanco. No les ha hecho mucha gracia, se lo han tomado muy en serio —comentó Scorpio.

—Sí... Je, Obama es el blanco perfecto —aseguró Bambi riendo.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó Barbie.

—Pues eso... Obama, el “blanco perfecto” —contestó, cortando su propia risa.

—Bambi, ¿puedes revisar el armamento? En la furgoneta te has dejado tu arma y varios cargadores, para variar. Podrías llevarte ese trasto y limpiarlo un poco, apesta. Y arregla

esta cueva un poco, a ver si la hacemos habitable —ordenó Scorpio.

—Enseguida pongo orden, mi capitán —contestó ella—. ¡Qué poco sentido del humor!

—Me marcho. Quiero visitar a un viejo amigo —dijo Scorpio y tomó su chaqueta del perchero. Luego, se dirigió hacia la salida.

—¡Espera, te acompaño! He quedado con Henry, quiero que me pase los expedientes del Carnicero de la Cabaña ya actualizados —exclamó Virginia.

—Es un caso cerrado.

—Lo sé. Solo quiero echarles un vistazo.

Mientras, en una pequeña urbanización al norte de Hollywood, el agente especial Henry lanzaba al aire una tortilla para voltearla en la sartén. Vestido con pantalones, camisa blanca y un delantal a rayas rojas observaba el plato con guarnición de verduras y beicon que había preparado. Una botella de vino y una copa esperaban en la mesa.

Bajo la lluvia, unos ojos espiaban tras los cristales de la cocina, desde el jardín. Unas pequeñas bolsas de plástico cubrían los zapatos de aquel hombre y unos guantes de nitrilo azul, sus manos. Anduvo hacia la puerta trasera, abrió la puerta suavemente, sin un ruido, y entró. Metió la mano bajo su chaqueta y sacó una automática, con la otra mano giró un silenciador. Recorrió un pequeño pasillo y entró en la cocina.

Sorprendido, Henry le observó por un momento, sin decir palabra alguna. Buscó con la mirada su arma. Pero estaba demasiado lejos, en una mesita del recibidor. Retiró la sartén del fuego y sirvió la tortilla en el plato.

—Está recién hecha. ¿Te apetece? —preguntó resignado, levantando la cara ante aquel hombre—. Anoche creí que



podrías visitarme, te estuve esperando. Veo que piensas mucho cada paso. ¡Cuántas veces había visto yo esa taza! Pero pensé que no. Que eso era imposible. Debía de ser una casualidad. No debí preguntarte por tu viejo termo de café. Seguro que hay un montón más, todos iguales, en cualquier supermercado. Cuando reconocí la taza que encontré Virginia, todo encajó. Pero luego acabaron con ese asesino en serie y me alegré. El caso estaba resuelto. Me creí un viejo tonto por sospechar que tú podías ser el Carnice...

Tres disparos acabaron con sus palabras. Cayó al suelo con tres impactos en el pecho. La sartén rodó quedándose empotrada bajo la cocina. El asesino desenroscó el silenciador y guardó su arma. Se acercó y miró a su víctima.

—Debiste jubilarte cuando te tocaba —murmuró con un gesto insatisfecho.

Luego, se sentó y miró la tortilla. Con el pie desplazó un poco el cuerpo de Henry y se acomodó. Tomó los cubiertos y comenzó a comer lentamente, se sirvió vino y bebió.

En la oficina del MacArthur Park, Virginia y Scorpio subieron por la estrecha escalera que les llevaba al exterior. Con un toque del mando se abrió la gruesa puerta de metal, camuflada como portón. Aquella lluvia apenas se dejaba sentir. Scorpio se peinó suavemente hacia atrás con la mano y se introdujo un chicle de menta en la boca.

—¿Tienes otra cita? ¿Veo que vas en serio con esa mujer? —preguntó Virginia.

—Sí —le respondió—. ¿Y tú? ¿Sigues sin tener una cita? La agente bajó la cabeza y abrió el paraguas.

—Virginia, somos más que un equipo, una familia, debemos confiar entre nosotros. Nos jugamos la vida a diario y apenas nos tenemos los unos a los otros. Si quieres contarme algo,

te escucharé —aseguró Scorpio, acercándosela con el brazo en la cintura.

—Dime, ¿con quién has quedado? —preguntó Virginia, respondiéndole también con el brazo.

—He quedado con una mujer extraordinaria. Este es un día doblemente especial. Hoy hace dos años que nos conocimos. Nunca había mantenido una relación tan larga, ni tan distante; en realidad ninguna. ¿Qué te parece? —le preguntó enseñándole un anillo de compromiso.

—¿Estás loco? ¿Sabe que matamos niñas? —le preguntó pensando en la guerrillera que abatió en la Amazonia, ocultando un gusanillo celoso que comenzaba a devorarla.

—Esas niñas no hubieran vacilado en sacarnos las tripas —aseguró Scorpio.

—Lo sé —aseguró Virginia, sin distinguir si eran celos o envidia lo que sentía; para acabar con una expresión de tristeza, bajando la cabeza con la mente volcada en la niña soldado que ella misma abatió.

Scorpio la miró fijamente, comprendió y bajó la mano cerrando el anillo en sus manos.

—Tienes razón, no tengo futuro. No sé qué hago haciendo planes con esa mujer, cualquier día me pegan un tiro. Ni tan siquiera sé si debería seguir con ella. ¡Qué puta mierda!

Virginia se arrepintió de sus palabras al ver el desasosiego de Scorpio y tomó la joya de la mano del capitán, que permanecía cabizbajo.

—Le gustará —contestó Virginia, observando las pequeñas esmeraldas que adornaban el elegante oro blanco.

—No sabe lo que hacemos. Cree que soy una especie de adjunto al FBI, un héroe que detiene peligrosos asesinos. Está muy contenta con mi traslado a Los Ángeles.

—Por eso aceptaste venir aquí —aseguró Virginia.



—Pensé que me ofrecían un destino más tranquilo. ¡Aquí, en Los Ángeles! ¡Donde vive ella! En cierto modo lo es. Ahora estamos más tiempo juntos, nos vemos casi a diario, excepto cuando salimos de caza. No sé si eso es bueno. Si descubre quién soy me abandonará, temo hacerla daño.

—Yo no hago planes y me pregunto si debiera —le confesó Virginia en voz baja.

—Si no amas, no vives. Creo que no es algo que se decide, simplemente ocurre cuando encuentras a una persona que te importa.

—Mi caso es diferente.

—¿William?

—William solo es un amigo. He conocido a una persona, pero es complicado —le aseguró, hundiendo sus ojos en los de él—. Además no puedo permitirme salir con nadie. Permanecer cerca de mí parece que cada día es más peligroso y a veces, no sé quién soy. Creo que me estoy volviendo loca. Me gusta mi soledad.

Scorpio observó el rostro sentido de Virginia y, aquel hombre rudo y salvaje, le alzó el mentón, suavemente, con dos dedos y una sonrisa. Con sus grandes manos le acarició la melena azabache hacia atrás y la cara, despejándole el agua de la lluvia y acelerando su corazón.

—Si alguna vez necesitas hablar, aquí estaré —dijo Scorpio.

Por unos momentos siguieron su camino, bajo la lluvia, ocultos sus pasos por el paraguas y el silencio del deseo.

—Pensaba en esa chiquilla que abatí, sin oportunidad ni futuro, cargada de armas y esclava de los perros de la guerra —aseguró Virginia, de pronto.

—Déjalo, no te tortures más. Me habría matado si no acabas con ella. ¿Por qué no llamas a esa persona que conociste? —le dijo Scorpio, cambiando el tema de la conversación, buscando animarla y hacerla olvidar.

—No, yo no tengo citas —respondió ella. Después ladeó el paraguas y miró al cielo. En su rostro salpicaron las finas gotas de agua mojando su cara.

Salieron del parque asidos del brazo, tapándose levemente con aquel pequeño paraguas. Pasados unos cien metros, un ligero chasquido de Scorpio le indicó a Virginia el fin del paseo. En una pequeña bifurcación se separaban sus caminos.

—Dime, ¿es verdad lo que dijo ese hombre, Papito? ¿Donna ya está preparando nuestro reemplazo? —preguntó Virginia.

—Donna cuida de su gente, pero no permite la traición ni que la abandonen. Dame un abrazo.

Virginia abrazó al capitán Scorpio por unos momentos y él besó su frente.

—Gracias capitán, nos veremos mañana. Pásalo bien.

Virginia recorrió el parque hasta llegar a un pequeño parking. Aquel beso paternal le había gustado muy poco, de hecho la había enfurecido. Entró en silencio, con una mueca de sorpresa ante sus propios pensamientos. Le hubiera gustado sentirse amada, perderse entre sus brazos. Llegó hasta el pequeño 4x4 descapotable. Introdujo la llave en el contacto y al ir a girarla, paró. Echó mano a su bolsillo y sacó un teléfono móvil, lo abrió y buscó en la agenda: Steven.

—¿Dónde te metes? —murmuró.

Pasó el pulgar por la tecla de llamada, la acarició y al ir a apretar, decidió no llamar. Con una mueca de resignación y enfado consigo misma, arrancó y salió a la calle, tomando dirección al centro de la gran ciudad, a toda velocidad.

Entonces...

—Veo que te gusta ese altivo macho. ¿Lo deseas para ti? No te sería difícil seducirle y hacer con él lo que gustaras, solo es un hombre —susurró una suave voz tras ella.



Sobresaltada, Virginia dio un volantazo invadiendo la calzada contraria, para regresar inmediatamente con un bufido, esquivando tres vehículos que circulaban de frente y acelerando para evitar la embestida del que avanzaba por su lado.

—¿Acaso pretendes acabar conmigo? Artemisa, ¿existes o solo estás en mi mente enferma? —preguntó con una mirada al retrovisor.

Sentada tras ella, la hermosa mujer de cabellos blancos y pies descalzos desapareció ante su vista, con un parpadeo, para aparecer sentada a su lado. Luego permaneció en silencio, mirando el cruce destellante con cada vehículo.

—Está comprometido, tiene novia —aseguró Virginia, como si acaso no importara.

—Los hombres nunca están comprometidos. No saben compartir una vida, ni respetar un vínculo. Solo fingen tener una dueña cuando les colman de bienes y placeres.

—Scorpio no es así.

—Eso dijo la bella Armonía y Ares la colmó de desgracias y males. ¿Deseas seguir sus pasos? Es un guerrero de glorias mercenarias, solo busca sangre, oro y venganza. Sus ojos no mienten, es un asesino más.

—No estoy interesado en él. No es mi hombre.

—A mí no puedes mentirme. Es tu hombre, un guerrero impío y como tal, puede ser tu tragedia.

Virginia no argumentó nada.

—La matanza continua, el mal avanza. Debes prepararte —susurró de pronto aquella visión hecha mujer, cambiando de tema, volviendo sus ojos hacia ella, como un lamento piadoso que busca una reacción.

—No puede ser. El Carnicero de la Cabaña está muerto, yo le maté —dijo Virginia, observándola con un interés que le hacía perder la atención en la carretera.

—Mi divina reina, notaste su agujón. La sangre sigue colmando su atroz ambición —insistió.

El ensordecedor claxon de un camión desvió la atención de Virginia, centrándola en la conducción de inmediato. El destello de las luces del trailer pasó a unos centímetros de su retrovisor. Cuando volvió su vista de nuevo, aquella mujer había desaparecido.

## Capítulo 14

### LA RECOMPENSA DE MONTORO

Un suave amanecer iluminaba las calles de Los Ángeles. Katty Barry, una joven estudiante de medicina, hermosa y morena, de brillantes ojos azules, se asomaba alegre por los ventanales de su nuevo apartamento. Acababa de llegar de Inglaterra y ante ella se abría un mundo nuevo de oportunidades, gracias a una beca que le permitía realizar prácticas en un hospital universitario del centro, en aquella ciudad de famosos. Se sentía pletórica, con ganas de comerse el mundo, ilusionada; su primera jornada de estudio y trabajo la esperaba. Aspiró profundamente el aire de la mañana a través de la ventana y estiró los brazos, había deseado tanto llegar hasta allí.

Un sonido sordo selló su frente y cayó de espaldas, con la mirada perdida en el techo.

Pocos segundos después, la puerta del apartamento se abrió, en silencio, y dos hombres trajeados entraron en su interior, precavidos, con guantes en sus manos y las armas al frente, con silenciadores ajustados en sus armas. Registraron levemente cada habitación hasta llegar ante el cadáver de Katty.

—¡Ya la tenemos! —exclamó uno de ellos. Sacó del bolsillo un teléfono móvil y tomó varias fotografías del cuerpo.



—Espera, creo que no es ella —apuntó el otro, con un gesto de decepción.

—No, no es ella —sonó una voz de mujer tras ellos—. Lástima que no llegara antes...

—¡Mierda!

El leve sonido de un silenciador se hizo sentir por dos veces, seguido del ruido seco de dos cuerpos y dos casquillos rebotar en el suelo. Aquellos asesinos cayeron muertos junto a su inocente víctima.

Mirina pasó las cortinas de la ventana y anduvo por el apartamento, despacio. Mientras la esbelta pelirroja observaba el cadáver de Katty, entraron dos mujeres más, vestidas de cuero discreto y largas chaquetas. El apartamento fue registrado minuciosamente, habitación por habitación, mueble por mueble, cajón por cajón, hueco por hueco...

—Parece que no hay nada. Debieron limpiar a conciencia —dijo Mirina, mientras una joven rubia de anchos labios registraba los armarios.

—Espera, aquí —apuntó una de ellas.

Dio unos golpes huecos en una esquina del armario ropero. Levantó una pequeña madera con una afilada navaja y halló una pequeña maletilla negra. Mirina se volvió y se dirigió hacia ella. Se inclinó y la abrió. Una pistola Colt Government .45 y varios cargadores permanecían impolutos. Y sonrió mientras la cerraba de nuevo.

—Marchemos —ordenó Mirina, portando aquella arma en sus manos—. Dejad la puerta abierta, que se ventile un poco.

\*\*\*

En las oficinas del grupo especial, Scorpio colgó el teléfono de golpe y se levantó de la silla de su despacho gruñendo palabras obscenas.

—Esa jodida mujer es como un fantasma: golpea y desaparece. No se ve, pero no paran de oírse sus putas cadenas —masculló entre dientes, sacando un cigarrillo de la cajetilla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Virginia.

—¡Me ha llamado Donna! ¡A mí! ¡Para preguntarme si estoy dormido!

—No desesperes, estamos en buen camino —aseguró Barbie.

—¿Has visto el informe que nos han pasado hoy tus amigos de Washington? —preguntó Scorpio, dirigiéndose a Virginia.

—Sí, lo he visto —contestó ella, revisando unos documentos donde aparecía la imagen de Mary Sue, asesinada en su domicilio—. La conocí en una reunión con el FBI en Langley. Era secretaria adjunta de la Agencia de Seguridad Nacional.

—Le atribuyen este nuevo crimen —aseguró Scorpio.

—Esa mujer no descansa, es una carnicera —expuso Raichel con cierto asombro.

—Sí, pero observa todo ese papeleo. En realidad no existe constancia alguna que la incrimine. Dan por hecho que ha sido ella. Es todo papel mojado, no hay ninguna prueba, nada oficial. Además, estos documentos están sesgados, faltan datos —expuso Scorpio con cierto enfado—. Mirina trabaja muy bien o está protegida. Sola es imposible actuar de forma tan sigilosa y efectiva.

—Estoy de acuerdo. No está sola —aseguró Virginia, un tanto decepcionada, ante el mural donde colgaban por orden cronológico todos los datos e imágenes obtenidas en la investigación.

—¡Tengo algo! —exclamó Bambi, entrando en la oficina.

—¿Dime? —preguntó Virginia.



—Está en Los Ángeles, no me cabe duda —contestó Bambi—. Cinthya, la reportera de televisión que está enamorada de Virginia, lleva meses tratando de dar contigo y Mirina seguro que te vio en su programa. Te está haciendo famosa esa periodista, muy famosa, demasiado famosa.

Virginia dio un pequeño bufido de resignación.

—Hay que hacer algo con esa mujer. No nos deja trabajar y precisamente lo que más necesitamos es el anonimato, no tanta prensa —expuso Scorpio.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Virginia.

—No, aún no. Ha estado fuera, en el Parque Natural de Los Padres, liada con su reportaje, rodando exteriores.

—¿Entonces? —preguntó Scorpio.

—Pensé que si Mirina trata de encontrarte, no se le habrá pasado por alto la constancia de Cinthya en dar contigo y... ¡Bingo!

Bambi sacó un sobre con fotografías.

—Son del control de seguridad de la entrada del parking —continuó—. Registra la entrada de los tres días que Cinthya fue al FBI buscando información sobre Virginia. Observad, tras el vehículo de esa periodista siempre está este Ford marrón. Y mirad quien lo conduce: una mujer pelirroja. ¿Podría ser?

—No creo que sea una coincidencia, ni que Cinthya lleve guardaespaldas —dijo Virginia, observando la imagen.

—¿Es Mirina? Tú eres la única que podría reconocerla —preguntó Raichel.

—No. Es una de las mujeres que la acompañan, estaba en el ataque a la Quinta del Cuervo, junto a ella —respondió Virginia.

—Si Cinthya está de regreso en la ciudad, visítala y repasad los vídeos de seguridad; quizá encontremos algo más. Buen trabajo, Bambi —aseguró Scorpio.

—¿Y ese vehículo? ¿Tiene dueño? ¿Es robado o de alquiler? —preguntó Virginia.

—Lo comprobaré, dame su matrícula —dijo Barbie.

—Otra cosa, quizás te interese: se ha extendido la voz de que Santos Montoro contrató a Jonás el Cazador para acabar contigo. Tu novio William cree que es posible que esté en la ciudad. Me ha insistido en que tomemos medidas especiales para tu protección —afirmó Bambi.

—No es mi novio. ¿Y quién ese tal Jonás el Cazador? —preguntó Virginia.

—No es una buena noticia. Una cosa son esos cazadores de recompensas de los suburbios, pero el Cazador es la élite. Se recrea en su trabajo, le gusta acercarse a su víctima, jugar con ella —apuntó Scorpio—. Deben haberle pagado bien, tenía entendido que no trabajaba en Estados Unidos.

—¿Algo más que deba saber para mi tranquilidad? —preguntó Virginia, con una pequeña exhalación.

—Bueno hay algo más: William también me ha pasado un mensaje de un tal... No recuerdo. Un científico, sí, un arqueólogo. Dice que necesita hablar contigo urgente. No sé si lo conocerás, no me dio ningún contacto —comentó Barbie.

—Sí, sé quién es —interrumpió Virginia mostrando interés—. ¿Qué más dijo sobre él?

—Que había estado otra vez en España y tenía algo muy importante que contarte. Ha ido varias veces por las oficinas del FBI. ¿Quién es? Está poniendo nervioso a William —aseguró Barbie, levantando las cejas.

Virginia la miró, fijando sus ojos en ella.

—Bien, le llamaré más tarde —asintió finalmente

—¿Es ese hombre del que me hablabas? —preguntó Scorpio, curioso.



—Continuemos con nuestro trabajo: nos centraremos en Cinthya —contestó Virginia—. Si tenemos suerte, esa reportera y la matrícula del Ford nos llevarán hasta Mirina. Raichel, ¿cómo va la búsqueda de las niñas?

—De momento nada, sigo revisando cada imagen de los centros educativos. Las encontraré, estoy en ello. En algún sitio tiene que dejarlas mientras se mueve. En algún colegio concertado o privado. En los públicos no están, ya los revisé.

El timbre del teléfono de Virginia sonó, paralizando la reunión del grupo. La agente contestó y levantó el entrecejo mientras estiraba el mentón. Apenas un minuto después colgó con el asombro reflejado en su rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Scorpio.

—Sí, ¿quién era? —insistió Bambi.

—Harris me llamaba para saber si estoy viva —murmuró. En la oficina, todos se miraron extrañados.

—Han encontrado los cuerpos de una joven y de dos hombres en mi antiguo apartamento. Acaban de comunicárselo, la policía pensaba que era mi cadáver. Por lo visto, la víctima se parecía a mí. Era una joven estudiante, inglesa, debieron confundirla conmigo. Cinthya está dando la noticia de mi presunta muerte —explicó Virginia.

—¡Periodistas! —exclamó Bambi.

—¿Y quienes eran los dos tipos? —preguntó Scorpio.

—No lo sé. Pero si pensaron que yo estaba allí, puede que fueran cazadores que buscaban la recompensa de Montoro. Por lo visto llevaban armas con silenciadores. La pregunta es: ¿quién acabó con ellos? —expuso Virginia—. Yo no he sido, aunque el capitán Harris es lo primero que ha pensado en cuanto le he hablado.

—Será cuestión de revisar la escena del crimen —apuntó Raichel.

—Vamos pues. Barbie, necesito una dirección para ese Ford, de vuelta le haremos una visita a la dueña. Avisa a Harris de que vamos para allá y esos vídeos, consíguelos y dime que más ves —ordenó Scorpio.

—Yo me quedaré. Seguro que por allí está Cinthya y no quiero que arme un show al verme. Además tengo una reunión urgente —dijo Virginia, agarrando el teléfono móvil y la chaqueta—. Mantenedme informada si encontráis algo nuevo.

—¿Una reunión? ¿Con ese arqueólogo? —le preguntó Scorpio.

Virginia le miró y, volviéndose, se ajustó la chaqueta con una sonrisa que la delataba.

Apenas salió de la oficina, Virginia tomó el teléfono y buscó un nombre: Steven. Comprobó que tenía numerosas llamadas perdidas y varios mensajes, varias citas en un restaurante conocido. Miró aquel nombre apretando los labios, indecisa, pasando el pulgar por encima de la tecla de llamada. Y pulsó. Miró al cielo, esperando, viendo como seguía cayendo la incesante lluvia que despedía el invierno en Los Ángeles.

—¿Sí? Virginia, ¿eres tú? —contestó Steven.

Silencio.

—Sí, eres tú —aseguró—. Me alegro tanto de que me hallas llamado. Vuelvo a España en unos días y quería verte antes de salir. Estoy en Los Ángeles. ¿Estás por aquí? Claro, qué tontería. ¿Has visto mi mensaje? ¿Vendrás?

—Steven, no tengo mucho tiempo —contestó ella.

—Lo sé, pero es muy importante. Debes creerme. ¿Nos vemos para cenar algo?

Silencio

—Tendrás que cenar, ¿no? Te traigo un regalo —insistió Steven.



—No, mejor nos vemos en media hora en la librería del Boulevard, al lado del edificio principal del FBI. Ya sabes, tiene una pequeña cafetería —contestó Virginia.

—Sí, la conozco. Magnífico, allí estaré. Te espero, estoy impaciente por verte.

Virginia colgó y miró su móvil. Una sonrisa delató su alegría por hablar con Steven. Sabía lo que él sentía por ella, pero no lo que ella sentía por él. Y temía que una situación incómoda pudiera acabar con su amistad. Demasiadas cosas se interponían entre ambos, incluido William y su propio interés por Scorpio, más latente cada día. Se frotó la nuca un tanto confusa. Se abrochó la chaqueta, sacó el paraguas y se cubrió. Miró a los lados y cruzó la calle que la llevaba hacia el parque, subió unos pequeños escalones y se dirigió por un estrecho camino hacia su cita.

En su caminar recordó cómo conoció a Steven. El destino los unió en el vuelo de Atlanta a Madrid cuando visitó a su abuela María, antes de que falleciera. Pensó en la mirada alegre y en aquella sonrisa tan especial de su joven arqueólogo. La cena en Moscú, el paseo por la plaza Roja y su viaje por las estepas eurasiáticas hasta la fortaleza de Tanais, donde lanzaron las cenizas de María al viento. Eran momentos que habían quedado grabados en su mente. Lo echaba de menos tanto como a sus brazos rodeándola en la muralla del castillo, como el sentir del calor de sus mejillas en aquel beso que le robó. Una cálida sensación la envolvió, excitando su cuerpo, y se dio cuenta que deseaba verle y hablar con él, sentirse de nuevo abrazada y querida.

—¡Eh, tú! ¡Guapa! —exclamaron tres hombres mayores, cruzándose en el camino y sacándola de sus pensamientos románticos.

Dos de ellos eran blancos, de fuerte complexión, abundante barriga y ridículos ropajes paramilitares que les hacían muy

machos. El primero, un hombre barbudo y de prominentes cejas, vestía un chaleco vaquero que dejada su velludo pecho y torso al descubierto. El segundo portaba una camiseta verde, tan sucia como su cabeza grasienta y casposa. El tercero era un hombre negro, calvo y feo como un hipopótamo, vestido con un chándal azulón demasiado pequeño para su seboso cuerpo. Todos apestaban a sudor y alcohol empapado de agua.

Virginia les ignoró y siguió su camino.

—¿Qué haces por aquí, sola? Es un sitio peligroso, ¿no sabes? Hay mucha gentuza. Mala, mala de verdad —aseguró el hombre de la camiseta verde, que sonreía frotándose una mano por la entrepierna mientras andaba decidido hacia ella.

—¡Eh, zorra! ¿No has escuchado a mi amigo? ¿Qué llevas ahí? —preguntó el del chaleco, lanzándole la mano al brazo y exhibiendo una navaja de grandes dimensiones.

—¡Te vamos a joder bien, nena! ¡Hace tanto que no tengo una blanquita lechosa como tú entre mis piernas que ya tiemblo! —exclamó el hombre negro, bravucón, quitándole el paraguas de un manotazo.

—Dicen que hay una buena pasta por tu cuerpo —afirmó el barbado, meciendo la navaja.

Virginia irguió la cara, con ojos asombrados ante aquellas últimas palabras. Comprendió que no eran vulgares matones: sabían quién era ella y querían la recompensa de Montoro. Un brillo azulado destelló en sus pupilas y una sensación abrasiva recorrió su cuerpo en una décima segundo. Con un rápido movimiento, lanzó una fuerte patada en la entrepierna del hombre que la amenazaba con la navaja, el cual quedó doblado. Lo desarmó con un golpe en la muñeca, haciéndose con el afilada arma; le lanzó una mano sobre el cuello y lo echó hacia atrás mientras, con la otra, le hundía la hoja robada entre las costillas, hasta el mango.



Los otros dos matones quedaron atónitos, viendo como su colega caía muerto. Temeroso, el hombre negro sacó rápidamente una pequeña Beretta 9 mm del bolsillo de su chándal. Virginia fue más rápida, con tres movimientos instantáneos lo tomó por la muñeca, se colocó tras él haciéndole presa en su cuello con un brazo e introdujo su dedo en el gatillo del arma, girándole la mano hacia su colega. Un disparo y aquel desconocido cayó muerto. Con los ojos desorbitados, el personaje de color sintió crujir las vértebras de su cuello, con un rápido giro, y su cabeza impactar en el suelo húmedo. Nada más.

Virginia miró los tres cadáveres mientras notaba como su cuerpo se relajaba, con una sensación intensa que la colmaba de tranquilidad. Observó sus propias manos, los guantes estaban manchados de sangre: no había dejado más huellas que la delataran. Aquellos delincuentes habituales podrían haberse matado entre ellos, nadie pensaría que gozaron de la ayuda de una joven tan hermosa como mortal. Se postró junto a uno de ellos, de su bolsillo asomaba un retrato. Una fotografía suya de carnet sacada de los archivos del FBI, solo en sus oficinas disponían de tal imagen.

—No es posible —susurró Virginia.

Registró rápidamente los cuerpos de los demás buscando algo que la relacionara con ella. Se volvió sin hallar nada, guardó la fotografía y tomó el paraguas del suelo. El agua comenzaba a caer más fuerte. Un leve crujido la alertó, levantó la vista pero no vio a nadie. Se irguió e insistió con su mirada, revisando el claroscuro del parque bajo la lluvia. Se cubrió y aceleró el paso sin dejar de observar a su alrededor: alguien lo había visto todo... ¿O quizás no?

Es la lluvia, pensó. Miró hacia atrás y a los lados, parecía despejado. Y se alejó.

Segundos después, unas botas negras, altas, se posaban entre los cuerpos sin vida de los delincuentes. Bajo la lluvia, Mirina sonreía con cierta malicia, orgullosa, negando con la cabeza levemente. Sacó un Colt Government .45 y disparó sobre cada uno de ellos, por dos veces, en la frente y la entrepierna. Dejó caer el arma y siguió tras los pasos de Virginia. La tormenta arreciaba con fuerza, el sonido de los disparos quedó envuelto en los truenos y la sangre tiñó el agua que corría hacia las cloacas.

El cielo de la gran ciudad, oscurecido por grandes nubarrones, se alumbraba con cada relámpago dejando ver a Virginia en su camino, agilizando sus pasos y cubriéndose con el paraguas. Entre las sombras, Mirina la seguía a una distancia considerable.

Virginia entró en la librería del Boulevard, acicalándose el pelo mojado. La tienda tenía una pequeña sala de lectura, con algunas mesas donde los clientes leían acompañados de un café. Con el codo apoyado en una de ellas y sentado en una silla, Steven hojeaba varios libros de mitos y leyendas de la Grecia clásica, de dioses y héroes de la oscura Anatolia.

—¡Dios qué hermosa estás! —exclamó al verla, sin reprimir su emoción, levantándose para recibirla.

—Yo también me alegro de verte —le contestó Virginia, recogiendo el cabello sobre su espalda. Le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado.

—Te he echado de menos. Ten, te sirvo un café. Me hubiera gustado verte antes, pero tienes la virtud de desaparecer cada vez que trato de dar contigo.

—Lo siento. Es por mi trabajo, ya sabes.

—Sí, el FBI.

—Últimamente no me has llamado.



—Te dejé varios mensajes... No contestas nunca.

—Ahora trabajo en un grupo especial. Es más complicado. Dime, ¿qué es eso tan importante que quieres decirme?

—Solo has venido por eso —aseguró el joven, mostrando cierta decepción en sus ojos.

—Sí.

Virginia tomó un trago de café y le miró con los ojos muy abiertos. Acto seguido, bajó los párpados presa de su propia mentira.

—Hemos fechado y datado numerosas antigüedades. La fortaleza de tu abuela es un tesoro, créeme. Y he hallado un libro más, promete mucho, estaba oculto bajo un tablero caído. No está escrito en castellano, sino en griego preclásico: La Espada de Ares.

—¿La Espada de Ares? ¿Lo has traído?

—No, lo traduciré en unas semanas... o algo más.

—Si no tienes nada, ¿para qué me has hecho llamar con tanta urgencia?

—Para verte, ¿te parece poco?

Virginia echó su cuerpo hacia atrás y tomó uno de los libros de dioses, hojeándolo al azar; y asintió, sintiéndose querida, pero distante, con una leve sonrisa.

—Steven, yo...

—Bueno, hay otra cosa —interrumpió el joven arqueólogo, temiendo que no le gustara lo que ella fuera a decir, cambiando el tono de la conversación.

—¿El qué?

—Estuve en España, hace poco, un mes; y oí algo que me llamó la atención. Cuando nos conocimos me hablaste que un asesino en serie.

—¿El Carnicero de la Cabaña? Entonces aún no tenía nombre.

—El Carnicero de la Cabaña. Así llaman al Ché Guevara los que no le consideran un héroe, sino un criminal. ¿Por qué ese nombre?

—Han encontrado a sus víctimas desmembradas en una propiedad cercana a Los Ángeles, en los pantanos, donde hay una cabaña. Mataba a sus víctimas en diferentes puntos, pero se deshacía de los cuerpos de todas allí.

—En Madrid apareció una joven brutalmente asesinada.

—¿Y...? Mala gente hay en todos lados.

—Le faltaba el corazón. No es la primera víctima, encontraron otras dos jóvenes con el mismo patrón, el de tu asesino. Eso me llamó la atención. Recordé que cuando me lo comentaste era un detalle que ocultasteis a la prensa. Crímenes así son muy raros en España.

Steven tomó un trago y le pasó la mano por el flequillo a Virginia, ladeándoselo hacia atrás de la oreja con una caricia.

—Sigue —dijo ella.

—Será una coincidencia, pero creí que deberías saberlo.

Virginia se apoyó hacia atrás, bebió lentamente y le miró fijamente.

—¿Me estás diciendo que el Carnicero de la Cabaña tiene un imitador en España?

—No.

Un brillo recorrió sus hermosos ojos azules y frunció las cejas conforme apretaba los labios. Pensó en la hermosa mujer de blanco cabello y pies descalzos, en las pesadillas y visiones que la asaltaban.

—El Carnicero de la Cabaña está vivo. Ese monstruo sigue matando y también actúa fuera de Estados Unidos. Sigue adelante con sus sacrificios de forma impune, sin temor, pues todos le creen muerto —aseguró, pasándose la mano por la frente y el lado derecho de la cara.

—Algo así he pensado yo. ¿Podría ser? —preguntó Steven.



—Nos la ha jugado. ¿Estás seguro de lo que me has dicho?

—Estuve en una campaña, hace nada, excavando, y conocí a Pepe, un policía local de Madrid, aficionado a la arqueología. Él descubrió uno de los cadáveres. Me comentó que habían dos víctimas más y a las tres les faltaba el corazón. Aunque también podría ser una casualidad.

—¿Casualidad? Siempre dude que Bebé fuera el Carnicero de la Cabaña. Ese psicópata es metódico, inteligente y muy precavido. Algo muy alejado del estilo de ese mafioso pederasta.

Por un momento quedaron los dos en silencio. Steven puso, con una nueva caricia, sus manos sobre las de Virginia. Estaban heladas, mojadas de la lluvia. Las acarició con las yemas de sus pulgares y buscó su mirada.

—¿Qué ibas a decirme? —se atrevió a preguntar.

—Yo... Nada —respondió ella.

—¿Nada? Creo que deberíamos hablar —insistió el joven arqueólogo, de forma decidida, impulsiva, metiendo una mano en el bolsillo de sus pantalones.

—Sí, yo también. Pero ahora no es el momento. Tengo que irme, de verdad. Me he alegrado mucho de verte —respondió Virginia sintiéndose acorralada, cortando aquella situación incómoda. Y se alzó.

Steven sacó la mano del bolsillo, vacía. Se levantó, acarició su mejilla y la abrazó. Por unos momentos los labios de ambos jóvenes se juntaron en un cálido beso, espontáneo. Virginia le miró y volvió a besarle, con un beso rápido. Luego, tomó su paraguas.

—Me tengo que ir —dijo ella, con una sonrisa escueta.

—Sí. Espero que no tardemos tanto en volvernos a ver, sabes dónde encontrarme.

—No es tan fácil, créeme.

—Lo es. Escucha tu corazón.

Virginia se alejó un tanto desconcertada.

—¡Le he besado! ¡Otra vez! —murmuró, dubitativa hasta el enfado.

—¡Virginia! ¿Qué haces por aquí? —le preguntó William, entrando en la librería, cruzándose con ella en la puerta, sacándola de sus pensamientos.

—¡William! ¿Cómo estás? —contestó Virginia, descolocada.

—¡Bien, bien! Me alegro de verte. Pero no te vayas, tómate un café conmigo. Cuéntame, estoy deseoso de saber de ti.

—Ahora no William, tengo prisa. Me ha surgido un tema urgente y tengo que preparar mi viaje.

—¿Vuelves a Washington?

—No. Voy a Madrid, tengo una cita que no puede esperar.

—Vas a verte con él otra vez —aseguró William, negando con la cabeza y cierta frustración.

—¿Quién es él? —espetó Virginia, violentada.

—Solo quería saber —se justificó el joven agente—. Me preocupo por ti, te echo de menos. ¿Y ese arqueólogo que te anda buscando? ¿Lo has visto? ¿Quién es?

—Sí, acabo de verle. Es un amigo.

—¿Nada más?

—Sí, claro... ¿Qué te pasa? —respondió Virginia.

William calló por un momento.

—He de marchar, perdona. Cuando regrese hablaremos —continuó ella.

—Sí, creo que deberíamos hablar —apuntó William. Y la tomó por la cara con sus grandes manos y besó su boca.

Virginia quedó perpleja, atónita y se dejó llevar por un momento. Después, se separó posando las manos en el pecho de William, se volvió y salió rápido de la librería.

—¿Qué me está pasando hoy? —susurró mientras cruzaba la calle.



Virginia se fue tan abstraída que no percibió una tímida sombra pelirroja que la había estado controlando desde una estantería, mientras revisaba varios libros de aventuras, y que ahora posaba sus ojos en Steven y en su libro de clásicos griegos.

William entró en la cafetería y se sentó en una silla de la barra. Observó los bollos calientes del mostrador, olfateó con satisfacción el aroma a canela que desprendían y, de pronto, cortó su sonrisa. Con ojos asombrados vio a Steven al fondo de la librería, sentado, leyendo. Volvió la cabeza hacia la puerta, pensando en Virginia, con un evidente gesto de contrariedad y rabia.

—¿Qué vas a tomar William? —le preguntó una amable camarera.

—Lo de siempre. Ponme un zumo de naranja y uno de esos bollos.

El agente se levantó y se acercó a Steven, con cara de circunstancia, deseando saber más sobre aquel personaje en el que parecía muy interesado Virginia.

—Hola, ¿has visto al final a Virginia? —le preguntó, posándose a su lado.

—Tú eres William, del FBI... Sí, la he visto, has sido muy amable al avisarle —le agradeció Steven, dándole la mano, sin saber que nada había tenido que ver en su cita.

—Sí, soy William —comentó el agente con cierta simpatía—. Acabo de cruzarme con ella, estaba preciosa.

—Sí, realmente es una gran mujer, divina diría yo —añadió Steven con un tono sentido—. Virginia acaba de irse, siéntate. Es una lástima que no llegaras un momento antes. Tenía mucha prisa... Eso ha dicho.

—¿Te importa si te acompaño un momento? He salido a despejarme un poco la cabeza.

—Yo aún tengo que tomar unas notas, pero siéntate. La verdad es que no consigo centrarme. ¿Tomas café?

El agente lo miró serio, ocultando su interés en Virginia. Enseguida comprobó que el joven arqueólogo sentía algo especial por ella.

—Veo que la conoces bien... ¿Desde cuándo? Si no es indiscreción. ¿Quieres un zumo? Yo tomaré mejor un zumo, ya he pedido. El café me pone de los nervios.

Steven alzó su rostro, rápidamente, mirando hacia la puerta de la salida.

—Esa joven... —comentó.

William se giró y vio salir del local a una mujer pelirroja, de espaldas, con una chaqueta larga, negra y ajustada, con altas botas negras.

—¿Quién es?

—No sé, me ha recordado a una joven que conocí hace un tiempo.

—¿La conoces?

—Sí, bueno... Virginia la buscaba, estuvo en España...

—No sé si eso es posible. Virginia acaba de salir y si buscara a esa mujer, la hubiera reconocido estando en el mismo local, créeme. Pero dime, ¿cómo conociste a Virginia? ¿En algún viaje? ¿Eres familiar suyo, un amigo? —apuntó William, más pendiente de comprobar la relación que existía entre ellos que de verificar nada sobre aquella mujer pelirroja.

—Hubiera asegurado que era ella. Veo que te importa mucho Virginia.

—Desde luego que me importa, somos amigos desde hace mucho tiempo. Me preocupo por ella, es como si fuera mi hermana —le aseguró.

—Para mí es algo más y yo sé que también lo soy para ella. Mira, quería entregárselo hoy. Al final no ha podido ser.



Nos hemos liado ha hablar del asesino ese que busca y no he adelantado nada —le dijo mostrándole una alianza de oro blanco con un pequeño zafiro azul.

—Le gustará, seguro que sí. Mejor se la entregas con una rosa, le encantan —le aconsejó William, asombrado, tragando su pesar—. Pero tienes un competidor, ¿sabes?

—No creas que no lo sé —contestó Steven—. No se lo pondré fácil.

—El Carnicero de la Cabaña es el asesino que buscaba. El caso está cerrado, ella mismo acabó con él —continuó William, cambiando de tema, intentando asimilar aquella realidad que lo alejaba de Virginia.

—Ella no piensa lo mismo.

Virginia regresó esa misma noche en taxi a las oficinas del parque, donde se sentía segura. Como cada vez que sus sentimientos afloraban, su centro de trabajo era el lugar ideal donde ahogarlos. En el nuevo apartamento que le había conseguido Donna, tras la visita de sus amigas de Parris Island, a menudo se encontraba muy sola. Un sentimiento hasta entonces desconocido para ella.

—¿Cómo te fue con el arqueólogo? —le preguntó Barbie, sin alzar la vista de su trabajo. Parecía una pregunta desinteresada.

—¿Quién te ha dicho que he estado con él?

—Scorpio ha llamado, parecía preocupado por ti y quería saber si habías regresado de tu cita.

—No era una cita —contestó ella, escuetamente—. ¿Sabes donde está ahora?

—Estará visitando la escena del crimen, en tu antiguo apartamento, con Bambi y Raichel. Los cadáveres son de dos profesionales de Atlanta. Uno de ellos llevaba una fotografía

tuya en el bolsillo. Alguien te ha hecho un favor. Una lástima lo de esa joven.

—Sí. La verdad es que me sabe muy mal.

—¿Y tu amigo? —insistió Barbie, acercándose a ella con una sonrisa felina.

—¿Mi amigo? —preguntó Virginia, un tanto incómoda.

—Sí, Steven.

—¿Ya recuerdas su nombre? —le recriminó Virginia con cierta ironía.

—¿Es tu amante? Scorpio cree que sí.

—No —dijo Virginia—. Bueno, aparte de cotillear, ¿habéis adelantado en algo?

—El vehículo de la pelirroja que vigila a Cinthya, ese coche no está registrado en ningún sitio. Pero no lleva una matrícula falsa, sino una matrícula oficial... caducada

—¿Caducada? ¿Es un vehículo dado de baja?.

—Sí. Pertenece a la Academia de Policía de los Ángeles. Allí nadie sabe nada del coche ni de ella. Se trata de un vehículo olvidado en el tiempo. Sorprendente, ¿verdad?

Virginia asintió y recorrió lentamente la estancia.

—Mañana te he concertado una cita con Cinthya —dijo Barbie.

—¿Una cita con esa periodista?

—Sí, en las oficinas del FBI. Si esa mujer pelirroja la vuelve a seguir, la podremos detener. Además, si Cinthya habla con algunos agentes igual reconoce a su informador, nuestra rata. Podrías enseñarle las instalaciones y presentarle algunos colegas.

Virginia anduvo varios pasos por la salita y se dirigió hacia la pequeña oficina de Scorpio.

—Barbie, tú que sabes meterte en todos lados, ¿serías capaz de conseguir toda la documentación posible del



Carnicero de la Cabaña con la máxima discreción? Quiero reabrir el caso, en silencio. Es solo una intuición, pero creo que ando en lo cierto.

—Es posible. ¿Estás segura? Bebé ha muerto —respondió Barbie, intrigada.

—Lo sé, yo le maté —contestó Virginia, de forma fría, posando la mano en una revista que estaba sobre la mesa del capitán y la hojeó: Penthouse.

—Podemos tener problemas, ya sabes que nuestra prioridad es Mirina —apuntó Barbie.

—¿Lo harás?

—Dalo por hecho. ¿Algo más?

—El agente especial Henry llevaba el caso. Concerté una cita con él. No apareció y no he podido localizarle. Creo que se jubiló, pero su informe seguirá en los archivos del FBI. Ocúpate también de recoger toda la información posible de Bebé, sería interesante saber cómo ese agente de la DEA llegó hasta él. Las jovencitas que rescatamos...

—Tengo a todas las niñas del condado y alrededores, que asisten a un centro educativo, en el ordenador. Raichel está en ello.

—Dile que apremie, algo me dice que no tenemos mucho tiempo. Y llama a Scorpio, que se prepare. Esta misma noche viajaremos a España —ordenó y salió de su despacho.

—¿Y la cita con Cinthya?

—Tendrá que ir una de vosotras, ya se os ocurrirá algo. Es buena idea, comunícaselo a Harris para que la deje husmear.

—Ya lo sabía, mis ideas siempre son buenas. Por eso tengo pocas. ¿A España? —preguntó Barbie.

—Creo que el Carnicero de la Cabaña ha actuado en Madrid. Sé quién nos puede ayudar.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Barbie ante la posibilidad de que el Carnicero de la Cabaña las hubiera engañado.

—Eso espero, aunque no tengo ninguna esperanza.

—El capitán Harris no tardará en enterarse si investigamos.  
¿Le digo algo?

—No, ni a él ni a nadie. No despiertes ninguna sospecha hasta que pueda certificar mis temores. Luego, lo pondremos en su conocimiento, ahora necesito pruebas —apuntó, volviéndose hacia Barbie—. Creo que el Carnicero de la Cabaña no solo está vivo, sino muy cerca de nosotras. Si él incriminó a Bebé para cubrirse, es probable que sea el mismo hombre que nuestro infiltrado en el FBI. No quiero que ese psicópata sepa que andamos tras él, ni que el capitán Harris me tome por loca.

\*\*\*

—¿Tenemos que marchar esta noche? Tenía una cita —apuntó Scorpio con cierto tono resentido, disconforme, camino hacia el aeropuerto de Los Ángeles.

—Scorpio, mi capitán... Nos vamos a Madrid, allí también puedes conseguir una buena cita. ¿No? —respondió Virginia, conduciendo el pequeño 4x4.

—No, no creo. Sabes que no. Anularé mi cita, mi novia me matará —aseguró con cara de resignación.

—¿No le gustó el anillo?

—Lo llevo en el bolsillo, pensaba dárselo esta noche.

Scorpio echó mano a su móvil, que no paraba de vibrar.

—¿Es ella? —preguntó Virginia.

—¿Sí, dígame? —respondió Scorpio, mientras negaba con la cabeza.

Durante más de diez minutos, Scorpio estuvo escuchando sin decir una palabra. Con la mirada perdida al frente. Su expresión no pasó desapercibida para Virginia.

—¿Ocurre algo que deba saber?



Scorpio asintió, su cara reflejaba la preocupación de una angustiada noticia. Y colgó.

—Era el capitán Harris. Han asesinado a tres hombres en el parque, no muy lejos de la cueva. No me gusta. Te fuiste andando. Les pegaron dos tiros a cada uno. En la frente y en los cojones. Fue un ajusticiamiento con ensañamiento. Cree que tú los mataste.

Virginia calló sin poder ocultar su sorpresa.

—La munición es de un Colt Government .45 —insistió Scorpio.

—Yo uso mi Bren Ten 10 mm, lo sabes —aseguró Virginia, confusa, tratando de ocultar su verdad—. Mi arma oficial la tengo en...

—¿En...? —preguntó Scorpio ante el repentino silencio de su compañera.

—Debe estar en mi antiguo apartamento. Como no la uso nunca, no reparé en ella. Pero estaba bien guardada.

—¿Tú crees?

Virginia le miró arrugando los labios.

—Quién acabó con esos profesionales en mi antiguo apartamento, podría haberse llevado mi arma reglamentaria —confesó. Y pensó que lo que tenía haber sido una mortal pelea entre matones, que en nada la incumbía; se había convertido en un ajusticiamiento con un arma oficial de los cuerpos especiales de policía.

—Es un triple asesinato que te apunta directamente como sospechosa.

—Me están incriminando —exclamó Virginia.

—¿Seguro? —insistió Scorpio—. El arma asesina la tenía un vagabundo, lo detuvieron cerca del lugar del triple crimen. Harris me ha asegurado que es tu Colt oficial, lo han confirmado en el registro.

Virginia se quedó atónita ante las palabras que oía.

—El mendigo asegura que vio a una joven, con un chaquetón negro y paraguas, salir de prisa del parque tras oírse los disparos —continuó Scorpio—. Te ha reconocido en una fotografía.

—¿Me estás acusando?

—Yo no te acuso de nada. Eran tres delincuentes peligrosos, buscados por la policía. Si has sido tú, seguro que tuviste tus razones.

—Scorpio, yo no llevo mi arma oficial nunca. Desde la muerte de mi abuela no he pisado mi antiguo apartamento, ni siquiera fui yo quien recogió mis cosas. Por eso se quedó el arma allí. Donna me buscó otro lugar más seguro y desconocido para evitar los sicarios de Montoro.

—¿Acabaste tú con ellos? Es tu automática —preguntó Scorpio, ignorando aquella justificación que en nada le convencía.

—Yo no les disparé —aseguró Virginia, sin contar toda la verdad.

—¿Quién les ha disparado entonces?

—No lo sé.

El móvil de Virginia vibró en el bolsillo, que sin entender muy bien lo que estaba pasando contestó retirándose para conectar el manos libres. Pero se cortó la llamada.

—Pues alguien te está incriminando directamente en un triple asesinato a sangre fría. Tendrás que andarte con cuidado. Si balística confirma que tu Colt es el arma homicida, irán a por ti a pesar de estar con Donna —comentó Scorpio, en tono suave, encendiéndose otro cigarrillo.

—¡Apaga el cigarro! —gritó Virginia—. Luego apesta el coche... ¿Crees que alguien me siguió y disparó contras esas personas para incriminarme?



—¿Hay otra posibilidad? Harris me ha pedido que te lleve a su despacho, está esperándonos —dijo Scorpio, guardando su cigarrillo.

—¿Me vas a detener? —preguntó Virginia, incrédula.

El teléfono de la agente volvió a sonar.

—¡Dime! —respondió airada, con el manos libres activo.

—Virginia... Steven, se trata de Steven —dijo Barbie de forma angustiada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Virginia, preocupada.

—William me ha llamado. Lo han encontrado en un callejón, está muy grave.

—No, no es posible. Si acabo de estar con él hace nada.

—Acaba de entrar en urgencias. William se encuentra en el hospital con Steven. No creen que sobreviva.

—¡Steven! —exclamó Virginia con un golpe de voz salido directamente de su corazón.

Un terrible nudo de angustia se formó en su garganta y un vacío enorme colmó su mente. Sintiendo derrumbada, cerró los ojos y frenó en plena carretera. Los vehículos que la seguían esquivaron el choque por unos metros y adelantaron el 4x4 haciendo sonar el claxon y parpadeando las luces.

Scorpio miró al frente, sin saber bien qué hacer. Lo había oído todo.

Virginia golpeó el volante y ladeó la cara hacia la nada.

—¿Estás bien? —preguntó el capitán.

—Conduce, estoy algo nerviosa —respondió la agente.

—¿Aplazamos el viaje a Madrid?

Virginia asintió, apretando los labios. Abrió la puerta y bajó del vehículo.

## Capítulo 15

### INCRIMINADA

El pequeño 4x4 de Virginia avanzaba rápido por la 101, dirección sur, hacia el edificio del FBI. Conducía Scorpio, con la vista clavada al frente y los labios prietos. De pronto, con una mueca disconforme, el rudo capitán puso el intermitente y se desvió de su ruta. Había tomado una decisión.

Virginia, absorta en la tragedia de Steven, apenas se percató. Su mente se perdía entre el paso rápido de las líneas blancas de la calzada y cada vehículo que se cruzaba. La tristeza de su rostro no podía enmascarar su belleza. Sus hermosos ojos azules mantenían una mirada ida, nublada por las lágrimas que se resistían a caer vencidas.

—Iremos al hospital a ver a tu amigo —dijo Scorpio—. Yo trabajo para ti, no para el FBI.

La joven agente no contestó, bajó sus párpados y pensó en las palabras del coronel Murdek: aquel que se te acerque puede ser letal o víctima con mucha facilidad. Lo sentía tanto. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo es posible?, se preguntaba.

—Harris tendrá que esperar —aseguró Scorpio.

En las oficinas del FBI, el capitán Harris miraba a través del ventanal de su oficina. Con las manos atrás deambulaba de un lado a otro. Se había cometido un triple asesinato a sangre fría, una ejecución en pleno MacArthur Park y todo apuntaba a que era obra de la agente especial Landis. Había desconfiado de ella desde el momento en que la vio matar, en la primera misión que llevó a cabo tras su salida de Quántico, cuando detuvo a Santos Montoro. Aquel día, aunque posiblemente salvara la vida de sus compañeros y la de él mismo, la joven agente le delató su instinto asesino.



Sonó el teléfono, lo descolgó y puso el auricular en su oído sin argumentar palabra. Sabía quién le llamaba.

—No iremos, tenemos una misión que cumplir —aseguró Scorpio.

—Sabía que este día llegaría aunque esperé, en vano, equivocarme.

—Virginia no usa su arma oficial, sino la Bren Ten 10 mm de su madre y usted lo sabe.

—Sé lo mucho que ha trabajado para integrarse en ese equipo, pero no puedo permitir sus acciones criminales.

—Necesita tiempo y usted se lo dará, se lo debe —sentenció Scorpio.

No hubo respuesta, solo un silencio cómplice.

Scorpio cerró el teléfono móvil, lo guardó en su bolsillo y redujo la marcha girando a la izquierda en la salida de Santa Mónica Fwy, hacia el California Hospital Medical Center. Virginia se lo agradeció con una pequeña mueca que no disimulaba su pesar. Luego, le observó atenta por unos momentos y fijó los ojos hacia delante. Nadie se preocupaba por ella como lo hacía él.

En su despacho, Harris se sentó con una expresión de preocupación. Tomó en su mano el dossier de la agente y se quedó revisándolo de nuevo, minuciosamente. Después observó aquel informe de Homicidios que tenía sobre su mesa: tres muertos, ajusticiados; un arma, que pertenecía a la agente Landis; y un testigo, un viejo mendigo que la había reconocido en una fotografía.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Virginia se sentó junto a Steven, con el corazón en un puño, consciente de la triste realidad. El joven arqueólogo que le había robado sus besos de amor se encontraba muy grave.

Tumbado en la cama de aquella habitación blanca, luchaba por su vida en silencio; dos puñaladas habían intentado ahogarla en sangre. En la sala de espera, Scorpio aguardaba noticias con un cigarrillo sin prender en la boca y el mechero en la mano. Pensó que aquella persona era muy importante para ella, quería apoyarla y allí estaba.

Virginia, angustiada, tomó la mano de Steven y acarició su mejilla, pálida, y sonrió pensando en sus bromas, su sonrisa y en las últimas palabras que le dirigió: Escucha tu corazón. Sus ojos nublados eran el fiel reflejo de su alma herida.

William entró en la habitación, sacándola de sus recuerdos.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, gracias —contestó Virginia.

—¿Estás bien?

—¿Cómo fue?

—Parece que le han robado cerca de la librería del Boulevard. Estuve hablando con él unos momentos antes de que ocurriera.

—¿Hablaste con él?

—Cuando te marchaste, me acerqué a saludarlo. Se quedó leyendo.

—¿No sabes nada más?

—La policía dice que lo asaltaron: no llevaba la cartera, ni el reloj ni el teléfono. Debieron entrarle a los veinte minutos de dejarle, quizás le dieron por muerto.

—¿Quién lo encontró?

—Consiguió llegar arrastrándose hasta la librería. Me avisó la dependienta, somos amigos. Nadie le conocía y como ella me vio tomando un zumo con él, me llamó preocupada cuando le vio herido —aseguró William y bajó la vista, después puso tiernamente el revés de su mano en la mejilla de Virginia, limpiando con el dedo índice una lágrima furtiva que se deslizaba por su rostro.



—No sé que decir, lo siento —apuntó.

Por unos momentos ambos quedaron en silencio. Virginia sabía lo que William sentía por ella. Desde Quántico habían sido inseparables amigos que apuntaban a un futuro común. A ella le gustaba, le quería. Pero en el último año, los vertiginosos acontecimientos que estaban ocurriendo a su alrededor, le habían alejado de su corazón, siempre esquivo y latente.

—Acabo de hablar con Harris. No moverá un dedo hasta el resultado final de la autopsia de los tres cadáveres del parque. Tenemos una sorpresa: parece ser que los mataron dos veces —dijo William.

—¿Dos veces? —preguntó Virginia.

—Sin duda fueron ajusticiados... Aunque es posible que ya estuvieran muertos. Según el informe preliminar, los cuerpos presentan otras heridas mortales. Una puñalada, un disparo de otra arma y una de las víctimas tiene el cuello partido. Podría ser un ajuste de bandas con un mensaje claro. Lo que nadie entiende es qué pinta tu arma oficial en la escena del crimen. Todos sabemos que no la usas, pero sospecho que dará positivo en balística.

—¿Qué opina Harris? —preguntó Virginia.

—Un viejo mendigo te ha identificado y el arma es la tuya. El capitán no tiene ninguna duda de que fuiste tú, de una forma u otra, quien acabó con ellos.

—Deben haberla robado de mi antiguo apartamento.

—Quizás los sicarios de Montoro o esa mujer, a la que persigues, tratan de incriminarte. Al final, ¿vas a ir a Madrid o piensas quedarte con Steven?

Virginia permaneció en silencio, meditando una respuesta.

—Sí, iré. Me voy ya mismo. Volveré pronto. Solo estaré fuera unos días —afirmó.

—¿Te marchas? ¿Le dejarás aquí solo? —preguntó William, ciertamente sorprendido.

—Aquí no puedo hacer nada por él —se justificó ella.

—Entonces, ¿no irás a la oficina? Harris te está esperando.

—Cuando regrese, le veré.

—Lo atraparemos, será un delincuente común.

—No fue un carterista, es culpa mía —dijo Virginia.

—No creo que sea culpa tuya. Además, no sé si tendrá que ver o no... Steven me aseguró haber visto a una mujer en la cafetería que conocía...

—¿Pelirroja?

—Sí. Podría ser la mujer que nos atacó en Nevada. No le dí más importancia, creí que se equivocaba. Lo siento.

—Mirina mató a esos caza recompensas en mi antiguo apartamento, robó mi arma, preparó el escenario del crimen y me siguió... Y descubrió a Steven. Pero, ¿porqué querría hacerle daño a él?

—Si es quien que te ha incriminado, quizás busque distraerte y dañarte profesional y emocionalmente. Si es así, lo está consiguiendo.

Virginia se acercó a Steven, tomó sus manos inertes y le miró a la cara. Con un leve suspiro, besó su frente y se volvió.

—Gracias por tu apoyo, esto es muy duro para mí —dijo.

—Lo siento. Lo sé. Me comentó lo que sentía por ti...

Virginia no supo qué decir y se acercó a William con un murmullo.

—No, está bien. Lo comprendo. Yo solo quiero que seas feliz —aseguró él, acercándose a ella, y la abrazó—. Vamos, si tienes que irte, deberás darte prisa o perderás ese vuelo.

Ambos abandonaron la habitación, juntos.

—¿Cómo está? —preguntó Scorpio al verla salir.

—Mal —contestó ella.



Apenas habían salido del edificio, Virginia observó una ambulancia avanzar rápido hacia ellos, cambiándose de carril de forma repentina, sospechosa.

—Urgencias es más abajo, ¿verdad? —preguntó echándose mano a su arma.

Scorpio y William se fijaron y vieron cómo bajaban las ventanilla de la ambulancia. Acto seguido, asomaron el cañón dos pistolas y una Uzi. Scorpio se lanzó al suelo desenfundado su arma. William cubrió a dos enfermeras que se cruzaban ante ellos.

Virginia empuñó su Bren Ten 10 mm a la par que sonaban los disparos. Esquivando las balas rodó por el suelo y se cruzó frente a la ambulancia que se le echaba encima veloz. Se levantó, firme como una estatua y disparó por dos veces, tintando de rojo los cristales del vehículo. En el último suspiro, saltó a un lado para evitar la embestida.

El vehículo quedó empotrado en un pilar de la entrada, con el claxon sonando. De un golpe se abrió la puerta de atrás. Al momento, el hombre armado con la Uzi salió huyendo, cojeando por la mediana. Virginia se colocó en el centro de la calle. Le vio correr hacia una anciana y su pequeña nieta que, sorprendidas por los disparos, se habían quedado paralizadas por el miedo en la acera. Apuntó y disparó. La bala partió el cuello del fugitivo. El cual cayó desgarbado al suelo, dejándose arrastrar por la velocidad que llevaba hasta los pies de la anciana.

Scorpio saltó sobre la ambulancia, sacando del pecho, a través de la ventanilla, a un individuo trajeado, herido en el hombro, y le golpeó duro con el puño, por tres veces, dejándolo sin sentido. El conductor estaba muerto por un impacto de bala en el cráneo. William corrió junto a Virginia, apuntando con su arma hacia todos lados.

—Caza recompensas —aseguró ella.

—Tenemos que hacer algo al respecto. Ese hombre, Montoro, no parará hasta que te maten. Le pediré a Harris que te proporcione protección.

—William, ¿qué dices? Soy una agente especial, ¿me imaginas en una misión con dos guardaespaldas?

—Piensas matarlos a todos.

—Pienso defenderme.

—No lo entiendo. ¿Cómo pueden localizarte tan rápido?

—William, tenéis que encontrar al infiltrado que se ha colado en el FBI. Les indica mi ubicación, no hay otra respuesta. Sin información, no les sería fácil llegar hasta mí.

—Harris lleva el caso personalmente. Ha traído dos agentes desde Washington para destapar a esa rata de la forma más discreta posible. Pero es difícil, el edificio es grande y el personal... Además, está despertando el recelo y la desconfianza de todos los agentes. El ambiente no es el más idóneo, al final nadie confiará en nadie —aseguró William.

—Encontradle pronto o conseguirá que me maten —le insistió Virginia.

Luego, desconfiada, con una mirada escudriñó la zona. En la acera de enfrente, apoyado en una esquina, bajo la luz de una farola, vio un hombre alto y delgado. Vestía un sombrero pasado de moda, que le ocultaba el rostro con la sombra del ala, y una larga chaqueta color marrón que le cubría por debajo de las rodillas. Aquel desconocido encendió un cigarrillo, tiró la cerilla al suelo y lanzó dos exhalaciones dejando en el aire varios círculos de humo.

—¿Has visto ese hombre? —preguntó Virginia.

Scorpio se volvió hacia ambos lados. Solo vio cómo se acercaban hasta ellos numerosos policías armados, algunas personas y los enfermeros, mientras aquella abuela y su nieta se adentraban con prisas en el hospital.



—¡Alto, policía! ¡Arriba las manos!

—¡Agentes federales! —exclamó William, mostrando su identificación.

—¿Qué hombre? —respondió finalmente Scorpio.

—Ya no está —llegó a decir Virginia.

—Vamos, no tenemos tiempo. El avión no esperará —aseguró Scorpio, lanzando a su detenido hacia los dos policías.

—William, ocúpate de esto. Hazme el favor —le rogó Virginia, mientras aceleraba su paso hacia el garaje.

Scorpio y Virginia se dirigieron en busca de su vehículo. Sin apenas tiempo para nada, ella arrancó el pequeño 4x4 y aceleró con dirección al aeropuerto.

—Quizás sea mejor que viaje sola.

—¿Ya no quieres que te acompañe?

—Como están las cosas, no sé si te beneficiará mucho acompañarme. En apenas una hora y media sale el avión. Si me doy prisa todavía podré subir en él. Tengo que ir.

—¿Estás segura?

—Debo saber si persigo un fantasma o si el Carnicero de la Cabaña está vivo.

—¿Crees que ha sido él? —preguntó Scorpio.

—No sé que pensar.

—Espero que tengas razón, me preocupa que estés obsesionada. Creo que no es necesario que te recuerde que tú misma acabaste con Bebé.

—Cada vez que pienso en ese asesino, es como si una presencia terrible se acercara más y más a mí. Necesito saber si estoy en lo cierto.

—Y en España está la respuesta —apuntó Scorpio.

—Eso espero.

—No deberíamos dejar solo a Steven en ningún momento.

—Tienes razón, no fue un vulgar robo. Y es posible que quién trató de acabar con él, regrese para impedir que pueda reconocerlo... si sobrevive. ¿Te encargarás de ello?

Scorpio tomó su móvil, marcó y esperó respuesta mientras meneaba su cigarrillo entre los dedos. Virginia le miró con cierta curiosidad, con cierta satisfacción.

—Barbie... Virginia y yo salimos de viaje como teníamos programado. Quiero bajo nuestra vigilancia a Steven. No le dejéis ni un puto segundo sin protección. Los únicos que pueden entrar en esa habitación son su equipo médico. Si le pasa algo os arrancaré las tripas personalmente cuando regrese —aseguró Scorpio. Luego, colgó.

Virginia miró como encendía el cigarrillo.

—Este viejo 4x4 ya huele a muerto —aseguró Scorpio, justificando el olor del humo que exhalaba—. Te acompañaré a España, así será una investigación oficial respaldada por Donna Ludwig. A mi lado, ahora que tengo pasaporte y soy un agente legal de la Agencia UMA, nadie podrá acusarte de que has huido del país para evitar ser detenida. Además, ya he anulado mi cita.

—Gracias —respondió Virginia. Acto seguido tomó el cigarrillo de la boca del capitán y lo apagó en el cenicero. Después lo tiró por la ventanilla.

Scorpioladeó la cara hacia ella, serio, levantó una ceja y sonrió levemente.

\*\*\*

Unos pasos de zapatos oscuros y elegantes avanzaban firmes por el pasillo del hospital. En un recodo, se cruzaron con las zapatillas blancas de una joven enfermera, rubia, de anchos labios, frente al almacén de botiquines. Ambas personas se siguieron con la mirada por un escaso momento. Nada se dijeron. Ella se alejó mientras aquel hombre entraba



en el interior. Pero, sutilmente, regresó, entreabrió un poco la puerta y le observó registrar varios armarios, buscando hasta hallar un bote que guardó en el bolsillo de la bata. Con un gesto perspicaz, la enfermera continuó su camino antes de que pudiera ser descubierta.

Poco después un puño se asía a la manilla de la habitación de Steven. En la otra mano, oculta con un periódico, la mortal aguja de una jeringuilla esperaba su momento. Al abrir, silenciosamente, y asomarse un poco, paró en su intención. Junto al joven arqueólogo estaba Bambi, con un subfusil MP5 colgando del brazo y la mirada puesta en Steven. La puerta se cerró de nuevo.

Bambi volvió la mirada de forma instantánea, alertada por el suave movimiento. No vio nada.

Aquel hombre se alejó de la habitación, contrariado.

—Buenas noches, agente —le dijo a uno de los policías que hacían guardia en el pasillo.

—Buenas noches...

Al salir del hospital, tiró la jeringuilla a una papelera, guardó el bote farmacéutico en su bolsillo y se alejó. Segundos después, la enfermera rubia metía la mano en la papelera.

Bambi se relajó y se acomodó en un sillón frente a Steven. Puso el arma sobre la mesilla y sacó de un pequeño bolso un termo. Lo abrió y se sirvió un chocolate con leche caliente. Preparó unas galletas doradas y miró a Steven con una mueca preocupada.

—Así que tú eres el novio de la jefa —murmuró con curiosidad y levantó la sábana un poco, lo suficiente para escudriñar su cuerpo—. Eres guapo. Hum... No es tonta, no.

Después sacó el viejo libro de tapas añejas, escrito en castellano antiguo y dio un pequeño sorbo.

—¡La Loba! —exclamó con cierta emoción.

## Capítulo 16

### HOTEL MEDIODÍA

Bambi cerró el libro que la había mantenido absorta toda la noche en el California Hospital Medical Center; junto a Steven, sentada al lado de su cama. Se encontraba satisfecha, contenta, dando sentido a sus inquietudes. Deseando leer más. Pero no había más. Aquel libro la había hecho ver tantas cosas que desconocía, de un pasado incierto, y que se reflejaban en su vida cada día. Observó al joven arqueólogo y se sintió apenada, todo seguía igual. Revisó el gotero y volvió a sentarse.

—Virginia debe quererte mucho para dejarnos aquí de guardia —aseguró Bambi, dirigiéndose a Steven—. ¿Crees que ella tuvo más suerte? No creo, en sus ojos se ve que nunca fue niña. ¿Sabes? Yo tampoco tuve regalos de Papá Noel. Un matrimonio de acogida me adoptó del asqueroso orfanato donde crecí. Je, pronto se deshicieron de mí. No era la hija que buscaban, demasiado rebelde. Golfa me llamaban. Un juez cabrón me mandó a un internado de esos donde están todo el día dándote de hostias y tocándote el culo.

Una extraña nostalgia la invadió. Las imágenes de aquel centro y la sangrienta refriega tras la cual fue detenida llenaron su mente.

—¿Quiénes serían aquellos tipos? —se preguntó—. Los acuchillé, malditos cabrones. Pensaron que sus putas marranadas les iban a salir gratis. Al final tuve que llevarme algún que otro cerdo por delante y huir de allí. Aprendí a sobrevivir en la calles.

Bambi calló de pronto, se acercó y le acarició el mentón.

No sé mucho de amor —confesó con un puchero—. Mi primer polvo me costó los cincuenta y cinco dólares que me robó ese cretino en cuanto me dormí. ¡Maldito bastardo!



Luego, con una sonrisa cínica recordó cómo, ante su sorpresa, se presentó Donna Ludwig en la celda del Centro Penitenciario de Menores.

—Era un cría. Me juzgaron como adulta y fui condenada de por vida. Tampoco es que yo colaborara mucho. La verdad es que querían freírme. Por lo visto uno de los cerdos tenía una familia influyente. Pero, pasado un año, llegó Donna y me ofreció un trabajo especial: ¡Matar a un hombre! —exclamó—. No veas la cara de sorpresa que se me quedó. Acepté de inmediato. Fue divertido. Me hice pasar por una colegiala que deseaba ser desvirgada por un tipo poderoso. Así le vendieron el cebo y el muy jodido lo mordió. Cumplida mi primera misión, sin pasado ni identidad, ingresé en la Agencia UMA. Tras dos años de adiestramiento, ya llevo tres trabajando para Donna, como ejecutora, hasta que el destino me ha traído junto a tu novia. ¡Pero ella es una héroe asesina y yo una asesina a solas! Ya ves qué cosas. ¿Me escuchas? Por cierto, creo que a tu novia le gusta nuestro capitán. Pero no te preocupes, yo estoy aquí para cuidarte.

Bambi miró a Steven, seguía inmóvil postrado en aquella cama. De pronto se volvió rápidamente al notar una presencia.

—Vaya, veo que estás confesándote. Deberías buscarte una persona que te escuche de verdad, o un psicólogo, quizás te ayudaría —dijo Raichel, cerrando la puerta de la habitación.

\*\*\*

—Posiblemente fallezca antes de que regrese —susurró Virginia, observando el extenso mar de nubes por la ventanilla del Boeing 767 que la llevaba a Madrid.

Scorpio tomó su mano y la apretó con suavidad. Su presencia la animaba, se sentía apoyada, respaldada y en aquellos momentos era lo que necesitaba.

—Lo siento. Pero no puedes hacer nada por él quedándote en Los Ángeles y creo que debes tener un poco más de esperanza, pues aún está vivo —comentó Scorpio.

—No debí quedar con él. Sabía que podría ser peligroso. Murdek me lo advirtió: nadie a mi lado está seguro.

—Veo que ese hombre significa mucho para ti, aunque no hables demasiado de tus cosas. Steven parece un joven fuerte y, además, veo que tiene un gran motivo por el que vivir. Aguantará esta dura prueba, todo saldrá bien —se aventuró Scorpio.

La agente asintió, hundiendo su triste mirada en el corazón de Scorpio.

—Quizás no debería decirte nada en estos momentos. Pero te distraerá y adelantaremos trabajo —continuó el capitán—. Steven ha sido asaltado media hora después de tu cita con él. Barbie me ha comentado que tenía algo importante que decirte, supongo que tiene que ver con este inesperado viaje y con que le ordenaras que hurgara en el caso de Bebé.

—Me habló del Carnicero de la Cabaña —comentó Virginia—. Parece que en Madrid podría existir un imitador. Yo creo que es la misma persona.

—Veo que lo tienes claro. Piensas que se equivocaron de hombre y empaquetemos al que no era.

El rostro de Virginia se contrajo mientras asentía.

—Nos la jugó. Es posible que fuera tras Steven, quizás supo que había descubierto sus andanzas en España.

—Si encontró a Steven, es por que vigila tus movimientos. Y eso no es cosa fácil.

—Cualquiera que pretenda matarme, me encuentra.

—Como los tres tipos del parque —señaló Scorpio, con toda la intención.



—Yo maté a los tres —confesó Virginia, de pronto—. Usé mis manos. Querían la recompensa de Montoro. Sabían donde encontrarme, me estaban esperando.

—A estas alturas es mejor que no lo reconozcas —le aconsejó Scorpio, sin sorprenderse.

—Lo sé, solo quería que fueras consciente de ello.

—Aunque logremos probar que fue en defensa propia, no haríamos más que volver a empezar. Harris te crucificaría, aunque siempre te quedaría Donna —apuntó Scorpio.

—Esa noche escuché algo en el parque. Ahora sé que alguien me seguía, debí asegurarme mejor. Quise creer que era un ruido provocado por la tormenta.

—¿Alguien sabía que ibas a verte con Steven?

—No. Bueno, Barbie y tú.

—No creo que Barbie informara a esos matones donde encontrarte. Y yo no fui, me acordaría. ¿Quién fue pues? —preguntó Scorpio, arrancándole un sonrisa.

—La rata. La cueva no es un lugar seguro. En ningún sitio estaré a salvo de esos buitres hasta que demos con el infiltrado —aseguró Virginia.

—Tendremos que acabar con Montoro.

—Donna no me dejó, se lo planteé nada más regresar de Parris Island. Dijo que le necesitaba vivo, lo está exprimiendo.

—¿Y qué opinas de Mirina? ¿Pudo haber sido ella?

—No sé. William dice que es posible que estuviera allí y Steven la conoce, me habló una vez de ella cuando yo no sabía ni quién era esa mujer. Quizás pretenda evitar que la identifique. Aunque creo que dos cuchilladas y robarle no es típico de una profesional como ella.

—Al Carnicero de la Cabaña le van los cuchillos, ese cabrón nunca ha usado un arma de fuego con sus víctimas.

—No le encuentro sentido...

—¿Estás segura de que Bebé no era el Carnicero de la Cabaña?

—Sí, creo que fue usado como cebo por ese asesino para desviar la investigación del FBI.

—Le pegaste un tiro. Ese mafiosillo pederasta quizás se lo merecía, pero...

—Necesito descansar —le interrumpió Virginia—. Me duele la cabeza.

—Lo atraparemos. Anímate, me destroza verte así.

—Sí, lo cazaremos y le mataré. Esta vez no fallaré —cerró la conversación Virginia.

El rudo capitán le acarició su mano y la apretó suavemente, consolándola, animándola. Después se tumbó en el asiento, desplazando el respaldo hacia atrás. La joven agente asomó su mirada perdida por la ventanilla del avión, sobre la inmensidad nublada, mientras el sol rayaba el horizonte. Observó a Scorpio, sintió un enorme deseo de abrazarle y pensó que era un gran compañero, un gran hombre, que esa novia suya tenía suerte. Luego, le imitó inclinando el respaldo. En unos minutos quedó dormida.

De pronto, se vio suspendida en el aire, cayendo al vacío, sin nada ni nadie a su alrededor. Atravesaba las nubes en su veloz caída, el viento le rasgaba la cara y su larga melena ondeaba con fuerza. Al fondo, a lo lejos, la tierra se cuarteó y vio surgir entre la roca y el barro, emitiendo lastimosos gemidos, a una joven mujer demacrada, apenas vestida con un largo chitón blanco hecho jirones ensangrentados. Aquella desconocida alzó la vista y la clavó en su mirada atónita, mientras ella seguía en caída libre agitando los brazos sin tener donde sujetarse. La pálida faz de la mujer le resultaba tan familiar como inquietante; sus ojos eran negros como



tizones, con un brillo aterrador, y su cara se hallaba bañada en abundante sangre. De pronto, aquella terrible visión lanzó un alarido desgarrador y ascendió rápido hacia ella.

Unos gritos de pánico, seguidos de un fuerte abrazo de Scorpio, la hizo despertar. El avión acababa de sufrir un pronunciado bache de más de sesenta metros. A pesar de volar por encima de los 9.000 metros del nivel del mar, la nave quedó envuelta por unos momentos en una densa nube, blanca, resplandeciente. Un trueno brutal, con una nueva caída, disparó las máscaras de oxígeno y el terror en los viajeros. El destello del cegador relámpago que le siguió, alumbró por completo el Boeing 767 en el que viaja.

—Estimados pasajeros, les habla el comandante, es preciso que se ajusten los cinturones y permanezcan en sus asientos. Estamos pasando unas turbulencias producidas por cambios de presión atmosférica, que no significan ninguna amenaza para el vuelo. En breves momentos, nuestras azafatas les servirán un refresco —dijo el piloto de la nave dejando atrás aquella nube y observando, sin comprender qué había ocurrido, cómo los indicadores mostraban un cielo limpio, despejado y sin turbulencia alguna ni cambios de presión.

Las azafatas salieron a los pasillos y tranquilizaron a los pasajeros. Unas de ellas atendieron rápidamente a los que habían sufrido un ataque de ansiedad. Otras ofrecían amablemente refrescos, hablando y calmando a un pasaje bastante atemorizado.

—¿Quiere un poco de agua? Solo ha sido un cambio de presión atmosférica, no se preocupe, enseguida volvemos a la normalidad —le dijo una azafata a Virginia.

—No, no. Gracias —contestó, mirando extrañada hacía todos lados, buscando a la terrorífica mujer que había visto en su sueño.

Alcanzada de nuevo la altura de crucero y calmada la tripulación, Virginia se levantó del asiento, incómoda ante aquella pesadilla, y decidió pasear por el estrecho pasillo del avión. En el último asiento, en la cola, vio sentada aquella mujer de largo cabello blanco, corona floreada y hermosas sedas como vestido, descalza.

—¿Artemisa? ¿Me estás siguiendo? ¿Estás aquí, conmigo o solo en mi cabeza —le preguntó, sentándose a su lado.

—No, yo siempre ando cerca de ti. Me gusta volar en estas naves; es increíble, ¿verdad?

—El Carnicero de la Cabaña está vivo, nos engañó. Y esa mujer, Mirina, juega conmigo. No tengo nada.

—Nada es lo que parece a primera vista, mas todo lo que es aparece con el tiempo. Encontrarás el camino en tu verdad. Aunque en la oscuridad se halle, su naturaleza violenta no se puede ocultar por siempre a tus ojos.

—Esos sacrificios tienen su razón de ser, me aterroriza pensarlo. El Carnicero sabe lo que se hace: tiene que ver con las hijas de la luna, ¿verdad? Tú podrías ayudarme.

—No te puedo decir lo que no sientes, lo que desconoces, lo que no has vivido. ¿O tal vez sí lo has vivido? Notas ya su presencia, ¿verdad? La has visto...

—¡Virginia! ¿Estás bien? —interrumpió Scorpio, mirando cómo ella gesticulaba, sacándola de un extraño sopor.

Virginia le miró confusa y giró la vista sobre aquella mujer: no había nadie.

—Sí, sí... Estoy bien. Me había dormido —respondió.

—Tardabas en regresar. ¿Qué haces en este asiento? ¿Te encuentras mal? ¿Quieres estar sola?

—No, no. Voy contigo, no sé qué me ha pasado. Debe de ser el cansancio y los nervios —asintió avanzando por el pasillo y, dados tres pasos, giró la vista de nuevo sobre aquel asiento vacío.



\*\*\*

En la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Madrid, Virginia y Scorpio esperaban ser atendidos. El trabajo diario parecía colapsar las oficinas. El trasiego era constante.

—¿Virginia Landis? —preguntó un agente, asomándose a la sala de espera.

—Sí, aquí.

—El Inspector Jefe les recibirá ahora.

En un pequeño despacho, de paredes grises con una fotografía de SSMM los Reyes de España don Juan Carlos I y doña Sofía, con la mesa ocupada por decenas de papeles sin orden aparente y una bandera española a su lado derecho; Álvaro Escobar, el Inspector Jefe de la Policía Judicial les recibió estrechando su mano con una cordial bienvenida. Era un policía de la vieja escuela, un viejo sabueso entrado en abundantes canas, tan duro como eficaz en su trabajo. Mostraba una apariencia amable, de hombre atento y algo anticuado en su modo de vestir.

—Siéntense por favor, ¿desean tomar algo? Debería haberme informado de su llegada, agente Landis. Veo que se encuentra muy bien, he pensado mucho en usted. No tendrían que haber esperado.

—Agente Jhon Spencer, de la Agencia UMA en colaboración con el FBI —se presentó el capitán Scorpio, con su nueva identidad legal.

—No se preocupe, gracias. Ha sido pensado y hecho. Necesitamos su ayuda —contestó Virginia.

—¿El FBI necesita la ayuda de la policía española? Esto sí que es bueno —dijo Álvaro con cierta gracia—. Si es por el caso de su abuela María, puedo decirle que hemos avanzado mucho. No quería avisarle hasta que tuviéramos algo más palpable. Ya que está aquí, le diré que sabemos quién acabó con ella.

Virginia abrió los ojos, sorprendida. No se lo esperaba.

—Desde que mi abuela fue asesinada, hace ya más de un año, nadie me ha comentado nada sobre el curso de la investigación. Es usted un hombre muy ocupado, difícil de localizar si no es visitándole en su despacho —apuntó ella.

—Lo siento, procuraba evitar que una agente federal y familia de la víctima se involucrara en la investigación. Lo entiende, ¿verdad? —se justificó Álvaro.

—No hemos venido por el caso de mi abuela, confío en la eficacia de la policía española. Estamos aquí por los asesinatos de esas muchachas... sin corazón.

El Inspector Jefe, perplejo, se echó hacia atrás. Posó ambas manos tras la nuca y se acomodó en su sillón con los ojos entrecerrados, esperando oír más.

—Creemos que “su” asesino es un viejo conocido nuestro —asintió Scorpio.

—Llevamos el caso con la máxima discreción. En España no suelen aparecer asesinos de este tipo. Siempre sostuve que tenía que ser un americano, con perdón —dijo Álvaro, ladeándose hacia delante, con una mueca de notable interés—. Sería de gran ayuda cualquier dato que pudiera hacer que detuviéramos a ese cabrón.

—Si es posible, necesitaríamos acceso a los informes del caso —le solicitó Virginia.

—Nos gustaría comprobar si se trata de la misma persona —justificó Scorpio.

—Esos informes están bajo secreto de sumario —replicó Álvaro con una mueca contradictoria.

—Es un americano, sí. Está usted en lo cierto. Un auténtico asesino psicópata. Pero, al contrario que otros asesinos en serie, no busca protagonismo, ni colmar su ego, ni publicidad alguna, ni demostrar su inteligencia, ni saciar una necesidad



incomprendida... Y se cuida muy bien de dejar rastro alguno. No encontrarán nada. Ni siquiera reside en España. Créame, no tiene la menor opción de atraparle sin nuestra colaboración —aseguró Virginia apoyando ambas manos sobre la mesa y acercando su rostro con cierta expresión de pesar.

—Si no colabora, cualquier día tendrán un nuevo cadáver sobre la mesa; el de otra joven, una niña sin corazón —apuntó Scorpio.

—No puede permitir que eso ocurra de nuevo —insistió Virginia.

—¿Qué saben de él? —preguntó Álvaro.

—Creíamos que lo habíamos cazado —aseguró Scorpio.

—Fue un engaño —respondió Virginia—. El caso está cerrado, aunque es seguro que sigue con sus asesinatos. Por lo visto ahora es más cauto en nuestro país, el FBI no ha hallado rastro alguno que delate su actividad. También es posible que continúe con su macabra obra en este país, donde quizá se encuentre más relajado. Sus crímenes son un ritual, un sacrificio donde arranca el corazón a sus víctimas. En Estados Unidos ha matado casi una veintena de jóvenes, todas unas crías.

—Solo una persona mayor, una monja —apuntó Scorpio.

—¿Una monja? —preguntó Álvaro—. Entonces, realmente, ¿no tienen nada?

—Ya le he comentado que sigo una intuición personal. Mi instinto me dice que sigue vivo, matando —respondió Virginia.

—¿Su instinto? Me gusta. Hacía mucho tiempo que no oía eso. Un buen agente ha de tener instinto... Sí. Pero también algo sólido en qué basarse —comentó Álvaro.

—Al Carnicero de la Cabaña le gusta el anonimato y es un monstruo inteligente. Cuando descubrimos sus crímenes

y se vio perseguido, incriminó a otra persona y desapareció por completo —expuso Virginia.

—Nos hizo creer hábilmente que se trataba de un caso de tráfico de órganos. Se aprovechó de un mafioso pederasta de Las Vegas que tenía negocios en México y disponía de apartamento en Los Ángeles —la apoyó Scorpio.

—¿Y esa mafioso? ¿No lo negó? —preguntó el Inspector.

—Murió... Yo le maté —asumió Virginia.

—En su apartamento de Los Ángeles, el FBI encontró numerosas pruebas que le incriminaban directamente: fotos, joyas y algunos artículos personales de las víctimas que guardaba como trofeos. También hallaron un cuchillo carnicero, grande. Lo había limpiado a conciencia, pero el cierre de la empuñadora guardaba restos de sangre de varias de las víctimas. El arma asesina sin duda —expuso Scorpio.

—Fue un escenario preparado por el verdadero asesino —afirmó Virginia.

—O eso es lo que creen, podrían estar equivocados —apuntó Álvaro—. En verdad no disponen de nada que les indique lo contrario, ¿verdad?

—Créame, está vivo y sigue asesinando niñas. Por eso necesito su colaboración, tengo que corroborar que se trata del mismo hombre. Si estoy en lo cierto y confirmamos que el Carnicero de la Cabaña ha estado en España, podré reabrir el caso en mi país —insistió Virginia.

—Comprendo. Pero, ¿cómo han llegado hasta aquí? Los detalles de la investigación no han trascendido. Lo llevamos con mucha cautela, para no poner al asesino sobre aviso.

—Un buen amigo que conocía el caso, visitó España y nos ha avisado —contestó Scorpio.

—Recuerdo que al Carnicero de la Cabaña lo mataron en una operación especial en el desierto de Nevada, cerca de



Las Vegas. Ese caso llamó mi atención de inmediato, pensé en un imitador. Nunca lo hubiera relacionado con un muerto. Sí, es inteligente nuestro hombre. En serio, ¿cómo llegó hasta ustedes lo de nuestras chicas?

—Es un amigo mío, arqueólogo. Ahora está en coma, han tratado de asesinarle. Estuvo en España no hace mucho y un compañero de excavaciones, un agente de policía, le comentó algunos datos que llamaron nuestra atención —afirmó Virginia con el rostro serio.

—Es un amigo íntimo —justificó Scorpio.

—Ya veo —susurró Álvaro, tomando consciencia de lo ocurrido—. En este país resulta difícil mantener un caso en secreto. Quizá debería, pero si están en lo cierto, no expedientaré a ese policía. Son tres víctimas las que mantienen el mismo patrón: dos en febrero del pasado 2012 y una a principios de marzo de este mismo año.

—Espero equivocarme, pero es posible que existan más víctimas en Madrid..., ocultas en algún lugar remoto —apuntó Virginia.

—Salgamos, quiero que hablen con el forense —les pidió el Inspector.

—Entonces, ¿nos ayudará? —preguntó Virginia.

—Si hay algo que deseo en este momento más que nada es echarle el guante a ese miserable asesino de niñas. Desde luego que pueden contar con mi colaboración. ¿Una monja? ¿Por qué mataría a una religiosa?

—No lo sabemos, no es su patrón —respondió Scorpio, siguiendo sus pasos.

—Como no sea porque son vírgenes —apuntó Álvaro, de forma locuaz—. Parece que eso es lo único que pueden tener en común las menores asesinadas con esa monja.

Virginia se detuvo como si un haz luz la hubiera iluminado, y ambos hombres la miraron esperando una respuesta.

—Las tres víctimas mantenían su himen intacto, no habían sido forzadas. Las religiosas guardan celosamente su virginidad, por lo menos aquí, en España —añadió Álvaro.

—Ese psicópata rapta jovencitas y las asesina sin abusar sexualmente de ellas. Aparentemente su patrón son mujeres jóvenes, pero en realidad solo busca su corazón, un corazón virgen. Creo que ha acertado de lleno, Inspector. Si hay algo que une a la mayoría de las víctimas es su virginidad, incluso con la monja —aseguró Virginia.

—¿Y las que no? —preguntó Scorpio.

—Por lo que hemos podido comprobar, solo son dos: una cría de catorce años y otra de diecisiete. El Carnicero debió pensar que eran vírgenes —expuso Virginia.

—¿Ese cabrón solo mata vírgenes? —se preguntó Scorpio.

—Sí, las necesita —afirmó Virginia con rotundidad.

—¿Para qué? —preguntó Álvaro, abriendo el laboratorio.

—Sabía que era alguna forma de sacrificio, ahora sé su objetivo: está realizando una hecatombe de vírgenes —contestó Virginia.

—¿Una hecatombe? —preguntó Álvaro.

—Un sacrificio de cien bueyes. En la Antigüedad se realizaban numerosas hecatombes en los templos sagrados de grandes reyes, con la idea de que los dioses les acompañaran en sus batallas o para favorecer la grandiosidad de una polis. Algunos de los sacerdotes y guerreros más despiadados de la época, como el general Clearco, conocido como el León de Micenas, reemplazaron los bueyes por jóvenes inocentes. Los corazones de un centenar de vírgenes eran usados para llegar al Olimpo e invocar a un dios. Nuestro hombre pretende despertar una divinidad y se cree capaz de ello —aseguró Virginia ante la perplejidad de los dos hombres.

—Pase, le presento al doctor Campos —dijo Álvaro, pensando en aquella terrible posibilidad.



\*\*\*

Scorpio y Virginia pasaron dos días en Madrid, visitaron el lugar donde fueron hallados los cadáveres, hablaron con varios agentes, posibles testigos, con el médico forense y varios doctores de la policía científica. Durante el día estuvieron siempre acompañados por el Inspector Jefe y el doctor Campos, los cuales hicieron de la visita de los agentes americanos una prioridad absoluta y totalmente discreta. Por la noche pasearon por el Prado, el barrio Chueca, La Cibeles y la Puerta de Alcalá y visitaron varios locales de alterne.

Entre palabras presumidas y risas, se relajaron de la presión del caso con cerveza fría, ron y las historias increíbles que contaba el capitán de su paso por los SEAL. Scorpio trataba de animarla, de compartir sus vivencias y conocerla más. Algo que parecía hacer feliz a Virginia.

—Así que le pegaste una paliza a un comandante y por eso te metieron en la cárcel —dijo ella con una expresión atónita, mientras regresaban hacia el Hotel Mediodía.

—La verdad es que lo dejé incrustado en una silla de ruedas. Ese hombre decidió que todo mi escuadrón debía morir por rescatar una boya obsoleta. Quería una medalla el muy cabrón y se inventó su propia guerra. Fui el único que sobreviví y ese hijo de puta me hizo responsable de la matanza.

—¿Y qué pasó entonces? Estás libre.

—Al año de prisión, apareció Donna. Me aseguró que sus abogados estaban revisando mi caso, alguien se había interesado por mí, y me sacó. Me propuso a cambio de su favor un objetivo en Bosnia y acepté. De eso hace más de siete años. Luego me enteré que Donna había conseguido llevarle a un consejo de guerra, a él y a su puta silla de ruedas. Se suicidó a los tres meses, cuando le retiraron los honores y

la medalla. Mis hombres se alistaron para defender a su país, sus ideales, sus libertades... Como ellos dicen. Y murieron por nada, por el caprichoso ego de ese hijo de puta.

—Mi madre cayó en combate, en Irak. Siempre he pensado que murió por nada. Es posible que no fuera así, ya no lo sé. Pero creo que nada hubiera cambiado en el mundo si no hubiera marchado a ese asqueroso desierto. A tu comandante, ¿le hicieron responsable?

—Sí, pero a mí no me exoneraron... Ya tenía demasiado enemigos.

—¿Sabes en que se basa Donna para reclutar a sus agentes? Veo que no busca personas con muchos laureles en los cuerpos de seguridad ni en el ejército, sino en las prisiones del país.

—Pues no. La verdad es que no. Supongo que busca asesinos bien preparados, profesionales que no den problemas si se mueren, sin familia, soldados que puedan desaparecer sin más..., gente prescindible.

—No me gusta como suena eso de gente prescindible.

Abrazados de la cintura, Virginia y Scorpio llegaron a la estación de Atocha. Cruzaron y entraron en aquel hotel dos estrellas, de recibidor grande y pequeños ascensores; donde cientos de estudiantes se alojaban en su visitas turísticas a Madrid.

—Buenas noches —le deseó Virginia.

—No ronques mucho, se te oye por el pasillo —aseguró Scorpio.

La agente sonrió y cerró la puerta de su habitación. Era su última noche en Madrid, al día siguiente regresaban a Los Ángeles. Por un momento permaneció con la cabeza apoyada en la puerta, esperando una posible visita que no



llegó. Pensativa, se acercó a la cama y se desnudó, tomó un trago de agua y observó por la ventana la noche madrileña. Escuchó los gritos de algunos trasnochados y las sirenas de la policía pasar. Se introdujo en la ducha y alzó la cara frente al grifo de la ducha, relajándose con el agua tibia que bañaba sus curvas de mujer. Soñó por un momento que su capitán la abrazaba por detrás y notó crecer su excitación cuando lo deseó, acariciando lentamente la suavidad de su piel hasta llegar a su intimidad.

Dos pequeños golpes en la puerta de la habitación interrumpieron el momento. Con cara desconcertada, salió de la ducha, cubriéndose apenas con una pequeña toalla. Pensó que Scorpio estaba ahí, que igual sentía lo mismo que ella. Abrió de golpe, sin mirar ni preguntar. Y dio un paso atrás. Dos jóvenes de apenas dieciséis años, delgados como fideos, de pelos largos y alborotados, con una litrona de cerveza en la mano, camisetas rastafaris y los pantalones caídos, se quedaron boquiabiertos ante ella.

—Perdón, nos hemos equivocado —dijo uno de ellos, sin apartar la vista de aquella joven mujer, desnuda y mojada, apenas cubierta por una pequeña toalla.

—¿Podemos entrar? —preguntó el otro—. Tenemos algo de hierba...

Con un portazo, Virginia cerró la puerta.

Por la mañana temprano, un joven oficial, el teniente Segarra, apuesto y de maneras agradables, les recogía en el hotel. Álvaro había confiado en él para hacerse cargo del nuevo rumbo que tomaba la investigación. Llegaron a las oficinas de la comisaría y, con una discreción total, como había sido habitual, estuvieron revisando de nuevo todos los expedientes, de forma exhaustiva.

—Mi Carnicero de la Cabaña y su asesino son la misma persona —concluyó Virginia.

—Los cuerpos de las tres víctimas delatan el mismo patrón de cortes y una herida mortal ascendente de izquierda a derecha. Y, sin duda, usa las mismas herramientas que su hombre; las marcas halladas en los diferentes cuerpos son idénticas. Tras analizar la documentación que nos ha traído desde Estados Unidos, opino lo mismo, agente Landis —aseguró el doctor Campos.

—Su instinto la ha guiado hasta aquí y no creo que se equivoque —le certificó Álvaro—. Es usted una buena detective. Como ya le comenté, siempre pensé que era un loco americano. Incluso iniciemos algunas investigaciones sobre algunos de sus paisanos que más nos visitan, especialmente de Washington y Nueva York. Pero sin resultado, demasiados sospechosos —aseguró Álvaro.

—Ahora pueden restringir la búsqueda a los visitantes que llegan desde California —apuntó Virginia.

—Sí, parece lógico. Si ese asesino ocultó diecisiete cuerpos en esa cabaña, sin duda debe vivir en Los Ángeles, quizás en San Francisco, o muy cerca —asintió el teniente Segarra—. Aquí no se ha preocupado por ocultar los cadáveres de sus víctimas, se sintió seguro cometiendo sus crímenes.

—No, no creo que cometiera un fallo así. Nuestro hombre es muy comedido, no subestimaría ningún cuerpo de policía y menos la de un país como España.

—Siendo un americano que visita nuestro país, quizás no dispuso del tiempo suficiente o no conocía un lugar idóneo donde deshacerse de los cuerpos —indicó Álvaro.

—Asumió un riesgo ante la necesidad de avanzar en su objetivo —confirmó Virginia.

—Eso nos dice que sus estancias son cortas y que, posiblemente, solo visitara España en un par de ocasiones —



aseguró Álvaro, con cierta alegría al descartar que existieran otras víctimas ocultas—. Me aterra pensar que podamos tener en Madrid un cementerio como el de esa cabaña en Los Ángeles.

—Aprovechó su viaje para cometer sus crímenes. Es la única alternativa que nos deja el abandono de los cuerpos. Debemos descubrir el motivo de sus visitas a España —apuntó Virginia.

—No viene de vacaciones y no es un monstruo inculto. Podría ser un doctor o ponente, quizás un religioso, un directivo o ejecutivo con poder. Y por lo que nos ha contado, tiene formación policial o, al menos, conoce ciertos criterios de seguridad —expuso el teniente Segarra.

—Ahora que tenemos un lugar de referencia, vigilaremos el aeropuerto. Además podremos investigar, con cierta seguridad de encontrar algo, a los pasajeros que viajaron en esas fechas procedentes de California y que nos hayan visitado en más de dos ocasiones —comentó Álvaro.

—En Madrid se organizan muchos eventos. Buscaremos posibles congresos o citas de relevancia comercial, por si pudiera haber alguno en especial al que asistan americanos —dijo el teniente Segarra.

—Ese asesino es posible que no nos subestimara, pero seguro que nunca pensó que podría descubrirle la policía española —sonrió Álvaro—. Ese será su gran error. Nosotros le pondremos nombre de persona a ese monstruo.

—Tenemos que irnos, esta tarde regresamos a Los Ángeles —apuntó Virginia, observando el reloj de Scorpio.

—Aún es pronto, el avión sale dentro de cuatro horas. Podríamos comer juntos, les acercaré yo mismo al aeropuerto —se ofreció el teniente Segarra, con una sonrisa dedicada a Virginia.

—No se preocupe, no quisiéramos robarle más tiempo —contestó la agente, reconociendo de inmediato la mirada oculta de deseo de aquel joven teniente.

—No es molestia, será un placer —aseguró. Luego, tomó la chaqueta de Virginia y se la ofreció de forma galante.

—¿Nos mantendrá informados si surge alguna novedad? —preguntó ella, volviéndose hacia Álvaro y tomando la prenda.

—Desde luego. Cada día que ande libre, una niña puede morir en manos de ese monstruo. Espero haberles sido de ayuda, que descubramos algo útil y que lo atrapen cuanto antes, que impidan que vuelva a pisar este país —respondió Álvaro.

—Lo haremos —aseguró Scorpio.

—Antes de irnos... —comentó Virginia.

—Su abuela María —contestó el Inspector Jefe.

—Sí, me dijo que sabía quién la había asesinado.

—Su abuela María era una persona conocida en algunos ámbitos poco recomendables de las altas esferas del poder. Una asesina profesional, mejor dicho una “madame” entre ejecutoras.

Virginia le miró perpleja.

—Aunque supongo que eso usted ya lo sabrá —continuó Álvaro—. Trabajó para la CIA, luego creó su propio centro privado de inteligencia. Viajaba a menudo con una mujer rubia y otra, más joven, pelirroja.

—¿Pelirroja?

—Sí, la hija de esa mujer fue quién la mató.

—¿Saben los nombres de esas mujeres? —preguntó Virginia, pensando en Mirina.

—Nos costó mucho identificarlas. Aunque curiosamente su documentación no era falsa, entraban en España cada vez con una identidad diferente. Extraño, ¿verdad? Es el mismo caso



que con usted, agente Spencer o ¿debería llamarle capitán George Stewart?

El capitán Scorpio asintió de forma elocuente, sin pronunciar palabra.

—Está claro que debían trabajar para el gobierno de los Estados Unidos —continuó Álvaro—. Las estuvimos vigilando y pudimos identificar a Donna Ludwig.

—¿Donna Ludwig? Sabemos quién es —aseguró Virginia.

—Sí, nosotros también. Toda un sorpresa, creo que desde su despacho en Washington dirige a varios agentes, ¿cómo decirlo? ¿Especiales? Usted sabe de qué le hablo, ¿no es así capitán Scorpio?

—Sí... Es posible —asintió de nuevo Scorpio, sin ocultar cierta admiración y simpatía hacia aquel Inspector Jefe que había descubierto quién era.

—Sobre la mujer pelirroja y su hija, no hemos podido dar con ellas. Pero sabemos que sus nombres son Kristen Dencault y Kristen Valentine.

—¿Kristen Dencault? —preguntó Virginia.

—¿La conoce? Es teniente del Cuerpo de Marines, estuvo sirviendo en Irak, residió en España bastante tiempo. Su hija Kristen es sin duda la persona que acabó con María. ¿Sabe quién es esa mujer?

—Creo que sí, pero nos lo confirmará Donna Ludwig —confirmó Virginia ante la sorpresa de Scorpio.

—No sé, es posible. Las autoridades americanas nunca nos pasaron información sobre ella, es material reservado. No podemos hacer más. Quizás usted tenga más suerte o algún día esa mujer regrese a España con su hija, la estaré esperando —aseguró Álvaro.

—No volverá. La teniente Kristen Dencault falleció en combate. Y su hija, si es quién creo, es una persona muy inteligente. No se dejará atrapar fácilmente.

—¿Quién cree usted que es esa joven? ¿Mirina? —preguntó Álvaro, sorprendiendo de nuevo a Virginia.

—Inspector, empiezo a pensar que usted sabe mucho más que yo de este asunto —dijo ella con una sonrisa implícita.

—No crea... Voy atando cabos. Hace un año estuve a punto de atrapar a esa asesina profesional, en una acción coordinada por Interpol. Escapó por lo pelos, alguien la avisó. Ahora, era demasiada casualidad que se hallara en el hospital cuando asesinaron a su abuela. Quizás alguien quería ser la nueva “madame”.

—¿Usted cree?

—Agente, entre nosotros... —apuntó Álvaro—. Ya sabe cómo acaban estas personas que trabajan al margen de la ley: matándose entre ellas. En España no utilizamos tales tácticas, son contraproducentes e incompatibles con un verdadero estado democrático. Al final, todo se convierte en una merienda de negros.

Scorpio y Virginia se miraron por un momento.

—¿Una merienda de negros? —preguntó Scorpio.

—Lo que no entiendo es la prisa —continuó el Inspector Jefe—. Como nos confirmó el doctor, la esperanza de vida de su abuela era de apenas una semana. ¿Por qué arriesgarse de tal manera?

Virginia quedó pensativa, los secretos que guardaba podrían ser suficiente motivo. Y pensó que si hubiera sido asesinada un día antes, nunca hubiera conocido a las hijas de la luna. ¿Qué más le podría haber revelado con un día más de vida?, se preguntó.

—Mirina usa muchas identidades. ¿Cómo está seguro que es ella? —preguntó Scorpio.

—Dos enfermeras la reconocieron, no ocultó quien era; quería que María fuera consciente de quién acababa con



ella. He ordenado que les preparen una copia del dossier de esa mujer, pensé que sería de su agrado. Dentro tienen toda la información de que disponemos y algunas imágenes. Atrápenla, por si no regresa a España, e infórmeme; no me gustan los casos sin resolver —contestó Álvaro.

—¿Tienen fotografías de ella? —preguntó Scorpio.

—Quiero agradecerle su colaboración, no sabe cuanto nos ha ayudado —se expresó Virginia, tomando el sobre. Acto seguido lo abrió y escudriñó las imágenes y los documentos, sin sacarlos del todo—. Sí, es ella. Revisaré bien la documentación en el aeropuerto, mientras embarcamos; será interesante.

—Con respecto al Carnicero de la Cabaña, espero que podamos encontrarle pronto. Haremos todo lo posible y quedamos a su disposición. Quiero decirle a los padres de esas criaturas que hicimos bien nuestro trabajo. Espero que nos volvamos a ver pronto, si vuelve a España no deje de visitarme. Agente Landis, capitán Scorpio, ha sido un placer —apuntó el Inspector Jefe, despidiéndose de ellos.

Sin parar de hablar sobre las virtudes y defectos de España, el teniente Segarra se ocupó de llevar a Virginia y a Scorpio hasta el Hotel Mediodía. En el rellano, un grupo numeroso de estudiantes ingleses de vacaciones esperaban a sus monitores para conocer Madrid. Scorpio llamó de inmediato su atención, por su atlética complexión, las cicatrices, los tatuajes y el arma que asomaba bajo su chaqueta.

—La cuenta —pidió en el mostrador, ante el silencio de todos.

—Conozco un lugar donde hacen unas paellas de muerte, ¿le gustaría probarla? —le dijo el teniente a Virginia, mientras le sujetaba la puerta del estrecho ascensor.

—Ya la he probado —dijo ella con una sonrisa, consciente del interés del joven por ella.

—¿Viajas mucho a España? Hablas muy bien nuestro idioma.

—No, bueno, últimamente sí. Nací en España. Mi familia es de Valencia.

—¿Española? ¡Lo sabía! —exclamó el teniente—. ¿De Valencia? Entonces no tengo opción con esa paella.

—No tenemos mucho tiempo —aseguró Scorpio, mientras guardaba su cartera y la factura.

—Sí, es cierto. Mejor nos hacemos algo aquí al lado o en el aeropuerto, no quisiera perder el avión —apuntó ella.

—También es verdad, lo siento. No sé en qué pensaba —comentó el teniente, saliendo del hotel y ayudando a Virginia con su pequeña maleta—. Podemos comer algo aquí, en la esquina; ese bar tiene fama de hacer los mejores bocatas de calamares del mundo.

—Oiga, teniente, ¿cómo sabe tanto su jefe de nosotros? Me ha sorprendido gratamente —dijo Virginia, sentándose en una silla de la terraza

—Es muy bueno en su trabajo.

—Pues sí —apuntó Scorpio—. Llevamos meses tras esa mujer y no sabíamos ni su verdadero nombre.

Por un momento, los tres callaron. El camarero se acercó, limpió la mesa y les atendió.

—Tres bocatas de calamares y tres cervezas... y unas olivas —pidió el teniente.

Virginia posó los ojos en el teniente, esperando una respuesta más convincente.

—María también era miembro de la Fundación Selene. ¿Sabes de qué les hablo? —confesó el teniente.

—No. ¿Es una secta o algo así? —respondió Virginia.

—No, parece que no. A todas luces es una ONG a favor de los derechos de la mujer, por la paridad y esas cosas.



Creemos que Mirina está relacionada directamente con su cúpula. El Inspector Jefe lleva trabajando varios años para detener a esa joven, no es la primera vez que actúa en España. La verdad es que tenemos una agente infiltrada.

Virginia se recostó sobre el respaldo de la silla.

—¿Tienen una infiltrada? —preguntó.

—Bueno, algo así. Selene ha realizado varias reuniones en Valencia, Barcelona y Madrid. Al principio temíamos que fuera en una especie de secta destructiva, pues además de hablar de los dones de la mujer, también lo hacen de dioses, guerras y sacrificios. Con la presencia de Mirina y su abuela María, el Inspector Jefe pensó que escondía algo mucho más grande.

—Una agencia de profesionales —aseguró Virginia, tomando su bocadillo y una oliva.

—Es posible. Aprovechamos que la amiga de una de nuestras agentes pertenecía al patronato de la fundación para introducirla.

—Si no me equivoco, me está diciendo que una de sus propias agentes de policía les proporciona la información.

—Sí.

—¿Podría conocerla? Creo que me sería de gran utilidad, se lo agradecería mucho —le solicitó Virginia, mientras observaba la gente variopinta que desfilaba por la acera.

—Sí, por supuesto. No es ningún secreto, si fuera realmente una infiltrada, lógicamente no destaparía su cobertura. Ilenka Rizatdinova es una joven rusa, muy guapa. Le sobra el dinero gracias a una herencia y lo emplea en temas de solidaridad. Es una Rockefeller moderna y muda. Es íntima amiga de Anna Marqués, nuestra agente. Ya lleva tres años dentro. Es algo que no le hace mucha gracia al Inspector Jefe, pero que nos proporciona información. Anna es una mujer inteligente y tiene mucho carácter, me gustaría que

pudieran conocerla. Pero salió hace un tiempo para Nueva York, con una excedencia por seis meses; quieren preparar un congreso muy importante allí.

—Al que es muy posible que asista Mirina. ¿Cuándo? ¿Dónde? —preguntó Scorpio.

—Dentro de nada. El día 29 de marzo. Supongo que será en Manhattan, pero no me pregunte dónde exactamente. He pensado en acompañarlas, nos han invitado junto a otros órganos y fuerzas del Estado. Anna, aunque forma parte del patronato, también asiste en representación del Cuerpo de Policía Nacional y de una asociación española, Mujeres para la Democracia. Es una recepción por todo lo alto, con varias oenegés pacifistas, feministas y de cooperación internacional. Podríamos vernos allí —apuntó el teniente, fijando su vista en Virginia.

—Tenemos que ir pidiendo la cuenta, se hace tarde —dijo Scorpio y terminó de un trago su jarra de cerveza.

—Tranquilo. Yo invito. Anna es una buena agente, una orca de Valencia. Pueden confiar en ella, aunque sea pelirroja. La avisaré de que quieren conocerla.

—¿Orca? —preguntó Virginia.

—Sí, del grupo Orcas de la Unidad de Intervención Policial de Valencia.

—¿El día 29? —insistió el capitán, preocupado.

El teniente asintió y se alzó buscando su cartera para abonar la cuenta.

—Es el mismo día que el Presidente habla en la conferencia de la ONU, no puede ser casual —aseguró Virginia dirigiéndose a Scorpio mientras se levantaba.

—No, no lo es —aseguró el teniente—. Dicen que la Primera Dama asistirá a la cena de gala del congreso de la Fundación Selene, está invitada. Por eso se realiza en esa



fecha, pues facilita que asistan personalidades de todo el mundo. Les dará notoriedad y prestigio.

Virginia se quedó sin palabras.

—Vamos, ya está pagado. Les acercaré al aeropuerto. ¿Es la Terminal I? ¿Les gustó el bocata calamares?

Virginia asintió y le siguió.

—¡Brillante! —exclamó Scorpio.

—Una última cuestión: ¿su orca visita nuestro país a menudo? —preguntó Virginia.

—Pues sí... Su amiga, la Rockefeller muda, vive en Los Ángeles y creo que tiene un familiar por allí. ¿Por qué lo pregunta? ¿Acaso la conocen?

—No, era simple curiosidad —contestó Virginia.

—Entonces, ¿nos veremos el día 29 en ese congreso? —insistió el joven teniente.

## Capítulo 17

### JONÁS EL CAZADOR

En el aeropuerto de Barajas una multitud recorría los pasillos, los controles eran exhaustivos y las colas parecían interminables. Las continuas huelgas del personal de AENA, de nuevo, habían hecho que se cancelaran numerosos vuelos. Tras seis horas de retraso, Scorpio esperaba, sentado en un banco de la Terminal I a que su vuelo saliera con destino final a Los Ángeles. Virginia paseaba de lado a lado, con el sobre que le había entregado el Inspector Jefe en la mano y con el teléfono móvil en la oreja, sin parar de hablar. Apenas colgaba, realizaba o recibía una nueva llamada. Finalmente se sentó.

—¿Cómo está? —le preguntó Scorpio, pensando en Steven.

—Bien, bueno, está igual... ¡No lo sé! Mal. Por un lado me dicen que está estable, por otro que han tenido que volver a realizarle una intervención. Bambi le cuida —contestó angustiada.

Scorpio miró al frente.

—Te ocurre algo, pareces preocupado —dijo Virginia.

—No, estaba pensando en Mirina, Kristen Valentine... Ya tenemos un nombre.

—Apenas falta un mes para la cita en Nueva York. Si el objetivo de Mirina se halla en la Casa Blanca y es el Presidente, estoy segura de que intentará golpear durante la conferencia de la ONU. Esa fundación es su tapadera, la usará para acercarse a su víctima —dijo Virginia tratando de centrarse.

—¿Ese teniente estaba flirteando contigo o me lo ha parecido? —preguntó Scorpio.

—Eso es que te ha parecido —contestó Virginia, de forma desinteresada—. ¿Tienes celos?

—Pues sí, la verdad es que me he sentido muy celoso. Te apuesto lo que quieras a que aparece en Nueva York.

—Capitán, vayamos a lo nuestro —dijo Virginia.

—Bueno, sabemos quien es la profesional, tenemos una fecha y un posible escenario. Dame ese sobre que le vea el rostro. Ahora será mucho más fácil identificarla, tenemos una imagen y nuevos datos —aseguró Scorpio.

—Barbie me ha dicho que han interrogado a Cinthya. Se enfadó mucho cuando vio que yo no estaba en su cita, por lo visto apareció con una unidad móvil. Nadie la siguió. Hace unas semanas, Mirina engañó a nuestra reportera. Se hizo pasar por una agente especial y se entrevistaron en Washington. Le dijo que me conocía y estuvieron hablando de mí —apuntó Virginia, relajándose en su asiento.



—Quizás no la engañó por mucho —dijo Scorpio, alzando el entrecejo y abriendo el sobre.

—¿Crees que es una agente doble o que trabaja para alguien del Gobierno? —preguntó ella.

—A saber. Pero eso explicaría también muchas cosas. Después de escuchar lo que he oído, me creo cualquier cosa de esa mujer.

—Podría ser otro caso parecido al de tu amigo Papito, el de la Amazonia. No hay duda de que Donna la conoce.

—Puede ser. Pero ese hombre no era mi amigo, solo un puto cabrón. ¿Donna no te dijo nada de esa fundación, ni si la conocía?

—No. Barbie me ha confirmado que corre la voz por diferentes agencias de que Abu Ali Jamal ha pagado una fortuna por asesinar al Presidente. El Servicio Secreto ha sido prevenido desde Rusia y el Reino Unido, incluso el Mossad ha recomendado medidas especiales para la cita de la conferencia en la ONU.

—No es nada especial, en cada congreso de peces gordos se reciben esa clase de recomendaciones. Estoy pesando que... —murmuró Scorpio mientras sacaba las fotografías.

De pronto, cerró los ojos ante aquella imagen de Mirina. Imagen que resbaló de sus dedos cayendo al suelo.

—¿Qué has pensado? —le preguntó Virginia, observando la pantalla de salidas.

Scorpio recogió la fotografía y la observó en silencio.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí —aseguró Scorpio.

—Sabes, estoy pensando que el mismo día que detuve a Santos Montoro, arresté a una mujer mayor, una chamán peruana. Me dijo algo que quizás no tenga importancia o tal vez sí. Pero creo que puede relacionar directamente a Mirina con Montoro y ese oro que tenía escondido.

—Ese oro podría ser el pago por un objetivo muy especial. Pero, ¿para qué iba a arriesgarse Montoro por asistir a un pago? —se preguntó Scorpio.

—Otra cosa es que fuera a recogerlo, a cobrarlo —apuntó Virginia.

—Entonces sí que tiene sentido que Montoro apareciera en ese chalet, quería asegurarse personalmente de recoger el oro.

—Podríamos visitarles.

—¡Al fin! —exclamó Scorpio al ver que comenzaba el embarque, mientras guardaba la fotografía de Mirina en el sobre.

—Sí, tendremos que visitar a Montoro y a esa vieja bruja peruana —aseguró Virginia y apagó su móvil.

\*\*\*

Con una suave brisa recorriendo el crepúsculo, anochecía en Los Ángeles. Las luces de la gran ciudad iluminaban el cielo y sus altos edificios. Frente al California Hospital Medical Center unos prismáticos vigilaban con sigilo, atentos a una de las ventanas del edificio. En la habitación, una desconocida Raichel custodiaba a Steven; maquillada y vestida con un elegante vestido rojo, de generoso escote, se mostraba alegre, ilusionada e impaciente. A su lado se encontraba William, elegante, con la mano rodeándola por la cintura.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Bambi, un tanto sorprendida, al abrir la puerta.

—Te has retrasado mucho —comentó Raichel, haciéndose con un bonito bolso a juego.

—Vine a ver cómo evoluciona Steven. Estoy preocupado por él. Significa mucho para Virginia —contestó William, separándose de Raichel.



—No deberías estar aquí. Raichel, ¿por qué le has dejado pasar? —preguntó Bambi con cierto enojo.

—¡Es William! —exclamó ella.

—Nuestras órdenes son tajantes, nadie excepto el doctor puede acercarse a Steven —replicó Bambi.

—Lo comprendo, no os pondré en un apuro —aseguró William, dándose cuenta de que no era bien recibido por parte de aquella joven. Le dio un tímido beso a Raichel y se dirigió hacia la puerta.

—William, lo siento —le dijo ella, con voz suave.

—Sí, claro. No te preocupes, te espero fuera —contestó el agente y salió de la habitación.

Raichel se volvió hacia Bambi.

—¿Qué haces? Es William, daría su vida por Virginia.

—Por eso mismo, es posible que también la quite por ella. Hay un topo en esa puta oficina, una maldita rata. Quieren cargarse a Virginia y yo solo sé que ese agente siempre está por medio. Será muy amigo de ella, pero yo no le conozco de nada. ¿Y tú qué haces con él? ¿A dónde vas tan arreglada? ¿Y ese bolso? Te has pintado como una mona... ¿Estáis liados? —preguntó Bambi, alzando una ceja.

—Llegas tarde, hace media hora que espero que me releves.

—¡Dios mío, estáis liados! —afirmó de inmediato.

—Me voy, avísame si necesitas algo —contestó Raichel con cara de circunstancia y, tras una mirada cómplice, salió con prisa andando por el pasillo—. William, ya estoy.

Bambi se asomó a la puerta, viendo como los dos se alejaban abrazados por la cintura, dándose un beso. Y gruñó.

—Será zorra... ¿Pero qué me importa? ¿Qué más me da? —se preguntó con un murmullo celoso.

Giró la vista ante los dos agentes de policía que vigilaban el pasillo y entró en la habitación. Se acercó a Steven y le acarició la frente, tomó su mano y se la apretó.

Bambi se fijó en las facciones del joven arqueólogo. Con el dedo índice empezó a acariciarle el cabello, haciéndole rizos; miró hacia la puerta y, con un pequeño alto en su destino, le besó la frente, la punta de la nariz y, finalmente, los labios.

—Ánimo, tienes que salir de ésta... Hazlo por mí —le murmuró.

Entonces, Bambi notó una pequeña presión en su mano y salió de su garganta un pequeño suspiro de sorpresa. Se levantó, observó los dedos inertes de Steven y le llamó por varias veces. No obtuvo respuesta y pensó que aquel movimiento había sido fruto de su deseo e imaginación. Con un lamento, volvió a sentarse junto a él y con un paño le limpió de la cara el carmín que habían dejado sus labios. Luego, tomó su arma y la cruzó entre los muslos para reclinarsse hacia atrás.

En el edificio de enfrente, una persona, que les observaba con los prismáticos, siguió todo lo ocurrido con verdadero interés. Era un hombre delgado que permanecía en la oscuridad de la habitación. Con una mueca tranquila, dejó los prismáticos en el suelo, junto a un vaso de café, un sandwich vegetal y una botella de whisky. Tomó un largo maletín y lo abrió con cuidado, al amparo de la tenue luz que entraba por la ventana. Levantó los pestillos de cierre y lo abrió. Un fusil SIG 3000 descansaba entre oscuros acomodados de goma espuma aterciopelada; sobre este, una mirilla telescópica de alta gama. Con una exhalación placentera, acarició el metal y los mortíferos cartuchos, dispuestos en dos columnas de nueve. Se asomó por la ventana y observó salir del hospital a Raichel, feliz, acompañada de William.



A la mañana siguiente, una llamada despertó a Bambi, que permanecía en vigilia sentada junto a la cama de Steven.

—¿Está Raichel contigo? —preguntó Barbie—. Mira a ver si una de las dos puede acercarse hasta aquí, creo que tenemos una pista y quisiera que la investigáramos antes de que regrese Virginia.

—No está conmigo. ¿No está ahí?

—No.

—Salió anoche de fiesta, se fue con William la muy zorra. No ha regresado por el hospital, no sé nada más de ella.

—Pues yo tampoco, no contesta a mis llamadas. Qué raro.

—Acércate tú a su domicilio; si no está allí, no sé dónde puede estar. Yo me quedaré con Steven, no quiero dejarlo solo. La esperaré aquí. Se habrá dormido, seguro que anoche manchó las bragas la muy guarra...

Unos toques en la puerta de la habitación alertaron a Bambi.

—Soy yo, William. ¿Estás sola? —preguntó el agente, entrando, y vio a la joven sentada junto a Steven, con el subfusil en una mano y el teléfono en la otra.

—Sí —contestó escueta.

—¿Dónde está Raichel? ¿No está aquí?

Bambi le miró extrañada, se despidió de Barbie y colgó el teléfono. Se levantó y se asomó al pasillo viendo a los agentes de policía que custodiaban la puerta; ya se había producido el relevo. Les saludó y se volvió hacia William.

—No, no ha regresado. Ya tenía que estar aquí —aseguró.

—La esperaré, si no te importa. No creo que tarde mucho. Anoche quedé con ella que la recogería aquí, a estas horas, para almorzar.

—¿A dónde fuisteis?

—De cena... y a pasar un rato... ¿Por? ¿Ocurre algo?

—Espérala fuera. Ya sabes —apuntó Bambi, un tanto desconfiada.

—Como quieras —dijo William y salió por el pasillo, se giró y vio a Bambi en la puerta, observándole atenta—. ¿Sabes cuando regresa Virginia? Estoy preocupado por ella.

—No.

—¿Cómo está Steven?

—Sigue igual.

\*\*\*

Al día siguiente, Virginia y Scorpio llegaban a Estados Unidos. En dos horas reanudaron su vuelo, tras la escala obligada de Atlanta. Se encontraban un tanto desconcertados, aunque animados. Tenían nuevas pistas y testimonios para tratar de dar con la asesina que amenazaba la vida del Presidente. Al mismo tiempo, habían descubierto que el Carnicero de la Cabaña seguía vivo.

—Debo informar de inmediato al FBI. Hay que reabrir el caso y atraparle antes de que vuelva a actuar —dijo Virginia, ajustándose el cinturón de seguridad mientras observaba por la ventanilla el aeropuerto de Los Ángeles.

—El capitán Harris te estará esperando, tendrás que afrontar los asesinatos de esos tipos del parque de alguna manera. Quizás te ayude lo que hemos descubierto en Madrid, te he preparado un informe mientras dormías.

—Donna, tendrás que echarme una mano —murmuró ella con cierta resignación.

Nada más aterrizar el Boeing 767, los dos agentes desembarcaron y se dirigieron al California Hospital Medical Center. No hablaron nada durante el camino. Virginia permanecía abstraída de sí misma, conduciendo el pequeño



4x4. Scorpio, con el rostro enjuto, no paraba de darle vueltas en su cabeza a la fotografía de Mirina.

En el hospital se encontraron con Bambi que, preocupada, andaba inquieta en la habitación, custodiando a Steven, con el teléfono en la mano.

—¡Por fin estáis aquí! ¡Raichel ha desaparecido! —exclamó al verles entrar.

—¿Cómo? —preguntó Scorpio.

—No la he visto en todo el día, no tenemos ninguna noticia de ella desde anoche. Barbie fue a su casa y no está, no hay ningún indicio de que pasara la noche allí.

—¿Sigue igual? —preguntó Virginia, mientras se acercaba a Steven.

—Sí.

—¿No sabes dónde puede estar Raichel? —insistió Scorpio.

—Creo que algo le ha pasado, ella no se comporta así.

Scorpio y Virginia se miraron preocupados.

—Traemos de Madrid numerosa información para analizar sobre Mirina. Pero no sé si será suficiente, el tiempo corre en nuestra contra —dijo Virginia, mientras se preguntaba en su interior dónde se habría metido Raichel.

—Ya sabemos la fecha en que pretende actuar, apenas faltan unos días para la gran cita en Nueva York y la Casa Blanca ha decidido no anular el acto —expuso Scorpio.

—Es lógico: estarán reunidas algunas de las personalidades más influyentes del mundo, el presidente no puede quedarse escondido por una amenaza; una de tantas —apuntó Bambi.

—Bambi, marcha a la cueva. Yo me quedaré aquí —le ordenó Virginia.

—Si quieres me quedo yo —contestó Bambi.

—No, ya has hecho bastante. Dile a Barbie que encuentre a la vieja peruana que detuve en el chalet de Montoro. Debe de estar encerrada en una celda, quiero visitarla; y a Santos

Montoro también. ¡Ah! Que indague sobre una agente de Policía Nacional española, de la Unidad de Intervención Policial; se llaman Anna Marqués y pertenece al grupo Orcas de Valencia.

—¿Algo más?

—Sí, trata de localizar a Raichel y pasaros por la zona del MacArthur Park donde fueron encontrados esos tres hombres, amplía el perímetro de la investigación. Quiero que lo reviséis todo, por si a los de Homicidios se les escapó algo que nos pueda ayudar.

—Bien, me llevaré también a Barbie, tiene mejor vista para estas cosas. Antes de irme quería comentarte que tu amigo William ha venido, quería saber de ti y cómo evolucionaba Steven. Anoche salieron juntos, muy juntitos, Raichel y él.

—¿Muy juntitos? —preguntó Virginia, extrañada.

—Sí, abrazados. Fue el último que vio a Raichel antes de que desapareciera —dijo Bambi con un tono frío.

Virginia la miró fijamente, hundiendo sus ojos en ella, comprendiendo lo que le decía en silencio.

—¿Son pareja? —preguntó, con un cierto e incomprendido hilillo celoso.

—Eso parece. He leído el libro que me dejaste, gracias. Me ha servido de mucho. Voy a la cueva, regresaré en unas horas y revisaré palmo a palmo esa zona del parque —afirmó Bambi, devolviéndole el libro de tapas añejas—. No te fíes de nadie de esa oficina del FBI; sabes que hay un topo, un asesino, una rata y puede ser cualquiera.

—Gracias por cuidar de Steven. No es necesario que luego regreses, descansa. Es tarde. Nos reuniremos mañana, en la cueva. Tenemos mucho trabajo por delante —contestó Virginia, observando el rostro tenso de Bambi, cansado, y el brillo de la punta de flecha que colgaba de su cuello.



Virginia se acercó a Steven, le acarició la cara y besó su frente. Se sentó junto a él alternando la mirada con su rostro y las hojas de aquel libro.

—Nos vemos mañana, acompañaré a Bambi —dijo Scorpio.

—¿No te quedas? —preguntó Virginia, buscando su compañía.

—No, tengo una cita —aseguró Scorpio y salió de la habitación dejando a Virginia sola en su intimidad, con Steven, absorta en sus pensamientos.

—Su maldita novia... ¡Y William no ha perdido el tiempo! —murmuró un tanto decepcionada, apagando la luz, sin entender sus propios deseos y celos.

Por unos momentos, Virginia miró a través de la ventana tratando de ver salir a Scorpio. Después, se volvió y vio una mesita con una botella de agua y varios vasos desechables. Llenó uno de los vasos y bebió, y lo volvió a llenar.

La noche fue pasando sin ninguna novedad. Finalmente se sentó en el sofá y, cansada por el viaje, quedó dormida.

Una sombra silenciosa, descalza, se le acercó por detrás y un suave aroma, embriagador, llegó hasta su mente.

—No deberías estar aquí, el tiempo se acaba. Sabes lo que busca, siempre lo supiste.

Virginia volvió la cara con los ojos cerrados y vio, tras ella la mujer de rostro hermoso, pies descalzos y ondulados cabellos blancos, con sus extrañas vestimentas de sedas.

—Es Steven —acertó a decir Virginia, justificando su estancia en aquel lugar.

—Se está muriendo —afirmó la divina. Luego, se acercó, posó la mano sobre la frente de Steven y la bajó acariciándole la cara. Por unos momentos le observó con la melancolía y tristeza que arrastraban sus propias palabras.

—Tengo fe en que resista —contestó Virginia.

—No, la Parca se lo llevará en unos días. Es un joven hermoso, fuerte; su cuerpo lucha por sobrevivir, pero su hálito se debilita sin pausa. Debes aceptarlo y sobreponerte. Morirá y tú, posiblemente, le seguirás si no acabas con la amenaza.

La agente volvió su vista sobre él, apretando los dientes, queriendo ignorar aquella realidad que su mente le trasladaba.

—No deseo que muera —aseguró Virginia.

—¿Le quieres? ¿Estás enamorada? Eso te puede matar, a él le ha matado. Pero no te engañes, no es tu hombre. Tu corazón late por el de un gran guerrero, un matador sin causa. Digna hija de Armonía y Ares, buscas la paz con toda tu alma, pero amas la guerra con todo tu cuerpo.

—No, a él no le ha matado el amor, sino el odio.

—¿Estás segura? Dime, ¿qué sabes del odio?

—Está vivo y late cerca de mí, dentro de mí.

—El odio solo engendra odio. Estás maldita por la sangre de Ares, todo muere a tu alrededor... Escucha: ese asesino está muy cerca, lleva años matando, debes pararle antes de que abra las puertas al horror.

Virginia irguió la cabeza, se levantó y se acercó a ella; con cierto temor, la acarició el rostro.

—Artemisa, ¿eres real? —preguntó.

—El odio lo es. Fieles devotos realizan terribles acciones amparándose en sus dioses. Pero pocos les brindan amor, sino muerte y sacrificio.

—Ese hombre está ofreciendo en sacrificio los corazones de esas jóvenes, ¿verdad? Una hecatombe de vírgenes que le dé vida.

—Ofrecer sangre a una divinidad, atraerá su forma más violenta. Como ocurriera hace tanto, como siempre será.



Por tus venas corre la sangre que la envió a los abismos y guardas el legado que la cegó, la espada de Ares. Te buscará para saciarse con tu alma y, con su odio, provocará el desastre y la guerra sin fin en este mundo que no es el suyo.

—¿Quién la invoca?

—¿Quienes han de ser? Aqueos amantes de guerras, buscadores de glorias... Busca a tu Clearco, debes pararle o prepararte para enfrentarte de nuevo a tu pasado.

Con un leve ruido corredizo, una luz cegadora invadió el rostro de Virginia. Despertó de pronto, confusa y observó a su alrededor. Una agradable enfermera, de labios prominentes y melena rubia, recogía la persiana con una sonrisa encantadora. La luz del nuevo día inundaba la habitación, destellando sus tonos vivos sobre la ciudad como una esperanzadora señal de vida.

—Hola, buenos días... Creo que me dormí —acertó a decir Virginia.

La enfermera asintió si decir palabra, con un gesto alegre. Revisó la habitación y se volvió hacia la ventana para limpiar una pequeña mancha. Entonces, un pequeño reflejo, descubierto por la viva intensidad del amanecer, llamó su atención en uno de los pisos del edificio de enfrente. Alzó el entrecejo y se volvió rápidamente. Tomó el vaso lleno de la mesita y sin más, se lo lanzó a Virginia.

La agente dio instintivamente un paso de lado, arqueándose un poco hacia atrás para esquivar el agua. Un zumbido atravesó el cristal y se incrustó en la pared de la habitación con un fuerte impacto. La enfermera pasó la cortina y, agachada, salió rápidamente de la habitación. Virginia se volcó sobre Steven, para comprobar que no sufría herida alguna, con su Bren Ten 10 mm en la mano.

En ese momento la puerta se abrió. El doctor y dos enfermeras entraron acompañados por una pareja mayor, una joven y dos niñas.

—Hola... No se preocupen es una agente especial del FBI, vela por su seguridad —aseguró el doctor a sus acompañantes, al ver a Virginia con el arma en la mano.

Virginia se apartó un poco de la cama. Aquellas personas rodearon a Steven y le besaron entre lamentos y lágrimas.

—Son sus padres —le aseguró el doctor y observó el vaso en el suelo, rodeado de agua.

—Se ha caído, lo siento —aseguró Virginia y retrocedió hasta la puerta.

La madre de Steven se volvió y le ofreció la mano, entre lágrimas, impidiendo que saliera.

—¿Eres Virginia Landis? Sí, lo sé. Qué guapa eres. Yo soy Sophie y él Steven, somos sus padres. Mi pequeño nos habló mucho de ti. Dime, ¿qué le han hecho? Se pondrá bien, ¿verdad?

Virginia sintió una extraña sensación de pánico, al notar como la examinaban aquellas personas para ella desconocidas: la familia de Steven.

—Yo soy Sophie; mis hermanas menores Carola e Ileana —añadió la mayor de las muchachas, sacándola de su atónito silencio.

—Hola. Sí, sí. Claro, se pondrá bien —aseguró Virginia.

—¿Eres la novia de Steven? —preguntó Ileana, la menor.

—¿Te dio la alianza? —continuó Carola, con tristeza curiosa.

—¡Carola! —exclamó Sophie.

—¿Alianza? —preguntó Virginia.

—Sí, yo la elegí. Una de oro blanco con un zafiro azul —contestó Carola—. Mi hermano siempre dijo que tus ojos eran más hermosos de los diamantes. Y es verdad.



—¿Te vas a casar con Steve? —preguntó Ileana, mirándola con un puchero simpático.

—Perdonad, tengo que marchar —contestó Virginia, saliendo de la habitación, precipitándose en su huida—. Estoy encantada de conocerles, pero me están esperando en la cueva.

—¿Vive en una cueva? —preguntó Ileana, perpleja, volviéndose ante sus padres.

Virginia recorrió el pasillo hasta la altura donde se hallaban los agentes que custodiaban el paso a la habitación y les mostró su identificación, a pesar de que ya la conocían.

—Saquen a esa gente de ahí —les ordenó—. Pero sin asustarles y que trasladen al herido a otra habitación, de inmediato. No es necesario que ellos lo sepan: acaban de disparar desde el exterior. El tirador está en el edificio de enfrente. Avisad al capitán Harris, que mande refuerzos.

Mientras sus hermanas acompañaban a Steven, en la habitación, la pequeña Ileana observaba con interés el orificio de la pared.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó mientras una de las enfermeras corría de nuevo la persiana, buscando la luz natural.

El tirador sacó el ojo de la mira al comprobar que Virginia no se hallaba en la habitación, apretó los labios y, con un gesto elocuente, lamentó el disparo fallido. Se levantó de la silla, con el arma en el brazo, y fijó su atención en la salida del hospital.

Oculto bajo la cornisa, Virginia observó en la distancia, tratando de descubrir al tirador por la altura de los pisos. Solo una ventana permanecía abierta, sin luz en su interior. Con una carrera imprevista, cruzó veloz la calle que les separaba, esquivando los vehículos entre sonidos de claxon y frenazos.

En silencio, una bala impactó en el retrovisor de un coche y otra tras su tacón. Rodó por el capó de un Sedan azul y, con un golpe de espalda, se apoyó contra la pared, a salvo del tirador. Sopló ante la mirada atónita de varios peatones que no acababan de entender qué ocurría. Y sacó de su funda la Bren Ten 10 mm y entró en el edificio.

El tirador realizó una mueca de contrariedad y apartó su fusil de la ventana. En apenas unos segundos, desmontó el arma y la guardó en el maletín. Se asomó de nuevo y vio llegar varios coches de patrulla, numerosos policías rodeaban el edificio. Recogió el vaso, los restos del sándwich y la botella de whisky. Limpió rápidamente la silla y el marco de la ventana con un pañuelo. Revisó con atención la habitación y salió del piso. A continuación se dirigió tranquilo hacia las escaleras, bajó tres pisos y entró en otra vivienda. Escondió el arma en la cima de un armario, en un doble fondo. Luego, abrió la nevera, tomó un vaso y lo llenó de leche. Se desvistió y se puso encima un batín viejo, conectó la televisión y se sentó contemplando el serial policíaco que emitía el canal.

Virginia llegó a la sexta planta y recorrió el pasillo, observando las puertas cerradas de los tres pisos que daban al hospital. Una de ellas se abrió y salió un joven, bien vestido, de apenas nueve años, que quedó petrificado al verla armada. Ella le mostró la placa del FBI e hizo un círculo con el dedo índice indicándole que volviera a entrar. Luego, siguió por el pasillo y fijó la vista en el desgastado felpudo de la puerta de la izquierda y en las cerraduras de ambas. La de la derecha estaba impoluta, mientras la de la izquierda tenía numerosas marcas y arañazos de llaves. Disparó sobre la de la derecha y la abrió de un fuerte patada. Recorrió deprisa, con el arma tensa, cada rincón del piso hasta llegar a la estancia desde donde habían disparado. Miró en torno suyo, no había un solo



mueble, solo una silla al lado de la ventana. Se sentó en ella, guardó su arma y vio de lejos el edificio del hospital, frente a ella. Miró dentro, buscando a la derecha y a la izquierda, y vio tres vainas de munición usadas.

—¡Arriba las manos! —gritaron tres policías, entrando en la habitación, seguidos por varios agentes del FBI.

—Nuestro hombre se ha ido —contestó Virginia, mostrando su identificación sin levantarse de la silla, ni apartar la vista de la ventana donde se encontraba internado Steven.

—¿Y el francotirador? —preguntó uno de los agentes.

—Solo queda eso —aseguró Virginia, señalando las vainas de los cartuchos.

Scorpio entró en la habitación y se dirigió hacia ella. Se agachó y recogió una de las vainas del suelo, con la mano protegida por un guante negro.

—Calibre 7,61x51 mm OTAN. Es la munición es de un SIG 3000, sin duda. Un buen arma hecha para un buen tirador. El cañón, el receptor y el sistema gatillo/cargador son fácilmente desmontables y la culata adaptable —afirmó lanzando suavemente la vaina hacia arriba. Y recogéndola al aire, cerró el puño.

—¿Qué haces aquí? ¿No ibas a ver a tu novia?

—He venido por ti, no se te puede dejar sola.

—No, desde luego.

—Esta munición solo puede corresponder a un profesional de élite —afirmó Scorpio, dándole importancia al francotirador.

—¿Jonás el Cazador? —preguntó Virginia como respuesta.

—Barbie escuchó la llamada de refuerzos y me avisó. Por cierto, Harris sigue esperando que lo visites, me ha llamado. Le he comentado algunas cosas, se ocupará de que nos reciban en el “hotelito” de Montoro. Está muy interesado

en el tema del Carnicero de la Cabaña. Dice que no contestas a sus llamadas y no cree que tengas el teléfono averiado.

Virginia se levantó y observó la vaina en la mano de Scorpio. Con una mueca curiosa, asintió. Scorpio se lo entregó a uno de los agentes, que lo guardó en una bolsa de pruebas, junto con los otros dos.

—Harris tendrá que esperar. Dime, capitán... ¿Por qué no se los llevó? ¿Por qué ese profesional de élite dejó a nuestro alcance las tres vainas? Pueden ser una prueba, quizás tengan alguna huella parcial, un rastro...

—Puede ser que no le dieras tiempo, además no creo que encontremos nada.

—Me voy a descansar un poco, nos vemos esta noche. Necesito pensar.

—¿Y Steven?

—Está con su familia y dos agentes le custodian, no me necesita —murmuró Virginia.

—Si es Jonás, no descansará. Será mejor que pases la noche en mi apartamento... o mejor en el de Bambi. Nadie la busca, la rata no sabe nada de ella —aseguró Scorpio.

—¿Y Raichel?

—Sigue sin aparecer.

—¿Y tú? ¿Y esa cita?

—No, parece que ya no tengo citas.

—¿Lo habéis dejado?

—Sí, creo que sí.

—Deberías hablar con esa mujer. Si de verdad te quería, quizás no esté todo perdido —le aconsejó Virginia, apenada en cierta forma por el desasosiego de Scorpio; interesada por saber.

—Creo que no había nada ganado —contestó él, tomando su arma y comprobando el cargador.



—¿Un ron negro? Creo que ambos necesitamos un trago.

—Vamos con Bambi. Con la desaparición de Raichel, creo que ella tampoco lo está pasando muy bien.

## Capítulo 18

### ÁNGEL O DEMONIO

Aquella mañana, Virginia y Scorpio viajaron hasta la cárcel para mujeres de Lynwood, donde se encontraba encerrada en espera de juicio la anciana peruana. El capitán Harris había arreglado los permisos necesarios para que pudiera ser visitada con la máxima discreción.

—¿No te duele la cabeza? —preguntó Scorpio al salir del 4x4 y, posándose la mano sobre la nuca, alzó la vista ante los muros de la prisión.

—Al final te bebiste tú solito la última botella —apuntó Virginia.

—Siempre acabo cerrando el bar, alguien tiene que mantener en alto el mástil. Por cierto, Bambi estará enojada, dejamos su piso hecho un asco.

—Sí, pero no te preocupes. Barbie y yo lo recogimos antes de despertarte.

—Hum... Mi cabeza... Veamos que nos cuenta ese cabrón.

—Estamos en Lynwood, despierta. Primero visitaremos a la anciana. Será mejor visitar a Montoro con la máxima información que podamos obtener —asintió Virginia, bajando del vehículo.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Scorpio.

—Un nombre, un objetivo.

—En estos casos impera la ley del silencio, nadie sabe nada —lamentó Scorpio.

—Creo que sé como hacerla hablar, si sabe algo nos lo dirá —aseguró Virginia, convencida.

Un pequeño ruido, chirriante, resonó en aquella pequeña sala. Dentro, sentada en una silla frente a una mesa, la anciana peruana, una mujer chata, de baja estatura y regordeta, esperaba como ausente de ella mismo, gesticulando palabras malditas. Scorpio estaba fuera, en una estancia continua, observando a través de un monitor, junto a la sargento responsable de aquella zona de la prisión de mujeres.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí? Si Montoro se entera me matará —preguntó la anciana, exaltada y temerosa, nada más verla.

—¿Por qué ha de hacer eso? —respondió la agente.

—Podría creer que estoy vendiéndolo. No necesita un motivo especial.

—Lo vas ha hacer —aseguró Virginia, sentándose frente a ella.

—No.

—Mírame a los ojos, tú sabes quién soy realmente.

—No, vete. Aléjate de mí. No sé nada de Montoro. Solo soy una vieja mula —aseguró ladeando el rostro, esquivando la mirada penetrante de la agente.

—No me interesa ese pobre desgraciado, su alma ya es mía y pronto iré a por ella. ¡Mírame! —exclamó Virginia, tomándole ambas manos con fuerza y acercando su rostro al de ella.

—¿Qué quieres de mí? ¡Déjame! —gritó la anciana.

—Vieja bruja, tu alma será devorada por los demonios. Si no me dices lo que anhelo saber, te mandaré directa a los más tenebrosos de los infiernos y sufrirás por toda la eternidad —espetó Virginia, hundiendo los ojos en el alma de aquella atormentada mujer.



—No, no. Por favor... Te diré lo que quieras. Pero aléjate de mí —sollozó la anciana, aterrorizada.

—Dime, hechicera, cuando te detuve, el día en que osaste mirar en mi interior, me dijiste que era igual que ella. ¿Quién es ella?

La anciana agachó la cabeza.

—Habla o no tendré piedad de ti —susurró Virginia, con un tono tan suave como terrible.

—Lleva la bestia dentro, es inmisericorde, disfruta con el mal. Es otro demonio —dijo la anciana.

—Yo no temo a los demonios. Nada son ante mí.

La anciana tartamudeó y masculló entre dientes un ruego a Cristo y a la Virgencita sin levantar la cabeza. Virginia le puso la mano en el mentón y se la alzó lentamente.

—Creo que el señor Montoro tenía un negocio con ella. No sé más, a mí no me cuentan nada —aseguró la anciana.

—No me has dicho lo que quiero saber. Esta noche vendré a buscarte, te arrancaré el alma a dentelladas.

—¡No! ¡No! ¿Qué quieres saber? Te he dicho todo.

—No me interesa Montoro, sino ella... ¿Quién es?

—Es una matadora. Tú debes conocerla. ¡Sois el mismo demonio! ¡La esencia del mal en diferentes cuerpos! Lo pude ver en su mirada, en la tuya.

Virginia asintió levemente, pensando en aquellas palabras temerosas y soltó las manos de la anciana.

—¿Dónde puedo encontrarla? —continuó interrogándola.

—No puedo contactar con ella, no sé quién es.

—¿Montoro la llamó Mirina?

La anciana asintió lentamente.

—¿Estás segura? —insistió Virginia.

—Montoro descubrió el secreto de ese demonio y quiso engañarla —añadió la anciana para sorpresa de Virginia.

—¿Qué secreto? —le preguntó de inmediato.

—Tiene dos hijas. Ella compró la libertad de sus hijas a cambio de un alma pura. Bebé las custodiaba, sé que te lo llevaste.

—¿Un alma pura? ¡El objetivo! ¿Quién es esa alma pura?

—No lo sé... Lo juro —aseguró la anciana, temblorosa.

—Interesante —murmuró Virginia y se irguió.

La agente miró fijamente a los ojos de la anciana, penetrando de nuevo en su ser y aquella mujer sintió oprimirse su corazón, cómo si le faltara la respiración.

—¿No me harás nada, verdad? —preguntó temerosa.

—¿Cómo supiste quién era yo?

—Desde muy pequeña puedo ver los muertos que no saben que están muertos, las almas que vagan sin descanso y los demonios que habitan en el mundo de los vivos. Tus ojos son hermosos, azules como el cielo en el amanecer, pero no esconden a la mirada de esta vieja bruja los abismos del horror... La Parca te acompaña.

—¿Y no viste el demonio que habita en Montoro? ¿Ni el tuyo propio? Tu hija quedó allí muerta, en estas celdas te pudrirás hasta que un día regrese a por ti —le espetó, recordándole el día de su detención, donde la hija de la anciana falleció por las balas de los sicarios de Montoro.

—Ya te dije lo que sabía. ¿Qué quieres que haga? No me atormentes más —le contestó la mujer, llorando, cubriéndose el rostro con las manos y apoyando la frente sobre la mesa.

Virginia se levantó y dio media vuelta.

—Hasta los más terroríficos de los demonios tienen sus propios demonios, cuídate de la ira de los infiernos. Noto una presencia superior y ronda tu alma divina, maligna como la sangre que hierve en tus venas. Crece brava, clamando vida y a por ella viene, te devorará y todo lo arrasará —susurró la anciana, como si de una maldición se tratara.



Virginia se volvió de golpe y fijó los ojos en los de la anciana. Los vio velados, blanquecinos, hundidos en unas pronunciadas ojeras grises. Sus labios se habían agrietado, permanecían mórbidos y amoratados en aquel rostro cadavérico, pálido como la muerte.

—Lo sé —contestó, firme, sin inmutarse.

La vieja chamán recuperó su estado normal con un parpadeo de Virginia. La agente observó a la anciana, que la miraba impávida, y abandonó la sala.

—Vamos, ya tengo lo que buscaba. Montoro debe saber mucho de Mirina. Estaba segura de que esa vieja bruja me sería de gran ayuda —aseguró Virginia entrando en la sala donde esperaba Scorpio—. Por cierto, ¿has notado algo extraño en esa anciana?

—No, bueno, que la tienes muy asustada. ¿Cómo lo has logrado? —preguntó Scorpio, inconsciente de las visiones que torturaban la mente de Virginia—. Los mejores hombres del FBI no han conseguido sacarle nada.

—Le he hecho creer que yo era realmente quien ella creía que era.

—¿Qué?

—Eso mismo.

—¿Y quién se supone que eres? ¿Un demonio?

—Eso ya no lo sé. Pero seguro que no me cree un ángel.

El vehículo de Virginia atravesó Los Ángeles dirección norte, por la Interestatal 5, bajo un sol implacable. Scorpio observaba el horizonte pensativo, perdido en las líneas de la carretera.

—¿Te gusta este trabajo? —preguntó de pronto.

—¿A ti no? —respondió Virginia.

—Disfrutas, se te nota. Eres joven y decidida, sin temor. Creo que eres un verdadero demonio, como le has hecho creer a esa vieja bruja.

—Me gusta investigar, debatir con los compañeros, examinar el escenario del crimen, acumular y analizar pruebas, revisar declaraciones, buscar a un culpable... Cercarlo e ir a por él.

—Ese ya no es tu trabajo —dijo Scorpio—. Ahora tienes otro mucho más simple. Solo tienes que ir de caza y ejecutar una misión. Sin apenas preocuparte de investigaciones o pruebas, ni si el objetivo es o no culpable de algo.

Virginia calló por un momento.

—Realmente no sé si me gusta, solo sé que llena una parte de mí que lo necesita —confesó finalmente—. Y no creo, de momento, que haya eliminado a ningún inocente de nada. Aún distingo el bien del mal. El día que no sea así, lo dejaré si antes no me han volado la cabeza. ¿Estás pensando en dejarlo?

—No, es tarde. No sabría hacer otra cosa.

—Esto es una mierda. Esa niña era inocente, una víctima —dijo Virginia, de pronto, recordando a la joven guerrillera que asesinó en Colombia—. Cada vez que pienso en ella, me pongo enferma.

—Sí, es una mierda. Una gran mierda y, a veces, no es divertida. Aún habiendo disparado contra mí, esa chiquilla hubiese sido inocente de su tragedia. El bien, a veces, no está tan lejos del mal —afirmó Scorpio.

—Cabronazo, acabas de joderme el día —aseguró Virginia.

—Tu vocabulario cada día se perfecciona más, ya te pareces a Bambi —le confesó Scorpio con una sonrisa burlona.

El teléfono sonó en su bolsillo.

—Es Barbie. Tendrá algo nuevo —dijo descolgando—. Dime.



Virginia le observó, alternando su mirada con la carretera y los vehículos que circulaban a su alrededor. Giró a la derecha, por la ruta 14, dirección Lancaster.

—¿Qué? —preguntó con un golpe de cabeza.

—El infiltrado de la DEA llevaba dos años trabajando de incógnito. En su último informe redactó que un confidente anónimo le advirtió que “ese hombre, Bebé, mata chicas jóvenes, le buscan en Los Ángeles, es el Carnicero de la Cabaña” —respondió Scorpio.

—¿Un chivatazo le llevó hasta Bebé? ¿Con eso dedujeron que era el Carnicero de la Cabaña? No puede ser, alguien debió de darles información más precisa a la DEA. Tanto que le llegó a Donna y nos envió a por él.

—¿Has pensado que nuestra rata podría ser el Carnicero de la Cabaña?

—Sí... Eso significaría que es un agente federal.

—Me gustaría ver cómo se lo dices a tu capitán Harris.

Acompañados por dos guardias, Virginia y Scorpio llegaban a los pabellones de máxima seguridad de la Prisión Estatal de California. Tras un pequeño encuentro con los oficiales de guardia y presentar sus acreditaciones, fueron escoltados hasta los módulos especiales donde estaban encerrados los jefes más peligrosos de la mafia y el narcotráfico, los que podían pagar un lugar seguro.

—He estado pensando en ese Jonás —comentó Virginia, recorriendo el pasillo que le acercaba a su cita.

—Sin duda es cosa de Montoro.

—Si tuvo tiempo de guardar su arma, cerrar la puerta y salir del edificio, también lo tuvo de recoger tres vainas del suelo. Quizás las dejó allí a propósito.

—¿Qué quieres decir?

—Quería que supiéramos con certeza cual era el piso desde el que había disparado. ¿Es posible?

—Así se ocultaría rápidamente y no le buscaríamos en otros. Sí, es muy posible.

—Nunca abandonó el edificio, tiene otro piso franco.

—Llamaré a Barbie, esas pájaras ya estarán en la cueva. Que averigüe quienes viven de alquiler y desde cuando.

—Dile que pasaremos por ahí tras visitar a Montoro. Tenemos que ponernos al día. Anoche hicimos de todo, menos lo que teníamos que hacer —se recriminó Virginia.

—Necesitábamos un pequeño receso —se justificó Scorpio.

Uno de los guardas empujó el portón de aquella celda aislada e invitó a Virginia, con un movimiento suave de cabeza, a pasar dentro.

—Tienes mucho valor viniendo aquí —aseguró Montoro nada más verla, levantándose.

Virginia avanzó en silencio y se sentó frente a él. Santos Montoro, un hombre alto y delgado, de presencia impecable, incluso con el uniforme naranja de la prisión, se hallaba ante la joven novata que lo detuvo. Encadenado a la mesa, permanecía serio, con la mirada fija en ella; sus ojos destilaban puro odio, sed insaciable de venganza.

—Siéntate, estarás más cómodo —dijo Virginia.

—Estás muerta, lo sabes ¿verdad? —preguntó Montoro, con una certeza demoledora.

—Sí, eso dicen —afirmó ella—. De momento tus hombres no han tenido suerte.

—Entre nosotros, ahora que nadie nos oye, puedo anunciarte que ha llegado a la ciudad el mejor, un señor muy sutil y refinado. Me hará muy feliz.



—Háblame de Mirina.

—¿Por eso has venido?

—Sí. No me interesa nada más.

—Estás loca si piensas que voy a decirte algo. ¿Quién es esa mujer?

—Los profesionales de élite no perdonan la traición. Sus hijas están a salvo, tarde o temprano vendrá a por ti.

Montoro miró hacia los lados lentamente y sonrió de forma cínica.

—No sé de qué me hablas y pronto saldré de aquí. No puedes hacer nada. Es tarde, las cartas se han jugado. Estáis condenadas —afirmó.

—Mirina recuperó a sus hijas y Bebé está muerto. Contrataste los servicios de una profesional de élite, la mejor, ¿verdad? Pero, ¿qué pasó? ¿Decidiste quedarte con el oro de ese jeque y chantajearla con sus hijas en vez de pagarle?

—No sabes nada, no te diré nada. Me han dicho que tu novio esta hospitalizado. ¿Un afilado corte de digestión, tal vez?

Virginia se sintió tocada.

—¿Crees que tengo algo que ver? No, no he sido yo. En realidad no soy mala persona —comentó Montoro, con su cínica sonrisa—. Ese joven no me había hecho nada. Mi cuenta pendiente es contigo, tú sí que me debes mucho.

—¿Cuál es el objetivo de Mirina? ¿El presidente?

—Veo que no te enteras de nada. ¿Ya te han dado esa medalla por detenerme? No creo que te den muchas más.

—¿No es el presidente? Dicen que no te gusta, que se mete demasiado en tus negocios.

—No me convence. Con ese personaje al frente del país, lo veo todo muy negro. Pero creo que eso no es delito ni me implica en nada. ¿No le resulta una gran paradoja histórica

que el partido que defendió la esclavitud y la discriminación racial, termine llevando al poder al primer presidente afroamericano?

—La historia es muy caprichosa, pero no he venido a hablar de Lincoln ni de Kennedy. ¿Pretendes que Obama acabe igual que ellos? Dime cómo encontrar a Mirina. Puedo impedir que acabe contigo. Sabes que vendrá a por ti.

—¿Vienes a salvarme de esa mujer? ¡Increíble! ¡Pues llegas tarde! ¿Y mi abogado? Ya me he cansado de escuchar tus tonterías. No puedes interrogarme sin su presencia. ¡Guardia!

—No te estoy interrogando. Estamos hablando de historia —aseguró Virginia mientras la puerta se abría tras ella.

—Si quieres saber más de esa mujer, ¿por qué no le preguntas a tu querido amigo?

—¿Qué quieres decir?

—El tiempo finalizó. Agente, si desea interrogar al acusado ha de volver con su abogado —dijo el guardia, invitándola a salir ante la mirada cómplice de Montoro.

—¡Adiós! —exclamó Montoro, levantando levemente la mano y meneando los dedos.

—Mirina es muy buena; lo sabes, pues tú la buscaste. Esperará el tiempo que haga falta y, por mucho que te escondas, acabará contigo —aseguró Virginia, con un guiño colmado de malicia.

—No creo. Pronto estaré muy lejos de aquí, disfrutando de unas merecidas vacaciones, tras asistir a tu funeral —le contestó Montoro, dedicándole una ancha sonrisa.

\*\*\*

—¿Hay noticias de Raichel? —preguntó Virginia al entrar en la oficina, seguida de Scorpio.

Bambi negó con la cabeza, con denotada preocupación.



—¿Cómo fue en España? —preguntó Barbie cuando les vio entrar.

—El Carnicero de la Cabaña está vivo, no hay duda. ¿No te ha comentado nada Bambi? —respondió Virginia.

—Me lo temía. Bambi no me ha dicho nada en toda la mañana. Está torpe y muda como una jirafa —contestó Barbie.

Bambi la miró con un puchero resacoso, alzando las cejas.

—¿Cómo te fue a ti con Henry? —preguntó Virginia.

—Henry se ha jubilado. Tuve que hablar con Harris y ponerle al corriente de todo —respondió Barbie.

—¿Qué te dijo?

—No fue fácil, se puso como un demonio. Cree que estamos perdiendo el tiempo, pero como es la única posibilidad de no incriminarte, accedió. No le ha hecho ninguna gracia que desaparecieras por cinco días. Todo el mundo sabe que ajusticiaste a esos tres hombres.

—Ya veo. Hasta tú lo sabes —respondió Virginia de forma fría—. ¿Habéis encontrado algo en el parque esta mañana?

—No sé, he rodeado la zona varias veces y no he visto nada. Bueno, esto. Pero no sé si nos valdrá, puede ser de cualquier niño que estuviera jugando a piratas... o de un tuerto cabrón —respondió Bambi, algo afónica, levantando con los dedos un parche ocular de cuero.

—No deberías beber tanto por la noche, criatura. Luego no eres nadie durante el día —apuntó Scorpio ante la desidia de Bambi.

—Sí, nos vale. Creo que sabemos quién es el pirata, le haremos una visita —asintió Virginia mirando el parche con detenimiento—. Barbie, ¿qué has encontrado de Mirina?

—Washington acaba de mandarnos un dossier completo; fechas, fotos, documentos. Experta en inteligencia, en todo

tipo de armas y en tácticas de combate. Ha trabajado para los cuerpos especiales de las Fuerzas Armadas en Afganistán e Irak; para la CIA en Libia, Israel, Colombia, Venezuela, Libia e Irán; y en el Pentágono como asesora personal de la Jefa de Operaciones Especiales, hoy directora de la Agencia UMA: Donna Ludwig. Su rastro desaparece de golpe en la Casa Blanca. No hay nada de su infancia ni de su juventud, por lo que supongo que fue captada al igual que algunas de nosotras.

—¡Esa mujer es una bestia! —exclamó Bambi, mostrando cierto orgullo.

—¿Y Donna te ha mandado ahora toda esa información? —preguntó Scorpio.

—Sabía que lo descubriría en Madrid —apuntó Virginia.

—Lo que me llama la atención es que sigue estando activa su nómina como agente de la CIA. Lo he comprobado —continuó Barbie.

—¿En serio?! —exclamó Virginia, asombrada.

—¿Qué sabemos de Jonás el Cazador? —preguntó Scorpio, escudriñando las fotografías de Mirina, cambiando el tema de conversación—. Debemos de dar con ese cabrón antes de que nos de un disgusto, ayer estuvo cerca. Tuvimos suerte, se me hace difícil pensar que fallara desde esa distancia.

—Una enfermera, rubia, le vio; ella me salvó. Salió corriendo de la habitación sin decirme nada. La he buscado, pero no aparece en plantilla —respondió Virginia.

—¿Rubia? Es posible que sea la muda... Es una voluntaria, por eso no aparecerá en el personal del Hospital. Visita a Steven por las mañanas y lo limpia. Atiende casos sin remedio, terminales —explicó Bambi.

Virginia la miró y apretó los labios mientras se pasaba la mano por la cara, pues aquellas últimas palabras no le habían gustado.



—Oh, perdón... No quise decir... Lo siento. Yo soy la primera que quiere que se recupere, o la segunda. Ah, cada vez lo estoy liando más —se lamentó Bambi.

—Muda —dijo Virginia en tono perspicaz—. ¿Qué sabemos de ese edificio? ¿Lo tienes, Barbie?

—Todo el bloque es de alquiler —aseguró Barbie—. El propietario es una de las mayores inmobiliarias de Los Ángeles. No conocen a todos sus clientes personalmente, les cobran por domiciliación bancaria o ingreso en efectivo. He sacado un listado de los pisos alquilados que dan al hospital desde que Steven ingresó en esa cama, son cinco. Aunque en uno su inquilino es cojo y en otro vive una familia de color. Por lo que disminuye la lista de sospechosos.

—¿De color? —preguntó Bambi.

—Negros, muy negros, negros como yo —expuso Barbie.

—Ah, perdona. Creo que no me sentó muy bien el ron anoche... Por cierto, me habéis dejado el ático hecho una mierda y el bar vacío. La próxima reunión del grupo se hará en casa de vuestra santa madre.

—¿No lo habíais limpiado? —preguntó Scorpio.

—Jonás el Cazador es blanco —aseguró Virginia, mirando a Scorpio con cierta mueca de resignación—. Si eliminamos la habitación de la planta sexta, al cojo y a esa familia, solo nos quedan dos sospechosos.

—Averigua quién pagó por ingreso al contado y vive solo, ese será nuestro hombre —ordenó Scorpio.

Virginia tomó su chaqueta de la percha y se dirigió hacia la salida.

—Tenemos una cita con nuestro “amado” coronel Murdek. Hace tiempo que no sabemos de él, es hora de visitarle —aseguró.

Virginia se presentó en una de las mansiones de las colinas de Hollywood, aportando sus acreditaciones, acompañada por Scorpio y Bambi. Entraron en aquella fastuosa vivienda observando los detalles de calidad que la adornaban. Diferentes armas y cuadros de todas las épocas permanecían exhibidas, como si de un gran museo se tratara. La agente se quedó frente a un enorme lienzo que mostraba una guerrera meciendo de lado la espada de Ares, un gran golpe de sangre llenaba la hoja y la parte derecha de la pintura. El bello se le erizó y un escalofrío recorrió su cuerpo. Los ojos de aquella mujer parecían los suyos y su rostro, que transmitía tanta dulzura como fuerza, parecía hablarle en silencio.

—Díganme, ¿en que puedo servirles? —preguntó una agradable anciana, vestida con tela negra y un delantal blanco.

—Por favor, dígame al coronel Murdek que la agente especial Virginia Landis está aquí —respondió Scorpio, observando cómo su compañera estaba tan anonadada observando aquel cuadro. Tanto como Bambi.

—Aquí no vive ningún... ¿cómo ha dicho?. Sí, coronel Murdek. Pero si desean esperar, don Alessandro no tardará en llegar. Por favor, pueden esperar en la terraza.

—¿Quién es? —preguntó Scorpio, acercándose a Virginia y observando el cuadro.

—Hipólita —respondió ella, extasiada, y recorrió con su mirada la estancia, ensanchado su ojos con cada lienzo, con cada estatuilla divina que colmaba aquel suntuoso hogar.

Los agentes salieron al jardín de la mansión. Era enorme, con diferentes esculturas de la Grecia Clásica y una gran piscina; entre ellas una estatua de Artemisa, armada con un arco y acompañada de una cierva. Las vistas eran impresionantes, se podía apreciar el enorme letrero de Hollywood, una laguna boscosa y el monte escarpado que la rodeaba.



Apenas pasó un cuarto de hora, un helicóptero se dejó oír batiendo con fuerza sus aspas. Aterrizó a unos diez metros de la terraza, levantando un viento que agitó las vestimentas y cabellos de los agentes. El coronel Murdek bajó recto, con su estilizada figura y su mirada única fijada en Virginia.

—¡Nos volvemos a ver! —exclamó.

—Sí, coronel Murdek... ¿o prefiere que le llame don Alessandro? —dijo Virginia.

—Lláname mi coronel, me gusta más. Sabes que no puedes venir aquí, si no es por una urgencia muy seria. ¿Me traes grandes noticias o necesitas mi ayuda?

—Las dos cosas —apuntó ella.

—Permitidme que me refresque un poco, las alturas me ponen nervioso.

Aquel hombre se deshizo de su gabardina y sombrero y se quitó la chaqueta, bajo esta llevaba una automática que brillaba a la luz del sol. Se acomodó en una mesa, junto a la piscina, dirigiendo su mirada a la sirvienta de la casa, como perdonándole la vida.

—Es que es ella, señor —susurró la sirvienta, agachando la cabeza, consciente de que nadie debía ser recibido en aquella mansión, y menos sin cita previa.

—Por favor, tráeme agua dulce con limón y a mis invitados, lo que gusten —solicitó—. ¿Deseáis un refresco?

—No, la verdad es que tenemos prisa —contestó Virginia.

—Hum, siempre con prisas. No son buenas consejeras, no dejan tiempo a la reflexión.

—Fuimos al MacArthur Park, donde hallaron los cuerpos...

—De los cazadores que eliminaste —interrumpió el coronel—. ¿Ya sabes quién te la jugó? Seguro que sí.

Virginia calló, sintiéndose descubierta.

—Encontremos un parche pirata en el suelo —aseguró Scorpio, mostrándoselo.

Murdek se levantó con tranquilidad y se acercó hasta él, recogió el parche de su mano y sonrió incrédulo.

—No tenéis ni puta idea de quién fue —aseguró con cierta decepción.

Por un momento se hizo el silencio. Virginia se acercó hasta el coronel y recuperó el parche sin apartar la vista de aquel hombre.

—Tú me lo dirás —aseguró ella.

—Sí, el parche es mío... Siempre fue la mejor. Tú todavía tienes mucho que aprender para estar a su altura. ¡Qué fierecilla! —asintió Murdek con un tono de orgullo.

—¿Hace mucho que trabaja con Mirina? —preguntó Virginia, comprendiendo de quién hablaba.

—¡Mirina! No, que va... Nunca he tenido el privilegio de trabajar con ella. Aunque la verdad es que fue mi alumna, la más aventajada sin duda.

—¿Y el parche?

—Fácil: soy su objetivo —aseguró el coronel.

Luego, volvió la vista lentamente hacia los lados y respiró profundamente, altivo, resignado, como esperando algo.

—Mirina es buena, sí... Muy buena. Nadie sabía mi paradero, excepto Donna y tú. Increíble, mi fierecilla os ha usado para llegar hasta mí. Seguramente estará observándome en este momento, acariciando el gatillo. Solo le queda Donna y habrá terminado su...

Apenas salieron aquellas palabras por su boca, un golpe de sangre, acompañado de un zumbido, salpicó la cara de Bambi. El pecho del coronel Murdek quedó abierto y cayó de frente al suelo de la piscina. El fuerte impacto traspasó la pared de la casa alertando a la sirvienta, que salió rápidamente, gritando. Los agentes se lanzaron al suelo, protegiéndose, con sus armas y mirando hacia todos lados.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un obús? —preguntó Bambi.



—¡Le han disparado! —exclamó Scorpio.

Virginia se levantó con cautela, buscando el lugar de procedencia del disparo. No vio nada. Anduvo entre los setos con su Bren Ten 10 mm en las manos, fijándose en una lejana colina arbustiva, a más de 1.800 metros.

—Está lejos, ha disparado con un Light fifty —apuntó.

—Quien quiera que sea, ha querido asegurarse —dijo Bambi, arrastrándose por el suelo hasta un pequeño muro que rodeaba la hacienda.

Virginia guardó su arma mirando hacia la colina, apretando los dientes, lamentando lo ocurrido, sintiéndose engañada, utilizada, y regresó junto a Bambi para comprobar que se hallaba bien. La sangre caliente que la bañaba era del coronel, aunque ella permanecía fría y pálida como la estatua de Artemisa.

—Debemos marcharnos —ordenó Scorpio.

—¡Vamos! ¡Quizás podamos alcanzar al tirador!

Los tres salieron rápido hacia la salida, mientras la sirvienta de la casa llamaba por teléfono, temblorosa. De pronto se alzó, corrió y se abrazó a Virginia, llorando.

—No te vayas, hemos sufrido tanto por ti —suplicó.

Sin comprender, Virginia la separó de aquel abrazo con dulzura y la sentó en un silla. Aquella cara comenzaba a parecerle familiar. La mujer no dijo más, inclinó la cabeza y lloró susurrando una y otra vez el verdadero nombre del coronel.

En la distancia, entre unos arbustos de aquella cima, Mirina se erguía con un fusil Barret .50 82A1 en sus manos. Limpió su sudor, pasándose el brazo por la frente y la boca, y sonrió satisfecha mientras veía el vehículo 4x4 de Virginia dirigirse hacia ella por la carretera. Dejó una bala con su vaina expuesta a la vista, en la hierba, corrió hacia un Ford marrón que la esperaba en marcha y se alejó de inmediato.

Apenas cinco minutos después, Virginia se agachaba en aquel lugar y recogía la munición 7,61x51 mm OTAN. Observó en todas direcciones, mientras pasaba el pulgar por la bala del cartucho.

—¿Es para ti? —preguntó Bambi.

—Seguramente —respondió Virginia y lo guardó en un bolsillo.

El vehículo 4x4 avanzaba por la 101 de Los Ángeles. Con un gesto de rabia, Virginia se lamentó sintiéndose responsable de la muerte del coronel Murdek. Golpeó por dos veces el volante y se fijó en Scorpio. Se hallaba lejano, distante, preocupado.

—¿Steven está solo? —preguntó Bambi, preocupada, posando la mano sobre el hombro de Virginia.

—Está con su familia. Sus padres y hermanas le cuidan y tiene la protección de dos agentes del FBI —respondió Virginia, de forma escueta.

—Espero que le hayan instalado en una habitación con menos vistas al exterior. Podrías dejarme en el hospital, esa asesina es implacable —insistió Bambi.

—No, tenemos trabajo y no creo que fuera ella.

—Mirina no pretendía incriminarte, sino que le delataras el escondite de Murdek —afirmó Scorpio, sin abandonar su postura seria.

—Ella disparó sobre los cadáveres —aseguró Virginia.

—Y dejó el parche después del registro que hizo la policía —concluyó el capitán.

—Sabía que yo insistiría y lo hallaría. La he llevado hasta él, me siento fatal —afirmó Virginia y quedó en silencio.

—Déjame aquí, vete con Bambi. Luego me acerco a por vosotras —dijo Scorpio al pasar por el MacArthur Park.



—¿Vas a la cueva? —preguntó Virginia.

—No.

—Espero que tengas suerte, estará preocupada por ti — le deseó Virginia, asumiendo que iba en busca de su amada novia, que seguramente pretendía recuperarla.

—Pasaré por el ático de Bambi en un par de horas. Han sido unos días muy duros. Deberíais descansar un poco —contestó Scorpio con un mueca de contradicción y un chasquido.

## Capítulo 19

### UN OBJETIVO FÁCIL

El timbre del teléfono móvil sonó repetidamente. Scorpio, apoyado en el capó de la vieja furgoneta marrón, miró el número de procedencia de la llamada y vio, con una mueca de preocupación, que era reservado.

—Estoy esperándola frente al edificio de Bambi. Sí, hace unos días que viven juntas. El apartamento ya no es un sitio seguro. Espera, ahora mismo está llegando al coche — contestó y le pasó el móvil a Virginia.

—Yo conduciré, pon el manos libres. ¿Alguna novedad? ¿Quién es? —preguntó Virginia, subiendo a la furgoneta por la puerta del conductor—. Bambi baja en un momento, no sabe si se dejó la nevera abierta.

—Es Donna Ludwig.

La expresión jovial de Virginia desapareció.

—Dime —contestó.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo se te ocurrió ir al domicilio del coronel Murdek? —gritó Donna, muy enojada, irreconocible al perder la compostura y clase que la caracterizaba.

—Encontramos uno de sus parches en la escena del crimen del parque, pensé que tenía algo que ver. Alguien quiere incriminarme, yo no uso mi arma oficial y él nunca me lo puso fácil.

—Debiste consultármelo antes de presentarte allí. Era una burda trampa y caíste en ella como una vulgar principiante. En verdad, veo que es lo que eres. ¿No? Me avergüenzas. Posiblemente el coronel tenía razón, siempre dudó de ti. Creí que solo te quería proteger. Si no fuera por quién eres... Si no fuera por la memoria de María, yo misma acabaría hoy contigo. Ese hombre confió en nosotros su vida, trabajó bajo nuestra protección más de veinte años. Tenías que haber confiado en mí. Nunca te presentaría a una persona que no supiera quién es, que no fuera de los nuestros.

—Lo siento —respondió Virginia, mientras trataba de asimilar las fuertes recriminaciones.

Donna continuó, con más calma, pero de forma rotunda.

—Murdek fue un maestro en artes y tácticas de guerra, uno de nuestros mejores hombres en contraespionaje y misiones de alto riesgo.

Por unos segundo permaneció en silencio.

Un silencio tenso que finalmente rompió:

—Alessandro era tu padre.

—¿Mi padre? —murmuró Virginia.

—Cuando naciste se descubrió ante sus enemigos al querer conocerte, no escuchó a nadie. Fue un error. Dejó su anonimato e identidad, tuvo que abandonar Europa. Pusieron precio a su cabeza, fue herido seis veces, perdió su ojo y tres dedos en la última visita que te hizo y finalmente se convirtió en un objetivo de Mirina. Nada le impidió conocer a su pequeña; la hija de Ares, como él decía. Vivía oculto en esa mansión, aún así conseguimos proporcionarnos información



valiosísima gracias a sus contactos y se ocupaba de formar a nuestros mejores agentes. Su hogar era la Red y nosotros sus guardianes. Tú le has matado.

Virginia abrumada por aquellas palabras, giró su rostro hacia Scorpio, con la boca entreabierta, sin saber qué decir. Se sintió derrotada, avergonzada y humillada.

—Hemos estado en España y tenemos preguntas que necesitan respuestas. Mirina actuará el 29 de marzo, sin duda alguna —aseguró Scorpio ante el silencio de Virginia.

—Os espero en mi despacho. Pero tendréis que esforzaros más, si no queréis que Mirina sea el menor de vuestros problemas.

—Quizás no esté a la altura de esa mujer —expuso Virginia sin quitarse del pensamiento a Murdek, sin poder apartar aquella nueva realidad de su mente.

—Entonces, morirás —afirmó categóricamente Donna y colgó.

—Ya estoy aquí —dijo Bambi, abriendo la puerta de la vieja furgoneta, inconsciente de la llamada de Donna—. Ya podemos ir a la cueva, perdonad el retraso. La nevera estaba cerrada, pero el grifo del baño lo dejé abierto. Ya sabía yo... ¿Cómo te fue en tu cita?

—Fatal —respondió Scorpio.

Bambi observó los rostros serios de Scorpio y Virginia.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

—No, nada —dijo Virginia mientras arrancaba el motor.

Al llegar a las oficinas del MacArthur Park, Virginia se sentó frente a una pizarra donde tenían colgadas las fotos y notas sobre los dos casos y tomó entre sus manos el dossier que le había preparado Barbie.

—¿No ha aparecido Raichel? —preguntó.

—No, seguimos sin noticias de ella. El FBI la está buscando, William está en ello. Ha preguntado por ti, deberías llamarle. El capitán Harris sigue esperándote —respondió Barbie.

—Esto comienza a ser preocupante —aseguró Virginia.

—He registrado su apartamento y no he hallado nada, no ha estado allí en todos estos días —apuntó Barbie.

—Deberíamos hablar con William, fue la última persona que la vio —murmuró Bambi.

Virginia se rodeó escuchando aquellas palabras y quedó pensativa, observando la pizarra, tratando de que le hablara. Todo su mundo se venía abajo entre recuerdos olvidados de su más tierna infancia, cuando Eva, su madre, jugaba con ella. ¡Alessandro! No le recordaba ni pensaba en él o quizá nunca le conoció, dudaba de todo. Su madre nunca le habló de él, ni una imagen, ni una palabra. Se suponía que había fallecido en un accidente de tráfico y lo enterró para siempre de su memoria.

—He continuado con el listado que dejó Raichel, creo que tengo localizadas a las dos jovencitas que rescatemos en la Quinta del Cuervo. Yo no las conocí, pero deben de ser ellas. ¿Verdad? Dos hermanas, una rubia y la mayor, pelirroja —comentó Barbie.

Virginia se irguió de inmediato al escucharla, dejando atrás sus pensamientos.

—¿Tienes localizadas a las niñas? —preguntó Scorpio.

—Están en el Instituto Rossnborg —aseguró Barbie, mostrando las imágenes de sus fichas de estudiante en la pantalla del ordenador.

—¡Sí, son ellas! —exclamó Virginia.

—Y en ese edificio frente al hospital solo dos de los sospechosos pagaron el alquiler por ingreso en metálico. Frank Muller, una alemán que llegó hace cuatro días y Marco,



el cojo que lleva una semana como inquilino; así que nuestro hombre debe de ser el tal Frank Muller —aseguró Barbie.

—Buen trabajo, Barbie —apuntó Virginia.

—Agradéceselo a Raichel cuando aparezca. En su lista de posibles centros privados donde buscar, Rossnorg estaba el primero.

—Perfecto. Las niñas nos llevarán hasta Mirina —apuntó Virginia con una triste mueca de satisfacción.

—Era cuestión de tiempo, aunque estos ordenadores cada vez fallan más, desde hace tres días se los comen los virus —apuntó Barbie—. Me resulta muy difícil trabajar. Apenas los limpio y ya tengo una nueva invasión.

—Debemos solicitar una conexión más fiable, parece mentira que seamos un grupo especial de investigación —expuso Scorpio, encendiendo un cigarrillo.

—Es mediodía, podrías encontrarte con ellas a la salida del instituto. Si damos pronto con Mirina, podríamos evitarnos muchos dolores de cabeza —aseguró Barbie.

—Donna tiene razón. No soy más que una vulgar principiante al lado de Mirina, cometo muchos errores y cuestan vidas —susurró Virginia, ladeando con tristeza la cabeza sobre la pizarra. Y observó aquella fecha “29 de marzo” y las inscripciones “Casa Blanca” y “Objetivo: Presidente”.

—No creas. No somos principiantes, ni nos hemos caído de una puta higuera. Estamos solos y lo hacemos lo mejor que podemos, a pesar de todos los problemas con los que tenemos que hacer frente. ¿Virus en nuestros ordenadores? No me gusta este asqueroso lugar, ni las filtraciones de esa rata del FBI, ni tener caza recompensas pisándonos los talones. Además, los equipos informáticos de esta cueva son una puta mierda y la información que nos proporcionan desde

Washington está manipulada... Todos nos mienten. ¿Dónde está Raichel? A veces pienso que nuestro objetivo es fracasar —asintió Scorpio, un tanto furioso, estrellando el cigarrillo en el cenicero.

—¿Me vais a contar qué ha pasado? —preguntó Bambi, intrigada por las palabras de desánimo de sus compañeros.

—Creo que el objetivo no es Obama, sino la Primera Dama —advirtió de pronto Virginia.

Scorpio y Bambi la miraron con sorpresa. Barbie se sentó abriendo sus manos, esperando una conclusión.

—Toda la atención estará puesta en esa conferencia. El Servicio Secreto se volcará en la seguridad del Presidente, más con los rumores que se han expandido sobre un posible atentado. Pero la Primera Dama se reúne con diferentes personalidades, damas y consortes de jefes de estado en una gala privada. Casualmente una fundación donde Mirina es alguien. La Primera Dama será un objetivo fácil para un profesional. Si nuestra “amiga” pretendiera realmente asesinar al Presidente, creo que nadie lo sabría.

—Sí, no tiene sentido que se filtre su objetivo con tanto tiempo —apuntó Scorpio.

—¿Estás segura? —preguntó Barbie.

—No estoy segura de nada, pero hay diferentes formas de acabar con un Presidente. Un hombre como Obama, en la cumbre del mundo y sin poder hacer nada por ella, se hundiría con el asesinato de su mujer, la persona a la que más ama.

—No comprendo nada —aseguró Bambi.

—Es posible que Mirina fuera contactada para ejecutar el trabajo, pero por algún motivo no aceptó. Montoro usó a sus hijas para obligarla y, además, en su ambición, trató de quedarse con el oro, posiblemente el pago que realizó ese jeque.



—Sigue —dijo Scorpio.

—Mirina matará a quién sea por defender a sus hijas. Algo se nos escapa. Con Montoro en la cárcel y sus hijas a salvo, no tiene por qué ejecutar el contrato. Pero sigue adelante. ¿Por qué? —se preguntó Virginia en voz alta.

—Quizá no exista contrato y todo quede en nada —apuntó Barbie.

—No, Montoro me aseguró que las cartas estaban jugadas y habló en femenino para referirse al objetivo. Dijo que estábamos condenadas. Mirina sigue adelante, lo hará.

—Las mafias utilizan métodos muy crueles, a menudo usan a las familias como moneda de cambio. Es posible que la tengan pillada de algún modo con sus hijas, que se vea obligada —apuntó Scorpio, intercediendo por Mirina ante la mirada perspicaz de Virginia.

—¿Crees que será en la gala de esa sociedad de mujeres? —preguntó Bambi.

—Es lo que pienso. Mirina es muy cauta, sabe tejer sus hilos. Pero ahora tenemos su verdadero nombre, su fotografía y a sus hijas; podemos localizarla —expuso Virginia.

—Si no continúa en Los Ángeles, solo hay un sitio donde puede estar a unos días del magnicidio —aseguró Bambi.

Virginia se acercó a la pizarra y colocó la fotografía de Mirina.

—En Nueva York... Barbie recoge la información que hemos preparado del Carnicero de la Cabaña y mándasela a Harris. Insiste en que tiene que reabrir el caso. Capitán, Bambi, iremos a ver a esas dos jovencitas. Al volver conoceremos a Frank Muller y al otro inquilino de ese edificio, ya sabéis lo que se dice: nunca te fíes de un cojo.

El timbre del teléfono de Scorpio volvió a sonar.

—Es Harris —apuntó.

Las tres agentes se quedaron mirándole mientras este afirmaba con la cabeza, escuchando, hasta que se despidió y colgó.

—¿Te ha pedido de nuevo que me lleves a sus oficinas? No puedo ir. Harris no mandará a nadie para que me detengan. Pero si voy allí, no saldré —expuso Virginia posando sus manos en la cintura y negando con la cabeza.

—Harris no me ha dicho ni una palabra de ti. Me ha llamado a mí, ya que no atiendes sus llamadas. Acaba de notificarme que Montoro ha salido bajo fianza.

—¿Cómo es posible? —preguntó Virginia, contrariada.

—Le han retirado el pasaporte y le han impuesto una fianza de 10.500.000\$. Su abogado la ha pagado, estará fuera hasta el día del juicio.

—No puede ser, nunca se presentará. En unas horas estará fuera del país, si no lo está ya. ¿Cómo han podido liberarle? —preguntó indignada Virginia.

—Montoro tiene sus métodos, contactos, buenos amigos que le deben favores —apuntó Scorpio.

—Debemos extremar la vigilancia —aseguró Bambi.

—Creo que es el pago por delatar a Papito y su arsenal de cocaína. Y quién sabe qué más —apuntó Scorpio.

—Montoro sabía que iba a salir de la cárcel —remugó Virginia, recordando las palabras que le dijo en la celda.

—De momento, queda libre. Pero el Gobierno ha desarticulado su red en Colombia y en Estados Unidos, han acabado con un peligroso narcotraficante y con un exagente de la CIA convertido a narco y, si Montoro decide huir, aún ganará 10.500.000\$. No es mal negocio.

—¿Pretendes justificar que ese asesino sea puesto en libertad? —preguntó Virginia.

—No, trato de buscar algún por qué —contestó Scorpio.



Rosnberg era una escuela privada, fuera del alcance de ciudadano medio, con un prestigio intachable. Solo los más distinguidos alumnos tenían cabida allí. Virginia llegó acompañada por Scorpio y Bambi, que se quedaron en la vieja furgoneta, vigilantes. Ella se dirigió hacia el centro educativo. Habló con diferentes profesoras y se sentó en un banco, frente a la salida, al lado del mástil donde ondeaba la bandera americana. Observó una fuente, en la que la figura de un joven parecía bailar sobre la nuca de cuatro mujeres de piedra. Frente a ella se alzaba un hermoso jardín, con coloridas flores y numerosos setos. El cantar de los pájaros era el único sonido perceptible, hasta que quedó roto con la algarabía de los jóvenes. Las clases habían terminado.

Una mujer hermosa, pelirroja, con el pelo recogido, avanzó por el paseo, acercándose hacia ella. Llevaba gafas de pasta rosa y vestía elegante con tacones cortos, un bolso a juego, una falda larga y una blusa apropiada para una madre que llega a recoger a sus hijas. Virginia la vio y dio certeza a sus sospechas: Mirina. Sus miradas se cruzaron y sintió cómo la piel se le erizó mientras la sangre se agitaba en sus venas. Ante ella podía percibir una misteriosa y poderosa fuerza que alertaba todos sus instintos.

Mirina se sentó a su lado y ambas quedaron en silencio, mirando al frente.

—Kristen Valentine, un nombre muy bonito —apuntó Virginia.

—Hace tiempo que nadie me llama así. ¿Qué quieres de mí?

—Son tus hijas, ¿verdad?

—¿Qué quieres de mí? —insistió.

—Sabes lo que quiero.

Mirina giró la cara hacia ella y se alzó las gafas, fijándose en sus ojos, penetrando en su mente.

—¿Vamos a matarnos aquí? —le preguntó, imperturbable en su mirada.

—Entrégate.

—No estás en posición de exigirme nada: ¿te importan las vidas de Scorpio y Bambi? Supongo que ya conoces a Ilenka y a Anna.

Virginia volvió su vista hacia la furgoneta. Para su sorpresa Scorpio y Bambi estaban fuera, apoyados en la puerta del vehículo con cara de contrariedad. Tras ellos, vio dos jóvenes, vestidas con modernas prendas de cuero y una larga chaqueta, que ocultaban sus manos armadas. Las reconoció enseguida: una de ellas era la pelirroja que conducía el Ford marrón; la otra, la simpática enfermera rubia que cuidaba de Steven.

—La orca y su amiga muda —asintió Virginia.

—Sí, son de la familia... —confirmó Mirina.

Entre la multitud de escolares, las hijas de Mirina salieron del colegio y, al verlas, se acercaron corriendo hasta ellas, muy animadas. Tras darle un beso a su madre, la mayor, se dirigió a Virginia.

—La profesora me ha dicho que nos buscaba una agente federal. Eras tú, ¿verdad?

—Sí, quería saber cómo estabais. No tuvimos tiempo de despedirnos.

—Madre, esta es la agente que nos salvó... Es ella, es Hipólita. Siento su poder, es maravillosa, su energía es tan hermosa. ¡Es como nosotras! —añadió girándose hacia Mirina.

—Sí, hija, lo sé. Es tu tía Virginia —respondió Mirina, con una sonrisa maternal que desconcertó a Virginia.

—¡Lo sabía! —exclamó la muchacha—. ¿Le has contado que seré reina? ¿Vendrá a la ceremonia? Estoy tan contenta de verla de nuevo —insistió la joven.



La menor, con los ojos abiertos como platos, abrió la boca con una gran sonrisa y un ligero “hola” salió de ella.

—Tu tía ya se iba, es una persona muy importante y ocupada. Pero ha sacado tiempo para venir a veros. Dadle las gracias —aseguró Mirina con una mueca amable.

—¿Te marchas? —preguntó la joven volviéndose hacia Virginia, con cara triste.

—Sí, tengo que irme... Me esperan —respondió ella.

—Oh, qué lástima, quería preguntarte tantas cosas. ¿Nos veremos en la gala? Sí, vente. Podrías acompañarnos —le propuso la pequeña con voz alegre—. Mi madre seguramente no podrá asistir, tiene trabajo. ¡Siempre tiene trabajo!

—Es posible que nos veamos, aunque yo también tengo que trabajar. Me temo que será un día movido. Las dos tendremos mucho trabajo.

Virginia volvió la vista sobre Mirina, sin saber cierto cómo actuar. Aquellos hermosos ojos eran el reflejo de sí misma, la vieja chamán peruana no se equivocaba. Recordó las palabras del Inspector Jefe de la policía española. Kristen Valentine era el nombre de aquella mujer. Aunque en un principio no había hecho caso al apellido, ahora sabía que no podía ser una coincidencia. Y pensó en las palabras aquella niña: ¡es como nosotras! Se fijó en la más pequeña, que la miraba sonriendo con sus enormes ojos llenos de inocencia y alegría. Volvió su vista hacia la furgoneta, donde Scorpio permanecía con la cabeza agachada. Y supo que no sería fácil: Mirina era en verdad poderosa, la sangre de Ares también corría por sus venas: era su hermana.

—Mi nombre es María y ella es Emma. No habla mucho, pero cuando quiere se hace entender de fábula, le caes muy bien —le dijo la jovencita, sacándola de sus pensamientos.

—Estoy muy contenta de conoceros. Pero ahora tengo que irme.

—Dadle un beso a vuestra tía —añadió Mirina, con una sonrisa maliciosa.

—Nos veremos pronto —les dijo Virginia, despidiéndose, recibiendo el abrazo y los besos de las niñas.

—Sí, no lo dudo —respondió Mirina y rodeó a sus hijas con los brazos.

Conforme Virginia se acercaba a la furgoneta, Anna e Ilenka avanzaron, dejando atrás a Scorpio y Bambi, y se cruzaron con ella lentamente.

—Cuida de tu hombre. Yo no me fiaría del suero, puede estar caducado —le aseguró Anna, e Ilenka le guiñó el ojo.

Virginia aceleró su paso tras oír aquellas palabras.

—Vamos, en marcha —exclamó subiendo a la vieja furgoneta, poniéndose al volante y acelerando conforme Scorpio y Bambi subían, sin apenas darles tiempo a cerrar la puerta.

—Lo siento, esas mujeres nos pillaron desprevenidos —se disculpó Bambi—. ¿A dónde vamos? ¿Qué te ha dicho?

—Han envenenado el suero de Steven, llama al hospital... ¡Rápido!

Bambi posó sobre el capó una azulada luz rotativa y conectó la sirena, mientras emitía un ligero bufido. Scorpio permanecía en silencio, contrariado. Virginia se fijó en él, en su rostro atónito que no delataba nada bueno. Solo le había visto así una vez: cuando vio la fotografía de Mirina por primera vez en el aeropuerto de Madrid. Desde entonces no había sido el mismo.

—Esas mujeres son muy buenas, deberían formar parte de nuestro grupo —aseguró Bambi, mientras se ponía en contacto con Barbie para que avisara al hospital.

—¿Estás bien, Scorpio? —preguntó Virginia.



—Sí... Perdona, no sé cómo pudimos dejarnos sorprender así. Creímos que Mirina estaría en Nueva York. Debimos suponer que podía estar aquí, cuidando de sus hijas.

Pero había algo más. Virginia lo notaba en la amarga expresión de Scorpio y una duda la inquietaba.

—Una vez me dijiste que éramos un equipo, una familia. Desde entonces siempre he confiado en ti y te he contado todo aquello que debías saber y lo que no. Dime, es ella, ¿verdad?

Scorpio giró su rostro, la observó a los ojos por unos momentos y fijó su vista al frente.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Montoro me pidió que le preguntara a mi querido amigo por Mirina. Y realmente, yo solo tengo un amigo.

—No sé si podré disparar llegado el momento. Sí, mi novia es Mirina, o más bien era.

Bambi abrió los ojos como platos y estiró los labios, incrédula ante lo que escuchaba.

—¿Mirina es tu novia? —preguntó por dos veces consecutivas.

—Vive cerca de la cueva, siempre la hemos tenido al lado. Cuando descubrí quién era al ver su fotografía en el aeropuerto de Madrid, creí morir. El mismo día que regresamos traté de detenerla. No pude. Fui a verla, me preguntó cómo estaba y supo que lo sabía. Se levantó, tomó su chaqueta, apretó mi hombro como despedida y se fue. Quise decírtelo, pero no encontré la forma. No. Debería retirarme del caso, del grupo. Me hago viejo. Esa mujer me ha estado usando. ¡Putá mierda!

Virginia apretó el acelerador entrando a toda velocidad por la avenida, sin responder a Scorpio, adelantando vehículos precipitadamente. En plena carrera miró a Bambi por el

retrovisor, que también la observaba guardando silencio ante aquella confesión.

—Barbie se ocupa del hospital —murmuró, y apretó los labios tras colgar el teléfono.

—¿Qué te dijo? —preguntó Virginia.

—¿Qué me dijo? —respondió Scorpio, sin entender.

—La entregaste el anillo, ¿no? ¿Le gustó? —insistió Virginia, como si todo lo demás no importara.

—No... La verdad es que con mis dudas, nunca encontré el momento ideal para dárselo. Ignorante de mí, tuve miedo de dárselo, temía hacerla daño —susurró el capitán.

—Anna, la orca española; Barbie ha conseguido la información —aseguró Bambi, sin acabar de asimilar lo que escuchaba.

—Dime —respondió Virginia.

—Esa Anna tiene un historial ejemplar en la Policía Nacional. Barbie me ha confirmado que es la pelirroja que siguió a Cinthya. Su amiga Ilenka es doctora en medicina y una acaudalada que colabora con diversas oenegés y trabaja de enfermera, como voluntaria, en varios centros médicos, entre ellos nuestro hospital; es muda de nacimiento. Alertará al médico para que revise el suero, nos avisarán si encuentran algo.

—Álvaro tiene razones por qué preocuparse con su orca —apuntó Virginia.

—Día de sorpresas —aseguró Scorpio.

—¿Qué más ocurre? ¿Lo vais a soltar ya o qué? —preguntó Bambi.

—Ese hombre, Alessandro Valentine, el general Murdek, era mi padre —expuso Virginia.

Bambi agachó la mirada al suelo de la furgoneta, atónita. Levantó una ceja y miró hacia el frente.

—Lo hemos matado nosotras... ¿Verdad? —aseguró.



—Sí. Llevemos a Mirina hasta su refugio.

La joven agente se dirigió de nuevo hacia Virginia, que conduciendo al máximo que daba la vieja furgoneta, esquivaba vehículos y semáforos.

—¿Era de los nuestros?

—Sí, eso dicen.

—Pudo haberlo dicho. ¿Por qué no dijo nada?

—Su cabeza tenía precio. Me abandonó con apenas cuatro años.

—Quizás pensó que era lo mejor para ti en ese momento.

—Mirina no ha abandonado a sus hijas.

—Le costará caro estar junto a ellas: Montoro las matará si no actúa y nosotros la hemos localizado gracias a ellas. No debe de ser fácil: tu padre te mantuvo apartada de este mundo, nadie te usó para llegar hasta él, ni has estado en peligro por ser su hija... hasta ahora —opinó Scorpio.

—¿Apoyas su decisión? Puede que tengas razón, pero nadie me preguntó que quería yo. Hubiera preferido conocerle, saber quién soy.

—No, no apoyo su decisión. Yo no me separaría nunca de mi hija. Además, conociéndole, es posible que lo hiciera por su propio bien, no por el tuyo —contestó Scorpio.

Virginia quedó en silencio, no había pensado esa posibilidad.

Una llamada al móvil de Bambi acabó con la conversación.

—Dime, Barbie.

—Hemos descubierto una bolsa de suero con fentanilo. Pásame con Virginia.

—Está conduciendo y lleva prisa, pondré el “manos libres”.

—Dile que esté tranquila. Steven está a salvo, no ha recibido ninguna transfusión contaminada. Lo tenemos todo controlado. ¿Sabéis quién ha sido?

Virginia negó con la cabeza, sintiéndose tranquila.

—No, pero sospechamos de la enfermera, la rubia tan simpática, la muda que atendía a Steven. Trabaja para Mirina —contestó Bambi.

—¿La enfermera trabaja para Mirina? No creo que fuera ella, el único positivo ha dado en un lote que ha llegado esta tarde y hoy no ha ido por el hospital —aseguró Barbie.

—Si no ha sido ella, ¿quién puede haber sido? —preguntó Bambi.

—Según el doctor, quien fuera ha tenido que inocular el fentalino hoy mismo, la bolsa contaminada estaba preparada para ser usada en la habitación de Steven. Solo ha podido ser una persona que tuviera acceso esta mañana; sino, estaría todo el lote contaminado —contestó Barbie.

—Alguien quiere acabar con tu novio sin dejar rastro —aseguró Scorpio.

—Nadie hubiera podido evitar su muerte. El fentanilo es una analgésico que se absorbe rápidamente; en el estado que se encuentra Steven, nunca habiéramos detectado su presencia... y no es mi novio —apuntó Virginia.

—¿Sabes algo de Raichel? —preguntó Bambi.

—No, pero William pasó por aquí, venían del hospital —respondió Barbie—. No han encontrado nada. Se acercó acompañado por el capitán Harris. Creo que es mejor que os marchéis cuanto antes a Washington, Donna os está esperando. Steven está bien cuidado por sus padres y hermanas, no le dejan solo en ningún momento. Y Harris tiene muchas preguntas. Están aquí, en el despacho de Virginia, esperándola, creo. Le he pasado la información del francotirador y ha solicitado una orden para registrar el piso del sospechoso. A ver si así nos deja respirar un poco.

—Sí, mejor que nos alejemos de Harris —apuntó Virginia.

—¿Sabes si ha ordenado el arresto de Virginia? —preguntó Scorpio.



—No. No lo ha hecho, creo que está retrasando todo lo posible la orden. Aún tenemos algo de tiempo para encontrar a Mirina.

—Ya la hemos encontrado. Pero ha volado, aunque no tardaremos mucho tiempo en volver a verla —aseguró Virginia—. Dime, ¿algo nuevo del Carnicero de la Cabaña?

—Estoy en ello. Los archivos de Henry han desaparecido del FBI. Sin embargo, en la documentación que tiene en el ordenador personal de su domicilio he encontrado algo interesante: encontró nuevas víctimas potenciales de ese monstruo, las recopiló de diferentes casos sin resolver.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Bambi.

—Sí, pero, al parecer, antes de que liquidáramos a Bebé seguía un rastro...

—¿Qué rastro? ¿Tenía un sospechoso? —preguntó Virginia.

—Sí, pero no consta. Seguramente decidió no incluir el nombre de su sospechoso en su informe tras la muerte de Bebé.

—Tienes que localizar a Henry —dijo Virginia.

—He intentado hablar con él, pero me resulta imposible. Abandonó su apartamento y desapareció tras su jubilación. Harris cree que está con los osos, en una cabaña que tiene en Alaska, disfrutando de la buena pesca. No hay cobertura.

—¿Henry está en Alaska? —preguntó Virginia, extrañada—. ¿Y dices que dejó su ordenador en marcha?

—¿Allí hay osos? —preguntó Bambi—. Creía que solo había petróleo y hielo.

—¿Puedes reservar los billetes del vuelo a Washington? —preguntó Virginia.

—Estoy en ello.

—Danos unas horas. Antes vamos a realizar una visita a ese edificio, a ver si localizamos a Jonás el Cazador —ordenó Scorpio, revisando su arma—. Necesito un poco de acción...

## Capítulo 20

### COBRANDO UNA DEUDA

Scorpio, Bambi y Virginia se apresuraban por el pasillo de aquel edificio situado frente al hospital. Con las armas en las manos se acercaron a la puerta del inquilino Frank Muller, en ese momento llegaron los agentes del FBI.

—¡Mierda! —exclamó Scorpio al verles y bajó su arma.

—¿Qué haces aquí? Harris está esperándote en tus oficinas —preguntó William.

—¿Traes la orden para echar la puerta abajo o la tiro yo? —respondió Virginia.

—Veo que estás bien —comentó el agente, enseñándole la orden.

Virginia se volvió y avanzó hacia la puerta. Entonces se percató de que la siguiente estaba entreabierta. Un fuerte olor sacudió su fino olfato.

—Esperad, ese de ahí es el piso del cojo. ¿No? —preguntó. Bambi miró el número y asintió.

Virginia cambió de puerta y se dirigió hacia la del cojo.

—¿A dónde vas? No tenemos orden para entrar ahí —le avisó William.

Scorpio le indicó unas pequeñas manchas de sangre en la parte inferior de la puerta entreabierta, apenas visibles.

Introduciendo su Bren Ten 10 mm, Virginia entró en la oscuridad de aquel pasillo, ladeando lentamente la puerta. Observó tras esta y continuó entre la penumbra que ofrecían las persianas prácticamente bajadas.

Los demás agentes la siguieron. Habitación tras habitación, fueron avanzando en silencio, observando con las linternas pequeñas manchas de sangre en el suelo, hasta llegar al dormitorio. Estaba cerrado.



Virginia puso la mano en el pomo y lo giró. La puerta se abrió y una horrible visión apareció ante ella.

—¡Thomas Hans! —exclamó Virginia.

El joven recluta que la acompañaba en la soledad de sus noches de Parris Island, permanecía tumbado en aquella cama, desnudo, con el pecho ensangrentado, el cuello cortado y las muñecas abiertas hasta el codo. Sus manos estaban atadas a cada extremo de la cama, al igual que los tobillos. En el suelo, un bastón roto. Sobre la mesita, un fusil SIG 3000 descansaba entre oscuros acomodados de goma-espuma aterciopelada.

—Jonás el Cazador... Es él —murmuró Scorpio.

—Alguien se nos ha adelantado —apuntó Bambi.

—No es posible —dijo Virginia, tomando el fusil en sus manos.

—Dios, qué barbaridad. ¿Le han arrancado el corazón? —preguntó William, acercándose.

—No, parece que lo han apuñalado y desangrado de una forma... un tanto interesante —murmuró Bambi, investigando los cortes del cadáver.

—La bala que te dejó Mirina era del calibre 7,61x51 mm OTAN... ¿no?

—Sí, no era del Barret.

—Creo que la sacó de aquí —apuntó Scorpio, señalando los espacios de nueve balas del maletín, con tan solo ocho de ellas en una de las dos columnas.

—¿Lo conocías? —preguntó William, intentando comprender lo que hablaban.

—Sí, era un... Un recluta que conocí en Parris Island. Ahora lo comprendo, tarde como viene siendo habitual en mí. Él fue quien me disparó aquella noche, por eso no vino a verme como era su costumbre. El coronel Murdek lo sospechó y lo dejó cojo, por si acaso, para protegerme —contestó Virginia.

—Si me vio en la base, debió salir deprisa. Solo le había visto una vez, pero le hubiera reconocido —expuso Scorpio, observando los detalles de las heridas—. Parece que le hirieron en la cocina con una hoja ancha, larga. Luego le trajeron hasta aquí y... le hicieron esto.

—Me temo que el arma es una katana de afilada hoja y mango de hueso, con una pequeña calavera —apuntó Virginia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó William.

—Parece que es cierto que tu padre se preocupaba por ti. Pero, ¿por qué lo hace Mirina? Te dejó esa bala para que supieras que era cosa suya —dijo Scorpio.

—¿Ha sido Mirina? —insistió William.

—Esto es obra de una muda, una doctora con sed de sangre —aseguró Bambi.

—No entiendo nada, podríais ser más explícitas —replicó William, sintiéndose desplazado.

—En la Antigüedad existió una temida guerrera que acababa con sus víctimas de la misma forma. Empusa, reina de Tríbada, un demonio que bebía la sangre de los hombres tras amarlos —contestó Virginia.

—¿Otro loca en busca de una divinidad? —insistió William.

—No, esta solo busca venganza —apuntó Bambi.

—Nos marchamos —le indicó Virginia—. Tenemos una entrevista en Washington y no sé si nos mandarán a Nueva York o nos harán regresar. Me gustaría que me pasaras los detalles de todo lo que ha ocurrido aquí. Sé que me está esperando, pídele al capitán Harris un poco de paciencia, a ti te escuchará.

—¿Otra vez te marchas? No me gustan tus viajes, siempre estás en peligro, rodeada de muerte y locura. Deberías pensar en volver con nosotros, a mi lado, y dejar este mundo tan turbio en el que te meneas —le pidió William, con cierto reproche, con cierta nostalgia.



—¿Sabes algo de Raichel? Tengo entendido que estabais muy unidos últimamente —le contestó ella.

—No.

—Deberíamos irnos —apuntó Scorpio.

\*\*\*

Al día siguiente, en la habitación doble de un hotel de Washington DC, mientras Bambi la observaba, Virginia se abrochó frente al espejo un bonito sujetador blanco, de aros y con un pequeño y detallado encaje. Luego se sentó y comenzó a recogerse el pelo sin poder esconder su enfado: con Montoro en la calle sabía que en cualquier momento podía escapar a pesar de tener vigilancia policial las 24 horas.

—Me gusta dormir contigo, me gusta tu aroma —dijo Bambi, pasándole la mano por el hombro y recogéndole la melena.

—¡No! —exclamó Virginia.

—Deberías calmarte un poco —le aconsejó Bambi.

—¿Sabes que roncas? —le preguntó Virginia, volviéndose con una sonrisa.

—¿Yo? ¡Eso es mentira!

—Hum, deberías calmarte un poco.

—Sí, supongo que sí —dijo Bambi, mirando de reojo a Virginia.

—No hemos podido detener a Mirina y ahora en su domicilio no hay nadie. Los agentes que enviaron no han encontrado ni rastro alguno que delate su paradero, ni el de sus hijas.

—Deben estar en Nueva York, seguro que no andan muy lejos del edificio de la ONU —aseguró Bambi.

—Hemos confiado en Donna, pero esa mujer sabe mucho más de lo que nos ha informado. Si hubiera sabido antes... Además, es imposible que no estuviera al corriente de que

las dos niñas que tenía presas Bebé eran las hijas de Mirina —expuso Virginia.

—A mí no me gusta esa mujer. Pero me sacó de la cárcel, me dio una nueva vida y me ha traído hasta aquí. Tampoco me gustan Harris, Henry ni William...

—A ti solo te gusta tu negra, ¿verdad? —preguntó Virginia.

—Estás colada por Scorpio, crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras —contestó Bambi.

—¿Qué dices?

—No estoy ciega.

—Me comentaste que William salió con Raichel, ¿qué hay entre ellos? —preguntó Virginia, cambiando de tema.

—Están liados. No sé desde cuando, pero están liados. Hum... Si esa enfermera no ha sido, ¿quién ha inyectado el fentanilo en el suero de Steven?

—Esa orca y su amiga muda podían haber acabado con la vida de Steven cuando hubieran querido. Mirina no lo hizo. ¿Por qué me avisó? ¿Cómo sabía que iban a intentar acabar con él de tal modo?

—Está claro que la novia de Scorpio no tuvo nada que ver —afirmó Bambi, bajo la mirada resignada y condescendiente de Virginia.

—No, ya veo. Debe de ser cosa del Carnicero de la Cabaña —apuntó ella y tomó el teléfono de la habitación.

—¿Qué haces?

—Voy a llamar al capitán Harris. Creo que debía haberle llamado antes, le pediré personalmente que reabra el caso. No quiero que en el momento menos pensado me detengan mis propios compañeros del FBI.

—Te espero abajo, no tardes —le dijo Bambi, dejándola a solas con su llamada.



—Hola capitán —saludó Virginia con voz baja, respetuosa.

—Me alegro de oírla, agente Landis. Me dicen que está muy ocupada. Trato de comprender y no sé que pensar.

—Solo quería decirle que cuando regrese me entregaré. No es necesario que mande a nadie cuando curse la orden. Puede confiar en mí.

—No fui a sus oficinas a detenerla. Quería hablar sobre el Carnicero de la Cabaña. Ya he leído los informes que me mandaste. Si estás en lo cierto, es terrorífico.

—El Carnicero sigue matando: ha estado en Madrid. Es posible que haya tratado de matar a Steven, quizás sabía que le había descubierto, que estaba vivo y activo.

—¿No puede ser otra persona, un imitador? Ya he visto que la policía española avala sus informes. Tenemos que hablar y reorientar el caso antes de que salga a la luz pública. Esto nos va hacer mucho daño.

—He conseguido más datos de los archivos privados de Henry, su ordenador está conectado. No puede haberse ido a Alaska y dejar en marcha su equipo. Él siempre ha sido muy metódico y precavido. Es de los que apagan la corriente de casa cada vez que salen, por si hay tormenta.

—Me estás preocupando, mandaré una patrulla a su apartamento para que “apague” su ordenador. ¿Qué información es esa? Y no me digas cosas que no comprenda.

—Henry encontró otras posibles víctimas del Carnicero de la Cabaña en diversos casos sin resolver. Tenía un sospechoso. Sé lo que busca ese sociópata, está realizando un sacrificio, una hecatombe de vírgenes...

—¿Una hecatombe de vírgenes? ¿Qué me estás diciendo? ¿Que el Carnicero de la Cabaña quiere traer a este mundo a un dios?

—A una diosa.

—No sé quién está más loco, si tú con tus teorías o yo por escucharte. El Carnicero de la Cabaña debería estar muerto. Tú lo mataste. Ahora deberías explicarme por qué acabasteis con Bebé y toda esa gente si eran inocentes.

—Yo...

—No, mejor no me expliques nada ahora. Cuando regreses. Ahora ten cuidado, Montoro está en la calle y es muy peligroso. Además, al tirador de ese edificio lo han desangrado tras atarlo y partirle el corazón con una puñalada. ¡Ahora tenemos a una psicópata en la ciudad! ¡O a varias! No sé en que lío estás metida, todo baila a tu alrededor. Solo sé que en una semana has acabado con otras cinco personas, tres en el Parque y dos más en el hospital... A tu lado todo es muerte. Debes dejar que te ayudemos.

—¿Va a detenerme?

Harris no contestó. Virginia separó del oído el auricular y apretó los labios pensativa.

—El Carnicero de la Cabaña no está muerto, pero lo estará —susurró tras cortar la comunicación.

En su despacho, Harris irguió el rostro, serio, impenetrable. Guardó el teléfono en su chaqueta, tomó de nuevo el dossier de Virginia en sus manos y lo hojeó detenidamente. Sobre su mesa estaban las fotografías de dos hombres muertos y un informe de Homicidios. Virginia había acabado con ellos en el hospital, según William en defensa propia. Pero uno de ellos había sido alcanzado en el cuello por la espalda y a cierta distancia, mientras huía. Dejó la documentación en un cajón y tomó su arma, revisó el cargador, salió a la puerta de la oficina y llamó a la agente especial Jennifer, que esperaba fuera.

—Vamos, tenemos que ir a ver al juez y después, tenemos un trabajo especial. ¿Ha salido William hacia Washington?



—Sí. ¿Ya ha cursado la acusación el fiscal?

—Así es. Intentaremos hacer algo por Virginia. Manda unos agentes de inmediato a casa de Henry, que lo registren todo. Virginia está loca y nos volverá locos a todos, pero tiene razón: el viejo Henry no se iría de casa sin apagar su ordenador. Puede que esté en lo cierto de nuevo y si es así, no quiero ni pensarlo.

En ese momento un agente llegó hasta su despacho.

—Capitán, tenemos la orden de registro.

Harris permaneció en silencio por un momento. Luego, apagó la luz de su despacho, no sin antes fijarse en una placa de plata en conmemoración a sus servicios de formación, en colaboración con la Policía Nacional, prestados en España y en un diploma del World Security Congress 2010, celebrado en Madrid, que colgaban en la pared con una inscripción “Una experiencia global para la cooperación”. Bajo ella, una fotografía del evento, donde permanecía junto a Henry, Logan Wilson y el agente especial William Vence.

En Washington DC, Virginia llegó a la recepción del hotel y buscó con la mirada a Bambi.

—Virginia, espera...

—¡William! ¿Qué haces aquí?

—Mañana salgo para Nueva York, Harris me ordenó que te acompañara.

—¿Me estás vigilando?

—No, bueno, sí. Las pruebas de balística ya las tiene en su poder, te incriminan; y hay una huella tuya en el arma. Quiere tenerte vigilada. ¿Puedo acompañarte o debo seguirte?

—Voy a reunirme con Donna Ludwig. No creo que este sea tu sitio, deberías volver a Los Ángeles. Puedes decirle a Harris que no voy a huir a ningún sitio —aseguró Virginia.

William miró hacia un lado, esquivando su mirada.

—Solo quería ayudar. Ya no sientes nada por mí, ¿verdad?

—Yo...

—Haz tu trabajo, no te seguiré. Sé que eres inocente, esperaré en el hotel a que regreses —aseguró con voz pausada.

Virginia se sintió mal.

—Perdona, no ha sido mi intención. Estoy tensa con todo lo ocurrido.

William la tomó por la cara con sus grandes manos y besó su boca. Virginia quedó perpleja, atónita.

—¡No! —exclamó ella—. Lo siento, yo...

—Claro, está Steven. Lo siento, fui un tonto. Debí decirte lo que siento por ti desde que te conocí. Nunca he sabido cómo hacerlo. Lo he intentado tantas veces, temía perderte...

—¿No estás con Raichel? —preguntó Virginia.

—Raichel me importa, pero no más que tú —le dijo separándose de ella, mirándola a la cara. Luego, se alejó—. Cuando regreses, llámame y me dices, por si llama Harris. Estaré en mi habitación... La 305.

Virginia se sintió confusa y apenada con aquella mirada que turbó su alma. William, el joven que tanto la había ayudado en su soledad, su amor secreto en Quántico, marchaba abatido ante ella. Miró hacia un lado, con las manos en la cintura y bajó la cabeza. ¿Por qué es todo tan complicado?, se preguntó en silencio.

—Virginia, ¿estás bien? —le preguntó Bambi, acercándose.

Tras la joven agente, siguiéndola, Scorpio bostezaba.

—¿Ya habéis almorzado? —murmuró entre dientes el capitán.



## Capítulo 21

### LA VERDAD DE DIANA

Cerca de Capitol View, en la ancha cama de un lujoso ático desde el que se apreciaba la gran ciudad de Washington DC, la pelirroja Mirina andaba desnuda, en busca de una bata de seda fina, de dorados adornos sobre negro.

—Debería marchar a Nueva York, mi hermanita está aquí. No tardará en descubrir la verdad. En realidad es buena, a pesar de todo se está acercando demasiado —dijo, mientras andaba pausada hacia la terraza con dos copas de Champagne.

—Sí —respondió una hermosa mujer, desnuda bajo un transparente blusón de colores púrpura imperial y rojo, ladeando su larga melena blanca. Anduvo con sus pies descalzos hasta llegar frente a Mirina, tomó la copa, degustó el espumoso sabor y se acercó a la mesita, donde reposaba una corona de verdes hojas y coloridas florecillas.

—¿Debería matarla? A veces lo deseo —expuso Mirina.

—Es tu hermana, debes protegerla. Puedes esquivarla, su batalla es otra... y lo sabes. ¿Acabarás con la Primera Dama?

—Ya estás con tus tonterías divinas. Me recuerdas a María y sus estupideces, todas deben pagar lo que hicieron. Aunque si aparece, será tentador.

—Yo me encargaré de que asista, no me resultará difícil animarla. Lo pagarán, lo están haciendo. Tú te encargas de ello, mi amada Mirina. Me encanta cuando te enojas. Ven, bésame.

En un sala de espera del ala derecha de la Casa Blanca, Virginia, Bambi y Scorpio esperaban intranquilos. No tardaron mucho en ser conducidos hasta un despacho de amplias paredes, adornado con una gran bandera de los Estados

Unidos y numerosos libros. Dentro estaba Donna Ludwig, sentada tras una lujosa mesa, con cara de pocos amigos.

—Pasad —les invitó con cierto tono de disgusto, con una orden mal dada.

—Mirina es Kristen Valentine —aseguró Virginia.

—Sí.

—Estaba vinculada directamente con Montoro y las niñas que encontremos con Bebé son sus hijas, ¿lo sabías? —apuntó Virginia, tras un tenso minuto de silencio, en el que Donna siguió leyendo unos documentos.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —respondió finalmente.

—¿Por qué no me informó? —insistió Virginia.

—Debías llegar por ti misma a esa conclusión por medio de la investigación, así quizás pudieras haber encontrado algo en el camino que nosotros no hubiéramos visto.

—Si me hubieras informado de todo, el coronel Murdek, mi padre, estaría vivo.

—Sí, es posible... Si hubieras cumplido las órdenes, si hubieras acabado ya con tu misión, si me hubieras llamado o confiado en mí, también seguiría con vida.

—¿Qué esconde la Fundación Selene? —preguntó Scorpio, tratando de romper la presión que soportaba Virginia.

—Lo sabéis bien o ya deberíais. Me decepcionáis. No son nada, solo una ONG más. Pero inconscientemente albergan a un grupo de ejecutoras independientes, a las órdenes de Mirina. Quieren llegar hasta la Casa Blanca, se han hecho con el sector más duro del Gobierno y con algunos generales ansiosos de librar sus propias batallas “por el bien de la patria”. Pretenden iniciar una serie de asesinatos por todo el mundo, a gran escala, sobre gobernantes y objetivos que ellos consideren necesarios para crear el Nuevo Orden... Así lo llaman. Tú abuela María trató de impedirlo y la eliminaron.



—¿Qué tienes que ver con la Fundación?

—Nada.

—¿Es mi verdadero objetivo? —preguntó Virginia.

—No, vuestro objetivo es Mirina. Es la fuente del mal. ¿Vas a terminar tu interrogatorio?

—¿Debemos acabar con ella, no detenerla? —preguntó Scorpio.

—Sí, hay que eliminarla. ¿De qué vamos a acusarla? ¿De conspiración? No tenemos nada oficial contra ella, sabe hacer muy bien su trabajo y su pasado encubierto la exalta como una heroína ante algunos mandamases del Congreso. Además recibe apoyo de algunos de sus amigos militares y de la CIA. Usó un Black Hawk de las fuerzas especiales para destrozarse aquel asqueroso antro del desierto, aprovechando unas maniobras. Kristen Valentine no existe para nuestro gobierno, pero Mirina es un arma muy valiosa para algunos mandos de las fuerzas especiales.

—Sigue trabajando para el Gobierno —aseguró Scorpio, un tanto incrédulo.

—No, solo trabaja para aquellos que prefieren usar la fuerza militar antes que entablar conversaciones de paz. De forma encubierta, sin autorización. El Presidente quiere acabar con esas misiones, no las aprueba. En este mundo hay muchos intereses y egos, sobre todo tras estas blancas paredes y los despachos más condecorados del Pentágono.

—¿Por eso quiere acabar con el Presidente? —preguntó Virginia.

—Si no lo hubiéramos impedido, más de un general hubiera enviado a Mirina contra objetivos más poderosos. Les da absolutamente igual que acabe con el presidente de un país y toda su familia o que se hubiera desatado una guerra con miles o millones de víctimas inocentes. Esa responsabilidad,

si hay una causa, ha de caer en el Presidente y el Congreso, no en un grupo de militares o en una asociación de asesinos.

Virginia asintió levemente, comprendiendo.

—Hoy solo luchamos contra ella y unos pocos —continuó Donna, levantándose, y se asomó a una gran ventanal—. Mañana podríamos luchar contra toda una organización y vernos en la obligación de pedir la dimisión de algunos mandos de nuestro propio ejército. Y eso no puede ser, hay que acabar con ese cáncer. Tenemos que eliminarla o convertirá la Fundación Selene en una empresa privada, sin bandera ni principios, contra la que nos veremos obligadas a luchar.

—Ya estamos luchando contra ellas —murmuró Bambi.

—Montoro está libre, ¿por qué? —preguntó Virginia.

—El Presidente molesta a demasiada gente. Montoro solo era un intermediario, por eso está libre. No solo nos dio el nombre de Papito, también del cerebro que le puso en contacto con Abu Alí Jamal.

—¿Sabemos quién es? —preguntó Virginia, con interés.

—Eso da igual, esta mañana murió en un fatal accidente... o se suicidó. ¿Quién sabe?

—Veo que no le pediste su dimisión —aseguró Scorpio.

—No, esta vez no hizo falta. Alguien se adelantó. Me hubiera gustado detenerle para interrogarle. Tenemos claro que Montoro recibió una fuerte suma de dinero en estos últimos días, por lo que posiblemente hay alguien más implicado, una persona que ha pagado su silencio. ¿Cómo sino iba ha hacer frente a la fianza multimillonaria que le impuso el juez? Tenía todas su cuentas embargadas. Debéis de acabar con Mirina antes de que ejecute su contrato o que atente contra ti.

—Ya lo ha podido hacer, pudo finiquitarme en la terraza de Murdek, cuando estaba a su lado. Seguro que me estuvo



observando por la mira de su Barret. No lo ha hecho. Y una de sus compañeras, la rusa muda, me salvó de Jonás el Cazador. ¿Por qué?

—Quizá tengas oportunidad de preguntárselo un segundo antes de que te mate. Mirina no es impulsiva como tú, por eso es una profesional. Tienes mucho que aprender.

—Yo no soy su objetivo, nunca lo he sido... ¿Verdad? ¡A saber cuántas veces me ha tenido a tiro! —exclamó Virginia.

Donna cruzó las manos frente a ella.

—Antes de morir, Murdek me aseguró que solo quedabas tú —continuó Virginia.

En ese momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —exclamó Donna.

—Ya están aquí, señora —dijo una secretaria, asomándose apenas un poco.

—Hazlos pasar —ordenó Donna, entrelazando los dedos—. Sí, yo también soy un objetivo de Mirina, no es nada nuevo. Tras la desgraciada muerte de tu padre, soy la última de su maldita lista. Cuando acabe conmigo, solo le quedará su golpe final a la Casa Blanca. Eso no quiere decir que tú no puedas serlo. ¿Algo más?

—Diana, ¿cuándo la conoceré?

—Diana es mi verdadero nombre, solo María me llamaba así —respondió Donna, levantándose.

—¡Ah! —exclamó Virginia y cerró los ojos, pensando que debió sospecharlo.

El Jefe de Seguridad de la Casa Blanca y los responsables del Servicio Secreto, que se ocupaban de la seguridad del Presidente, entraron en el despacho. Tras un cordial saludo y las debida presentaciones, tomaron asiento.

—Nuestra máxima prioridad es la seguridad del Presidente, solo faltan dos días para la conferencia de la ONU en Nueva

York. Señores, no hay tiempo ni margen para más errores —aseguró Donna.

—Los sistemas de seguridad están debidamente reforzados, según el protocolo de actuación. El Presidente estará mejor protegido que nunca. ¿Qué sabemos de Mirina? —preguntó Smith Bernal, el jefe del Servicio Secreto. Una persona de elegante vestir y apariencia tranquila; un hombre duro y de mirada dudosa, que no cedía de escrutar a Virginia.

—Virginia Landis es una de nuestras mejores agentes. Se halla tras su pista, estamos muy cerca —apuntó Donna, dándole paso.

—Hemos localizado su verdadero domicilio y destapado su tapadera en Los Ángeles. Se trata de Kristen Valentine, una asesina profesional. La investigación nos lleva directamente a Nueva York, está allí preparando su golpe para el 29 de marzo. Posiblemente esté usando la Fundación Selene para el desarrollo de sus planes —aseguró Virginia.

—También hemos desarticulado en gran parte la trama de personas que requirieron sus servicios o tenían contacto directo con ella en la trama. Pero nos tememos que actúe de igual forma. Hay que acabar con la amenaza —aseguró Donna.

—Esa conspiración, ¿tenemos a todos los implicados? —preguntó el Jefe de Seguridad de la Casa Blanca.

—Con el trágico accidente del general James Thompson, esta mañana, se rompió la conexión. Resulta posible que nunca sepamos de donde surgió la idea, ni quién facilitó el camino a Alí Abu Jamal para llegar hasta nosotros —aseguró Smith.

Virginia contrajo su rostro al descubrir quién había puesto en contacto al jeque con Montoro. Era el general de amplias medallas en su pecho, una de las personas que conoció en



Langley y que le ofreció crear el comando que acabaría con la amenaza de Mirina. Y lo dudó en silencio.

—Pueden ser poderosos narcotraficantes, terroristas talibanes, agentes iraníes o cualquier loco —respondió Donna.

—O uno de los nuestros con demasiadas ambiciones —expuso Virginia, dejándose caer lentamente en el respaldo del sillón, recordando las personas que habían en aquella habitación de Langley.

—Agente especial Landis, nunca hemos desestimado la posibilidad del enemigo interno. De hecho, Mirina lo es y el general Thompson lo era. Pero ahora nuestra prioridad es acabar con ella y asegurarnos de que todo vaya bien en Nueva York. Después, sea quien sea el cerebro, le encontraremos y será debidamente neutralizado. De momento, les habremos dado un duro golpe y aparte de vaciar sus arcas inútilmente, podrán comprobar la eficacia de nuestros cuerpos de seguridad. Se lo pensarán a la hora de volver a intentarlo —expuso Donna.

—El Presidente estará mejor protegido que nunca. Dudo mucho que nadie pueda acercársele lo más mínimo. El edificio está en continuo estado de alerta, cada palmo de terreno es revisado constantemente —aseguró Smith.

—Así es, está controlado hasta el más mínimo detalle. Lo que se me escapa es que una profesional como Mirina, por muy perturbada que esté, permita que su objetivo sea conocido por tantas agencias —apuntó suavemente Virginia, entrando de nuevo en aquella conversación.

—¿Qué insinúa, agente? —preguntó Smith.

—Es una teoría arriesgada que hace tiempo nos ronda por la cabeza, pero no descabellada —comentó Donna—. Es posible que el objetivo de Mirina no sea el Presidente, con lo que nuestros esfuerzos serían en vano si...

—El Presidente está muy contrariado con este asunto — interrumpió el Jefe de Seguridad de la Casa Blanca—. Esa mujer fue una de nuestros mejores agentes, sus informes eran impecables. Y trabajó en la Agencia UMA, para usted. Se pregunta qué ocurrió y quién es la persona responsable.

—Tendrá las respuestas solicitadas y mi dimisión a su debido tiempo. Ahora, lo importante es su seguridad — aseguró Donna, asumiendo su parte de responsabilidad ante la sorpresa de Virginia.

—El objetivo de Mirina no es el Presidente, sino la Primera Dama —afirmó espontáneamente Virginia, con rotundidad, observando la mirada sorprendida y confusa de los responsables de seguridad.

—¿Qué está usted diciendo? —preguntó Smith.

—La señora Michelle Obama, como saben, mientras el Presidente está en la Conferencia, asistirá a una gala privada. Es una cita oficial a la que acudirán autoridades, primeras damas de numerosos países y señoras de la alta sociedad. Hemos comprobado que la Primera Dama ha aceptado la invitación. En esa gala estarán representadas numerosas asociaciones internacionales y oenegés de derechos humanos. Creo que el supuesto atentado contra el Presidente podría ser la distracción que convierte a su esposa en una presa fácil. Si Mirina tiene éxito, sería un golpe muy duro para la nación y para el Presidente. Tanto a nivel personal como profesional, se hundiría emocionalmente y perdería toda su credibilidad —espuso Virginia.

—¿Cómo va a cuidar del país, del mundo, un hombre que es incapaz de proteger a su propia mujer? —se preguntó Donna, asumiendo aquella posibilidad como viable.

—Sí, pero solo es una especulación más. El dispositivo se mantendrá con todo su rigor en la seguridad del Presidente —ordenó el Jefe de Seguridad de la Casa Blanca.



—Smith, deberíamos revisar el plan de acción. No puede quedar ningún cabo suelto en la seguridad del Presidente, ni de la Primera Dama —apuntó Donna.

—Sí, desde luego, señora Ludwig —respondió Smith—. Pero eso supone desplegar un nuevo plan de seguridad para la Primera Dama.

—No se preocupe por ello, vamos a confiar la seguridad de la Primera Dama a nuestra mejor agente. Virginia, ya que no crees que el Presidente esté en peligro, tu equipo reforzará su escolta oficial. Mirina ya está en Nueva York, sin duda; si se acerca al Presidente será cosa nuestra —afirmó.

—Pero... —fue a comentar Virginia.

—Decídete, no puedes estar en dos lugares a la vez —la cortó Donna.

—La Primera Dama —afirmó Virginia, sin titubear.

—Yo, personalmente, me acercaré a comprobar la seguridad de la Primera Dama cuando todo termine en el Consejo de la ONU y tengamos la seguridad de que el Presidente está a salvo —aseguró Donna—. Ahora, disculpadme, tengo que marchar al otro extremo de esta “Casa Blanca”; otra reunión, esta vez con Protocolo. Mañana nos reuniremos con ustedes para revisar la ruta del Presidente y tú, Virginia, os quiero en Nueva York ya. Si surge alguna novedad, por favor, infórmame de inmediato.

—Mi padre... —instó Virginia tratando de conocer algún dato.

—El coronel Murdek está muerto, encárgate de hacer tu trabajo y hazlo bien. Elimina a su asesina. Esperaba mucho más de ti, ya deberías haber acabado con ella —le dijo Donna, mostrando cierta decepción ante ella. Acto seguido, recogió una carpeta y se fue junto al Jefe de Seguridad de la Casa Blanca y dos ejecutivos que la esperaban vestidos con elegantes trajes.

—Necesitamos algunos agentes más para la vigilancia de la Primera Dama —aseguró Scorpio.

—Miraremos, aunque ella tiene su propia seguridad —contestó Smith.

—No, al margen de sus guardaespaldas. No me valen, no queremos interferir en sus planes de seguridad. Necesitaría tres o cuatro agentes que nos ayuden en un plan especial de apoyo que refuerce su protección.

—No te preocupes, capitán, deben estar llegando a Nueva York —contestó Virginia, sin apartar la vista de Donna mientras se alejaba.

Scorpio y Smith salieron del despacho compartiendo impresiones sobre la seguridad de la Primera Dama. Virginia les observó por un momento. Después, se acercó hacia un llamativo lienzo que mostraba hombres y mujeres de la Antigüedad, batallando sobre el lecho y puente de un río colmado de muerte. Observó los gloriosos guerreros que se batían con feroces amazonas, sus armas y rostros sin alma ni pena. Notó un escalofrío y una extraña sensación de humedad inundó su frente recorriendo su pecho y espalda.

—Los aqueos volvieron y consiguieron su propósito en el Termodón, nos expulsaron y aniquilaron por cientos de años de la memoria del hombre, solo somos leyenda. Pronto seremos historia —comentó una voz, con un suave tono y una cálida mirada.

—¡Artemisa! —exclamó Virginia, volviéndose.

—La batalla de las amazonas, de Rubens —susurró la divina, observando el lienzo con nostalgia—. Nada pude hacer contra la furia de un Zeus vengativo, murieron tantas valientes. Nunca nos perdonó que su amada hija acabara en los infiernos de Hades, donde la mandaste.



—Mirina estará en esa gala —dijo Virginia, tratando de regresar a su realidad.

—En Troya volvimos a enfrentarnos, la bestia fue liberada y arrasaron sus murallas y vidas. Vencido el pueblo, Hades reclamó su tributo y regresó a los infiernos. Te espera colérica, pues no te halló en el campo de batalla y reclama en alto la espada de Ares. ¿Dónde estabas?

—No me gusta que aparezcas y desaparezcas de estas maneras. Creo que tú lo sabes todo y nada me cuentas. Me estoy volviendo loca... Eres tan real —le dijo y pasó la mano, con una caricia, por la blanca tela que cubría a la diva, en busca de constatar la realidad que veía, notando aquel suave tacto perfumado de flores silvestres.

—¿Eres capaz de distinguir el bien del mal? Ares era incapaz, todo mataba. ¿Te ves capaz? —preguntó la divina.

—Yo cumplo órdenes, trato de combatir el mal, evitar crímenes —aseguró Virginia, recordando la muerte de la niña soldado colombiana, sintiéndola en su alma.

—Veo que piensas que ellos son el bien y que Mirina es el mal —asintió Artemisa, acercándose con pasos cortos. Acto seguido la tomó del brazo, permitiendo que notara el calor de su cuerpo, y se fijó en los demás cuadros de aquel elegante despacho—. ¿Cómo está? ¿Aún vive tu amigo?

—Sí, vive —expresó Virginia con cierta expectación y preocupación, retirando la mano, confusa ante aquel cálido tacto.

—El destino está escrito, dicen, pero hay que recorrerlo. Todo puede cambiar. ¡Ah, Virginia! Has llegado hasta aquí, estás tan cerca de la verdad. Pero no olvides que el bien y el mal no son nada si no se saben entender, solo tienen la importancia y el valor que cada uno le quiera dar.

—El del cuadro, el jinete de crines rojas es Tasio, el héroe griego, un semidios, ¿verdad?

—Sí, mas no es quien acecha. Ya es tarde, el horror será invocado. Debes prepararte, pronto se desatará su fuerza y necesitarás de toda tu fuerza, mucha suerte y tu afilada espada —apuntó aquella mujer divina que habitaba en su mente, alejándose de ella.

—¡No es posible! ¡No ha conseguido la hecatombe!

—Se ve acorralado, la diva llora... No son necesarias cien almas en pena para despertar una divinidad. El general Clearco, el león de Micenas, solo necesitó un corazón, el de su propia hija, para unirse al destino de Iris de Lesbos. Agamenón quiso imitarle y sacrificó el de la joven Ifigenia para despertar a los dioses de guerra en su favor, para hacerse con Troya. Ahora arden veintidós almas desesperadas en abrasador llanto. Todas eran vírgenes deseosas de amar, de ser amadas; su sangre clama venganza y, en su inocencia, supuran un odio que todo arruinará.

—Clearco fue derrotado, Empusa bebió su sangre; y Agamenón pagó caro su crimen, Clitemnestra le mató a golpes —expuso Virginia.

—¡Escucha esas veintidós almas en llanto! Forman un único coro, un único latido. ¡Es el latido que le dará vida! —aseguró la diva, desvaneciéndose con cada paso dado.

Entonces...

—Oiga, ¿se encuentra bien? —escuchó Virginia, palabras que la sacaron de su trance.

—¿Eh? ¿Qué? Sí —respondió.

—Perdón, aquí no puede estar; debe salir —le ordenó un agente de seguridad, un tanto perplejo, pues hubiera jurado que aquella joven estaba hablando con el lienzo de Rubens.

—Me resulta extraño que el objetivo sea la Primera Dama —dijo Scorpio, rescatando a Virginia de aquel despacho—. Ha confirmado su presencia hoy mismo, tu apuesta es arriesgada.



¿Qué profesional prepararía una acción seis meses antes, sin tener por cierto la presencia del objetivo?

—Lo sé, no creas que no he pensado en ello —asintió Virginia—. Pero si no tuviera sentido, ¿por qué Donna me iba a apoyar?

—Quizás por eso, por que no tiene sentido. Me da la impresión que nos ha cesado de la seguridad del Presidente.

—Mi abuela me pidió en su lecho de muerte que confiara en Diana. Ahora sé que es Donna, no tengo ninguna otra referencia... Quiero creer en ella, necesito creer en ella.

—Donna es una gran mujer, sin duda. Pero me da la sensación de que solo le interesa que acabemos con Mirina, poco le importa lo demás.

—Esa mujer cuidó de mí, colaboró con mi padre, amó a mi abuela... No puedo dudar de ella.

—Donna ha acabado con muchos de los nuestros —murmuró Scorpio.

—Tú te ocupaste de ello. Entonces no dudabas que era lo correcto —afirmó ella.

—No me importaba, no es lo mismo.

—¿Desde cuando te importa?

—Desde que te conocí.

Por unos momentos, Virginia no supo qué decir.

—No olvides quién es Donna y lo que ha hecho por ti, por las demás y por mí. Ni contra quién pretende Mirina atentar —acertó a continuar.

—Smith me ha confirmado que hace unos meses asesinaron a Frank, un veterano agente de la CIA. Sospechan que fue ella, pero no tienen pruebas. Y yo me pregunto: ¿para quién trabaja? ¿Quién le paga?

Virginia acompañó a Scorpio, reflexionando aquellas palabras.

—El bien y el mal —murmuró—. Capitán, ¿tu distingues el bien del mal?

—¡Pues claro! —exclamó Scorpio.

—¿Qué opinas de Kristen? ¿Es el mal en persona?

—No, desde luego... Y si lo es, nosotros también arderemos en el infierno.

—Es todo tan relativo, ¿verdad?

—No, todo no. Ella puede que quiera atentar contra la Primera Dama...

—Yo conocí a Mary Sue, a Frank y a ese general, Thompsom. Mirina está acabando con las personas que estaban en la reunión donde me propusieron formar el grupo especial, precisamente, para acabar con ella. Nunca fui un objetivo directo para ella. De hecho, ha estado jugando conmigo para acercarse a Murdek e inquietar a Donna. ¿Cómo la conociste? —expuso Virginia, con cierto tacto.

—Hace dos años que conozco a Kristen. Hemos hablado mucho, quizás demasiado. No puede ser la asesina despiadada que dicen, no más que nosotros.

—¿Cómo es ella?

—Es una persona dulce, amable, atenta. No sé cómo pudo tenerme engañado.

—Seguramente, igual que tú la tenías a ella. ¿Nunca le contaste quién eras?

—Una vez, a medianoche, se despertó en mis brazos, llorando. Me confesó que había sufrido mucho con la muerte de su madre. Me habló de oro, de un desierto... Nunca le hablé de mis misiones ni preguntó. Pudo averiguarlo, ahora creo que siempre supo quién era yo.

—¿Oro? —preguntó Virginia, intrigada.

—Sí, pero no la entendí, estaba medio dormida. Fue la única vez que la vi hostil. No le di importancia, pues parecía



una pesadilla y pasó el tiempo. Nunca más comentó nada al respecto.

—Es posible que te hablara con el corazón, en un momento de debilidad. Seguro que tiene su importancia y quizás marcará su nueva identidad. ¿No te habló nunca de las pequeñas?

—Sí, pero no me las presentó. Me dijo que estaban en un instituto interno, este verano las conocería, ahora que vivo en Los Ángeles. Pensábamos casarnos... Ya sabes.

—Scorpio, esa mujer mató a mi abuela y a mi padre... Creo que tendrás que retrasar tu boda.

—Esa mujer es tu hermana, ¿verdad?

Virginia tembló en ese momento, ladeando su rostro sin respuesta alguna.

—Valentine no es un apellido muy común. Lo escuché por segunda vez en Parris Island. Y tus ojos, son como los de ella...

—Es posible. No es algo que pueda decirte cierto.

—Sí puedes. Pero no quieres aceptarlo.

—Vámonos, Bambi espera fuera.

—En el despacho de Donna hay un pequeño cuadro, en la mesita del fondo, donde tiene la bandera y esa estatuilla griega —afirmó Scorpio, frenándola.

—Artemisa... Esa estatuilla representa a la divina cazadora —aseguró Virginia.

—El cuadro lo tenía tumbado, quizás temiendo que la vieras. Lo levanté al salir. Es un comando especial, parecen mercenarios de la Agencia UMA. Entre ellos están el coronel Murdek, Donna Ludwig, una mujer pelirroja y otra de pelo rubio. No conocí a tu abuela, podría ser ella.

Virginia dio media vuelta y entró de nuevo al despacho, dirigiéndose a la mesita. Scorpio entró tras ella.

—Perdone, le he dicho que no puede estar en el despacho en ausencia de la señora Ludwig —le apremió la agente de seguridad al verla entrar.

Sin hacerle caso, pasó hasta el interior y observó detenidamente la fotografía. Luego, la dejó en su lugar conforme estaba, intentando comprender lo que aquello significaba.

—¿Sabes quienes son? —preguntó Scorpio, fijándose en la fotografía—. Esa joven es Mary Sue. A ese hombre le reconozco; está joven, pero es el general Thompson. Parece una fotografía vieja, de la guerra de Irak. Formaban un grupo de asalto bien compacto.

Por un momento Virginia quedó en silencio, observando de nuevo la imagen.

—Esa mujer, la que está junto a Donna, no es mi abuela, sino Eva Landis, mi madre. La pelirroja podría ser la teniente Kristen Dencault, la madre de Mirina. Ambas fallecieron en combate en una patrulla de reconocimiento, en ese desierto de Irak.

—¿Crees que Mirina tiene algo que ver con tu madre?

—Me temo que sí. En esa pesadilla te habló de cosas que yo podría darles sentido.

Virginia y Scorpio salieron de aquel despacho de blancas paredes y adornos patriotas, en silencio. Recorrieron los pasillos en busca de la salida. De pronto, apareció frente a ellos el Presidente, con su séquito, con cierta prisa y una gran sonrisa. Los dos agentes se apartaron a un lado, mientras se cruzaban con ellos. La mirada de Obama se cernió sobre la agente y paró.

—Usted es Virginia Landis, ¿sí? —preguntó.

—Presidente, tenemos menos de un minuto; nos esperan en la sala de prensa —le apremió uno de sus asesores.



—¿Verdad? Me alegra mucho conocerla personalmente. ¿Qué hace por aquí? —insistió el Presidente, estrechándole su mano.

—Sí, señor Presidente. El agente Jhon Spencer y yo asistimos a una reunión de seguridad, por lo de la conferencia de la ONU.

—Sí, la señora Ludwig me habló de usted. Se está haciendo famosa por televisión.

—Señor Presidente —insistió el asesor.

—Ahora tengo algo de prisa. Pero me gustaría poder charlar con usted un día, con tiempo. Creo que tenemos pendiente la entrega de una medalla —dijo Obama.

—La entrega es dentro de un mes, Presidente —le contestó uno de los asesores.

—Entonces nos vemos pronto.

—Presidente —insistió de nuevo su asesor.

—Ha sido un placer —dijo el Presidente, despidiéndose de Virginia y Scorpio.

—Esa periodista, Cinthya Maxwell, está haciendo de ti una heroína para todo el país. Eso es algo incompatible con tu trabajo. Lo sabes, ¿verdad? —aseguró Scorpio, mientras reemprendía su camino.

—Sí... ¿Qué le contaste a Mirina sobre nuestro grupo? —preguntó Virginia, observando a Bambi, que esperaba en los escalones del edificio con el auricular del teléfono en la oreja.

—No mucho. Se lo que insinúas, pero cuando empezamos con nuestras citas, tú y yo no nos conocíamos. Es imposible que se uniera a mí para algún fin que te implique en nada. Llevamos mucho tiempo viéndonos, casi dos años. Para un hombre como yo, y seguro que para ella también, es toda una vida.

—La quieres, ¿verdad?

—Hace ocho años que falleció mi esposa —contestó Scorpio con sentimiento, deteniéndose en el pasillo frente a ella—. Se llamaba Mónica, era doctora, muy guapa, una mujer inteligente. Trabajaba muy duro en un campo de refugiados, para esos desgraciados. Quería arreglar el mundo y sabía cómo: solidaridad. Yo estaba entonces con los SEAL, con mis compañeros, en una base de Afganistán. Teníamos que volar ese mismo día de regreso a Estados Unidos. Acribillaron el coche en el que se dirigía desde el campamento hasta el aeropuerto. Esperábamos un hijo. Fueron los mismos hijos de puta que ella cuidaba. Se hacían pasar por víctimas inocentes de su propia guerra, talibanes que lloraban por un mendrugo de pan y por una tienda en el campamento de refugiados. Unos asesinos fanáticos que guardaban en sus pozos secos los kalasnikovs con los que hostigaban a nuestros hombres. Siempre supe que me podrían matar en cualquier misión, pero nunca pensé que pudieran acabar con ella que solo brindaba ayuda y comprensión a esa gente. Abandoné la base y, durante dos meses vagué por el desierto, quise matarlos a todos, maté a muchos. Desfallecí sin víveres ni munición, una patrulla me encontró agonizando en una quebrada. Recobré el conocimiento en un hospital de la capital. En mi siguiente misión, fui enviado a recoger esa chatarra inservible, mis hombres cayeron por nada y yo estallé con ese comandante. Dejé de encontrarle sentido a todo, ¿qué hacíamos en ese asqueroso desierto? ¿Por qué murieron mis hombres? ¿Por qué tuvo que morir Mónica? ¿Y mi hijo no nacido? El capitán George Stewart murió en aquel desierto, desde entonces soy el capitán Scorpio... Ahora el agente Jhon Spencer.

—Lo siento, no sé qué decir —se disculpó Virginia, conmovida por el relato de aquel hombre que ahondaba en su corazón.



—Nunca le había contado esto a nadie, no sé por qué te lo he tenido que decir. Perdona, quizá no debí —aseguró Scorpio con un gesto desinteresado.

Virginia sonrió con una mueca condescendiente, estirando los labios, dando un respingo de nariz.

—Desde entonces no he tenido una relación estable con ninguna mujer. Pensé que quizá podría tener una nueva oportunidad. Ya sabes, dicen que para ser feliz, si no puedes estar con la mujer que amas, debes amar a la mujer con la que estás.

—Pero tú no piensas eso... No le diste el anillo. ¿Verdad? ¿Qué piensas hacer? —preguntó Virginia.

—Mi relación con Mirina es un problema que resolveré cuando llegue el momento. Ahora trataré de impedir que mate a nadie más. Tu padre tenía razón, en este jodido trabajo quien se te acerca puede ser víctima o letal, muy letal; no cabe duda. ¿Crees que podremos detenerla sin necesidad de acabar con ella?

—¡Virginia! —exclamó Bambi, entrando en el despacho y guardando su móvil—. Me ha llamado Barbie. En Manhattan, la policía y el FBI están registrando la suite del hotel donde se alojaba Montoro. Han encontrado sobre la cama su cuerpo sin vida, desnudo, con sus manos y pies atados a cada extremo de la cama; desangrado, con las venas de sus muñecas cortadas y el pecho abierto de una puñalada...Y sus sicarios, todos muertos, unos fritos a balazos y otros amputados por el filo de una espada oriental.

—¡Empusa! —exclamó Virginia.

Bambi asintió repetidamente.

—Ya están en Nueva York. Ha sido Ilenka. La amiga muda de nuestra orca es una gran aficionada a la lujuria mortal. En otro tiempo se llamó Empusa. Mirina se ha cobrado su deuda con Montoro —aseguró Virginia ante un atónito Scorpio.

## Capítulo 22

### EL DISCURSO DE LA SEÑORA OBAMA

29 de marzo de 2011. Un gran despliegue de agentes cubría la seguridad del Presidente y la de los jefes de estado invitados a la mesa. Manhattan estaba tomado por la policía, un estricto control amordazaba la península en torno al edificio de la ONU. Todo transcurría en calma, bajo la vigilancia de miles de agentes de los diferentes cuerpos de seguridad. Nada se salía del estricto protocolo establecido por el Jefe de Seguridad de la Casa Blanca y el Consejo de Organización de la ONU. El Presidente y la Primera Dama departían con numerosas personalidades invitadas y en la conferencia no había novedades. Los representantes de los diferentes países que asistían debatían con denotado interés las diversas propuestas políticas de su entorno y buscaban la ansiada foto con Barack Obama.

El grupo de Scorpio permanecía alerta, esperando la salida de la Primera Dama hacia la gala de la Fundación Selene, prevista en una lujosa mansión situada al extremo sur de Central Park.

—La Dama se mueve hacia la salida con su escolta, pronto se dirigirá al vehículo —apuntó Bambi por su transmisor de muñeca.

—Loba Alfa 3, 4, 5 y 6 estad alerta. En diez minutos llegaremos a Central Park, revisar vuestra posición —ordenó Virginia por el pequeño micrófono.

Michelle se despidió de su marido y salió acompañada por dos mujeres de paso elegante y varios agentes, siempre vigilantes. Subió en su coche oficial, mientras Virginia y Bambi montaban en el vehículo que la seguía. Scorpio abría el paso en un coche con dos agentes del Servicio Secreto.



Salieron de cordón de seguridad que rodeaba el edificio de la ONU y recorrieron las grandes avenidas de Manhattan sin novedad, hasta llegar a una enorme mansión privada, que hacía jardín con Central Park. Pertenece a un reconocido magnate de Nueva York, Rene Anderson; el cual la había cedido para tal ocasión, en un apoyo que le acercaba al poder y al Partido Democrático. Su esposa Marija Lebel, una esbelta mujer eslovaca, de altos vuelos y gran poder mediático por su condición olímpica, era la organizadora del evento. La joven atleta, vestida de etiqueta azul Prada, bajó los escalones para recibir a la Primera Dama.

Scorpio salió del vehículo, acompañado por los agentes del Servicio Secreto, y observó a una mujer trajeada acercarse con un fusil M16 en las manos y gafas oscuras cubriéndole los ojos.

—Todo está en orden, señor —le dijo.

Scorpio la reconoció de inmediato. Se trataba de Clarke Adams, la aspirante al Cuerpo de Marines en Parris Island.

—¿Algún problema? —preguntó Scorpio.

—Hemos registrado el perímetro sin novedad, señor. Jessi está en la salida al parque, donde está prevista la intervención de la Primera Dama. Betancourt cubre la sala de armas, tiene una terraza que da al jardín, donde han instalado un tentempié. Evelyn permanece como tiradora designada; desde su situación, cubre el parque y la zona de recepción, señor.

—¿Qué opinas?

—Esta finca es enorme, señor. Pero la seguridad parece muy buena. Solo me preocupa esa salida al Central Park, no nos ayudará. Si un tirador pretende actuar, será el momento crítico, señor —aseguró Clarke.

Virginia y Bambi observaban desde el coche la mansión y el numeroso público que la rodeaba, con numerosas banderitas, pancartas y eslóganes feministas.

—Mirina estará por aquí —aseguró Bambi.

—Mirina es la novia de Scorpio, esto no puede acabar bien —se lamentó Virginia.

—Igual no aparece —apuntó Bambi—. Además, ya no es su novia. Yo diría que hace tiempo que está enamorado de otra persona.

Virginia negó con la cabeza, con la vista puesta en la gente que rodeaba la mansión.

—Está ahí fuera, sin duda —aseguró, ignorando aquellas palabras.

El teléfono de Bambi sonó.

—Es Barbie, tendrá novedades. Dime, negra. ¿Qué tal por Los Ángeles?

Por unos momentos, Bambi permaneció a la escucha.

—Han localizado a Henry —aseguró.

—¿Dónde se había metido? Mejor que me ponga en contacto con él —le pidió Virginia.

—Agentes del FBI han registrado su vivienda. Han hallado su cadáver en el congelador del garaje. Parece que lleva bastante tiempo muerto.

Virginia se quedó sin palabras, atenta.

—Le han disparado, están practicándole la autopsia —continuó Bambi.

—Debió acercarse mucho al Carnicero de la Cabaña, más de lo que pensaba. Henry lo descubrió —asintió Virginia.

Con un gesto amargo, Bambi guardó el móvil.

—El capitán Harris solicitó una orden de registro para entrar en el apartamento de William. Se dirigen hacia allí —apuntó de pronto.



—¿Qué? —preguntó Virginia, perpleja.

—William está en nuestro hotel —aseguró Bambi.

—Lo sé, nos siguió desde Los Ángeles a Washington y ahora hasta aquí, por orden de Harris, por si me escapo. He hablado con él antes de salir, se quedaba de nuevo en el hotel. Le he notado extraño...

El coche de la Primera Dama paró frente a la entrada de la mansión y dos grandes puertas se abrieron, cediendo una ancha alfombra roja que cayó sobre los escalones. Scorpio y Clarke la esperaban, reforzando la seguridad. Virginia y Bambi aparecieron tras ella, adelantando el vehículo presidencial.

La señora Obama bajó y entró acompañada por Marija Lebel y la recepción de señoras que la esperaban, entre aplausos, alabanzas y sonrisas. Un recibidor asombroso, decorado con gusto, donde todo relucía, la esperaba. La gran alfombra cubría la entrada hasta una sala donde se hallaban reunidas unas doscientas personas de todas las edades y países; la mayoría, mujeres deseosas de conocerla. Unas, adolescente, sonreían abriendo sus inocentes ojos ante el paso de la Primera Dama. Otras, menos jóvenes, aplaudían su presencia fijándose en sus vestimentas, joyas y adornos. Las mayores parecían estar más pendientes de todo cuanto se hablaba que de prestar atención a la mujer del Presidente. Y las más ancianas se levantaban aplaudiendo afanosamente, sonriendo y aclamándola como a una reina.

Virginia y Bambi revisaron cada salón, todo parecía tranquilo. El lugar era acogedor, pero no se fiaban, temían que en cualquier momento apareciera Mirina.

—¿Cómo va por ahí afuera? —preguntó Virginia, llevándose el puño a la boca, al pequeño micrófono que asomaba por su manga.

—Loba Alfa 1, el Servicio Secreto me confirma que han inspeccionado de nuevo el perímetro de seguridad sin hallar nada —expuso Clarke, situada en la entrada.

—Loba Alfa 2, todo tranquilo —confirmó Jessi, vigilando en la entrada del parque que daba a la mansión a las numerosas y variopintas personas que paseaban.

—Loba Alfa 3, calma chicha —contestó Betancourt desde la sala de armas.

—Loba Alfa 4, hay mucha gente en el parque y se acercan hacia la zona crítica, pero no veo rastro de esa pelirroja —aseguró Evelyn, oculta sobre el tejado de un piso de la gran avenida, observando una fotografía de Mirina y peinando la zona con la mira telescópica de su fusil.

—Seguir vigilando, no quiero sorpresas —contestó Virginia.

—Si está aquí, la descubriremos —murmuró Clarke, estirando su labio partido.

La tarde pasaba de forma tranquila. La Primera Dama conoció a aquellas mujeres que no paraban de hablarle y debatir con ella. Pasearon por la mansión, conociendo su antigua historia, y por los jardines de la finca que daban al Central Park.

Marija Lebel, la anfitriona, subió unos peldaños de las escaleras que se alzaban hacia el florido jardín, con el parque como escenario, alegre y satisfecha.

—Queridas amigas, quiero agradecer la presencia de la señora Obama entre nosotras. Es todo un placer recibirla en nuestra casa tras estos años de apoyo y sincera amistad. Gracias —se dirigió a la Primera Dama y demás invitadas.

La señora Obama sonrió y asintió recibiendo un sonoro aplauso.



—Desde su constitución, la Fundación Selene viene luchando por los derechos de la mujer, por el cumplimiento de los derechos humanos —prosiguió Marija—. Hemos acogido en nuestro seno y ayudado a hermanas de diferentes países, desfavorecidas y maltratadas por la intolerancia, por la falta de democracia y cultura, por la miseria, el hambre y la guerra. Hoy, queridas amigas, nos hemos reunido más de veinte instituciones de prestigio internacional para firmar este manifiesto por los derechos de la mujer que esperamos sirvan para iniciar una nueva era de respeto y paridad. Para ello nos comprometemos, esperando que nuestras palabras sean interpretadas en el seno de la Organización de las Naciones Unidas. Hoy coronaremos a nuestra reina, ella nos representará y leerá nuestro alegato, será el 8 de mayo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Y ello gracias al destacado apoyo de nuestra muy estimada amiga: la señora Michelle Obama, la Primera Dama.

Con un sonoro aplauso, ambas mujeres se adentraron entre los invitados, paseando hacia la sala de armas de la mansión.

—Regresa al interior —apuntó Virginia.

—Aquí Loba Alfa 4. La Dama es vuestra —aseguró Evelyn, perdiéndola de su vista.

—Quisiera presentarle a la señora Artemis, una persona muy especial para nosotras, algo excéntrica. Pero siempre dispuesta a colaborar con la causa. Sin duda, es una mujer extraordinaria. Aunque algo peculiar. Créame, no deja a nadie indiferente; le gusta vestir como una diosa —expuso Marija Lebel y entró en el edificio, en compañía de la Primera Dama, pasando junto a Virginia, la cual volvió la vista al escuchar aquellas palabras.

—Al fin podré conocerla, me ha hablado usted tanto de ella —comentó la Primera Dama.

Una hermosísima mujer de cara pálida, ojos brillantes como perlas azul marino y largos cabellos blancos irrumpió en la sala. Vestía un elegante vestido de sedas claras, largo con llamativas transparencias, cerrado por un estrecho cinto púrpura imperial. Portaba en la cabeza una corona laureada, de pequeñas flores rojas y blancas. Sin apartarse de la mirada atónita de Virginia, anduvo hasta Marija, con los pies descalzos, y se acercó a la Primera Dama, estrechando su mano a la par que ofrecía su mejilla.

Virginia quedó perpleja y extasiada ante aquella presencia que tanto conocía, que la asaltaba en su interior, haciéndola dudar de sí misma. Se mostraba como tal, tan real que apenas podía creerlo. Nunca pensó que existiera fuera de su mente, si acaso existía. Quiso hablarle, pero hacía tanto que convivía con ella, en su interior, que no pudo más que dedicarle una sonrisa seguida de un leve susurro.

—Artemisa...

—Debes prepararte, las entrañas de la tierra se retuercen para dar luz a su hija divina —resonó en su mente, como un sonoro grito que nadie más escuchó, mientras aquella presencia saludaba a la Primera Dama.

—Pasemos a la sala de armas. Celebraremos una pequeña ceremonia antes del almuerzo —continuó amablemente Marija.

—¿Una ceremonia? No será algo sectario, mi querida amiga —dijo la Primera Dama.

—No se preocupe, solo es un acto simbólico. Después, para cerrar esta entrañable velada, degustaremos la apetitosa cocina del maestro Rausch... Y un buen vino de Sonoma —le confirmó Marija.



Artemisa sonrió y asintió ante la curiosa mirada de la Primera Dama, transmitiéndole confianza tan solo con su tierna mirada.

—Dime que no es real. Pero esa mujer... la he visto en sueños —aseguró Bambi, acercándose a Virginia.

Ella no contestó, seguía expectante. Sin salir de su asombro, observaba cómo la Primera Dama sonreía amablemente, mientras Artemisa le brindaba una de las flores de la cabeza y le ofrecía su brazo.

—Es real, Artemisa está entre los vivos —murmuró.

—Eso es imposible, no puede ser —le replicó Bambi temblando el mentón.

La comitiva entró en la sala de armas donde se hallaba preparado un tentempié con numerosas delicias calientes, bocaditos de gamba, pollo y patata, té y pastas. Se trataba de una especie de capilla de piedra, adornada con lanzas, arcos, hachas, escudos y otras armas de la Antigüedad, que daba al jardín a través de su ancha terraza de piedra tallada. Cuatro jóvenes azafatas, ataviadas de un corto y elegante chitón azulado, que las hacía parecer de épocas remotas, entregaban a cada invitada un tríptico informativo conforme avanzaban, varias pegatinas de las diferentes entidades participantes del evento y una hoja con el menú de degustación. Las invitadas, acompañadas de una fluida conversación, entraron y se sentaron en unos bancos de madera, preparados en diagonal ante un altar de mármol, sobre el que se hallaba una preciosa escultura de Artemisa y, a ambos lados, la luna llena, resplandeciente; y sobre ella, la espada de Ares.

—¡Mi espada! —murmuró Virginia.

Tres tronos de elaborada madera, cómodos y adornados de numerosas tallas, acompañaban aquel mediático altar de

ceremonias. En el de la derecha se sentó la Primera Dama, a la izquierda Artemisa y el del centro quedó vacío, esperando su reina.

Marija subió al altar, pletórica, micrófono en mano.

—Señora Obama, querida Artemis —comenzó su discurso—. Tras dar la bienvenida a nuestra invitada de honor y a las presentes, quería agradecerles de nuevo su asistencia a esta gala tan importante para nosotras. Aquí nos hayamos reunidas representando los derechos de la mujer...

Mientras se dictaba aquel discurso, Virginia recorrió la sala, buscando con su mirada cualquier cosa que llamara su atención y se fijó en aquella divinidad a la que llamaban Artemis.

—Las entrañas del Hades se remueven vomitando sangre —respondió la diva a su mirada con la mente.

—Aquí Scorpio. Donna está llegando al edificio. En el Consejo de la ONU todo ha terminado. Viene con varios agentes, entrará por detrás —comunicó el capitán por el pequeño transmisor que llevaba acoplado desde el oído.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Virginia.

—Smith me ha confirmado que la conferencia ha sido un éxito: el Presidente está bien, todo ha ido según el protocolo. Cobra fuerza que la Primera Dama sea el objetivo, si existe un objetivo —expuso Scorpio, con la esperanza de que Mirina no apareciera.

Un fuerte aplauso resonó en la estancia, la Primera Dama se alzó para besar a Marija y felicitarle por sus palabras: había terminado su presentación. Y se dirigió hacia aquellas mujeres.

—Buenas noches mis estimadas amigas. En primer lugar quería agradecer sinceramente vuestra invitación, felicitar a mi estimada amiga Marija Lebel por esta maravillosa jornada



y, como no podía ser de otra forma, a nuestra querida amiga Artemis por brindarnos su más que generoso apoyo...

Virginia se volvió para escuchar, pero su mirada y sus sentidos se desviaron hacia una joven pelirroja que salió apresuradamente, con la cabeza baja, hacia la terraza exterior. De inmediato la siguió.

—Loba Alfa 4, me dirijo hacia la terraza. He visto algo, dime qué ves —comunicó Virginia por su micro.

—Aquí Loba Alfa 4. Tengo la terraza cubierta, no es ella. Creo que es Anna, la policía española, la orca —confirmó Evelyn, revisando diversas fotografías—. Espero órdenes.

—Loba Alfa 4, cúbreme, voy por ella —dijo Virginia.

—Te sigo —apuntó Bambi.

—Sí, sí... Ya veo, es muy urgente —comentó Anna por teléfono en aquella terraza y colgó, recogiendo su melena pelirroja. Al girarse, se encontró con Virginia frente a ella, con la mano posada en la culata del arma.

—Te andaba buscando —dijo una conocida voz masculina, surgiendo tras Virginia, acompañada por Ilenka.

—¡Teniente Segarra! ¿Qué hace aquí? —preguntó Virginia, sin retirar la mano de su arma.

—Teníamos una cita, ¿recuerdas?

—Álvaro Escobar, nuestro Inspector Jefe acaba de llamar personalmente desde España. Se encuentra preocupado por ese asesino de niñas. Ha tratado de localizarte, pero no ha podido. Te manda recuerdos —aseguró Anna—. ¿Siempre tienes el móvil apagado?

—¿Tiene algo para mí? —preguntó Virginia, con la mirada perdida en el teniente Segarra; estaba realmente atractivo, parecía haberse arreglado especialmente para ella en aquella extraña cita.

—Ha encontrado una más que posible coincidencia en el caso del Carnicero de la Cabaña, quiere que la estudies. No te va a gustar —contestó Anna y se acercó descaradamente a Virginia, para posarse a su lado—. La semana que ocurrió el primer asesinato se celebró un congreso de seguridad, donde intervinieron varios agentes del FBI. En los siguientes asesinatos, a principios de marzo, se dictaron en Madrid unos cursillos de policía, donde también participaron tus amigos. En ambas fechas asistieron el capitán Harris y el agente especial Henry, acompañados por un joven agente: William Vence. Cenaron juntos, con un policía de Los Ángeles, Logan, pero este solo vino la última vez.

—¿Álvaro cree que el Carnicero de la Cabaña es un agente del FBI?

—No quiere especular, aunque no encuentra otra coincidencia en fechas y eventos en los que participaran norteamericanos venidos de California —apuntó Anna—. Ese joven agente, tan especial para usted, ¿coincide con el perfil de su asesino? ¿No era su compañero?

Virginia quedó de piedra. Sabía lo que significaban aquellas palabras que cuadraban con el registro que Harris había ordenado.

—¿Tenéis que hablar de trabajo ahora? Estamos en una gala —apuntó el teniente Segarra.

—Era importante, teniente —aseguró Anna y se volvió para regresar al interior de la mansión.

—¿Estáis armadas? —preguntó Virginia, señalando a las dos jóvenes con la mirada y retirando la mano de su arma.

—No. ¿Cómo pretendes que asistamos armadas a una recepción con la Primera Dama? ¿Acaso desconfías de una agente de policía española y de una consejera de reconocido prestigio de la Fundación Selene? —respondió Anna con una sonrisa que indicaba todo lo contrario.



—No, pero quizás tenga motivos para desconfiar de una orca asesina y de un demonio sediento de sangre.

—No creo —dijo Anna mientras se alejaba de su lado. Ilenka, la muda, realizó una mueca de “quién sabe” y siguió a su compañera.

—Yo sí voy armado... Vengo como escolta de la Ministra. ¿Por qué? ¿Ocurre algo? —preguntó el teniente Segarra, sin lograr entender de qué estaban hablando. Y se dirigió a una mesa cercana para servir dos copas de vino.

—¿Has venido como escolta de la Ministra? —preguntó Virginia, sin saber muy bien qué decir—. No deberías beber en acto de servicio.

—Confío en que no me delates. Estás muy guapa, pero te veo trabajando. Pensé que asistirías como invitada.

—Teniente, yo... —comentó Virginia.

—Lo comprendo, estás de servicio. Esperaré. Después de cruzar el charco, podré esperar unas horas a que esto acabe. Nueva York es una ciudad preciosa, todo un mundo por descubrir diría yo. Me gustaría sobrevolarla de noche, cuando esté todo iluminado. Debe de ser un espectáculo. Podrías acompañarme —le dijo el joven teniente, ofreciéndole una de las dos copas de vino.

—Podría ser interesante, pero créeme que ahora no...

—Tienes unos ojos realmente hermosos. Me gustas mucho. Eres increíblemente bonita y tienes cerebro. Una combinación explosiva en una mujer armada. Creo que me estoy enamorando de ti a marchas forzadas —aseguró el teniente con una sonrisa tan galante como traviesa.

Virginia quedó muda, con los labios estirados, sin reaccionar frente aquel joven que flirteaba descaradamente con ella.

Un repentino escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando notó la mano de Artemisa sobre su hombro y se volvió, desviando la atención de aquel teniente de policía español.

La divina le acarició su larga melena negra, azabache puro de destellos azulados, y le sonrió.

—¡Qué hermosa estás! —exclamó sin pronunciar palabra, llegando hasta la mente de Virginia.

—Creí que eras producto de mi mente enferma —le dijo ella, con tono dubitativo. Acto seguido se dirigió al teniente Segarra—. Hablamos más tarde, quizás podamos sobrevolar Nueva York...

—Siempre he estado a tu lado —aseguró la divina, tomándola del brazo y llevándosela con ella—. Apenas nadie me conoce por mi verdadera naturaleza. Tu abuela María era una gran mujer. Curiosa ella, aseguraba que mis celos sembraron de odio y muerte su linaje divino, el de todas las hijas de la luna. No quería saber nada de Artemisa, solo un ruego: que cuidara de sus nietas... La sangre de Ares todo lo siembra de muerte, ella lo sabía.

—Mi espada... —susurró Virginia.

—Pensé que te gustaría verla aquí, es un buen lugar. Esta forjada por Sethlans, dios del fuego, para Ares, azote de mortales. Es posible que te sea útil, su corte y estoque puede hacer temblar hasta el alma más divina —dijo Artemisa—. Veo que no has logrado llevarte bien con tu hermana.

—Mi hermana —asintió Virginia.

—Sí, tu hermana. Eva Landis y Kristen Dencault eran grandes amigas hasta que se cruzó la tragedia en sus vidas. Conocieron a un apuesto mercenario fuerte y sin piedad, Alessandro Valentine... El coronel Murdek. ¡Ah! El corazón noble de una mujer es presa fácil ante la mentira piadosa y los hombres siempre se aprovechan, lo parten y encima lo celebran como los vulgares machos engreídos que son. Siembran el odio, el rencor... La historia se repite, como ocurriera hace milenios con Armonía y Mirina, con el ignominioso Ares.



—Mi madre nunca me dijo nada.

—Eva decidió alejarse de él, era mujer sabia. Ingresó en el Cuerpo de Marines y mantuvo su apellido de soltera, incluso en ti lo antepuso al de tu padre.

—Es mi hermana, ¿estás con ella también?

—Mirina está poseída por la ira de Ares, es impredecible ante el bien y el mal. No conoce amigo ni enemigo, ni causa alguna que no sea la que le dicta su mente con cada amanecer. Tú, en cambio, albergas en tu corazón la gracia de Armonía. El día que naciste, nada más abrir los ojos, tu abuela te sostuvo en alto y enmudeció. A los cinco días habló por primera vez. Le aseguró a Eva que el ying yang guiaba tus pasos con el perfecto equilibrio que da vida, que da muerte.

—¿Mi madre era consciente de esta realidad?

—No. Ella pensaba que María estaba mal, enferma de la cabeza. Eva le pidió que desapareciera de su vida y de la tuya. No se lo reprocho. ¿Qué querías que pensara? Este mundo en el que vives está loco. En cuán pocas personas he visto el orgullo del honor y la verdad, sino la soberbia de la codicia; la envidia y el egoísmo es lo que abunda.

—Artemisa, ¿crees que en verdad surgirá de los infiernos buscando venganza? No acabo de asimilarlo, no sé que pensar... Estamos en el siglo XXI, en mi mundo no hay lugar para dioses ni mitos.

—Yo estoy aquí, en carne y hueso. ¿Has visto alguna vez al dios cristiano? ¿Al dios musulmán? ¿Al judío o al budista? Todo nace de la misma fuente sagrada: la fe humana, el miedo del mortal, la vana esperanza de alcanzar vida celestial. Yo nunca pude ver a Zeus y ahora lo contemplo en los cuadros sagrados de este tiempo, en los frescos y retablos de iglesias y catedrales, como un dios único todopoderoso. No lo olvides, debes hallar a tu Clearco y acabar con él cuanto antes. El horror se desata...

—¿Podré con ella? Debes ayudarme.

—Sabes que no puedo, entre divinos no hay muerte. Quedaría maldita, excluida de las alegrías de tu mundo y de la gracia del Olimpo.

—Señora Artemis, perdón —le instó una azafata.

—Disculpa, he de volver con la Primera Dama. Es la hora de la ceremonia, todos me esperan —aseguró, despidiéndose de Virginia.

—¿Todo va bien? —dijo Bambi, acercándose, presa de la curiosidad.

—Anna e Ilenka están aquí, aunque me temo que serán el menor de nuestros males —afirmó Virginia.

—Si ellas están aquí, Mirina no andará lejos —apuntó Bambi—. Supongo que en España no sabrán a qué se dedican de verdad su orca y la muda.

—El Inspector Jefe Álvaro piensa que tiene una infiltrada en el seno de la organización de Mirina. La verdad es que es Mirina quien tiene una rata en la Policía Nacional de España. Seguramente por eso logró escapar de la Interpol cuando ya casi la tenían.

—¿Qué hacemos?

—Nada, de momento. Son miembros del Patronato y no tenemos ninguna prueba legal contra ellas sobre ningún delito.

—Podemos eliminarlas.

—No.

—¿Qué te dijo Artemisa? Es ella, ¿verdad?

—Ya sé quién es el Carnicero de la Cabaña y me temo que esté completando el círculo en este momento. Debo marchar al hotel, he de encontrar a William. Espero que esta ceremonia no se retrase mucho.



Al otro lado de la sala, Scorpio seguía en tensión, preocupado por la Primera Dama y, a su vez, por si aparecía Mirina.

—¿Habéis visto algo? —preguntó por su frecuencia.

—No. De momento todo marcha según el protocolo —aseguró Virginia.

—Si aparece Mirina, ¿qué pasará con Scorpio? ¿Será de fiar? —preguntó Bambi, en voz baja.

—Scorpio siempre será de fiar —contestó Virginia.

—Es un hombre, yo no lo tendría tan claro...

Marija Lebel hizo un gesto de agradecimiento hacia la Primera Dama y Artemisa, y se dirigió de nuevo a las personas de la sala, junto al jardín, donde se congregaron finalmente las invitadas.

—Durante mucho tiempo, hemos trabajado juntas para que el día de hoy se diera —aseguró Marija, dirigiéndose a su público—. Linaje de reinas de otros tiempos, valientes ellas que nunca se sometieron. Sí, amigas mías. Tras tantos años, al fin dimos con una auténtica hija de la luna. Por su sangre corre la sangre divina de las grandes reinas de Anatolia... Ven a mí, pues eres mi reina. Un aplauso para ella, nuestra joven y queridísima María Rotten.

La hija mayor de Mirina anduvo hasta el escenario con cierta vergüenza. Subió por las escaleras, besó a la Primera Dama, a Artemisa y se posó a su lado. Marija le acarició la cabeza y le dio un beso. Una gran algarabía colmó el ambiente entre susurros, aplausos y exclamaciones.

—Tu deberías ser la reina —susurró Virginia—. Eres descendiente de Evenor y Ainia, hijos de Poseidón y la gran Cibeles.

—Deberías ser tú, hija de Armonía y de Ares —apuntó Bambi, con una sonrisa casi burlona—. María parece una joven

muy capaz, preparada para asumir ese papel tan importante. Yo no sería muy buena diplomática.

—Creo que yo tampoco —contestó Virginia, levantando el entrecejo.

Un destello rojo en su retina la sacó de sus cábalas. Ladeó la cara y vio cruzar a Mirina.

—¡Está aquí! —advirtió a Bambi—. Grupo Scorpio, atención, la cazadora ha llegado. Ha entrado en la sala de armas. Localizadla y dadme su posición.

Scorpio abandonó su puesto y se dirigió hacia unas escaleras, con la idea de poder tener una mejor perspectiva para localizarla. Clarke, Betancourt y Jessi se acercaron cautamente, controlando las entradas y salidas de la sala de armas. Evelyn posó su mira telescópica en la puerta de la terraza y acarició su gatillo.

Virginia miró por un momento a la Primera Dama y volvió, de nuevo, la vista tratando de localizar a Mirina: había desaparecido. Vio sentarse en aquellos bancos a la hermana de la pequeña María, acompañadas por Ilenka y Anna, cerca de la Primera Dama, aplaudiendo las palabras de Marija. Y marchó hacia la terraza deprisa.

—Scorpio, ¿la has visto? ¿Scorpio? —llamó con insistencia.

—Te oigo, no he visto a nadie —respondió Scorpio—. No le hará nada a la Primera Dama, está muy bien protegida... ¡Y están sus hijas!

—Sabes de lo que es capaz esa mujer —le recriminó Virginia.

—No acabará con Michelle de la mano de su hija coronada. Es tu hermana, acabó con todos los que te perseguían y salvó la vida de tu novio. ¿No has pensado en ello?

Virginia calló, resultaba obvio que había pensado en ello y muchas veces; y volvió su vista hacia la divina, que asintió con una sonrisa ambigua al lado de la Primera Dama.



—No me parece una buena idea que Scorpio siga aquí — dijo Bambi.

—Capitán, Bambi, vigila a la Primera Dama. Donna debe estar a punto de llegar. Voy a buscar a Mirina, tengo una corazonada —transmitió Virginia.

En la estancia, arropada por aquellas mujeres, Marija Lebel prosiguió con la ceremonia.

—Hermanas, ante nosotras se halla la pequeña María. Muchas generaciones han transcurrido hasta poder alcanzar este solemne acto. Nos representará a todas nosotras, defendiendo los derechos de la mujer en cada proyecto que desarrolle. Y ella necesita nuestro apoyo, cuenta con vuestro generoso apoyo —aseguró de forma cómplice, invitando a las presentes a colaborar económicamente.

Dicho esto, le ofreció a Artemisa una fina corona de floreada, la cual depositó con ternura sobre la cabeza de la pequeña. Luego, le dio un sentido beso. La Primera Dama tomó un cinturón de oro de la mano de Marija, con el símbolo de Ares como cierre y se lo entregó a la joven, que no tardó en tomarlo y ajustárselo en su cintura con tremenda emoción.

—Hace mucho que nos preparamos para este día — aseguró la pequeña María, acercándose al micrófono, deshaciéndose de su miedo escénico—. Quisiera dar las gracias a la Primera Dama por brindarnos su apoyo, por confiar en la unidad de todas aquellas instituciones que nos representan. Ahora, con vuestra estimada colaboración, representaré nuestro alegato de justas reivindicaciones por todo el mundo. Espero ganarme el afecto y el respeto de todas vosotras, mis hermanas. Quiero darle las gracias a mi amada madre, Kristen Valentine, que tanto luchó por mí. También quiero dar las gracias a nuestra querida anfitriona,

la señora Marija Lebel, por la magnífica acogida que nos ha brindado en este precioso hogar. Y, cómo no, a la divina Hipólita, hija de Armonía y Ares, especialmente a ella, por estar aquí hoy, entre nosotras, acompañándonos en este día tan especial. Su energía llena esta estancia transmitiéndonos la fuerza necesaria para emprender nuestra labor.

Las invitadas miraron hacia los lados, entre susurros, buscando a la divina Hipólita, sin hallar y supusieron que hablaba de forma espiritual, un concepto abstracto más de aquella ceremonia simbólica.

—Y ahora, sí, nos espera ese delicioso aperitivo Rausch lleno de buenas esencias y bocados, en los próximos días tendremos tiempo para más —apuntó Marija iniciando un gran aplauso.

## Capítulo 23

### HERMANAS DE SANGRE

Ocultada entre unos altos matorrales de Central Park, cerca del muro que delimitaba el jardín de la mansión, una mira telescópica buscaba su blanco: el dedo índice acariciaba el gatillo. Donna Ludwig acababa de llegar. Se dirigía hacia la entrada del parque, donde se hallaba la Primera Dama, acompañada por dos agentes de la Agencia UMA. La cruz de la mira ofreció un doble blanco perfecto para la potencia desgarradora de un fusil Barret, la señora Obama y Donna se encontraban una frente a otra, en línea.

—Quieta o te vuelo la cabeza —susurró Virginia, posando su Bren Ten 10 mm sobre la sien de Mirina.

—Debes de ser tan buena como aseguran —expuso Mirina, al perder la concentración y su blanco.



—¿Tú crees? —preguntó Virginia, ladeando el arma de forma repetida, invitándola a alzarse.

—Nadie me sorprendió nunca de esta forma. ¡Qué vergüenza, mi propia hermana! —contestó Mirina.

—El truco de atraer la atención en un punto para atacar desde otro está muy usado —apuntó Virginia.

—Te valió en las maniobras Parris Island para vencer al coronel Murdek.

—Entrégate.

—Pero no, no lo eres. Aún no has alcanzado tu plenitud.

De repente, Mirina apartó con el codo el cañón del arma de su sien y, volviéndose como disparada por un resorte, se levantó arrancándole de una patada la Bren Ten 10 mm de la mano a Virginia. Acto seguido le propinó un golpe en el vientre con la culata del fusil y, conforme la agente agachó el rostro hacia delante, le dio fuerte en la mandíbula, con el puño, haciéndola caer entre dos arbustos con un corte en los labios.

Virginia apretó los dientes, manchados de sangre y notó su dulce sabor. Sus hermosos ojos brillaron con un respingo de nariz, mientras fruncía enojada las cejas. Su pelo negro azabache se meció suave con el viento, mientras su mirada penetrante se hundía en Mirina. La sangre comenzó a bullir en sus venas como un torrente que se precipita al vacío. Arqueando el cuerpo, se puso en pie de un salto y se lanzó sobre ella. Se echó hacia la derecha, interceptando un golpe con el brazo izquierdo, y golpeó con su puño derecho el costado de su hermana.

Mirina cayó de rodillas a unos metros del fusil, con una arcada, sorprendida; y se volvió rápidamente.

—Esperabas a Donna para concluir tus objetivos con una sola bala —aseguró Virginia—. Sabías que saldría de su refugio

ante la incertidumbre de que pudieras atacar a la Primera Dama. Me has vuelto a usar para posar a tu objetivo ante la mira telescópica de tu arma. Eres predecible, hermana.

—No te relacionas con buena gente —dijo Mirina, manteniéndose en guardia.

—Nunca pretendiste acabar con el Presidente, sino con la Primera Dama.

—Realmente..., sí me apetecía pegarle un tiro. Pero tuve mis diferencias con Montoro —respondió Mirina con una mueca rara.

—Ya has saldado cuentas con él. ¿Fuiste tú o fue Ilenka?

—Sí, ahora tengo otras que saldar. ¿Tú que opinas? —respondió Mirina y se pasó el brazo por la comisura de sus labios, limpiando la sangre que manchaba su mentón. Y se abalanzó sobre ella, realizando una llave con el brazo y un pie que tumbó de nuevo al suelo a la joven agente, con un golpe de codo en la cara.

Virginia se repuso y se levantó lentamente. Esquivó un nuevo envite, girando sobre ella mismo y, alzando las piernas al aire, tomó del cuello a Mirina, haciendo presa. Ambas cayeron entre los matorrales, rodando por el pedregoso terreno hasta golpearse en el tronco de un enorme abeto.

Las dos hermanas quedaron separadas, se irguieron controlándose la una a la otra, despacio, recuperándose de los golpes recibidos. Quedaron frente a frente. Virginia miró la Bren Ten 10 mm, a la derecha; y Mirina el fusil, a la izquierda. De inmediato, saltaron. Se levantaron y, ambas, quedaron como estatuas vigilantes, apuntándose con sus armas.

—Siempre has vivido oculta, ignorando tu realidad. Ya no podrá ser, la sangre te persigue y un día tendrás que enfrentarte a ti misma y aceptar quién eres, vivir tu soledad rodeada de muerte como hago yo —aseguró Mirina.

—¿Y Scorpio? No estás sola, él te quiere.



—¿Scorpio? Ese buey está enamorado de mi hermana. ¿Te parece bien eso?

Virginia alzó la mirada, con su arma tensa en el brazo y dio un paso al frente, con el dedo presionando levemente el gatillo. Mirina la imitó.

—Ya lo he hecho, hace tiempo que acepté mi destino —aseguró Virginia.

—Pues te has equivocado de bando en esta guerra.

—Yo no estoy en guerra con nadie. Entrégate, hazlo por tus hijas, no me obligues a disparar —dijo Virginia.

—¿Dispararías contra tu propia hermana? Hoy es un día especial para mis hijas: Donna Ludwig dejará de ser un peligro para ellas. Deberías alegrarte, son tus sobrinas. Además podrías regresar a tu oficina del FBI y serías libre de nuevo.

—¿Y después?

—La Fundación Selene reemplazaría a la Agencia UMA.

—¿Por qué? ¿Por qué acabar con María, con nuestro padre...?

—¿Tu abuela? Ese cabrón al que llamas padre... ¡Abre los ojos! Ellos las mataron en la encerrona de Irak. Las asesinaron por hacerse con el oro que hallaron escondido. Edward Rotten, mi hombre, fue asesinado en Jerusalén por que descubrió la verdad a través de los contactos de Alberta Muller en el Mossad. ¿Eso no te lo contó esa víbora que tienes por amiga? ¿No te has preguntado nunca cómo obtuvo tanto poder y tanta riqueza un grupo de mercenarios hasta convertirse en la Agencia UMA?

Virginia la escuchó perpleja.

—Sabes que es cierto, lo veo en tu mirada —aseguró Mirina, acariciando el gatillo de su potente arma.

Virginia le acercó su Bren Ten 10 mm a la frente, mientras notaba, bajo su pecho, la boca del fusil oprimiendo su vientre.

—¡Mientes! ¿Y María? ¿Por qué la mataste? Ella no estaba en la foto del grupo...

—¿Has visto la foto? ¿Quién crees que la tomó? Tuvo el valor de ocultar los hechos como si todo hubiera sido una terrible emboscada enemiga. Ella que era nuestra líder permitió que las asesinaran. En vez de castigar a su hijo, cubrió el crimen para llegar al poder. Tú padre la envió contra mí haciéndola creer que quería tu vida, por eso nunca te contó quién eras. Me sorprendió que al final lo hiciera y te involucrara, estabas fuera de esta guerra. Ella me temía en verdad, porque sabía que era tan culpable como los demás.

—No puede ser verdad, me estás mintiendo —sollozó Virginia con los ojos nublados, apretando los dientes.

—¿Qué te dijo esa perra? ¿Te aseguró qué eras mi objetivo? Yo siempre sé contra quién disparo y si debo hacerlo. Eres mi hermana... Siempre te he querido, siempre te he cuidado.

—Ese oro...

—Ese oro manchado de sangre es parte del botín de Irak. Los hombres de Montoro lo robaron al raptar a mis hijas... ¡Y quería más!

—No lo entiendo, ¿por qué atentar contra la Casa Blanca?

—El Presidente no es partidario de juegos de guerra con mercenarios, Donna necesitaba un golpe de efecto que revitalizara su papel y el de la Agencia UMA en el Pentágono. Ella lo organizó todo. Si evitas un magnicidio, ¿cómo vas a prescindir de la gente que te salva? Por qué crees que Cinthya te esta subiendo a los altares. Donna no le habla al Presidente de una agente del FBI, sino de la mejor agente de la Agencia UMA. Ella financia su reportaje. Abandona a Donna y únete a mí. Eres mi hermana, juntas vengaremos la memoria de nuestras madres y dominaremos la Agencia Uma.

Virginia dio un ligero paso hacia atrás y bajó levemente el arma, dubitativa y angustiada por la posibilidad de que



estuviera ante una terrible y desconocida realidad que lo alteraba todo.

—No te creo —reaccionó Virginia, levantando su arma de nuevo, recuperando el paso—. Solo buscas ocupar su lugar en la Agencia UMA. ¿Cuál es tu plan? ¿Acabar con Donna y salvar a la Primera Dama de tu propio atentado? ¿Por eso están la orca y su amiga muda cerca de ella?

—Donna debe morir —sonrió Mirina—. Puedes creer lo que quieras. Dejé la Agencia UMA cuando descubrí lo que había ocurrido en verdad. Donna me consideró un peligro y me echó encima a los perros de la CIA. Acabé con ellos y me vendió como una amenaza que estaba acabando con los mismos agentes del gobierno que ella me enviaba. Tenía planes, ¿sabes? Ahora tú me lo impides. Si no estás, tendré que apuntarte en mi lista.

Ambas quedaron en silencio, con la mirada atravesada y el dedo en el gatillo, en una tensa tregua no acordada en la que cada una esperaba la reacción de la otra. El sudor les recorría la frente, se sabían muertas al menor movimiento.

—¡Ah! ¿Estáis aquí? —sonó una voz surgida de la nada, interrumpiendo bruscamente aquella tensa situación—. Mis pequeñas lobas, reinas de la luna, os andaba buscando. ¿A mordiscos entre vosotras mientras ella ensancha su alma y se llena de cólera?

Virginia y Mirina volvieron la mirada sobre la divina de pies desnudos.

—¡Artemisa! —exclamó Mirina, cediendo en su hostilidad de inmediato—. ¿Qué haces aquí? Debías estar con la Primera Dama, cuidando de mis hijas.

—Mi amada Mirina, siempre organizándolo todo. Deberías abrir tu corazón, podrías ver más allá de las sombras —dijo la divina con voz pausada—. Mi querida Virginia, esta no es tu guerra, sino la de tu hermana. ¡Déjala ir! Tu misión es atajar

el horror, será tu gran batalla. Las puertas del Hades cayeron, debes cerrarlas. Encuentra a tu Clearco y arráncale la cabeza antes de que sea tarde para todos.

—No es posible, solo eres una loca más... Como la abuela —dijo Mirina.

—Tu hija María está esplendida en este día de su coronación. Se ve tan linda. ¿Por qué no limpias tu cara y la acompañas en una fecha tan especial? Ya habrá tiempo para hacer planes, cuando pase el día de hoy y veamos qué acontece el mañana —dijo Artemisa. Seguidamente ladeó el fusil de las manos de Mirina y bajó, con la otra mano, la Bren Ten 10 mm del puño de Virginia.

En la distancia, Mirina observó en la terraza a su hija, tan radiante, sujeta a la mano de la Primera Dama. Giró la vista sobre las demás mujeres que formaban aquel acto social.

—Esta pantomima no os servirá de mucho. Esa mujer no sabe en verdad quiénes sois, pero lo sabrá y entonces se arrepentirá de haber confiado en vosotras —aseguró Mirina.

—No es necesario que se entere de nada, a nadie beneficia y a todas perjudica. Deberías volver, lucha junto a tu hermana, con Donna. Ella es selectiva, a ti solo te mueve el odio y tienes tanto amor que ofrecer —susurró Artemisa.

—¿Has olvidado quién asesinó a mi madre? Me va mejor por mi cuenta.

—Una venganza solo conlleva otra venganza, oscurece el alma y ciega la mente. Con ella estarías de nuevo al lado de la ley.

—No me gusta esa ley —dijo recuperando su fusil con un golpe de mano y alejándose, lanzó una mirada fría hacia atrás—. Acabaré con Donna Ludwig, siempre cumplo mis promesas.

—Hoy no será, otra batalla tendrá su lugar —añadió Artemisa.



—Debo detener a Mirina —aseguró Virginia.

—No, no es el lugar apropiado. Ni su destino. Si ha de caer, ha de ser como la gran guerrera que es, no en una insípida fiesta. Además, necesitarás de su ayuda, el horror late con fuerza.

—Me ha hablado de Donna, no precisamente bien —expuso Virginia, guardando su arma sin quitar la vista de Mirina, que se alejaba.

—Es una larga historia, la misma de siempre. Amor y odio, gloria y oro. Donna no ha de justificarse por nada. Tu lealtad hacia ella se basa en la confianza. Su cariño hacia ti, en el amor que sintió por tu abuela María. Todo lo arruinarías con ella si la haces dudar. Quebrada la gracia, nada será igual.

—¿Es cierto lo que me contó Mirina?

—Es su verdad, no la de todos.

—¿Donna mató a mi madre?

—Ese oro desató una guerra entre hermanas. Todas lo querían, cada una para un fin, ninguna cedía. Kristen Dencault organizó el decomiso para la Agencia UMA, junto al coronel Murdek y su grupo mercenario. Pero le perdieron los celos que la consumían cada vez que veía a tu padre rondar a Eva. Eso es algo que Mirina no acepta, la responsabilidad que tuvo su propia madre en aquella horrible jornada. Todo acabó en sangre cuando Eva expuso que el oro debía ser recogido por las tropas americanas y devuelto al pueblo iraquí.

—Se mataron entre ellas, por eso no había cuerpos de soldados enemigos —asumió Virginia.

—Eva era una mujer valiente y responsable con sus ideales. Pero en un mundo donde se han sustituido las diosas de vida por dioses de muerte, abalados por riquezas robadas y fanáticos asesinos, no encontró honor, sino traición y sangre.

—Mi madre solo cumplía con su obligación —se expresó Virginia.

—Donna supo rentabilizar la tragedia en favor de la Agencia UMA. Mas nada tuvo que ver en la matanza. María supo discernir que no había sido el oro el detonante, sino los celos; ese incomprensible sentimiento de amor capaz de hacerte supurar, traicionar y matar. Mirina ambicionaba el poder e inició su propia cacería. En el camino cayó su hombre, se lo mataron. Ciega, clamó venganza y ahora no sabe dónde está la salida de su propia espiral de odio. Solo escucha lo que quiere oír, desecha lo que no desea saber.

—Artemisa... ¿Cómo has llegado a este mundo? —preguntó Virginia—. ¿Tienes tu propio Clearco?

—Tu abuela María realizó una verdadera hecatombe, cien bueyes y un ruego: que la divina cazadora guiara los pasos de sus nietas. Fue vuestro bautizo, fue mi vida.

—Artemisa, no me mientas. La sangre de bestias no es digna de dioses —dijo con tristeza Virginia.

—Añadió su propia existencia. Por ello ningún médico de tu mundo supo nunca el mal que le devoraba la vida. Yo consumí su alma.

## Capítulo 24

### DIOSES INMORTALES

—Loba Alfa 4, la tengo localizada. El objetivo está en la terraza, se dirige a la entrada. Espero una orden —sonó en los auriculares de los agentes del grupo Scorpio.

—¡No dispaes! —ordenó de inmediato Virginia—. Rodeadla discretamente. No la perdáis de vista. En cuanto la Primera Dama deje este escenario, detenedla... A poder ser, viva.

Scorpio y Bambi se dirigieron hacia la terraza.



En aquella reunión de mujeres, Mirina se acercó hasta su hija María, se agachó acariciando su pelo y la besó.

—Estás preciosa —le dijo.

—¡Madre, has venido! ¡Qué alegría!

Scorpio se posó frente a ella.

—Jhon Spencer —susurró la joven María ante Scorpio, curiosa—. Mamá nos habla mucho de ti, dice que eres un policía bueno, que ahora trabajas en el FBI, en Los Ángeles.

—Mamá, ¿es tu novio? —preguntó la pequeña Emma, vergonzosa.

—No, no es mi novio... Solo un buen amigo.

Bambi, les miró atónita, cada vez estaba más confusa. No entendía nada, pero supo que Mirina no sería un problema en ese momento y la sonrió, ante su propia incredulidad. Anna e Ilenka no tardaron en acercarse a ella, controlando a Clarke, Jessi y Betancourt, sin saber qué estaba ocurriendo. No era lo acordado.

Donna Ludwig la miraba seria desde la entrada de la sala de armas, sin decir nada. Giró su rostro viendo a Virginia caminar hacia ella, guardando su arma, y se sintió segura.

—La mesa está servida —anunció Marija Lebel.

Un fuerte aplauso resonó en la sala. La Primera Dama, acompañada por Artemisa y la pequeña María, avanzaron hacia la mesa presidencial. Un camino lento, recorrido entre amables paradas para atender con alegría las palabras de unas o de otras.

La Primera Dama dio un pequeño suspiro y se volvió sobre su anfitriona.

—Marija, mi querida amiga, en verdad estoy muy agradecida por su invitación. Lo he pasado muy bien; y por presentarme a estas personas. Con mujeres así de valientes nuestra sociedad

ganará mucho y pronto nos haremos escuchar en todo el mundo, pienso apoyarles siempre.

—Hay alguien a quién me gustaría presentarle. Es nuestra mejor agente, hoy cuida de su seguridad —apuntó Donna, dirigiéndose a la Primera Dama.

—Es una divinidad. No sé si está aún preparada, su poder es impresionante —apuntó Artemisa, acercándose al oído de la Primera Dama con una expresión cómplice.

—Señora Artemis, me asusta cuando dice esas cosas, parece que fuera a presentarme un demonio —comentó de forma simpática la señora Obama.

Entonces... Un pequeño temblor sacudió el lugar.

Artemisa volvió de inmediato su vista hacia el altar. Su cuerpo se estremeció al sentir el terrible poder que emanaba de las entrañas de la tierra, al notar aquella energía superior, solo digna de dioses.

—Lo conocerá... ¡Y muy pronto! —añadió. Y, con el rostro enjuto y agachando la cabeza, retrocedió, encorvando el cuerpo y ocultando su faz.

—¿Qué ocurre? —preguntó la Primera Dama, pensando en una atracción sorpresa.

Una réplica más fuerte agitó los cimientos de la mansión y cayeron numerosos cascotes del techo.

—¡Salgamos fuera, es un terremoto! —exclamaron algunos invitados.

En ese momento crujió el suelo de la sala con un fuerte destello que iluminó todo el edificio. Surgieron bajo tierra dos grandes bloques de piedra y un grito desgarrador dejó la sangre helada a todas las presentes. Una joven con tremendos arañazos que descarnaban su cuerpo, apenas cubierta con un chitón desgarrado y una ancha capa, bañada de sangre de la cabeza a los pies y con la cara sucia, hecha barro rojizo,



permanecía acurrucada, ante la sorpresa de todos, sobre las piedras.

La tierra dejó de temblar.

—¡Dios, que susto! Lo teníais bien preparado —dijo la Primera Dama.

—Nooo —susurró Artemisa temblando con una excitación tremenda ante aquel acontecimiento y retrocedió de nuevo, para desaparecer entre el polvo que se había levantado.

Virginia quedó atrapada ante aquella visión, nunca había notado aquella fuerza que recorría su cuerpo tan poderosa como ahora. La sangre parecía abrasar todo su interior y el corazón, explotar con cada acelerado latido que palpitaba en su interior.

—¡Dios, es increíble! ¡El Carnicero de la Cabaña lo ha conseguido! —susurró.

Ante ellas se mostraba aquella increíble criatura, emitiendo tristes lamentos y horribles alaridos, tratando de alzarse ante la mirada curiosa de todos.

—El ciclo se ha cerrado, el horror ha llegado. Tu Clearco ha ofrecido su tributo, la sangrienta hecatombe colmó su sangre de ira y rabia —apuntó Artemisa, llegando hasta la mente de Virginia.

Los agentes del Servicio Secreto y de seguridad observaban sin saber qué hacer, con las manos en las armas.

—¡Sacad a todos de aquí! ¡Rápido! —ordenó Virginia.

Mirina se quedó petrificada.

—No es posible, no puede ser verdad... No estaban locas —susurró. Acto seguido, tomó de las manos a sus hijas y corrió hacia fuera.

Aquella joven ensangrentada, de pronto, se levantó sobre el altar de piedra y estiró sus brazos al cielo con un largo gemido. Luego abrió su capa, goteando sangre, y escrutó su

entorno en silencio, con unos ojos tizones brillantes como perlas negras. La Primera Dama estaba atónita mirando, incapaz de apartar la vista.

—¡Llévároslo de una vez! ¿A qué esperáis? Esto no es ninguna broma —gritó Virginia a los guardaespaldas del Servicio Secreto y disparó por dos veces para sacarlos de su estupor.

Al escucharla, la Primera Dama cruzó sus ojos con los de Virginia y quedó sobrecogida ante aquella mirada profunda, hermosa y a la vez, tan terrible.

—Debe marchar con Donna, señora, aquí no está a salvo. Créame, esto no está en el protocolo —le instó Virginia, posándole la mano en el brazo y tirando de ella hacia el exterior del edificio.

La Primera Dama se sobrecogió al notar la energía cálida, plácida y brutal que emanaba de aquella joven. No la había visto nunca, pero supo enseguida, instintivamente, que se trataba de quién le había hablado Artemis.

—¡Vamos, señora! ¡Por su seguridad, debemos irnos! —le apremió Donna, mientras quedaba rodeada por los agentes del Servicio Secreto.

En apenas unos segundos, la Primera Dama fue rescatada, cubierta por Donna, y puesta a salvo en su vehículo oficial. Rápidamente se alejaron del lugar. Las invitadas abandonaron la escena presas del pánico ante lo desconocido. Muchas creían que era un terremoto, otras que estaban ante un atentado. La confusión en el exterior era enorme y los agentes de seguridad comenzaron a entrar con precaución en el edificio sin saber qué estaba ocurriendo.

En el altar, aquella joven cubierta de barro y sangre dio un paso hacia delante. Lentamente, estiró las piernas y los brazos, cerrando sus puños con fuerza. Y gritó con furia.



El cielo bramó y un rayo destelló cegador sobre ella, con una energía tal que carbonizó la madera y las telas de su alrededor, prendiendo la mansión. Rodeada de fuego, quedó erguida, limpia y hermosa; vestida con un immaculado chitón blanco, una larga capa adornada de serpientes vivas, con una larga lanza de afilada pica en la mano y un yelmo adornado de tiras de león sobre su cabeza. Una brillante coraza, en la que destacaba la gorgona Medusa, cubría la horrible égida, hecha de la piel humana de Palas, que protegía su pecho.

—¡Atenea! —susurró Virginia, dando nombre al horror.

De un salto se plantó ante ellos, agitando su lanza y, de lado a lado, el metal divino cortó el aire hiriendo a varios agentes con un solo golpe.

—Lobas Alfa, acabad con la intrusa de inmediato. ¡Fuego! —ordenó Virginia a la vez que descargaba su munición contra aquella aparición.

Estirando su larga asta hacia atrás, Atenea golpeó fuerte con el regatón a Jessi, lanzándola contra la pared con la clavícula astillada; y con un giro violento, la punta cortó el muslo de Betancourt e hirió a Clarke en el vientre. Bambi esquivó el corte con un ágil salto, cayó rodando hacia atrás y disparó su arma, seguida de Scorpio. Anna e Ilenka les apoyaron de inmediato. Las balas quedaron ahogadas en aquella capa, con un fuerte bandazo.

—¡Maldita sea! ¿Qué ocurre? —exclamó Evelyn, intentando vislumbrar lo que acontecía en el interior de aquella mansión. Tomó su arma y de un salto, abandonó la posición y corrió en busca de sus compañeras.

Bambi cambió el cargador de su arma sin apartar la vista de aquella terrible mujer. La cual dio un rápido paso al frente y la golpeó con el revés de la mano, haciéndola rodar por el suelo

hasta empotrarse en un rincón, conmocionada y sangrando abundantemente por la comisura de los labios.

Atenea alzó su vista al recibir un nuevo impacto en su bronceína coraza, que abolló el metal y la obligó a dar un paso atrás. Evelyn se hallaba ante ella, y disparó de nuevo su fusil. Pero la divina guerrera, con un rápido giro, se colocó ante la marine. Arrancó de sus manos el fusil con un violento estirón y lo estrelló contra las costillas de la joven. Acto seguido, lanzó hacia atrás el asta de su lanza, golpeando en el pecho de Scorpio y antes de que cayera, le dio duro con la rodilla y el puño, empotrándolo contra las mesas.

Con un fuerte grito hizo retumbar todo el edificio y, golpeando duro con su regatón, vibró, con una llamarada, cada rincón de aquel edificio. Grietas enormes comenzaron a recorrer Central Park, derrumbando árboles y personas hasta alcanzar los edificios de la ciudad. Entre temblores de tierra, el pánico comenzó a extenderse en cada calle, en cada avenida de Manhattan, mientras los vehículos chocaban entre sí y la gente caía al suelo.

Bambi, todavía traspuesta, apoyó las manos en las rodillas y recuperó su arma. Se encontraba alterada por lo que veía, enseguida había comprendido a quién se enfrentaban. Pudo ver cómo llenka salía de la sala arrastrando el cuerpo malherido de su amada Anna, con un corte sangrante que le cruzaba la frente y apenas la dejaba ver, entre agónicos gritos mudos.

—¿Qué mundo es este? —susurró la divina de ojos de lechuza, en griego antiguo, y recogió una automática con la mano. Acto seguido, pasó los dedos sobre la sangre que brotaba de sus numerosas heridas.

Sonó un disparo y una bala la atravesó el muslo derecho, ante su asombro. Apretó los dientes y alzó sus labios hacia



arriba, con un bufido, como si de un perro rabioso se tratara; y fijó la mirada en Bambi, aquella joven que tambaleándose le había disparado.

—La Loba... —susurró mientras andaba hacia ella templando su lanza.

Una nueva descarga de plomo cayó sobre ella, deslizó su capa al aire y se cubrió con su escudo. De un ágil salto, se llevó por delante la vida de un agente de seguridad que se le acercaba disparando e irguió su mirada, furiosa. Ante ella estaba Virginia, con su Bren Ten 10 mm en la mano.

—¡Tú! De nuevo nos vemos. Te arrancaré el corazón y se lo ofreceré a Hades como despedida de sus infiernos —dijo la divina.

—¡Salid de aquí! ¡Llevaos a los heridos! ¡Rápido! —gritó Virginia a los agentes de seguridad que llegaban, mientras se mantenía firme ante ella.

Atenea irguió la vista hacia los lados, lentamente. Anduvo entre las llamas que había desatado y miró atenta cómo huían las pocas personas que quedaban allí en pie.

—¿Dónde está el glorioso campo de batalla, mi ejército de bravos aqueos? ¿Mi auriga y mi carro de blancos corceles? —preguntó soberbia, soltando la automática al suelo con desprecio.

—Este no es tu mundo, miles de años los separan. No hay campo de batalla ni ejército que te venere. Debes regresar a los infiernos de donde has salido —le indicó Virginia.

Atenea la miró en silencio. Con un rapidísimo movimiento, se lanzó hacia delante con un grito de rabia, la tomó del cuello y la alzó varios pies del suelo. Virginia disparó como pudo su Bren Ten 10 mm, sin interrupción hasta agotar el cargador. Los impactos la liberaron y enviaron a la divina varios pies atrás, haciéndola sangrar abundantemente.

Bambi se repuso, con una mano en la pared y levantó su arma. En ese momento se fijó en uno de los arcos y en las flechas que colgaban de aquel muro. Un pensamiento recorrió la mente de la joven: “solo la sangre divina puede acabar con el horror”. Lo había leído en aquellas escrituras.

—Tiene que ser cierto —murmuró tocando la punta de flecha que colgaba sobre su pecho y estiró con fuerza de ella, desprendiéndola de su cuello.

Antes de que pudiera cargar el arma de nuevo, con dos rápidos pasos, Atenea se puso frente a Virginia y, con un fuerte golpe, la lanzó a siete metros atrás, haciéndola rebotar maltrecha contra la pared. Se acercó a ella, que trataba de reincorporarse, y alzó su pica.

—¡Muere, hija de Ares! —exclamó la divina guerrera.

Una nueva serie de brutales disparos impactaron en ella, evitando que acabara con Virginia. Las balas atravesaron el bronceo peto y se incrustaron en la horrorosa égida de piel humana que cubría el pecho de Atenea, haciéndola volar hacia atrás hasta estrellarse contra la pared.

—¡Mirina! —exclamó Virginia, al verla.

—No pensarías que te iba a dejar sola contra esa bestia, hermana.

La divina guerrera fijó su mirada con interés en aquella arma, el fusil Barret, y en la mujer que la alzaba.

—¡La estirpe de Esmirna! ¡Maldita reina de Abasa! ¡Muere! —gritó Atenea y acto seguido, con tres rápidas zancadas y un destello apenas visible, hundió su hoja en el vientre de Mirina y tiró hacia arriba, brutalmente, partiéndole el esternón hasta el cuello. De un tirón hacia atrás, la dejó doblada en el suelo, en un charco de sangre ante la mirada descompuesta de Virginia.



—¡No! —sollozó Virginia. Las lágrimas le saltaron y un terrible vacío cubrió parte de su corazón.

Atenea se volvió sobre dos policías que entraron disparando. Saltó sobre ellos y les golpeó con la afilada hoja de su lanza, con dos golpes, segando el cuello del primero de la gola hasta la oreja y atravesando el cráneo del segundo. Y fijó su vista de nuevo en Virginia.

Ella, incapaz de parar aquella furia, se lanzó hacia un lado esquivando la afilada pica que ansiaba su vida. Rodó por el suelo y se irguió a unos metros de ella. Apoyada en una pared en llamas, cargó su arma y se puso en guardia.

La divina sonrió pérfida y dio tres pasos rapidísimos, se echó sobre ella y estiró su afilada arma.

Virginia sintió su brazo temblar ante tal fuerza, herida, y notó el poder que emanaba de la diosa griega.

—¿Acaso crees que cometeré el mismo error? —preguntó la divina—. Ya sé de tu fuerza; no habrá juego, solo muerte.

La esclera de los ojos de Atenea se habían tornado por completo negra, en su pálida piel se marcaban azuladas venas y de su boca, manaba un aliento gélido que excitaba sus sentidos.

Virginia, retrocedió ante el envite, esquivando las mortales punzadas, sujetando con una mano la muñeca de Atenea, tratando de evitar lo que parecía inevitable.

La divina, hizo presa levantándola de la clavícula, hundiendo su dedos en ella, quedando frente a frente, tensando sus músculos.

Virginia se sintió vencer ante aquella naturaleza indómita que parecía absorber su energía con cada momento que pasaba.

—Esta vez el bárbaro de mi hermano no te salvará. Al acabar con él, fui condenada al Hades. Maldita quedé, pues

entre divinos no hay muerte. Pero ahora estoy libre y un día lejano volveré al Olimpo. Antes saciaré mi sed de venganza y me llevaré la espada de Ares, tu cabeza... y la de miles.

Virginia sintió hervir en sus venas la sangre de Ares como nunca. Le abrasaba en su interior y con un fuerte grito, golpeó duro la frente de la divina con su cabeza. Logró lanzarla hacia atrás, con una brecha que manchaba su pálida faz. Rápidamente empuñó su automática y apuntó.

Atenea esquivó sus disparos y en un segundo, se puso ante la agente y la golpeó con el pie en el pecho y, al voltearse Virginia en la caída, rasgó su espalda con el frío metal, hiriéndola en el hombro y en un costado. Antes de que se repusiera, la golpeó fuerte en la cara con su puño, haciéndola caer al suelo de espaldas.

Entonces se escuchó un ligero silbido.

Una saeta se hundió en el pecho de Atenea, atravesando la coraza y la égida humana como si de papel fueran, a la altura de su corazón, donde se hallaba la cabeza de la gorgona Medusa. Un calor intenso invadió a la divina guerrera y se volvió, viendo a la Loba con un arco en la mano y la boca abierta.

Bambi la observó, expectante ante su propio disparo.

—¿Acaso crees que puedes herirme con una saeta, miserable mortal? —preguntó la divina de forma insultante.

Virginia aprovechó el momento y se levantó, a trompicones, y recuperó su arma. Observó a Bambi y aquel arco que sujetaba en las manos, y rápidamente comprendió. Anduvo titubeante hasta el altar y se hizo, dando un gemido, con la espada de Ares. Luego, se dirigió hacia Atenea.

La divina guerrera, viéndola venir, fue a girarse pero no pudo. Ante su sorpresa, un dolor punzante, que la quemaba en su interior, recorría desde su pecho todo su



ser impidiéndole cualquier movimiento. Con un gesto de incredulidad, entreabrió la boca y bajó la vista escudriñando la saeta. Su fuerza divina desaparecía fundiéndose con aquella punta de oro y sangre. Cayó de rodillas, con su mano en el pecho, notando la sangre bañar su cuerpo, atónita. Su palidez desaparecía y sus ojos se tornaban castaños, su poder se consumía y fijándose en el asta de aquella saeta que la había herido, que la había inmovilizado, la tomó con la mano y tiró fuerte de ella. No pudo arrancarla de su pecho. Levantó la vista y la fijó en Bambi.

—Loba maldita, es la sangre de Europa —murmuró mientras doblaba las rodillas al lado de aquel altar rodeado de fuego.

—Has vuelto a esta tierra, envuelta en sangre inocente, en busca de venganza, y has sido víctima de tu propio odio —le espetó Virginia, templando la espada de Ares.

Atenea la miró, sin apenas fuerza y balbuceando.

—Es la sangre de Europa la que me ha domado, lo noto... ¡Acaba conmigo de una vez! Esa espada te da el poder y así, ¡seré libre! —gritó.

Virginia le cortó la cabeza de un solo golpe.

Durante unos momentos, Virginia y Bambi quedaron a los pies del cuerpo vencido de Atenea. Un crujido de paredes llamó su atención.

—Vamos, Virginia, este lugar se desmorona —dijo Bambi, tirando de ella.

Ambas corrieron para salir de aquella sala infernal, conforme caía parte del techo sobre el altar, consumiendo el cuerpo de la divina guerrera.

Un intenso silencio, roto por el crepitar del fuego, colmó el ambiente. Artemisa, pletórica, sonreía ante la victoria, entre las llamas, sin sentir el abrasivo calor que todo quemaba. Entonces un poderoso rugido resonó en cada rincón de aquel edificio en llamas, brutal, descomunal.

—Ares —murmuró Artemisa y dio dos pasos hacia atrás, seria; había perdido su expresión de satisfacción, y comenzó a alejarse del fuego, penetrando sin prisa en el jardín para dirigirse hacia el arbolado de Central Park.

Los temblores de tierra cesaron de inmediato, Nueva York recobraba la normalidad.

Virginia apoyó la espalda contra una pared, dando un suave gemido y con un suspiro, ante la mirada inquieta de Bambi, que buscaba respuestas.

—El Carnicero de la Cabaña le abrió la puerta a este mundo. Artemisa trajo la espada de Ares hasta aquí, sabía que el odio de Atenea la llevaría hasta mí y se sirvió de nosotras para vencerla. Ahora solo está ella. Realmente, no sé si hemos vencido.

—¿Qué quieres decir?

—De alguna forma, también apoyó a Mirina en su intento de acabar con la Primera Dama. Creo que Artemisa es lo que Donna no logró ver en sus investigaciones, la divina que movió todos los hilos sin hacer nada, la fuente del mal. Al final, incapaz de enfrentarse a Atenea, dejó el destino en nuestras manos. La sangre de Ares no olvida: los dioses solo se sirven de nosotros para sus fines, sus malditos juegos.

En unos minutos llegaron numerosos agentes de policía y del Servicio Secreto. Los refuerzos se acercaron, rodeando la zona, sin entender nada de lo ocurrido.



—¡Todo ha acabado! —exclamó Bambi.

—No, aún no —dijo Virginia y dejando la espada de Ares en manos de Bambi, tomó su Bren Ten 10 mm y se dirigió, cargándola, hacia el vehículo que las había llevado hasta allí. Arrancó y aceleró con un objetivo claro en su mente.

## Capítulo 25

### EL CARNICERO DE LA CABAÑA

Virginia recorría la 5ª Avenida en dirección al hotel donde estaba alojada. En su camino recordaba cada escena de aquel macabro caso. Dio por cierto que el Carnicero de la Cabaña y el topo del FBI eran la misma persona. En el asalto a la Quinta de Cuervo, fue él quién señaló a Bebé como culpable y avisó a Cinthya, la reportera de TV, buscando la publicidad del engaño de su propia muerte. Sin duda fue quién informó a los tres hombres que la atacaron en el MacArthur Park, conocía las dudas que ella mantenía y decidió eliminarla antes de que pudiera descubrir que estaba vivo. En el congreso de Madrid, él fue uno de los federales que estuvo allí en las dos ocasiones. No tenía ninguna duda, encajaba de lleno en su perfil del Carnicero de la Cabaña. Su cuerpo se tensó, el calor la invadía, se sintió traicionada y el deseo de matar nubló su mente.

Con un frenazo, dejando el vehículo cruzado, entró en el hotel con su automática en la mano. Entonces se vio rodeada de agentes de FBI, del equipo de operaciones especiales. Con su decidida acción, no se había percatado de los vehículos de policía que permanecían cerca de la entrada, ni de la cantidad de agentes que allí había.

—¡Virginia! —gritó la agente Jennifer—. Ya es nuestro, el Carnicero de la Cabaña es nuestro. ¡Quédate aquí, lo queremos vivo! El capitán Harris ha subido solo y nos ha ordenado esperar, quiere convencerle de que se entregue.

Virginia permaneció por un momento desconcertada, dubitativa, deseando subir para matar, sin poder relajar sus músculos ni su mente. Observó a su alrededor. Varios agentes permanecían preparados para un eventual asalto.

Jennifer le rogó con la mirada que obedeciera.

—En cinco minutos subimos si no tenemos noticias de Harris. Está hablando con él. Le convencerá de que se entregue. No tiene salida, está acorralado. Lo siento, ¿quién lo iba a pensar?

Virginia, conmovida y negando con la cabeza, bajó el arma pasando la mano por su frente. Y notó el dolor de sus propias heridas. ¡No, todo es mentira, nada es lo que parece!, pensó. y de pronto, subió corriendo las escaleras.

—Espera, es una orden —le gritó Jennifer y salió tras ella.

Sonaron dos disparos, Virginia aceleró veloz su paso hasta llegar a la habitación del agente William Vence. Entró de golpe, tensando sus brazos con la Bren Ten 10 mm.

El capitán Harris estaba apoyado en la pared de la entrada, con una herida en el brazo, apuntando a William. Y este, alzaba de lado su arma reglamentaria, mientras se agachaba tras un mueble. Los tres se cruzaron la mirada en un segundo decisivo, con el dedo en el gatillo.

Virginia disparó de inmediato. La bala atravesó la mano de Harris, haciéndole soltar el arma. Y volvió a apuntarle ante la incredulidad del propio capitán, deseando realizar un nuevo disparo.

—¿Qué haces? ¡Es el Carnicero de la Cabaña! ¡Casi me mata! —exclamó el capitán Harris, señalando a William.



Virginia avanzó rápidamente y puso su arma contra la sien del capitán, apretando, empujándolo contra el marco de la puerta, mientras con el pie retiraba la pistola caída en el suelo.

—¿Te has vuelto loca? ¡Sois cómplices! —exclamó Harris.

—¡Quietos! —ordenó Jennifer, asomándose a la puerta de la habitación con su automática apuntando a Virginia.

—¡Jennifer, dispáralas antes de que nos maten! ¡Virginia es su cómplice, son amantes! —gritó Harris con el rostro contraído por el dolor.

Los demás agentes llegaron con las armas en alto, rodeándoles.

—¡Arriba esas manos! ¡Virginia, William, no me obliguéis a disparar! —exclamó Jennifer.

—¡Dios, Jennifer! ¿Qué es esta locura? —contestó William, conmocionado—. El capitán me llamó y, cuando abrí la puerta, de pronto, disparó contra mí. Apenas pude defenderme. Si no hubiera intervenido Virginia, me hubiera matado.

—No podrás engañarnos de nuevo, esta vez no —susurró Virginia—. Tú eres mi Clearco, el Carnicero de la Cabaña.

—¡Matadles, matadles! —exclamó Harris, perdiendo su habitual compostura, delatando su odio e interés, mostrando su realidad.

—El capitán Harris es el Carnicero de la Cabaña —aseguró Virginia, sin dejar de presionar, acariciando el gatillo.

William guardó su arma y miró a Jennifer, la cara de la agente reflejaba la decepción que le había provocado la culpabilidad de Harris, el cual cerró los ojos, para evitar la miradas confusas e indignadas de sus hombres.

—Este paranoico creyó que podría revivir una diosa guerrera —afirmó Virginia.

—No podréis hacer nada, vendrá por mí —susurró Harris.

—¡Mátalo! —retumbó la voz de Artemisa en la mente de Virginia—. Ese fiel devoto volverá a intentarlo. Las puertas del infierno siguen abiertas, debes cerrarlas para siempre.

Virginia dio un paso atrás y apuntó en la cabeza de Harris.

—No, Virginia, ya lo tenemos. Ahora tiene sentido todo. El por qué te quería apartar del caso y alejarte de él, el por qué siempre lograban dar contigo los asesinos que te buscaban —aseguró William.

—Atenea no vendrá; estás solo, maldito asesino —susurró Virginia ante el oído de Harris.

—¿La viste? ¿Dónde está? ¡Se que vive! ¡Vendrá por mí!

—Le abriste la puerta del Hades, sí. Pero yo le he abierto la puerta del Olimpo. Ahora, tú te pudrirás en una celda hasta que llegue tu hora, nunca la verás —respondió Virginia bajando su arma, logrando contener su ira.

—No, no es posible. ¡Ha de venir junto a mí! —aseguró Harris, negando con la cabeza—. ¿Por qué no vino a mi encuentro?

—Deseaba más mi sangre, hacerse con la espada de Ares, que estar a tu lado. Deberías haberlo imaginado.

—¿Has podido con ella? —se preguntó con un murmullo—. No debí invocarla, la hecatombe no estaba completa. Pero aún así es imposible... ¡Es divina!

—Es divina, pero no es rival para las hijas de Ares —le susurró Virginia.

William les escuchaba sin entender nada de lo que hablaban. Jennifer se acercó a Virginia, separándola de Harris, mientras este era esposado; y le revisó la herida, tapándola con un paño.

—Siento haber dudado de ti —le dijo Jennifer a William—. Con la muerte de Henry y las noticias de que Virginia había descubierto un nuevo rastro del Carnicero de la Cabaña,



Harris nos llevó ante el juez buscando una orden de registro. Nos convenció fácilmente, lo tenía todo preparado. En tu vivienda encontramos veintidós corazones en el sótano, en un altar de sangre, junto a una diosa griega.

—Vio como el cerco se estrechaba con mi viaje a Madrid. Aceleró sus macabros planes y envió a William hasta aquí para poder incriminarle. Subió solo para ejecutarle, nadie hubiera dudado de su palabra —explicó Virginia.

—Me has salvado la vida. Me hubiera matado sin tu rápida intervención —aseguró William, acercándose a ella.

—Hemos encontrado el cuerpo de vuestra compañera, Raichel, en la cama de tu apartamento, William, estrangulada. Fue su última víctima, seguramente lo dejó allí para sellar tu culpabilidad.

—Raichel —susurró Virginia, dolida, y alzó de nuevo su arma, lentamente, hasta notar la mano de Jennifer en su muñeca.

—Demuéstrame que puedes controlar tus impulsos. Ha sido un duro golpe para todos, pero debes dejar a la ley actuar —le pidió William—. Pagaré por sus crímenes.

—Mátale. ¡Mátale! Hoy has conseguido pararle, pero quizás en unos años, ¿quién sabe? ¡Mátale! —insistió Artemisa, taladrando su mente.

Virginia ladeó la cabeza, visiblemente alterada y sin poder quitarse de la cabeza la muerte de Raichel, para no ver el rostro de Harris. Lentamente fue venciendo esa voz interior que le ordenaba matar.

—Quisiera descansar y regresar a Los Ángeles. No sé cómo estará Steven, creo que mañana temprano sale un avión —aseguró Virginia.

—¡Ah, Steven! —exclamó Harris, ya esposado—. Ofreceré su corazón a Zeus y un día, la divina guerrera regresará de

mi mano. Atenea, la de ojos de lechuza, llegará con todo su esplendor, tras una verdadera hecatombe, cien corazones, y nada podrás hacer.

Virginia lo miró, agitada su mente.

—Las primeras serán tus sobrinas, sus corazones latirán para clamar a la divina guerrera —aseguró Harris, ladeando su cuerpo hacia la agente, con una sonrisa pletórica y una mirada obsesiva que delataba sus nefastas intenciones.

—¡Acaba con él! —gritó Artemisa, con furia desmedida, sacudiendo su mente.

Virginia notó cómo un latigazo abrasador recorría todo su cuerpo. La ira de Ares alcanzó su corazón y nubló su mente. Con un disparo selló la frente de Harris.

—¡No! —exclamó Jennifer.

## EPÍLOGO

En su ático de Long Beach, pasada una semana, tumbada en su habitación y con la mirada perdida en el techo, Virginia no paraba de pensar en todo lo vivido.

El aviso de un mensaje en el teléfono móvil llamó su atención. “Steven abrió los ojos”. Miró su reloj, sonrió y saltó de la cama; se vistió y salió del ático. Luego se dirigió hacia el Medical Center; su arqueólogo, aquel joven de mirada traviesa que suspiraba por ella, había salido del coma. Deseaba verle y sentirle cerca. Subió las escaleras que la llevaban hasta aquel largo pasillo, iluminado de blanco, y abrió la puerta de su habitación.

—¡Virginia! —exclamó Steven al verla.

Ella entró con una sonrisa, superando el pánico que sentía al verse rodeada de los familiares de Steven, y le regaló una rosa roja.



—Espero que estés mejor. Tienes que traducirme “La Espada de Ares”, esos libros guardan muchos consejos que podría necesitar.

Steven sonrió y asintió incorporándose sobre la cama.

—Apenas he abierto los ojos y ya estás mandándome trabajo. Eso es amor.

—Vamos a dar un paseo nosotros, nos vendrá bien algo de aire fresco —dijo la madre de Steven.

Al momento estaban solos.

—Me has hecho sufrir mucho. No me vuelvas a dar un susto así —dijo Virginia.

—No lo haré.

—Le has dicho a la policía que te atacaron de pronto, con un golpe por la espalda, y que no pudiste reconocer al agresor.

—Así fue, pero ahora ya no importa. Me recuperaré y debes estar contenta, acabaste con el Carnicero de la Cabaña y dicen que salvaste a la Primera Dama.

Virginia revisó por encima los periódicos que Steven amontonaba en la habitación. Dobló las páginas de varios de ellos y los dejó sobre la cama con una expresión incierta. “Un terremoto sacude la isla de Manhattan”, “Nueva York tiembla en el día del Consejo de la ONU”, “El Carnicero de la Cabaña abatido por el FBI”, “El FBI nunca dio el caso por cerrado”, “La Primera Dama en peligro”, “Nunca estuve en peligro, los agentes de seguridad cumplieron con su deber” eran, entre otros similares, los titulares de aquellos diarios.

—De momento tengo suerte. Donna, la mujer para la que trabajo, se ha ocupado de que no acabe entre rejas. No pude reprimir mi ira, lo ejecuté.

—¿Me contarás realmente qué ocurrió en esa mansión de Central Park?

—Cuando mejores. Ahora me voy a tomar unas vacaciones, quizá recorra un poco de mundo. Viajaré a Ruanda, a ver gorilas de montaña... Dicen que son unos bichos muy pacíficos. Por un tiempo necesito alejarme de todo.

Steven asintió, asumiendo lo que significaban aquellas palabras.

—Al menos, dime, ¿cómo conseguiste parar a la guerrera divina?

—Bambi, tan despistada siempre, dedujo que la sangre de Europa que permanecía en aquella punta de flecha podría herirla. Con la espada de Ares acabé con ella. ¡Zas! Le corté la cabeza. Solo los dioses saben qué hubiera sido de nuestro mundo con su “divina” presencia entre nosotros.

—Los dioses siempre juegan y nunca pierden.

—Esta vez, han perdido.

—Virginia, yo...

—Steven, debo marchar. Sabes quién soy, la ira que me domina y que nadie está a salvo cerca de mí. Sabes cómo localizarme, llámame cuando estés mejor, nos tomaremos algo y revisaremos ese libro. Ahora he de marchar —le dijo Virginia.

—Lo sé. Dime, ¿quién era esa joven que me hablaba cuando dormía? Me dijo que estabas enamorada de otro hombre, podía oírla y... ¡Sufría por mí! Creo que sus besos y caricias me mantuvieron con vida.

—¿Bambi? —preguntó Virginia, con cierta sorpresa.

Virginia se dirigió a la oficina y pensó en la teniente coronel Melanie Marte. Aunque no compartiera ese fervor patriótico, quizás con los marines podría viajar, conocer mundo, calmar ese calor que devoraba sus venas. Tal vez el capitán Harris, a pesar de todo, no se equivocaba y el FBI no era para ella, ni la Agencia UMA. No sabía qué pensar ya sobre Donna.



—Dejaste que tu hermana muriera por ti —escuchó en su mente, como si de un leve reproche se tratara.

Virginia levantó su vista al retrovisor. Allí estaba Artemisa, sentada, triste, mirando los coches pasar a través de la ventanilla del vehículo.

—Me hubiera gustado mucho que no fuera así, conocerla y amarla. Quizás ya no te era útil o no te satisfacía lo suficiente. Ella nunca te consideró divina, solo mujer. Pudiste impedirlo, creo que eres peor que Atenea.

—Mirina comprendió su destino y lo aceptó. Vivió y murió como la gran guerrera que era. Y a la hora de la verdad, no dudó en dar su vida por apoyar la causa de su hermana, por salvar tu vida. ¿Hubieras hecho tú lo mismo? Tú que querías acabar con ella.

Virginia quedó muda por unos momentos. Siguió conduciendo, esperando que Artemisa desapareciera de su mente. Pero la divina de pies descalzos no lo hizo.

—Creí que ya no te vería nunca más. ¿Qué pretendes ahora? —preguntó Virginia finalmente.

—¿Crees que todo ha terminado? Disfruta de tu victoria, goza de tu mundo y ama cada día de tu vida. Pero mantén afilada tu espada, podría ser que tus días de calma y dicha solo precedan a la tempestad y la tragedia. Las puertas de Hades quedaron selladas con la muerte del fiel devoto. Demasiado tardaste en acabar con él, por mucho tiempo anduvieron abiertas, manando odio, supurando muerte... Es posible que ella no fuera la única en salir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Virginia, volviendo la vista sobre ella.

El asiento estaba vacío, nadie lo ocupaba.

Resignada, bajó el mentón.

—Virginia, mira... ¡Qué equipazo tenemos en la cueva! —dijo Barbie, mostrando las computadoras e instrumentos digitales que habían instalado en las oficinas—. ¿Y has visto la furgoneta nueva?

—Sí, al entrar. Parece que ya hay presupuesto para nosotras —comentó Virginia, entrando a las remodeladas oficinas, y se sentó observándolo todo.

—Donna se ha preocupado de que tengamos el mejor material posible.

—La Agencia UMA cuenta con el apoyo decidido del gobierno de los Estados Unidos. Donna lo ha conseguido, por un tiempo no nos faltará de nada.

En ese momento entró Bambi, acompañada por William.

—Hola, mi negra —se acercó, y besó a Barbie. Y después a Virginia—. ¿Sabes algo de Scorpio?

—No. Puede verle en el funeral de Mirina, no sé nada más de él. No cruzó una palabra conmigo —se lamentó de forma visible.

—No seas recelosa, ya volverá. Seguro que regresa a su cueva, te necesita —aseguró Bambi.

—¿Cómo estás William? —preguntó Virginia—. Te estaba esperando.

Por unos momentos, el agente la observó preocupado. Y pensó en Scorpio, malhumorado. Por lo que había oído, enseguida supuso que Virginia podría haberse enamorado de ese hombre.

—Dime, ¿sabes cómo supe que Harris era el Carnicero de la Cabaña, cuando todos creyeron que eras tú? —preguntó Virginia—. Sus ojos eran los de un depredador nato en busca de su presa; los tuyos solo mostraban sorpresa, incomprensión, miedo... Mantenía su arma con la zurda y Cinthya nunca reconoció tu voz como la de la rata del



FBI. Además, en su día me sorprendió que supiera lo que significaba una hecatombe de vírgenes... Aunque tú también seas un asesino.

—¿Yo, un asesino? —preguntó William, con una sonrisa forzada.

—Steven te dijo que me quería y te enseñó la alianza que compró para mí, ¿verdad? ¿Por eso trataste de asesinarle? —preguntó Virginia.

Bambi, se posó tras él con la automática en la mano.

—Raichel te descubrió en esa cita y la mataste. Harris debió sorprenderse mucho cuando la halló en tu apartamento —afirmó Virginia, reclinándose hacia atrás.

William la miró sorprendido.

—¿Qué dices! ¿Estás bien? —preguntó William y miró la seriedad de Barbie, el arma de Bambi provista de silenciador.

—Harris desconocía mi relación con Steven. Mirina la ignoró, creo que ella nunca me hubiera hecho daño de verdad. Ninguno de los dos le hubieran dejado vivo, eran metódicos y eficaces. El asaltante actuó de una forma espontánea, sin pensar bien lo que hacía. Temías que Steven te pudiera reconocer, por ello trataste de eliminarle en el hospital. Jennifer me ha informado de que Raichel tenía una alianza de oro, adornada con un zafiro, en su mano. Era para mí. Solo el asaltante pudo hacerse con ella. La guardó oculta en su puño cerrado, para decirme quién la mató... y solo puede ser una persona —aseguró Virginia y le miró por un instante, segura de sí misma. Después cerró los ojos y suspiró relajando su cuerpo.

Durante un largo minuto, nadie dijo nada.

—La enfermera muda recogió tu jeringuilla con el fentanilo... ¡Vamos, no tenemos todo el día! —exclamó Bambi.

—No sé que me pasó —confesó William—. No pude aceptar que ese hombre te alejara de mí para siempre. Yo te quiero, tienes que comprenderlo. No lo pude concebir. En la librería le pedí que te dejara. Le dije educadamente que estábamos prometidos. No me escuchó. Lo de Raichel fue un terrible accidente, no debió ocurrir nunca... Así que me descubrió por el anillo. Me preguntó que por qué había matado a Steven. Traté de retenerla, explicarle y caímos, cuando me di cuenta estaba muerta. Lo siento tanto.

—Fuiste el último en ver a Steven. Sabías que alguien podría vincularte con el asesinato. Los celos eran un móvil poderoso, pero nadie caería en ello saliendo con Raichel —murmuró Virginia—. Nunca la quisiste.

Mi amada Raichel —sollozó Bambi—. Nunca tuvo suerte con los hombres, debió seguir conmigo.

—Debí deshacerme de ese anillo, no sé por qué lo guardé —murmuró William—. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a detenerme? ¿Me vas a matar?

—No. Hice una promesa. Steven vive. Pero no sé qué pensará Bambi, ella quería mucho a Raichel.

Un zumbido seguido de un fino hilo de sangre estremeció a Barbie y manchó su hermosa piel negra de rojo carmesí. Virginia asintió con triste un respingo de nariz. William se desplomó, muerto. Bambi desmontó el silenciador de su arma mientras una lágrima recorría su mejilla.

—¿A dónde iréis? —preguntó Virginia.

—Nos marchamos de vacaciones con la orca y su amiga, la muda. Hasta que Donna diga algo. A tu tierra de olivos y naranjos, a disfrutar del buen vino y hermosas mujeres —aseguró Bambi, ante una atónita Barbie que no reaccionaba—. Pero no te preocupes, regresaremos a tiempo para asistir a esa entrega de medallas.



—Cinthy te busca para lo de siempre. Ya sabe que estuviste en esa fiesta en primera línea, con la Primera Dama. ¡Ah! Y tus marines siguen recuperándose, pero ya regresaron a la base, ¡como héroes! Los Obama quieren conocerte, esa negra aún no da crédito a lo que vio —comentó Barbie finalmente.

—Bambi, Steven preguntó por ti. Podrías visitarle antes de irte. No sé cómo pudo escuchar lo que le hablabas.

Bambi apretó los labios y levantó el entrecejo.

—Sabía que aquel día apretó mi mano —dijo al final, con una sonrisa—. Igual dije demasiadas cosas...

Virginia regresó a su ático, anochecía y sus pensamientos la transportaban en diferentes direcciones. Aparcó el todoterreno y subió. Entró y cerró. Se sirvió un vaso de agua. Lo dejó y tomó una cerveza. Se sacó los zapatos, la chaqueta, la camisa, el sujetador y los pantalones y se sentó en la cama, con su camiseta verde a tirantes y las braguitas. Bebió un trago y miró al infinito de aquel cielo oscuro a través del gran ventanal de su habitación y se sintió sola.

De pronto escuchó la puerta del ático abrirse, vio encenderse la luz del pasillo y una voz familiar llegó hasta ella.

—¡Vaya mierda de cerradura!

Se levantó de inmediato sin argumentar palabra, dichosa. Allí estaba Scorpio, bien peinado, afeitado, arreglado con una atractiva camisa negra, unos pantalones modernos a juego y zapatos nuevos. El capitán entró en la habitación. La luz de la luna inundaba parte de ella, dejando en la oscuridad armarios y techo; iluminando parte de la pared, la mesilla con la Bren Ten 10 mm y aquella cama deshecha. Virginia le miró sin palabras. Sus curvas de mujer quedaron recortadas al trasluz del ventanal, como una invitación lujuriosa al pecado. No preguntó nada, no le importaba nada, solo que él estaba allí.

Scorpio se acercó, dejó una botella de champagne y dos copas sobre la mesilla y la abrazó, deseando sentir cada latido de aquel corazón indómito. Virginia le respondió y, perdiéndose en sus labios, le besó como nunca había besado a nadie. El rudo capitán notó el calor de aquella mujer, su aroma, sus miedos, su deseo. Luego, pasó sus fuertes manos por los hombros de Virginia, separándola unos centímetros. Ella apoyó su frente contra la de él, cabizbaja, y sus manos comenzaron a desabrochar en silencio cada botón de la camisa.

Scorpio le levantó el mentón con una suave caricia por el cuello. Fijó la mirada en aquellos labios carnosos; en la profunda belleza de sus ojos azules, tan salvajes. Notó la suavidad femenina de unas mejillas calientes sobre su rostro, el aliento entrecortado de Virginia acariciar el lóbulo de su oreja. La recorrió con una mano lentamente el vientre por el interior de la camiseta, subiendo por los erguidos pechos, tan firmes, tan suaves; hasta llegar al cuello. Con la otra hizo presa, hundiendo las caderas contra las de ella, notando la presión sobre su cuerpo, el embriagador aroma que penetraba en su mente como un sueño deseado, compartido y ganado. La alzó de golpe, mientras Virginia le cruzaba las piernas por la cintura y los brazos por el cuello. Y la llevó hasta aquel lecho, sin apartar los ojos de los de ella...

**FIN**

